



PORTADA ORIGINAL DEL LIBRO

“Que para la empresa del Libro... muy particularmente hasta el hecho de la forma y color de su cubierta, perfecto símbolo del modo de ser de la sociedad actual y de lo que le espera, hemos sido llamados, estimulados y mandados a que obrásemos tal como hemos obrado... por voluntad expresa de la Virgen, y el que este Libro,... salga a la luz, tal como va...”

(Ver Novena conclusión del Resumen Final del libro)

LOS HECHOS DE EZQUIOGA

ANTE LA RAZÓN Y LA FE



POR EL

R. P. Fr. Amado de Cristo Burguera

Los Hechos de Ezquioga **ante la razón y la fe**

Estudio histórico, patológico, psicológico-psiquiátrico
y teológico documentado: en defensa propia obligada, ante insistente
campana de enormes falsedades y públicas difamación y persecución.

POR EL

R. P. FR: AMADO DE CRISTO BURGUERA
Y SERRANO, O.F.M.

Publicista católico, C. Académico Internacional del Hiëron (Francia),
de la Real de Buenas Letras de Barcelona, director C. del Centro de Cultura Valenciana,
Cronista e Historiador de la Ciudad de Sueca, etc.

*“La salud ha de manifestarse claramente en los
últimos tiempos; y el goce de ella es lo que nos ha de
llenar de suma alegría,” (1 Pedro 1, 5)*

*“Al bajar del cielo a la tierra Mi deseo no fue otro
que el que por medio de Mis llamadas, acudiesen Mis
Hijos; y, junto con ellos, nos empleásemos todos en la
misma Obra, trabajando para hacer fértil el campo de
la vida, a fin de que en él aparecieran los corazones
cicatrizados por las heridas causadas por la zarpa del
enemigo infernal.” (Mensaje de la Santísima Virgen
del 7 de Agosto de 1933. Capítulo 23, Nº 11)*

VALLADOLID

Imprenta y Librería CASA MARTÍN

Plaza de la Libertad, 1, 2 y 3

1934

DEDICATORIA

A *Ti, Inmaculada Virgen, la más hermosa y pura de las criaturas. A Ti, digna Madre del Cristo-Dios, y poderosa corredentora con Él. A Ti, buena Madre nuestra, eficaz medianera entre el cielo y la tierra. A Ti, Santa María, creación de cierto rango infinito, en quien todo lo existente se mira, va consagrado este Libro, que es el Tuyo. Tú lo inspiraste, Tú lo asististe, Tú lo defendiste, Tú lo corregiste, Tú ordenaste que, en los momentos de mayor prueba, apareciera. Para que hondamente se enteren; para que totalmente se convenzan de **tu maravillosa Obra de Ezquioga, la más grande Obra mariana que han conocido los siglos**¹; para que efusivamente la admiren y sean dulcemente atraídos a Ti con los resistentes cordeles de tu misericordia sin límites, y los sujetes con los fuertes lazos de tu inefable amor; y para que en todas partes pregoneros de tu gloria sean, y a ella un día vayan, es por lo que dejo escrito el Libro que Tú largamente bendices.*

Protesta de entera sumisión a las prescripciones de la Iglesia

Al objeto de cumplir en un todo las prescripciones de los Sumos Pontífices, protestamos de lo íntimo de nuestra alma que no queremos dar a estos nuestros escritos más fe que la puramente humana, dejándolos enteramente sujetos al juicio definitivo de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

¹ Palabras de la Santísima Virgen pronunciadas el 17 de Agosto de 1933. *Documentación Serie B.*, Nº 8, e.)

A guisa de prólogo

A GUISA DE PRÓLOGO.— Discurríamos como los demás. Razón de esta Obra. El “algo” de Ezquioga. ¿Existen graves causas sociales y demás por las cuales se ve que son razonables y lógicos los Hechos que ocurren en Ezquioga? La Santísima Virgen con espada en la mano, ¿por qué? A mayor claudicación humana mayor misericordia divina. Estamos en época de excepcional sobrenaturalismo que hay que aprovechar. La Obra mariana más grande que se ha obrado hasta el presente. Los enemigos de las apariciones. Palabras de Nuestra Señora dando razón de sus Apariciones. Bibliografía. Nuestros veintidós géneros de pruebas y nuestra triple Documentación Series A, B, C. Examen de pruebas de sobrenaturalidad y preternaturalidad de los Hechos de Ezquioga. Cuádruple clamor al cielo.

Discurríamos como los demás

Hasta mediados de Noviembre de 1931 discurríamos como casi todos los que niegan o dudan las Apariciones de la Santísima Virgen de Ezquioga. No porque no supiéramos que Nuestra Señora puede aparecerse, y, de hecho, ha aparecido en el transcurso de la Historia a muchos santos y personas inocentes y sencillas; sino porque, basados en las informaciones que la prensa de aquellos días arrojaba, no nos podía caber en la cabeza el que la Madre divina se encontrara con espada en las manos, recorriera la campa con ella e infligiera unas heridas a cierta niña guipuzcoana.

Nos decíamos: No parecen propias de la Virgen, que es todo ternura y misericordia estas cosas. Además, que son desusadas en la Iglesia de Jesucristo. Y sin más ni más no las admitíamos. Pero, llevados de la santa curiosidad de Moisés, cuando ante el hecho estupendo de la zarza que ardía y no se consumía, dijo: Iré y veré este prodigio (Éxodo 3:3); y, sobre todo, movidos del férvido deseo de conocer plásticamente la hermosura física de la Madre de Dios, que tal en Ezquioga decían se mostraba, nos lanzamos, en la fecha dicha, allá, y, practicamos los estudios, con sus pruebas consiguientes, rectificamos y asentimos, no solo a la posibilidad, sino a la realidad de las Apariciones, siendo fruto de todo ello el capítulo 32 que en la obra notada abajo trata de “El arte en la

singular belleza física de la Virgen María”. —Precisamente estábamos imprimiendo la obra: De Dios a la Creación; De la Creación al Arte; Del Arte a Dios, su tomo II; y, habiendo llegado al capítulo referido, no quisimos pasar adelante sin conocer personal y documentalmente la referida “Belleza” aparecida en Ezquioga. Por esto, principalmente, nuestro viaje a Anduaga—. En dicho capítulo presentamos un esbozo de los estudios que en el presente libro ampliamos.

Y aquí tienes, lector amable, explicado cómo fuimos a par que muchos de hoy día; y cómo también los constantes estudios y la asistencia divina nos hicieron pensar de distinta manera. Porque, aunque no lo parezca, tenemos poco de crédulos y sí mucho de inquiridor de la verdad, no saciándonos hasta que la hallamos. Igual podría acaecerte a ti repasando este libro.

Razón de esta Obra

Cuando a primeros de Julio de 1932 se nos suplicó diésemos censura particular a los hermosos artículos: “La verdad de lo de Ezquioga”, del Sr. Bordas Flaquer, a quien, entonces, no conocíamos, nuestro criterio fue enteramente favorable. Luego, se nos rogó compusiéramos su “prólogo” —Publicado a primeros de octubre de 1932, por su autor, el folleto: “La verdad de lo de Ezquioga” con censura y licencia eclesiástica de Segorbe, teniéndola antes ya del Obispado de Barcelona para publicarlo en artículos periodísticos, y, remitido a todas las diócesis, nada se objetó contra él, hasta que el 15 de Setiembre de 1933, casi un año después, el Boletín Eclesiástico de Vitoria, publicó la circular N^o 165, y en su número tercero de su parte dispositiva declara ilegítima la censura eclesiástica de dicho folleto, “porque, contra lo ordenado en el canon 44-1^o fue obtenida sin dar cuenta a la Curia que la suscribe de que esa misma licencia había sido negada por otro Ordinario, a quien anteriormente se había pedido”. Como era natural, el autor del repetido folleto ha elevado al Prelado de Vitoria respetuosa cuanto enérgica protesta por la enorme falsedad manifiesta en dicha Circular y el daño consiguiente irrogado, y exige de justicia una reparación. Por lo que toca a nosotros, la hemos elevado al Santo Padre. Contra este esbozo literario se han arrojado y se arrojan, en macabra danza, pelladas de barro, guijarros a granel y agriada bilis, y se han empleado todos los medios para su persecución y exterminio. Mas ¿no hemos quedado en que el Prólogo es solo un esbozo de la Obra didáctica que hacía falta? ¿Sí? Pues hete aquí la Obra—; a lo cual por miras a Nuestra Señora, accedimos. Y, en él, vista la necesidad del momento, y que en nuestra obra citada, tratamos, en unas cortas páginas, el proceso que en Noviembre anterior nos merecieron los Hechos de Ezquioga, anunciamos acá y

allá, que, tan luego nos fuere hacedero, publicaríamos una obra didáctica, de fondo y forma: la obra que hacía falta acerca de los hechos de Ezquioga.

Aquí, pues, la tienes lector querido, redactada, en su mayor parte cabe el monte Anduaga, sin más libros (porque a priori no pensábamos componerla, ni los trajimos, ni nos fue posible hallarlos) que los ordinarios del viaje, el estudio paciente, la oración constante, el examen desapasionado, la prueba completa, el contraste adecuado, la conferencia seguida, la discusión movida, la experimentación en el verde campo que por dosel tiene al cielo, el auxilio de la más Pura de las mujeres, y la heterogénea compañía de videntes y seudovidentes probados, amigos sinceros, curiosos sin número y enemigos disfrazados y declarados que, como las útiles, ociosas y perniciosas hierbas del prado, de todo hay por estas risueñas y sedantes laderas. Y todo esto acompañado, cual música siniestra, de persecuciones y difamación sordas y taimadas, a veces; abiertas y ruidosas, otras, durante más de dos años continuados, en que hemos puesto a su contribución todas nuestras energías.

El “algo” de Ezquioga

Aun los que se recatan de confesar paladinamente los Hechos de Ezquioga, confiesan, por lo bajo, que allí hay “Algo”. Desgraciadamente nadie se atreve con este “Algo”, como si fuese *el bu de los niños*; resultando de este estado de ánimo general, vago, incierto, inclinado, como todas las cosas que no se afirman, sostienen y prueban, al cruel pesimismo, esto es, a la infecunda inercia, a la triste negación, a la negra incredulidad.

Pero siempre nos hemos preguntado: y ¿por qué no se acomete ese “Algo”? ¿Por qué se le soslaya con un “qué sabemos” por toda respuesta, para que un público ignaro de estos menesteres acabe por decir, como dice: “aquí no hay nada”? Pecado grande y muy grande es éste que, de un lado, dejando un asunto de importancia tanta a merced de las mundanales olas, podría acabar por estrellarlo contra las rocas del olvido, mientras que, de otro lado, impide que la gloria de Dios y de su Madre, y la santificación y salvación de las almas, doble supremo fin de la Humanidad, den el resultado que en el Plan divino a dar están llamados.

A esto venimos, pues, lector nuestro: a indagar, a examinar, a sondear, a pesar y a contrastar ese “Algo”, que ya va resultando un “mucho”.

Tanto más cuanto que (decirlo nos llena de vergüenza y dolor) sencillos devotos, sabios médicos, penetrantes psicólogos, ilustres artistas y celosos sacerdotes de allende los Pirineos, están de vez en cuando repasándolos en autobuses y privadamente, abandonando su casa y hacienda y trabajando por el esclarecimiento de los Hechos que, probados, tanto honor y gloria a Dios y a la Virgen, y provecho al pueblo católico han de reportar; mientras que esos mismos señores ven el reverso de la medalla en el triste abandono y la descarada persecución, de calumnias, injurias e infamias llena, contra todos aquellos que simpatizan con el Hecho de las Apariciones. ¡Ah, si todo esto, dicen ellos, se realizase en Francia, en Bélgica,... en Italia!... ¿Qué más quisiéramos? Pero nosotros no procederíamos con la estúpida inercia, y, menos aún, con la franca persecución que los españoles indevotos proceden, sino que, a estas horas, tendría la Virgen en nuestras naciones, pese a todo negativo sectarismo, un magnífico palacio-templo y unas romerías sin igual. El lector notará si todo esto es evidente. Y ello advertido, comencemos por interrogar:

¿Existen graves causas sociales y demás, por las cuales se ve que son razonables y lógicos los Hechos que ocurren en Ezquioga?

I CAUSA: *La gravedad del momento presente universal.*— Tan silenciado como sabido y sentido, el momento presente universal desbordase a flor de labios y a punta de pluma con la amarga queja general: *'Esto va mal. Nos hallamos en la boca de un volcán. El día menos pensado sobrevendrá un cataclismo. Que viene, que viene ya'*. Y todo el mundo vive en continua zozobra y en perpetua angustia, esperando la hora trágica del castigo a la humana descomposición. Pero no es menos cierto —y esto es lo más sorprendente— que los hombres, ante unos males tan enormes, vivan de espaldas a su Creador, le cierren sus puertas y aun le blasfemen y persigan.

Y los mismos católicos, y aun la crema de los mismos ¿hemos pensado que nos hemos salido de los cauces naturales, de los caminos de Dios, de los raíles evangélicos, hablando, obrando y viviendo en un *parecido* a los cristianos, pero que tal vez no lo es?

Porque si abrimos el Evangelio, creemos que su espíritu, en la inmensa mayoría, se esfumó, quedando únicamente su letra sagrada, como el caparazón que lo envolvía. El licor divino evangélico, en hermosa botella contenido, de haber

quedado tanto tiempo abierta y a todos los vientos y emanaciones expuesto, se ha evaporado. Queda todavía líquido; se percibe una como fragancia. Nos queda el sonido, la envoltura, el nombre; pero el espíritu, ¿a dónde fue?

Muy parecida es nuestra época a la en que Jesucristo en la tierra vivía. Él la describe monumentalmente en los evangelios. Sobre todo cuando arroja en cara a los escribas y fariseos su particular modo de obrar: que traspasaban el mandamiento de Dios —el precepto de la caridad— por seguir la tradición (Mateo 15:3); que honraban a Dios con sus labios, pero que su corazón estaba lejos de Él (Mateo 15:8); que enseñaban doctrinas y mandamientos de hombres (Mateo 15:9); que decían y no hacían (Mateo 23:3); que imponían cargas pesadas e insoportables a los demás, cuando ellos no querían aplicar el dedo para moverlas (Mateo 23:4); que practicaban sus obras para ser vistos de los hombres (Mateo 23:5); y amaban los primeros asientos, y deseaban ser saludados en la plaza como maestros y doctores (Mateo 23:6-7), que *andaban mendigando alabanzas unos de otros y no procuraban aquella gloria que de solo Dios procede* (Juan 5:4), etc.

Precisamente por este último apartado es porque los escribas y fariseos no recibían ni creían en Jesucristo (Juan 5:44); y es ciertamente, por la vanidad, que mueve la lisonja, y por la soberbia, que engendra la presunción, las que apartan de Jesucristo y de su Madre Santísima. ¡Ah! Y cómo señalan todo esto nuestros divinos Maestros en los diversos *Mensajes* enviados a la tierra, mediante los videntes, y que se contienen en toda la *Documentación A y B*, que en este Libro insertamos.

Pero hay más. El Santo Padre Pío XI (f.r.) ha dejado advertido en una de sus sabias encíclicas (*Charitate Christi compulsi*), que los momentos difíciles por los que atraviesa la humanidad sólo son comparables a los que en Noé, de orden divina, predicando penitencia a un mundo subvertido, fabricaba el arca de salvación para unos justos. Y es aún más; Jesús y la Santísima Virgen tienden anunciado que los tiempos son los peores desde que el mundo es mundo (*Documentación serie B*). Estamos por tanto, en vísperas de una inevitable catástrofe que, solamente, una penitencia universal podría aminorar.

II CAUSA: La Santa Virgen, en los últimos tiempos ha de ser más conocida, amada y glorificada que lo ha sido hasta ahora.— Para predicar esta privada y pública penitencia y hacer más viables los caminos de salvación, es por lo que, particularmente, la Virgen Santísima deja sentir su augusta presencia entre nosotros. Uno de los lemas que ponemos en la portada lo declara. Y es que

para esto es por lo que algunos santos —(*La verdadera devoción a la Santísima Virgen de San Luis M. Grigñon de Montfort, Mística Ciudad de Dios, de V. Sor María de Jesús de Ágreda y De Dios a la Creación; de la Creación al Arte...*, tomos I y II de nuestra pluma)— profetizaron que la Virgen que, durante toda su vida de peregrinación sobre la tierra, se mantuvo humilde y oscura (a fin de que toda la gloria reviniera sobre su Hijo, a quien convenía fundamentar sobre el mundo) e ítem, que, durante la Historia de la Iglesia, no ha recibido toda la gloria y el honor a Ella debidos, precisamente por causa de aquella humildad y oscuridad, que por tradición se mantenía, y es por lo que la divina Señora no ha sido amada y glorificada bastante, porque tampoco ha sido bastante conocida; ahora, al llegar a los tiempos de generales claudicaciones, es cuando la Omnipotencia divina quiere que su Madre sea lo glorificada que debe ser, comenzando por ser conocida y amada más que nunca, y pasando por una pasión y muerte mística, a imitación de las de su Hijo —(*Ver 16 de Octubre de 1932 —Documentación Serie B, Nº XI*)—. Y para esto es por lo que esta Madre bendita se muestra extraordinariamente en Ezquioga no sólo como pudo hacerlo a un Maximino y una Melania en la Salette; a una Bernardetta en Lourdes; a una Lucía, Jacinta y Francisco en Fátima; a los cinco pequeños en Beauraing; sino a varias docenas de videntes, cosa tal vez nunca vista en la Iglesia Católica y en el mundo todo.

III CAUSA: “La gravedad del momento particular de España”.— Nada tiene de extraño que, observadas las dos anteriores causas, surja una tercera final, que haga razonables y lógicos los *Nueve Hechos* que integran el cuerpo de toda esta labor. Porque ha sido siempre España la nación predilecta de María y la nación católica por antonomasia; pero también es evidente que es hoy España patrimonio de adversarios del Catolicismo, que han podido subir al poder, precisamente por la defección y claudicación de muchos que fueron buenos. Y María, la que estando en carne, nos visitó, erigiendo un trono en Zaragoza, tiene inmensa compasión de su pueblo, y se lamenta dolorosamente en Ezquioga para despertar a sus hijos profundamente dormidos, o levantarlos del sucio fango en que están hondamente metidos, clamando en los videntes, que practiquemos insistente oración, dura penitencia, aceptable sacrificio, y que nos demos por entero a Dios: lo que pidió en La Salette, en Lourdes, en Fátima, en Beauraing y en el mundo entero; pues se acerca la hora de la purificación del mundo, y muy especialmente en España (la que fue muy amada, porque a mayor declarado, mayor responsabilidad contraída), mediante el duro azote divino.

No hay más que fijarse en la cruda realidad. Y cuando el vicio y la herejía y la apostasía y el ateísmo hacen público alarde, no es menos cierto que alcanza a todas las clases sociales sin excepción. ¿Cuándo se ha visto en España, sino ahora, algún sacerdote que públicamente, ha hecho ostentación de apostasía? Y por lo que toca a Ezquioga, que es donde estamos, ¿cuándo se ha oído, sino actualmente frases contra la excelsa Madre de Dios, saturadas de impiedad, herejía y blasfemia, escandalosas siempre, acompañadas de risa y desdén, proferidas al pie de la campa de las Apariciones?

Pero ¿en qué época se ha visto también que las masas católicas no despiertan; que, despertadas, hacen oídos sordos al clamor continuo del cielo; que las que se movieron al arrepentimiento se han enfriado; y que, a causa de unos y otros, se han rebullido casi todos contra las apariciones, negándolas, burlándolas y persiguiéndolas por todos los medios aunque sean malos?

¿Dónde está la fe? Pero ¿por qué no se cree? Hay que decirlo claro y bien alto para que todos lo oigan: *No se cree, porque se vive vida de materia, y menos aun que de materia, de metal. No se cree por dar gusto o por no disgustar a los que llevan el timón y viven vida de materia y de metal.* La materia y el metal, por su pesadez empujan hacia abajo.

Si se quiere creer, hay que desprenderse de aquella vida y odiarla e ir en pos de la vida sobrenatural, no sólo para admirarla y celebrarla, sino para bien vivirla: Que no debemos admirar y cantar a Cristo y a María como pasados, sino presentes a nosotros; y no como muertos, sino vivos entre nosotros. Por esto hemos de bien vivir su vida. Lo sobrenatural es espíritu que, por su ligereza, al cielo asciende.

La Virgen con espada en la mano. ¿Por qué?

Jamás en la historia la Santísima Virgen ha aparecido, con espadas en la mano, como en Ezquioga. Éste es un hecho proclamado por cuantos la han visto, desde el principio de las Apariciones, y en distintas veces, y al que nosotros nos negamos a dar crédito en un principio; como tampoco admitíamos, en un principio, muchas cosas de las apariciones, que nos parecían repugnar con la bondad, la misericordia, la dulzura y otras cualidades pacíficas de Nuestra Señora. Mater misericordie, vita, dulcedo, spes nostra. En esto íbamos de acuerdo con los que no han estudiado el caso.

Pero a los que duden o nieguen una tesis semejante, les responderé que tampoco en la Historia ha habido época, excepción hecha de la prediluviana, de mayor incredulidad, desorden racional y vicio sexual que la actual: vicio, desorden e incredulidad que alcanza absolutamente, con muy pocas excepciones, a todas las clases y categorías sociales.

La Santísima Virgen en sus apariciones y revelaciones no expresa otra cosa. *Ella ha venido y viene, desde hace cerca de tres años, a remediar el mal, pero no se la quiere oír.* ¿Qué cosa, pues, más lógica que sobre la Humanidad, revolcada en el cieno y empedernida en el mal, recaigan terribles, ejemplares e inauditos castigos, en algo semejantes a los diluvianos y en mucho diferentes de éstos por lo peores? ¿Qué cosa más natural que esa Humanidad sea castigada *para ser corregida*, y que los que sobrevivan sean más justos y caminen por los rieles que Dios ha fijado? Y ¿qué simbolismo más exacto el de tales excepcionales castigos que la espada o las espadas con las que, en un principio, la Virgen Madre aparecía?

Cuando se estudia, se sabe; y cuando se sabe, se dan a las cosas su justo valor.

A mayor claudicación humana mayor misericordia divina. Estamos en época de excepcional sobrenaturalismo que hay que aprovechar.

Hay un pasaje sagrado y cuatro hechos, que le confirman, referentes a la actual corrupción humana. El pasaje es éste: “La salud ha de manifestarse *claramente* en los últimos tiempos...” —(1ª Pedro, 1:5)—. Y todo conspira a persuadirnos que nos hallamos en esta postrera época.

Ahora bien; si esta *salud* ha de manifestarse “ahora”, *claramente*, es porque hasta el presente no se había descubierto aún con el máximun de claridad que hace falta, precisamente porque los postreros tiempos de enormes claudicaciones no habían aún llegado. Y ¿cuál es esta “salud”? No cabe duda que es la que precisa la humanidad actual, enferma de terrible dolencia, y que, a causa de esta “salud”, podrá ser curada.

Los hechos, que confirman aquel sagrado pasaje, son: a) La actual obra del Amor Misericordioso, en el que Jesucristo se manifiesta con mayor claridad y dilatación de espíritu; b) Los sensacionales *documentos de la Madre Rafols*, cuya

causa de beatificación está introducida; c) Los interesantes *trabajos de la bienaventurada Gema Galgani*, y d) La ruidosa Obra de Ezquioga, la mayor obra histórica sobrenatural, después de la Redención, que se conoce y con las que las profecías del Amor Misericordioso y de la Madre Rafols y de los trabajos de la bienaventurada Gema, absolutamente convienen. Ésta es denominada “procuradora” y aquella “abogada” de la causa de Ezquioga.

Por la Obra —aprobada— del Amor Misericordioso, de la que plumas autorizadas —los Prelados que han encomiado esta Obra y se nombran al final— han dicho que es un mensaje del Amor Misericordioso a los hombres, particularmente españoles, y a los que sacerdotes, “mediante P. M. Sulamitis, se descubre un ajustado paralelismo con la Obra de Ezquioga, en la que la Santa Madre de Dios envía diariamente mensajes a España y al mundo entero, mediante los videntes escogidos por Ella”.

Por los documentos de la Madre María Rafols, hace un siglo redactados, también aprobados, consta que en estos calamitosos tiempos nuestros, la Santísima Virgen había de hacerse visible hasta si preciso fuere, con extraordinarias maravillas. Ahora bien; ¿qué es Ezquioga sino el gran teatro de todos estos prodigios marianos, tan negados como grandiosos, y más negados por lo colosales?

Por los trabajos de la beata Gema Galgani, en Cataluña, organizando excursiones a Ezquioga, que han reportado excelentes frutos espirituales, y en el mismo Ezquioga, siendo vista la bienaventurada junto a la Santísima Virgen, dando saludables consejos y advertencias a los videntes: ¿qué son sino el singular apoyo y la eficaz defensa a esta misma Obra mariana de Ezquioga?

Es, ciertamente, todo ello una excepcional floración sobrenatural, tan grande y extraordinaria, como grandes y extraordinarias son las negaciones y las claudicaciones de los tiempos actuales.

¿Cómo dejar de creer en tales saludables coincidencias que, por lo providenciales, tocan los términos del milagro?

Pero hay más todavía:

**La Obra de María en Ezquioga es la obra mariana más grande
que se ha obrado hasta el presente**

Una buena estadística de: a) curaciones de enfermedades; b) conversiones de pecadores, c) descubrimientos de secretos íntimos, d) profecías cumplidas, e) castigos merecidos, f) favores especiales recibidos, y g) santificaciones de almas cristianas en los tres años de apariciones y revelaciones de Nuestra Señora de Ezquioga, daría la resultante de que, a proporción, no ha habido ni en el Antiguo ni en el Nuevo testamento obra tan excepcionalmente prodigiosa como la que la Madre de Dios y su divino Hijo están realizando.

Estamos en los comienzos de la misma y todo está en saberse aprovechar de ella. Porque los frutos están llamados a ser inmensos, ya que la prevaricación humana es inaudita.

¡Ah! Es que hay que repetir muchas veces aquello de que “a mayor claudicación humana, mayor misericordia divina, patentizada en esta extraordinaria floración de sobrenaturalismo actual, que precisa explotar, si queremos aprovechar en los caminos de salvación eterna”.

Los enemigos de las Apariciones

La colosal grandeza del asunto, extraño, desusado, maravilloso a todo evento, ciega a los enemigos de las Apariciones, les asusta, empequeñece, aplasta y desorienta.

Pero, ¿qué motivos tienen para obrar así? ¿Han practicado exámenes de videntes? Y si los han practicado, ¿de qué modo? ¿Se encuentran con capacidad suficiente para examinar?

Muchos ni conocen Ezquioga, ni han visto vidente alguno. Hablan porque un compañero excéntrico o despreocupado o desalmado o ignorante se lo ha advertido así. Otros porque habrán tropezado con algún caso dudoso y, hasta si se quiere falaz. Quienes más, porque entre gente *de bien* está de moda hablar así. Y se lanzan por todos los lados y medios a negar, a denigrar, a impedir que la obra sobrenatural surja potente, así como si a una marmita en ebullición se la enroscara fuertemente una recia tapadera para que el líquido no escape.

Pero téngase en cuenta que “la Gloria de Cristo no la disfrutarán aquellos que no la hayan defendido —*la Santísima Virgen, 27 de julio de 1932. Cap.23, Documento Nº 1—*, y la gloria de Cristo es la gloria de su Madre que posponen, ciertamente, a sus intereses creados, los cuales de nada absolutamente les valdrán para el día de la gran prueba.

¿Por qué en lugar de cerrarse a todo examen de videntes, por qué en lugar de excusarse, con el socorrido tópico de en “Ezquioga no hay nada” o “lo de Ezquioga es obra del demonio”, no van a ella con ánimo desapasionado, varonil, de hombres de estudio, y verán como la consecuencia sería enteramente diferente de la que blasonan?

¿Por qué en lugar de examinar a uno o dos videntes a *medias* o a *tercias*, no se les examina y se les prueba y se les contrasta a *enteras*?

¿Es que hay que seguir así? ¿Qué hay empeño en seguir así? Pues aquí de la justicia de Dios, que sabrá vengar los agravios inferidos a su Madre, tanto más cuanto que por empeñarse en seguir así se han perdido y se pierden muchas almas.

El medio del cual se vale el cielo para salvar a la actual humanidad distraída, ciega, empedernida en el pecado, es el propio medio del que se valen sus enemigos para la negación, el vilipendio y el apóstrofe.

No le vemos remedio en lo humano.

Aquel *medio* supremo son las reiteradas, las múltiples “apariciones” de la Santísima Virgen en Ezquioga, tan mal combatidas como incomprendidas, precisamente por *la falta de fe ya muy común y de sentido cristiano*. Apariciones que no son, en manera alguna, nuevas en la Iglesia de Dios, sino trilladas por la Historia Eclesiástica de todos los siglos. El propio Orígenes nos habla de muchos niños de ambos sexos que tenían repetidas visiones parecidas a las que tratamos. Fue, dice él, “una florecencia sobrenatural atribuida a las necesidades de aquellos tiempos de persecución”. Pero estos son, ciertamente más calamitosos aún que aquéllos por la falta de fe, *no llegada* al común de las gentes. ¿Qué extraño, pues que ahora, ante la mayor necesidad presente, sucedan apariciones mayores y más repetidas?

Palabras de Nuestra Señora dando razón de sus Apariciones

“Si he venido a la tierra es porque Satanás se ha apoderado del mundo y quiere terminar con los católicos.” —*Documentación Serie B, Nº 8, c), 25 febrero 1932—*.

“La causa de aparecerme en Ezquioga está en la defección de los ministros de Mi Hijo, que no atienden, como es debido, a sus iglesias; y por

esto me procuro otras almas queridas, a fin de que trabajen, en lo que ellos olvidan” —*Documentación Serie B, Nº 6. 3 set. 1932*—.

“Jesucristo, Mi Hijo, dice últimamente, está muy ofendido, por los ultrajes que recibe del mundo y quiere mandar un castigo. Pero Yo, como soy Madre de todos, he venido a anunciar a Mis hijos que se enmienden, o si no recibirán el castigo del Padre” —*Documentación Serie B, Nº 3*—.

En una palabra: El olvido del cumplimiento de nuestros estrechos deberes, el obrar de espaldas o frente a ellos, y el supremo anhelo del cielo en salvar a la humanidad extraviada, es la triple causa de las apariciones de la Santísima Virgen en Ezquioga, como en la Salette, como en Fátima, como en Beauraing, como en los documentos de la Madre Rafols, se queja tan amargamente de todos sus hijos, particularmente de muchos de aquellos de sus sacerdotes que, no sólo no andan por el camino de la santificación propia y ajena, sino que son rémora de la salvación de muchos.

Las distintas revelaciones a los videntes, que en la Documentación Serie B se exponen, lo declaran hasta la saciedad.

Claro está que en Ezquioga, lo mismo que en otras partes análogas, no todo son visiones o revelaciones verdaderas. Las hay, asimismo, falsas o malas, por el lado que el enemigo o la miseria humana roza.

A aclarar todo esto es a lo que tiende este Libro de investigación histórica, primero; para sobre esta sólida base, sustentar el edificio patológico-teológico que vamos a levantar, el cual sirva de labor informativa y de elementos de juicio, obtenidos a fuerza de estudio, experiencia, paciencia y oración, y en nuestra propia defensa.

Bibliografía de las Apariciones de Ezquioga

No es copiosa como en otras partes, v. gr.: Bélgica y Francia, la bibliografía con respecto al asunto que tratamos; y ello prueba sencillamente la idiosincrasia española. Cuando las apariciones en el mundo entero —y con esto no pretendemos rebajar a nadie, pues hablamos sólo objetivamente— comparadas con las de Ezquioga vienen a ser como un grano de anís comparado con una montaña; y por esta razón nuestra biografía debiera ser inmensamente mayor, resulta lo contrario.

—No hace más de medio siglo que las apariciones de Beauraing se han sucedido, cuando tanta y tanta literatura sobre ellas se ha amontonado. “*Les Annales de Beauraing*”, periódico que aparece semanalmente en Bruselas, refleja exacta idea de toda la bibliografía existente sobre el particular. Nada hay que decir sobre lo que se ha escrito acerca de La Salette, Lourdes y Fátima, sobre todo de la segunda. Cerca de la Gruta de Lourdes hay una librería especializada en asuntos de las Apariciones de Lourdes, en la cual el curioso y el devoto pueden saciar sus ansias espirituales. No cabe duda que los franceses y los belgas en todo esto nos ganan la mano—.

Todo asunto, en efecto, adquiere amigos y enemigos. Cada cual mira las cosas según su manera de ser y de ver. Por consiguiente hay en el asunto de las Apariciones de Ezquioga sus defensores y sus opositores.

Entre los defensores —pocos—, aparte los periódicos serios de los primeros días de las apariciones, que trataban seriamente el caso, inclinados más a su afirmación que a su negación, según en otro lugar queda indicado, son:

- a) *La verdad de lo de Ezquioga*, antes referido.
- b) *Las maravillosas apariciones de Ezquioga*, por el activo don Juan Bta. Ayerbe, Secretario del Ayuntamiento de Urnieta, encaminadas a la afirmación del Hecho y de que éste llegue al convencimiento.
- c) *La Vie social*, semanario francés, que publica hermosos artículos de reconocida devoción a Ezquioga, a cuyo director, sacerdote, se le prohibió, como a los demás sacerdotes, la ascensión al campo.
- d) “*Los videntes de Ezquioga*”. “A la opinión pública creyente”. Depósito en “La constancia”, —San Sebastián, 1931. Folletito de 39 págs., en octavo pequeño—. Es un trabajito de información “para que la opinión pública creyente tenga una recopilación de los datos diseminados en la prensa, en las conversaciones traídas y llevadas de acá para allá y de los que al cabo de los cuatro meses transcurridos desde que se tuvo indicio de algo sobrenatural ha perdido el recuerdo la memoria”. Y por lo mismo que es sencillo es ingenuo, que, salvo algún error de poca monta, merece ser consultado.
- e) “*Un fruto de Ezquioga*. —Hermano Cruz de Lete y Sarasola, religioso de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios— Una nota biográfica con su glosa”. Folletito de 15 págs., en octavo, en el que se reproduce el artículo necrológico sobre el interesado, fallecido el 30 de octubre de 1933, y publicado en la revista mensual ilustrada “Caridad y Ciencia”, órgano de la citada benemérita Orden de la provincia Hispano-Americana, en su N^o 59,

págs. 699 y sigs. Es una hermosa y muy atinada biografía del vidente Cruz de Lete, de cuyas visiones y revelaciones tratamos en este libro; pero tiene sobre todo, mucha envidia, tan hermosa y atinada como la anterior, particularmente cuando pregunta: “En plena juventud, ¿quién trocó una vida tan distraída por una existencia consagrada al servicio de Dios?, para contestar que “fue la Santísima Virgen cuando apareció a esa vida en la montaña de Ezquioga”.

- f) En Bélgica, Mr. Fernand Rmisch (Dorola) de Lyon ha mandado imprimir *L.Enigme d´Ezqioga, publicación de la lucha a favor de Ezquioga*, la llama su autor, en carta a nosotros del 3 de noviembre de 1933, y *en la cual*, añade, *no me dejo influenciar por nadie*. En contestación a ella le hemos señalado el flaco de haberse dejado influenciar por alguien parcial. Nos dice también que nos ha remitido un ejemplar de esta obrita para que podamos dar una apreciación de la misma: ejemplar que, por desgracia, no ha llegado a nuestras manos; pero que, a priori, podemos anticiparle una razón que se hace extensiva a todo este linaje de trabajos; es a saber: que por mucha inteligencia que se tenga de ellos, como están sujetos a la experiencia, se necesita más tiempo, mucho más tiempo del que dichos autores han empleado en el conocimiento, examen, experimentación y contraste de los mismos, si se quiere acertar, y mucho más aún, si se quiere completarlos.
- g) *Merveilles et Prodiges d´Ezquioga*, por G.L. Boué. Tarbes (Francia) Imp. Lesbordes, 1933. Es otra obrita en octava, de 206 páginas, en las que dice el autor “son la reseña de lo que él ha visto y entendido, observado y tomado durante el curso de sus frecuentes visitas a Ezquioga alrededor de las fechas 1931-33. Su trabajo, añade, es el de cronista y narrador. Se contenta con exponer y no juzgar, bien que su experiencia y observación personal, le hayan permitido adquirir, provisionalmente al menos, convicciones que no oculta. Por esto, la obrita de referencia ofrece dos partes bien distintas. La primera parte es el fruto de la observación y experiencia del autor; a las que hay que señalar la razón que, para este objetivo, damos en el párrafo anterior, y que generalmente, salvo detalles, está bien. La segunda parte es también el fruto de la aportación de amigos, conocidos, cuyo nombre no es menester aducir, y ello es otra cosa. Porque los casos recogidos a la ligera por este amigo, por otra parte, muy activo y celoso, se resienten de faltas de atención, examen, tamiz y documentación; y dichos casos, recogidos así, como si el temor alcanzara de que se le apolillasen, habiendo español que trabaja en este asunto, pero que su labor, por contrastada y depurada, va

despacio, tuvo prisa de entregarlos al Sr. Boué quien, ni corto ni perezoso, se dio prisa también en adjuntarlos, sin más ni más a su obrita. Se verá esto confirmado en el curso de nuestra Obra en que, sin ánimo de rebatir, por qué, sin conocer los que trae el Sr. Boué, los teníamos bien registrados, los descomponemos, analizamos y damos la apreciación conveniente. De otro lado, agradecemos al autor las cortas líneas que de nuestra modesta persona tratan y que también en algo rectificaremos. Por lo demás, “Maravillas y Prodigios de Ezquioga” pueden producir buen fruto en personas no exigentes. Citaremos alguna vez la autoridad de este autor en confirmación de lo que exponemos.

Entre los opositoristas, (muchos) se encuentran las Conferencias, que resultaron tristemente famosas, del P. Laburu, S.J. —véanse los capítulos 20-22 donde le rebatimos—. Un pequeño trabajo del P. Luis Urbano, O.P., publicado en determinada revista; “Les faits mysterieux de Beauraing” por el P. Bruno de J.M. Carmelita, en *Etudes Carmelitanes mystiques et missionaires*, Descleé de Brouwer et C^{ie}, París, que, en apoyo de su tesis, trata de los hechos de Ezquioga en los que nada encuentra de sobrenatural —*Documentación Serie B. Un criterio de autenticidad de las revelaciones*—. Y sobre todas estas, como siniestro coloso, de triturador además, álzase tronando la Circular nº 165, del Obispado de Vitoria, de la cual “se ha hecho la más grande difusión en España y que traerá y es preciso esperar la calma de los espíritus”. (¿?) —*La Croix, de París: Léveque de Vitoria et les apparitions d’Ezquioga, por L. Jordá, de últimos de setiembre de 1933*—.

Esta Circular, que no alcanza valor doctrinal ni jurídico: “no valor doctrinal”, porque decide sin formal estudio, sin pruebas suficientes, sin oír a los videntes y contra los mismos Hechos; —Puede que la Curia Episcopal de Vitoria, en examen de algún vidente, haya encontrado al diablo por medio. No lo negamos, porque lo ha habido; y ciertamente, que no lo habrá hallado en tan repetido número de casos como nosotros. Pero de esto no se deduce la conclusión que el Prelado, en su circular de setiembre último, saca de atribuirlo todo a demonio o a otra causa no sobrenatural. En efecto; si tal conclusión fuese verdadera, lo sería también que habría solo demonio u otra causa no sobrenatural en todos los santos y en la iglesia toda. Porque es clarísimo que el demonio, por oficio y permisión divina (que se da para prueba de los santos), concurre allí donde están las obras buenas y santas; allí donde está Dios; y si es que por concurrir a dichas circunstancias hemos de sostener que todo lo que allí concurre es diabólico, entonces se vendría abajo, con todo el orden providencial y sobrenatural, la verdad toda. ¿A dónde nos llevaría la conclusión del Sr. Obispo de Vitoria? Nosotros agradeceríamos mucho el que nos demostrase científica y teológicamente su conclusión, así como nosotros damos ejemplo de

consignarla demostrada en este libro—; y “no valor jurídico”, porque se da fuera de causa; según han contestado a los artículos 24, 25 y 26 de Setiembre último de La Croix, de París, los Sres. Pierre Gergeaux y Desiré Terrel des Cheines, y ampliaremos luego, ha sido el toque de clarín para que todos los que eran desafectados a Ezquioga batieran palmas y largasen en la prensa artículos sin base, puesto que la desconocen; y sin cabeza, porque no la tienen. ¡Triste apostolado de incredulidad social!

En efecto, firmado por Luis Jordá, y remitido desde Madrid a La Croix, publicó este diario francés en dicha fecha un artículo que se limita a exponer y comentar la antedicha circular, añadiendo que después de esta declaración de la autoridad episcopal, no subsiste duda alguna respecto a los *hechos* de Ezquioga”. ¡Pobrecito!

El otro artículo firmado por A. L., pero, que según escriben los que protestan —Copia de la carta de MM. Desiré y Gergeaux a Mr. Lábbe Merklén, remitida a un amigo de aquellos, señor Carlos Guerau, quien galantemente nos la ha enviado y que guardamos— es también del citado Jordá, es más largo todavía, y pretende honores de editorial. Después de un ordinario preámbulo con inexactitudes, respecto al número de devotos y curiosos que en dicho día afluyeron a Ezquioga —el articulista fija en 20.000, cuando llegaron a 80.000 personas— se mete a desnaturalizar como un vulgar los *hechos*, atribuyéndolos a catalepsia.

Pasa después, a citar a G. Bernovilleque, que en 10 de noviembre de 1931, publicó un artículo de información en “Les Etudes”, artículo dice, que discretamente daba la marca, circunscribía tres zonas en que tenían realidad los *Hechos extraños de Ezquioga*. “Una zona de comedia y, a menudo de fraude; una zona de alucinación, de neurosis, de histeria de carácter místico, y tercera zona, igualmente incontestables de veracidad, de sinceridad, de simplicidad, de piedad, de parte de ciertos videntes, sencillas gentes que temen a Dios y creen ver realmente”. Es decir, tres velas: una al diablo, otra a sí propio y la tercera a Dios. Y añade por su cuenta A.L.: “En cuál de estas tres zonas será preciso colocar las intenciones políticas, que no tardaron a afirmarse, no tenemos por qué buscarlo aquí. El juicio de Bernoville nos parece exacto...”

Así se escribe y así se informa docenas de falsedades al público ignaro, tan ignaro como los que le informan. Desde la primera palabra hasta la última de Bernoville, es una sentina de errores y el que le cita ¡vaya fresca para robustecerse con textos ajenos tan averiados!

Todo nuestro Libro contesta palmariamente a estos señores y, en éstos, a todos los que, legión, piensan como ellos. ¿Y por qué es legión? Se tiende a no creer. Se quiere no creer. Pero, antes que este Libro aparezca, son dos valientes señores franceses, antes nombrados, los que, avalada por Mr. l'abbé Duperson, dirigieron una carta a Mr. Lábbé Lión Merklen, redactor jefe del indicado diario parisién *La Croix*, en la cual “protestan vivamente contra las apreciaciones de ambos artículos antedichos con respecto a los videntes y videncias de Ezquioga; puesto que ellos mismos, personalmente Mr. Desiré, diez días, y Mr. Gergeaux, más de un mes, en dos veces que estuvieron, (muy poco tiempo para estos menesteres) examinados los hechos y videntes con calma y con todas las pruebas que le sugería su recto criterio, apreciaron todo lo contrario de lo que aquellos dos artículos falsamente informaban. Esto es, en una palabra; que en Ezquioga hay verdaderos videntes y auténticas visiones y revelaciones de la Santísima Virgen, y todo lo que se diga de que los videntes están aquejados de enfermedad, es una falsedad palpable...”

Nuestros veintidós géneros de Pruebas y nuestra triple Documentación

Al hablar de nuestro bagaje cultural próximo, con relación a los Hechos de Ezquioga —no del bagaje cultural remoto— o sea, los estudios y trabajos anteriores a los mencionados Hechos, porque esto es general, debemos consignar, que nuestras Pruebas, en su raíz, son de tres clases: las materiales, las testificales y las místico-morales.

Las pruebas materiales, —físicas, y psíquicas— las que se palpan, las experimentales, las susceptibles y necesarias a todo hombre de razón y estudio, las hemos puesto en práctica desde el principio de nuestra asistencia a los Hechos de Ezquioga. Y, si en Noviembre de 1931, no encontramos dificultades para ejercitarnos en ellas, no podemos decir lo mismo a raíz de últimos de junio de 1932, cuando nos consagramos de lleno al estudio de las mismas. Por esto, ascendimos a la campa pocas veces; y aún en ésta no era fácil realizar a la perfección las pruebas experimentales; así que tuvimos que desistir y buscar otros lugares cercanos a la campa, donde, a presencia de contadas personas, pudimos realizar nuestras materiales pruebas a satisfacción, antes, en y luego de:

- a) *Los éxtasis y los raptos* (cap. 4).

- b) *Los sufrimientos de pasiones dentro de los éxtasis*, imposibles fuera de ellos (cap. 11).
- c) *Las bilocaciones* (cap. 10).
- d) *Las bipersonaciones* (cap. 10).
- e) *El desdoblamiento de la personalidad* (cap. 10).
- f) *Las curaciones instantáneas o lentas* (cap. 18).
- g) *Los favores especiales recibidos, declarados y reconocidos* (cap. 19).
- h) *El conocimiento y revelación de los secretos* (cap. 19).
- i) *Las profecías cumplidas* (cap. 19).
- j) *La dación de flores y del crucifijo, estando en éxtasis* (cap. 10).
- k) *La locución de varias lenguas y de sendas poesías*, absolutamente desconocidas de los videntes, estando en éxtasis (cap. 10).
- l) *El mobiliario desecho por causas preternaturales* (cap. 10), y
- m) *Las contrapruebas de pruebas*, entrando en éstas las aplicaciones ígnea, lucífera, de simple roce, las punzadas y las spíquicas (cap. 5).

Las pruebas testificales son:

- n) *Los videntes, los impropios videntes y los exvidentes de ambos linajes*, (no los falsos videntes), que viven todavía y que dan razón de sus actos (Doc. Serie B);
- ñ) *Las declaraciones depuradas y contrastadas de ambos linajes de videntes y exvidentes*, con las rechazadas, de éstos y aún de falsos videntes —Las declaraciones de falsos videntes son excepción que confirma la regla y que habla muy elocuentemente de su contrario: la verdad de lo de Ezquioga—.
- o) *Las similares a éstas*, como las practicadas a Teresa Neumann en la obra *Spirago* referidas (id.).
- p) *Los sufrimientos de videntes y simpatizantes*, “*ad instar martyrum*” (cap. 24).
- q) *Las diversas actas levantadas por las 25 expediciones catalanas*, con motivo de la producción de algún suceso de carácter sobrenatural que, en la secretaría de dichas expediciones de Barcelona se guardan, y que es todo lo que entra a la parte de nuestra triple Documentación. Series A.B.C (cap. 23).

Las pruebas místico-morales son:

- r) *Las convicciones adquiridas* a fuerza de observación propia y ajena (toda la obra).
- rr) *Las conversiones a Dios* (cap. 19).
- s) *El mejoramiento de costumbres* (en la Obra).
- t) *Los castigos recibidos* por los que han burlado la acción de la Virgen en Ezquioga (cap. 19).

Nuestra documentación es triple, bajo las Series A.B.C. Bajo la *Serie A* aducimos las pruebas materiales, testificales y místico-morales, que integran el texto y quedan indicadas. Bajo la *Serie B* mostramos el “Diario y Extracto de auténticas Declaraciones seleccionadas de videntes de Ezquioga”, firmadas y rubricadas por los interesados. Bajo la *Serie C*, incluimos “actas, cartas, declaraciones, gráficos, etc.”, firmados y rubricados por testigos de prodigios obrados por la Santísima Virgen en su descenso a Ezquioga. Últimamente adjuntamos un breve *Resumen* de toda la obra. Véase cuanto sea el bagaje científico que en este Libro reunimos. ¿Qué dirán a todo esto los perezosos maldicientes, que, solo por serlo, son enemigos de las apariciones de Ezquioga?. Antes de hablar mal, vean si pueden pulverizar todos y cada uno de los *veintidós géneros de pruebas* enunciadas. Y, luego, vean también lo que ellos pueden presentar para cotejarlo con este Libro, y, si ante su luz, pueden las tinieblas avanzar.

De otro, *todas estas pruebas y toda esta Documentación son las necesarias pruebas y documentación de nuestra defensa propia y obligada, solo en cuyo sentido van publicadas.* Excluidas ellas, nuestra defensa ni sería terminante ni completa, habida razón del perfecto eslabonamiento y nexo existente en todas las mismas y nuestra actuación. Por esto son necesarias.

Examen de pruebas de sobrenaturalidad y preternaturalidad de los Hechos de Ezquioga

No basta, empero, la numeración de linajes de pruebas. Precisa además, conocer su valor para saber distinguir entre la sobrenaturalidad y preternaturalidad de los Hechos de Ezquioga.

La primera prueba de sobrenaturalidad, “base y medio” de las restantes pruebas del propio linaje, estriba en:

- a) *El éxtasis auténtico o divino* (prueba física). Esta prueba es de momento, y se la conoce, —aparte la insensibilidad física del extático e independiente de su virtud—, por las circunstancias especiales que la rodean, sobre todo, el rostro sereno, tranquilo, dulce, rejuvenecido, hermoso, *como transfigurado*; y los ojos, que miran siempre hacia arriba, hacia el cielo, de donde todo bien nos viene; mientras que la prueba de preternaturalidad está en que el rostro del falso extático o diabólico presentase intranquilo, sombrío, hosco, envejecido, feo, *como desfigurado*; y los ojos se dirigen hacia todo, menos hacia arriba: de ordinario miran horizontalmente (cap. 8-12).
- b) Repárese que en todo éxtasis se da la prueba intelectual o psíquica, prueba mayor y formidable, *para el exacto conocimiento de los secretos del corazón y pensamientos íntimos*. Esta prueba es auténtica, si dichos secretos y pensamientos, no habiendo sido manifestados de modo alguno por el que pretende hacerla, son revelados exactamente por el extático. Esto contando siempre con el beneplácito divino, que de ordinario accede, cuando ve que la prueba se pide no para satisfacer espíritu de curiosidad, sino por necesidad o afianzamiento. En ocasiones es Jesús o la Virgen los que sin ser interrogados, anuncian el pensamiento indeclarado; lo cual aumenta la fuerza de la prueba. Cuando el extático no responde acertadamente a los repetidos secretos y pensamientos la preternaturalidad o falsedad es manifiesta.
- c) De igual modo son conocidas *las revelaciones proféticas* (prueba mixta, cap. 8). Estas revelaciones, si son auténticas, van acompañadas de ortodoxia, y ordenadas a la Gloria de Dios y santificación y salvación de las almas; y en cuanto a las profecías, de la seguridad absoluta o condicional, según éstas sean, de su exacto cumplimiento; y viceversa, si no son auténticas (id.).
- d) Así mismo, son conocidas *las curaciones* (prueba física), las cuales, sean instantáneas o no, completas o incompletas, mejoran ciertamente el organismo humano. No así las pseudo-curaciones, que parten de origen diabólico o humano, y que sin mejorar nunca dicho organismo, entretienen la enfermedad por poco tiempo, alterando los humores y acabando por fatal desenlace (cap. 18).
- e) Item, son advertidas *las bilocaciones y bipersonaciones* (prueba física), las cuales son auténticas si tienden a la Gloria de Dios y al bien; y viceversa (cap. 10).

- f) Item, *las conversiones a Dios* (prueba moral), las cuales son auténticas cuando son totales, continuas o no; y falsas cuando son aparentes (cap. 19).
- g) Item, *el don de lenguas* (prueba física) que, siendo don del Espíritu Santo, es auténtico cuando se manifiesta “in bonum”; y falso cuando es “in malum” o para en chocarrerías (id.).
- h) Item, *el diálogo con Jesús y la Virgen o con el diablo* (prueba mixta), el cual diálogo, santamente llevado, dará a conocer infaliblemente la sobrenaturalidad o preternaturalidad de la causa; siendo sobrenatural, cuando ésta tiende, toda ella, a la consecución de las grandes virtudes, y al rendimiento de la mayor gloria divina; y siendo preternatural, cuando se vea en ella desprecio de alguna virtud, chocarrería, conato de blasfemia, blasfemia y hostilidad al género humano. Puede, además, aplicarse a este caso, la regla que en otro lugar señalamos respecto a la voz, gestos y ademanes de la causa, para conocer si ésta es sobrenatural o preternatural (cap. 12).
- i) El diablo no puede insensibilizar completamente al individuo; habida razón de que no está en sus facultades obrar en poder y forma igual que Dios, sino en simular e imitar la insensibilidad para seducir. Por manera que, si se prueba que hay insensibilidad completa sin enfermedad, es que se trata de una obra divina. Para conocer el grado de insensibilidad, y por lo tanto, si es o no obra divina hay que echar mano de las “pruebas experimentales” que detallamos en el capítulo V.

Cuádruple clamor al cielo

Vista la numeración de nuestras pruebas y documentación, llamamos poderosamente la atención del lector, que hay cuatro extremos con respecto al asunto de Ezquioga, que claman constantemente al cielo. Helos aquí:

- a) *La campaña inicua, de palabra y acción y de cierta prensa contra las apariciones y videntes auténticos de Ezquioga y puntos comarcanos; y de infamia, vejación, detención, prisión, destierro y persecución contra la humilde persona que, desde el principio de nuestra estancia en ésta hasta el presente, se desató, sin que nadie nos defendiera, ni se interesara por nosotros, fuera de honrosa y posterior excepción, quedando por ello, nuestra vieja reputación, conseguida a fuerza de tantos años y sacrificios, mal*

parada, no obstante reflexionar sobre nuestro singular sacrificio en ponernos al completo servicio de la Madre de Dios, *que nos lo requería*. “*Sí, nos lo requería*”; *porque si aceptamos este durísimo cuanto ímprobo trabajo, del cual este Libro es su gran síntesis, no fue porque insensatamente apeteçimos* (cualquiera se mete en una labor así) *sino porque, sin pensarlo y menos quererlo, fuimos, como queda dicho repetidas veces solicitados*. ¿Qué esto choca? ¿Qué esto cuesta creer? Pues no es más que la escueta verdad. En su prueba aducimos testigos irrecusables y razones poderosas y estamos dispuestos a ofrendar nuestra vida. ¿Qué más podemos añadir?

- b) *La publicación de las Apariciones (obra de tres años) de la Santísima Virgen en Ezquioga era cosa urgente; porque si se obran constantemente y sin intermisión labores que son hijas de la más alta Providencia, no es para que permanezcan ocultas en el celémín, sino para que su luz brille desde lo alto del candelero para todos. Y esto no ha sido hecho. Y esto se ha procurado ahogar en el silencio, el desdén, la calumnia y la persecución. Y a nosotros, que el cielo nos ha hecho la merced de estudiarlo hondamente, facilitándonos todos los medios para conseguirlo, concediéndonos un estado de fuerzas físicas que no teníamos, hasta el punto de encontrarnos mejor ahora de salud que hoy a treinta años atrás, (y esto considérese si es garantía de la bondad de cuanto con respecto a lo de Ezquioga rozamos) se nos ha grabado, impidiéndonos de muchas maneras, hasta el mal tratamiento, manifestar dicha obra, consecuencia lógica de los especiales estudios dichos, en la inteligencia de que firmemente creemos que, si no lo hacíamos, tal como lo hemos practicado, faltábamos gravísimamente a nuestro llamamiento. Tan es así que también firmemente creemos que peligraría nuestra salvación eterna si, después de tantas pruebas subjetivas y objetivas, como el cielo nos ha deparado para el comienzo, confirmación y término de este trabajo, lo hubiésemos abandonado.*

No somos nosotros los que vamos: nos llevan. “En siendo viejo, dijo Jesús a San Pedro, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te conducirá donde tú no gustes” (Juan 21-18).

- c) Únese a este constante clamor *el general del público, que pide a todas horas y con grandes voces, en muchos actos percibidos, se le suministre esa luz potente que aclare y despeje: aclare las nieblas de la ignorancia y de los puntos dudosos, y despeje la incógnita que no sale del cerebro de los más;*

para que con tal antorcha que, al propio tiempo es alma y vida, lo veamos todo y todos nos veamos.

Extremo, sumamente agravado por el propósito, de los extranjeros, sobre todo franceses y belgas que, más ávidos ¡triste es consignarlo! que los propios españoles de conocer la verdad de los Hechos de Ezquioga, y por carecer de trabajos científicos literarios que la suministren, se dan a la caza de noticias, no siempre de fuente pura, y hacen observaciones, no siempre atinadas, para publicar *algo* sobre Ezquioga; y se lanzan a escribir artículos y hasta libros los cuales, *solo por defección hispana*, no reflejan, no pueden reflejar la verdad pura y entera.

Y dejamos dicho que ello es debido a *solo defección hispana*. ¿Se ve a qué extremos de miseria intelectual conduce el obrar en la forma que se está obrando? De ahí la razón de este tercer clamor al cielo, que pide urgentemente se explanen competentemente los Hechos de Ezquioga para que, a su fulgente luz, todo el mundo vea y diga la verdad.

- d) Más, aparte el derecho natural a nuestra propia defensa, nunca pensamos se llegara al extremo de que, por cuatro veces y en tres distintas curias, habiendo solicitado convenientemente censura y licencia eclesiásticas para la impresión y publicación de dichas manifestaciones, en este libro contenidas, tropezásemos con dificultades tan insuperables que, renunciando forzosamente a toda esperanza, han hecho imposible publicarlas por su ordinario trámite, como quisiéramos y en todas nuestras obras, que no son pocas, hemos practicado. Podremos, cuando se ofrezca, razonar y probar toda esta actuación, de suyo dolorosa, pero también de episodios tan altamente llena que es toda ella una lección soberana.

Pero, la publicación del Libro se imponía. Su contenido, clamaba al cielo. Las *Declaraciones* de los auténticos videntes son testimonio fehaciente de lo que afirmamos. Viven aún casi todos ellos, y no será fácil que aunque se les violente — *este caso se ha pretendido varias veces*—, según hay plan de ello, afirmen lo contrario.

Y es urgente su publicación, porque, particularmente, si pública fue nuestra difamación en juzgado, curias, prensa y criterios individuales y colectivos, igualmente debe ser la reparación, que todavía no se ha hecho; que, para hacerla efectiva, es forzoso comenzar por la defensa cristiana —eso sí, cristiana de nuestra modesta persona y actos y personas en que intervenimos— en un Libro que, sale a la luz con el escudo de la natural defensa, la cual, precisamente, por

ser natural, asimismo se justifica. Piénsese que a las horas presentes hemos sido abandonados de nuestros amigos, negados de nuestros favorecidos, perseguidos de nuestros compañeros, castigados de nuestros superiores y timados de nuestros deudores.

Y nótese bien que *providencialmente* no ha salido este Libro a la luz antes del desarrollo final de la gran crisis de los videntes, —véase cap. 16. El Cisma—, a fin de que, hartas veces corregido, fuera el reflejo perfecto y explicación exacta, de toda la historia externa e interna, tan mal comprendida de los Hechos de Ezquioga.

Unos meses antes que apareciera no hubiera reflejado exacta y totalmente el Plan divino sobre la humanidad actual.

Nuestra labor no es de cronista, no va al detalle. Esto se deja para otros. Tampoco es de juez, que es oficio de la Iglesia, sino de testigo, reo y abogado. Tiende a lo básico, a lo fundamental, a probar científicamente cuantos extremos con las apariciones y videntes de Ezquioga, con los obstáculos y oposición a los mismos, se rozan; pero comprobándolo todo con hechos y autoridades.

Rectitud y buen ánimo, lector querido. Si quieres que este Libro te aproveche, léelo despacio, y no una vez sola, meditándolo y comprobándolo luego. Su ciencia te servirá para confirmar tu fe y defenderte de tus enemigos.

Capítulo I

CAPÍTULO I.— La campa de Ezquioga y las primeras apariciones. Más apariciones, nuevos videntes y afluencia de público devoto. Primeras críticas y oposiciones. Actitud de las autoridades eclesiásticas. La Comisión de Información. A raíz de las primeras apariciones. Fe e incredulidad, aunque inmensamente más fe que incredulidad y obras de ambas. Nuestra llegada a Ezquioga. Las obras materiales de la campa. Interrogatorio y exploraciones practicadas y por practicar.

La campa de Ezquioga y las primeras apariciones



Andrés y Antonia Bereciartua, primeros videntes de la colina de Anduaga, en Ezkio.

En la suroeste ladera del monte Anduaga, en que se halla emplazado el rústico pueblo de Ezquioga, frente a la carretera Zumárraga-Ormáiztegui (Guipúzcoa), precisamente de una coquetona hondonada de robles, manzanos y campos de panllevar rodeada, y por un rico afluyente del Oria fecundada, álzase una explanada de la que emergían unos altos árboles, hoy cortados en su base,

punto en el cual los niños Antonia de 11 años, y Andrés de 7, Bereciartu, a hora de crepúsculo vespertino, del 30 de junio de 1931, a Nuestra Señora por vez primera vieron.

Ambos eran portadores de rica leche, que traían de un caserío, cuando al llegar al punto de la carretera desde donde se divisaba bien aquel lugar, Antonia vio en lo alto de aquellos árboles la aparición luminosa como de la Virgen de los Dolores de Ezquioga, pero llevando el niño Jesús. La “Santísima Virgen”. “Mira, Andrés” —dijo a su hermano. Reconociéndola ambos, y arrodillados rezaron el Ave María, mientras que la Aparición, de gran belleza, sonreía. Recomendoles oración para ellos y para los demás, desapareciendo transcurrida media hora.

—Nueve días antes la vio en Aguerrezabal, Ignacio Galdós, terrateniente y concejal de Ezquioga, quien habiendo contado su visión al ecónomo y a otras personas, se burlaron. Por esto él enmudeció. Más adelante se describe el episodio—.

—Los niños contaron a sus padres su visión; pero el padre, refractario a estas cosas, no sólo no creyó, sino que amenazó a sus hijos con pegarles, si lo contaban. La madre, no obstante, los tomó aparte y, examinándoles, halló veracidad en sus palabras. Al siguiente día, los niños con su madre fueron a verse con el ecónomo, quien les aconsejó reserva y prudencia, marchando éste a la curia eclesiástica a dar parte a su superior. A la hora del crepúsculo volvieron hacia el punto del día anterior y notaron de nuevo la Aparición.

El día 2, el ecónomo y otros sacerdotes de Zumárraga subieron con los niños a la campa. Nada vieron. Pero al otro día, Antonia vio. Repitiéronse las apariciones, que eran asistidas de varios convecinos. Ambos sacerdotes quisieron hacer pruebas con los niños. Les llevaron a distintos puntos, lejos el uno del otro. Y reloj en mano, quisieron convencerse de que, simultáneamente, la misma Aparición era vista de ambos. El resultado fue satisfactorio, aunque la prueba, por simplista no fuera concluyente.

Más apariciones, nuevas apariciones y afluencia del público devoto

Las apariciones marianas, noche tras noche se sucedían sin interrupción. Las gentes, ávidas de piedad, de maravilla y de emoción, venían por las tardes a satisfacer sus ansias, que acababan algunas por videncias; otras por conversiones, y por indiferencia las restantes. Pocos días luego, vio a la Virgen, Evarista Galdós —*Documentación Serie B*, núm. X—. El 11, vió Francisco Goicoechea.

Días después fueron viendo: Benita Aguirre, Pilar Ciordia, Gloria Viñals, Ramona Olazabal, etc.

Un sacerdote rezaba en voz alta el santo rosario, que contestaban todos de rodillas, las letanías en cruz, y luego añadían cantos religiosos. Las multitudes aumentaron. El 4 de julio se reunían en la campa 500 personas con muchos sacerdotes. El día 6 fueron muchos los que vieron a la Virgen Dolorosa en medio de una luz resplandeciente. Días siguientes eran 2.000, 5.000, 10.000, 20.000, 40.000 hasta 80.000 el 18 de julio. El espectáculo era imponentísimo. Toda la campa era un hervidero de personas recogidas, que rezaban, cantaban y clamaban. Los autos llegaban en línea desde Ormaiztegui hasta Zumárraga (10 kilómetros). Pueblos enteros venían con sus sacerdotes en son de rogativa. Algunos “veían”, todos oran; pocos dudaban o negaban. No sucedió percance alguno, ni al desfilar la gente, que lo hacían con orden y religiosidad. Se pensaba en algo que perpetuase la memoria de las apariciones, de las gracias por la Virgen otorgadas y de las multitudes piadosas.

La Virgen, afirmaban algunos videntes, quiere se construya una ermita en la que se ponga su Imagen. Y tras largas dudas y conferencias y negativas, hubo visiones, como la de María Recalde, de un futuro gran templo, y en él, un enorme gentío, que aclamaba a la Virgen, escuchaba atento la fervorosa palabra de un padre religioso, y dos grifos de potable agua, de una saludable fuente mineral, salida cabe la Imagen mariana, allí venerada, que continuamente chorreaban. — Coincide con Recalde, en el punto del sermón, la visión de Ignacio Galdós, del 12 de octubre de 1931. Documentación Serie C, Sec. V, apart. A) día 12—.

Los prácticos y colindantes del terreno negaban que en aquel lugar pudiese haber agua. Al cabo de poco se vio como brotaba y corría fresco líquido potable. “Hay agua” —decían. “Pues tan verdadero como el agua existente, añadían, debe ser el futuro templo”. Y se pensó en una rústica ermita mariana, para la cual la autoridad diocesana denegó el permiso. “Al menos, añadían, hagamos un templete con su fuente, que cobije a la Imagen de María, para que se confirme una vez más que Ella es *Fuente de Gracias*”.

Primeras críticas y oposiciones

Los acontecimientos de Ezquioga no tardaron en hallar tropiezos en toda laya de gentes, desde las más ignorantes hasta las más perversas y ateas. Para

estas gentes todo lo de Ezquioga era supersticioso o absurdo, o negocio. Pensaron en organizar una campaña, y al decir de los diarios católicos vascos, su organizador fue el maestro laico de X, acompañado de socialistas y masones de Zumárraga, quienes comenzaron por pretender ridiculizar los hechos que en Ezquioga se sucedían. Para espantar a los clericales, decían, vamos a simular una carnavalada nocturna en la campa de Anduaga. Otras veces iban armados de linternas venecianas, a través de los manzanares, para hacer creer a los píos, decían, que se trataba de nuevas apariciones. Sobre todo, donde se esforzaron más fue en dar a las declaraciones de los videntes un sentido erróneo con el cual sembraban la confusión entre los mismos devotos.

Actitud de las Autoridades eclesiásticas. La Comisión de Información.

En los primeros días de las apariciones, el Vicario General de Vitoria juzgó prematuro el nombramiento de una comisión de estudio sobre los hechos de Ezquioga; mas permitió la constitución de una Comisión de información —*Merveilles et prodiges d'Ezquioga*, par Boué., pág. 35, I—, integrada por sacerdotes, el médico Dr. Aranzadi, de Zumárraga, y otros señores, al frente de los cuales estaba el ecónomo de Ezquioga; la cual comisión funcionaba en una salita de casa Bereciartu. Allí iban diariamente los videntes a deponer sus visiones y revelaciones.

Al propio tiempo, a falta de otra autoridad eclesiástica, dicha comisión ponía en orden las cosas tocantes al rezo y canto. El 28 de julio, la Comisión de Información —*Merveilles et prodiges d'Ezquioga*, par Boué., pág. 35, I— se pronunció contra la venta y tráfico de medallas, estampas y gráficos, arbitrariamente compuestos, y daba algunas reglas para el buen orden de los ejercicios devotos en la campa. La misma tarde fue publicada una nota del Vicario General, declarando que en Ezquioga no existía oficialmente ninguna Comisión Eclesiástica; que ni el Sr. Obispo ni él ni ninguna Autoridad eclesiástica había nombrado ninguna Comisión para que entendiera en los Hechos de Ezquioga. Que las Autoridades eclesiásticas no creían deber prohibir en modo alguno los actos religiosos que la fe y la piedad inspiraban a los fieles, pero que estos actos no tenían oficialidad. Y que la Iglesia todavía no se había pronunciado sobre la posibilidad de las Apariciones de la Santísima Virgen en Ezquioga. —Id, id., II—.

Esto fue un golpe de muerte a la Comisión de Información, la cual tardó en disolverse el tiempo de los videntes, por causas que apuntamos en este Libro, tardaron en dejar de concurrir a la salita de Bereciartu (fines de diciembre de 1931).

A raíz de las primeras apariciones: Fe e Incredulidad, aunque inmensamente más fe que incredulidad, y obras de ambas.

En la misma fuente es donde se bebe el agua pura. El curso, toma carácter de sus principios. La observación de los hechos, sobre todo en sus orígenes, da lugar a su perfecta calificación. Ignacio Galdós, es hombre, a par de sano, ecuánime, sencillo, pero muy formal. No es capaz de decir cosa por otra. Ha visto a la Virgen, que le ha librado de una gran ruina —*Documentación Serie C, Sec. V, apart. a)*—. Da cuenta y no le dan crédito. Afrentado, se calla. Los dos niños Bereciartu, dos criaturas, igualmente sanas y sin taras, van a su mandato, sin pensar en la Virgen, y la ven. Lo refieren en su casa y tampoco les dan crédito. Su padre les riñe y hasta les amenaza, si lo cuentan. A este tabernero-tendero le convenía dar fe a la Aparición con el objeto de atraer gentes a su industria; y, sin embargo, rehúye todo cuanto con ella roza. Es falso, pues, lo que se habla del negocio suyo como se verá más adelante.

Sucédense más apariciones a otros agraciados, poco más o menos puestos en las condiciones físicas, mentales y morales que los anteriores; que han sido reconocidos por distintos médicos; —En la habitación de casa de Bereciartu, improvisada para reconocimiento y toma de declaraciones, actuando a veces, entre otros, los doctores Aranzadi, de la Comisión, Asuero, Sánchez y Santos.— interrogados y presenciados por sacerdotes y seculares; —Actuaron cura y coadjutor de Ezquioga, Zumárraga y algún otro punto.— y referidos a las autoridades, las cuales, desde un principio, sin la menor protesta, tomaron medidas y enviaron fuerzas para organizar el tráfico y velar por el orden; —*Los videntes de Ezquioga, pág. 7.*— que el mismo clero presencial compulsó y apreció, como caso extraordinario y fuera de lo natural, rezando colectivamente desde el 4 de julio. Y llevándole a establecer la Comisión de Información, la cual funcionó medio año; que el público, integrado por miles de fieles devotos, amén de curiosos, *una voce dicentes*, postrado en tierra y a veces en cruz, rezaba, cantaba, sollozaba, creía y pedía a la Santísima Virgen gracias espirituales y temporales que, en ocasiones conseguían, y surgían nuevos videntes; —*Los videntes de Ezquioga,*

págs. 22-24. Carta del cura de Zumárraga.— que la prensa, desde el 7 de julio, “comenzó a comentar los hechos con el gran interés e imparcialidad con que se reciben noticias de tanta transcendencia”: —*Los videntes de Ezquioga*, pág. 7.— que hasta en el Congreso de los Diputados de Madrid, se comentaban favorablemente las apariciones de Ezquioga —Sucedió esto el 24 de julio. Después de una entrevista de los Srs. Oreja y Domínguez Arévalo, diputados católico-vascos, con el Ministro de la Gobernación, Sr. Maura, quien les dijo: “los únicos que nos darán guerra serán estos señores”, comentaban los periodistas con dichos diputados que, “precisamente la región vasco-navarra debiera preocupar menos al Gobierno, como lo prueban *las manifestaciones grandiosas, con motivo de las apariciones de Ezquioga*. Allí se reúnen, añadían, a diario, millares y millares de personas a rezar el santo rosario, en pleno monte, sin que, a pesar de estas aglomeraciones y la concurrencia de cientos y cientos de automóviles, se haya registrado el más leve e insignificante incidente”. Y termina el cronista citado: “Es la verdad, la pura verdad. Basta un solo ademán del sacerdote que dirige el santo Rosario para que 70.000 personas caigan de rodillas en pleno campo, en medio de un silencio sublime. Y para cuidar el orden, dos parejas de migueletes, que también están de sobra”. *Los videntes de Ezquioga*, pág. 28. Pero precisamente esas 70.000 personas, con tal disciplina, eran las que atormentaban al Sr. Azaña, quien veía huéspedes en los dedos: tormenta que estalló cuando tomó las riendas del Gobierno.— y, finalmente, que *nada* de negocios ni de dinero ni de masonismo ni de espiritismo ni cosa de la tierra se habló en aquellos primeros días. —Lo prueban las declaraciones de médicos, sacerdotes y particulares, que van adelante—.

¿Qué pasó después, para que la maledicencia, la duda y la negación se cebasen en unas Apariciones tan unánimemente recibidas? En toda buena obra hace su nido el demonio; y el caso de Ezquioga, por ser tan excepcionalmente bueno, no podía aquél faltar. Al maestro nacional laico del pueblecito antes citado, se le ocurrió una idea, no a partir del principio de las Apariciones, sino cuando vio que éstas tomaban proporciones gigantescas. “Dijo que el día anterior a las visiones de los niños Bereciartu (28 de junio) la maestra había contado a los niños de la escuela mixta una escena de visiones, al estilo de lo que acontecía en el pueblecito; y que los niños, al volver a su casa, en aquella obscuridad, recordando el relato e influenciados por los efectos de la sugestión, creían ver las apariciones”. —*Los videntes de Ezquioga*, id.—. Mas esto es tan absurdo como avieso: *Absurdo*, porque si los niños Bereciartu, como supone la burda versión, no habían tenido todavía visiones, siendo las de estos niños las primeras notadas, ¿cómo pudo la maestra contar en su escuela “una escena de visiones *al estilo de lo que acontecía en el pueblecito*? *Avieso*, porque en el propio absurdo se ve la intención del desprestigio de *una obra*, que se halla fuera del alcance de la capacidad

mental del pedagogo. Pero, así y todo, éste fue el punto de partida, al que siguieron las gestas de todos los no capacitados, los incrédulos y los amigos de darse tono por sus ideas librescas y comodonas, amén de la gestión político-gubernamental, que se valió de estos —porque así convenía a sus planes— para acabar con las Apariciones.

Pero todos estos señores no podrán presentar una *documentación* de aquella primera época, que abone su manera de pensar, como presentamos, los que estamos convencidos, de lo contrario: Del día 10 es la interesante referencia de cierto médico innominado por el autor de *Los videntes de Ezquioga* que, habiendo permanecido dos días consecutivos en la campa, hizo la siguiente declaración (extractada): “A mi juicio, dice el doctor, no me cabe duda que allí ocurre algo extraordinario... Allí todo es paz, calma y majestad. Pero hay más en lo que allí sucede. La extraña e inexplicable coincidencia de los que aseguran haber contemplado la visión. Me hallaba yo junto al niño (Bereciartu), mientras otros médicos compañeros míos observaban a la niña. Cada uno separadamente del otro, afirman que la ven triste. En esto, una joven de Tolosa, lejos de los niños y que no había hablado con ellos para nada, a mis preguntas contesta que el rostro de la Virgen está muy triste. ¿No es rara la coincidencia para representar como dicen una farsa?

¡Farsa! Que lo pregunten al joven de Ataún y al obrero de Beasaín (que subieron a la campa riendo y burlando, y bajaron convertidos y llorando). Por lo demás, ni antes ni después de la Aparición ni durante ella el pulso de los niños experimenta ninguna alteración; sigue tan natural y tranquilo como si nada sucediese”. —*Los videntes de Ezquioga*, pág. 18—.

Del 12 es la carta del párroco de Zumárraga que expresa: “Conviene tener muy en cuenta que la naturaleza de los fenómenos, de los que somos testigos, es de orden muy superior a las pequeñeces humanas, y aun cuando todo esto no sea hoy más que una simple afirmación de videntes, que hablan con sinceridad, la sola idea de que pudiera ser un hecho sobrenatural verdadero, exige el más profundo respeto por parte de todos, tanto de los que vienen como de los que quedan... Todo en la campa debe proceder con tino, orden y piedad”. —*Los videntes de Ezquioga*, págs. 22-24—.

Del 18 es otra epístola que reseña la parte tan memorable de dicho día, el más frecuentado de todos: “Van gentes, dice, de todas partes, y todos los días ven algunos a la Virgen... Se ve mucha fe en la gente que va, que es de todas las clases sociales... El médico Santos observó minuciosamente a la niña de

Legazpia (Benita Aguirre) de 9 años, la cual vio a la Virgen durante 20 minutos, y dijo que después de la Aparición, quedó completamente normal; y que él cree que hay algo o más de algo de cierto allí. Sin duda la Virgen Santísima quiere consolar a los buenos católicos. Nos hace falta”. —*Los videntes de Ezquioga*, págs. 25-26—.

Del 28 es la nota que la Comisión llamada Eclesiástica lanzó a la opinión pública para orientarla en algunos puntos sobre la conducta que debería observar en dicho sitio. De ella entresacamos: “*Estampas y medallas*. No pudiendo darse hoy más que una tenue probabilidad acerca de la verdad de los hechos prodigiosos del pueblo de Ezquioga... *Piedad y respeto*: Desde un principio se ha notado y sentido en el sitio de las apariciones (así lo confiesan todos) un algo muy difícil de explicar, que insensiblemente recoge, hondamente conmueve y convida poderosamente a la piedad...” —*Idem*. págs. 28-30—.

De últimos de verano es el hecho de la fuente de Santa Lucía que, por tres veces, manó barro para un soldado descreído en las Apariciones y por contera blasfemo, mientras que para los restantes soldados del pelotón manaba agua pura. Este gran hecho testificado por los soldados e informado por los capitanes, se hicieron lenguas las gentes y la prensa de aquellos días. —*Cap. 19, b), nº 10*—.

Durante todo este lapso de tiempo hasta el 15 de Octubre, en que la primera etapa de las Apariciones de Ezquioga acaba, “persistió la animación de este lugar, aunque sin las grandes aglomeraciones; pero lo que desde luego continuó es la fervorosa devoción, que tan gran sensación causa a cuantos por primera vez acuden a Ezquioga, ante la prosecución de las apariciones con grandes visos de realidad; de la celosa recogida de datos por los sacerdotes; y de la concurrencia de médicos que desean buscar explicación a los sucesos.” —*Los videntes de Ezquioga*, pág. 32—.

Últimamente, aducimos el hecho del 15 de octubre, que más adelante tratamos, —cap. 19, nº 9—, para hacer resaltar la existencia y la naturalidad de unos hechos como estos, y la fe, el entusiasmo y el apoyo en los mismos, los cuales son clausurados por el magno de esta fecha, sobre el que hay declaraciones del mismo, hasta anteriores a él, “y, entre cuyos testigos presenciales inmediatos o que estaba a su lado —*Los videntes de Ezquioga*, pág. 34—, se cuentan las señoras D^a Juana Doredell, D^a Consuelo Astorquia y la Srta. Aguirre, de Santurce, las cuales no conocían a la Olazabal.”

Todos estos valiosos testimonios, a los que pueden añadirse las declaraciones firmadas por los videntes ante la Comisión de Información (y

algunas veces también ante nosotros) que se guardan, expresan bien a las claras la fe, el sentimiento y la piedad marianos de aquellos primeros meses, que no podrán borrar, aunque quieran, los que después se resisten a admitirlos. Son los pulidos sillares para la gran fábrica mariana ezquiocense.

De todo lo dicho se colige que, hasta después del 15 de octubre, (léase bien) casi nadie, que sepamos, habló de que “en Ezquioga no hay nada”; (de sobrenatural) de que “todo es sugestión y espiritismo lo de Ezquioga”; amén de los restantes argumentos que, como olas de impuro cieno, se volcaron posteriormente sobre el Hecho de las santas Apariciones.

¿Por qué? Fue cosa muy poca la salida de pie de banco de aquel pedagogo de X, para que pudiera interesar a las altas esferas. Es razón que hubiese algo más, y este algo lo dio El Presidente del Consejo de Ministros recién elegido. Creyó éste que lo de Ezquioga pudiera convertirse en otro Covadonga o en otro Dos de Mayo; porque ciertamente, las Apariciones de Ezquioga hablan elocuentemente de las *necesidades del alma cristiana*, de la *existencia de la vida sobrenatural*, y de las *comunicaciones del cielo con la tierra*, que el régimen imperante niega y burla. ¿Qué se diría, que podría suceder si, hombres como el del primer bienio republicano español, tolerasen que se hablase, que se corease en público y que fuesen defendidas las santas Apariciones?

Por ello, Azaña creó la frase: *Hay que acabar con todo lo de Ezquioga*, frase que han repetido y llevado a la práctica cuantos subalternos han querido merecer, o cuantos temerosos de perder las piltrafas terrenas, no supieron levantar respetuosamente la voz del alma, que a todas horas grita: “Son enemigos de Dios los que a todo trance quieren acabar con las Apariciones de su Madre”. Ésta es la explicación del enigma, para muchos de la persecución contra semejantes Hechos.

Lo notable del caso es que, a partir de la fecha mencionada y, con motivo de la declaración del Dr. Echeguren sobre el caso de Ramona, comenzó a correr el rumor de que los hechos, tenidos por sobrenaturales pudiesen ser naturales. *Allí en Ezquioga*, decían, *no hay nada*. Diez meses luego, los mismos que tal afirmaban, al persuadirse que había algo, cambiaron de opinión, y expresaban: *Hay algo, pero es diabólico*. Y un año luego, el Dr. Múgica, en su circular de Septiembre, dio la razón a los unos y a los otros.

Y sin embargo; los hechos, hechos son y siguen siendo los mismos: solo que en un principio, el espíritu del mal no se había ingerido, —porque no se le había

permitido— en Ezquioga. Si se ingirió luego —como en todo se ingiere, y más en lo más santo— fue porque el cielo lo consintió para purificación de unos y castigo de otros: precisamente cuando comenzaron unos a disiparse y otros a relajarse. Pero, de esto a que “*todo* lo de Ezquioga sea diabólico”, por el cielo no se profieran disparates; ya que el estudio y la experiencia proclaman que si hay una parte diabólica, que no es substancial, esa “parte” no es el *todo*, ni mucho menos, de los Hechos de Ezquioga. Hay grano y hay paja. Avéntese la paja para que en la era quede el grano.

Justamente el diablo, en sus incursiones a lo de Ezquioga no pretende otra cosa que la que le dan hecha los que afirman que “todo lo de ella es diabólico”. Así es como, por efecto contrario, se entroniza, de una, sobre el pedestal que secularmente viene pretendiendo.

Nuestra llegada a Ezquioga

Conocíamos Ezquioga desde mediados de Noviembre anterior, a la cual habíamos acudido con afán de conocer la verdad para poder ser útil, descubriéndola. No es menester decir que vinimos más negando que otra cosa. Pero quiso el cielo que, con el bagaje cultural viejo que contamos, el 14 de Noviembre de 1931 alcanzásemos una prueba formidable afirmativa de las Apariciones cuyos instrumentos fueron: Ignacio Raja y Juanito Larriñaga, de Zumárraga. Sin verse ambos, ni saber mutuamente lo que pensábamos, aquél solicitó la prueba, y éste la dio en un vaticinio cumplido al pie de la letra aquella misma noche. La prueba nos costó una tal fortísima impresión que creíamos enfermar.

El 16, juntamente con D. Gonzalo Formiguera, sabio químico de Barcelona, pasamos a Bacáicoa (Navarra) en cuya mañana observamos, durante cerca de tres horas, en la escuela de niñas a las llamadas videntitas; y, por la tarde, nos trasladamos a Ipurubia (junto al río), donde nos esperaban una serie de pruebas aplastantes, mediante la vidente —cuando escribimos *vidente* o *videntes* a secas, queremos decir que se trata de videntes *auténticos*, o que lo eran en la fecha a la que nos referimos— María Celaya, de feliz memoria, a la cual interrogamos capciosamente sobre un caso, que hacía trece años nos había ocurrido en Espluga de Francolí (Tarragona), el cual caso era sólo conocido del cielo y de nosotros. Fue

respondido exactamente igual que lo conocemos. Del hecho fueron testigos lo menos treinta personas.

Con ánimo, pues, de observar más, sobre todo, de confirmarnos en la verdad afirmativa de las Apariciones que ante semejantes pruebas, no podíamos resistir, seguimos preguntando, ponderando, examinando y contrastando hasta la noche y durante varios días más; al cabo de los cuales fue cuando, *conocimos que, en general y con las prudentes reservas, no solo eran ciertas y buenas estas Apariciones, sino que por ellas, en derredor de ellas y a través de ellas, se descubría un mundo nuevo espiritual-social, que había que escrutar profundamente para bien de todos.*

Y como jamás hemos cerrado las puertas de nuestra alma a todo conocimiento y mucho menos a la verdad, he ahí explicado por qué desde aquel punto las abrimos de par en par al mundo nuevo de las Apariciones, dándole alojamiento, con las dichas prudentes reservas, en medio de nuestro espíritu.

Los trabajos no cesaron. Nuestras comunicaciones con videntes y simpatizantes de Ezquioga continuaron. Las pruebas que teníamos se iban confirmando más. El mundo nuevo se iluminaba con potentes reflejos, y se agrandaban a medida que lo recorríamos con afán; y en la primavera del año siguiente, por una serie de providenciales circunstancias, que podrán conocerse en otra época, nunca por voluntad propia venidos. ¡Que coste!, sino suplicado que viniéramos, fue cuando intervinimos, estimulando a emprender la humilde fábrica que la Reina de los cielos solicitaba en Ezquioga, ya que ningún obstáculo serio lo estorbaba —Al dueño del terreno invitamos a que se proveyera del necesario permiso para la ejecución de las construcciones, que, no habiéndolo obtenido, fue pretexto, mucho luego, de los serios disgustos que sobrevinieron— y consiguiendo, al menos, fuese levantado el actual templete.

Las obras materiales de la campa

La Virgen, verdad y misericordia grandes, tanto como soberana artista, ha sabido escoger uno de los puntos de mejor situación topográfica de la región euskara, en el centro de la ladera del alfombrado monte, de todos los vientos resguardado, y accesible a todas las miradas, de forma que los ojos contemplen y las plegarias asciendan desde la misma carretera. ¿Quién, yendo de viaje, no

invocará a la Madre de Dios y de los hombres, que se muestra en estos sedantes parajes, de verdor y poesía llenos?

Los trabajos por la Virgen no cesaron; porque es Ella y sólo Ella la que inicia, instruye, insiste y estimula esos trabajos. Nuestra misma larga presencia aquí, y todo este Libro, no reconocen otra causa que ésta que, por no distraer al lector del pensamiento dominante que le atrae, dejaremos su rápida explicación para otro capítulo, donde se verá bien impresa la mano de nuestra Señora en todos estos menesteres.

En Junio de 1932 se levantó un grandioso templete, de puro estilo vasco, con su elegante pedestal-pirámide en el centro para sostenimiento de la futura escultura mariana, por la misma Virgen escogida, que, tras devotas luchas, pudimos encargar al varias veces premiado artista valenciano D. José M^a Ponsoda. Detrás del soberbio pedestal, y adosada a él, chorrea una límpida fuente de potables ferruginosas aguas (las que en visión fueron alcanzadas) que el público bebe con afán. Delante del mismo se destacaban algunas pequeñas imágenes de Jesús y de María, con un bordado que representa la futura Titular. Una gran cruz de rosados crisantemos, pequeñas artísticas lamparillas, severos cirios encendidos, ramos de rústicas flores y un gran farol artístico en lo alto del centro del templete formaban todo el menaje del campestre oratorio de las Apariciones, que a templo y cielo sabía.

En septiembre, este rústico oratorio fue rodeado de sólidas artísticas rejas para preservar mejor el trono de la mariana Imagen. Y en la parte posterior del templete, fue construida una espaciosa nave cobijatoria, con destino a ulteriores menesteres, que con el templete comunica, para defensa de la intemperie; y el día 6 de Octubre, entre aplausos, rezos, cantos y vítores de numeroso público, fue colocada en su aparejado trono la Imagen, corona de las medicinales aguas.

Este precioso, por lo artístico, icono de María, mide 1,55 m. de altura, y presenta a la Santísima Virgen Madre de Dios en su advocación de los Dolores. Viste túnica blanca y manto negro, que le baja de la cabeza, la cual es nimbada con corona de doce estrellas. En su brazo izquierdo sostiene al Niño Jesús, de lado, cabello ensortijado, con crucifijo entre las cruzadas manos, y en la derecha, el pañuelo y el rosario. Abajo entre nubes, rodeándola, cuatro angelitos, de rodillas, dos de ellos orantes, y los otros dos en contemplación. Estos angelitos, representan a los que nunca faltaron a la Virgen en el alumbramiento de Jesús.

Tal es la visión de José Garmendia y el facsímil que, también por triple revelación, nuestra Señora escogió para presidir la campa de Ezquioga.

Ante dicha Imagen, desafiando la maledicencia y hostilidad, centenares de hombres, mujeres y niños, videntes o no, venidos de todas partes, se postraban diariamente, sobre todo, de tarde; Y volcaban el corazón —A los siete días de estar en el Monte la Imagen de María fue mandada arrancar por los enemigos—, desbordado en largos rezos, piadosos cantos, fervorosas plegarias, ardientes votos, copiosas lágrimas, rápidos mensajes, altas visiones, interesantes revelaciones, importantes curaciones, hondo conocimiento de secretos, sensibles adquisiciones de gracias temporales y espirituales, ante su Madre, la más Madre de las Madres, la más hermosa de las mujeres, la más glorificada de las humanas puras criaturas, que se descubre a sus favorecidos, igual que san Juan evangelista la viera, vestida del sol, calzada de la luna, coronada de estrellas, con expresión de hondo dolor a par de cariñosa afección divino-humana, dispuesta a conceder mercedes y sostener el brazo de la justicia eterna, rodeada de espíritus angélicos y de bienaventurados, que la aclaman y la cantan, al arrullo de parleros jilguerillos, en el hemicycle de profundos robles, al susurro de la ferruginosa fuente, sobre el verde musgo de la empinada campa y bajo la inmensa bóveda de los cielos.

Aquí tienes lector, un esbozo de historia de las apariciones marianas de Ezquioga que, bien merecía los honores de un gran libro, si no tuviésemos que ocuparnos, de las cosas trascendentes hasta el presente allí ocurridas. Y vamos derechamente a ello.

Interrogatorios y exploraciones practicados y por practicar

Lo primero que a nuestros ojos se presenta luego de ojeada la campa, es la sala de los interrogatorios y exploraciones a los llamados videntes. Fue el mismo Dr. Aranzadi, quien el 13 de Noviembre de 1931, nos llevó a dicha sala, sita en la casa de Bereciartu, en la que él como médico actuaba. El ecónomo estaba también presente, y ambos iban tomando declaraciones en vasco, a diversos individuos de distinto sexo y edad variada. Eran éstos, se nos dijo, los videntes. Como nuestro papel era el de simple observador, tomamos una hoja impresa, que el interrogatorio de los videntes contenía, y la estudiamos, comprendiendo aseguída que el interrogatorio era por demasiado detallista, poco sólido. El citado doctor, con quien conferenciábamos sobre puntos médicos, debió comprender que

no trataba con ningún profano en patología; así que, terminada la tarea de aquel día, nos propuso, que al siguiente, domingo, ocupásemos su sillón en la sala de los interrogatorios, ya que él, necesitaba estar aquel día en la capital de Guipúzcoa.

Para nosotros esto era comprometido, tratándose de habernos en terreno ajeno y con personas extrañas, así que declinamos tanto honor; pero el Dr. Aranzadi, con esa decisión que le es propia, nos respondió: —Nada; yo me voy a San Sebastián, y Vd. Ocupa mi sillón de médico y resuelve las dificultades que ocurran. Así fue; y durante los siguientes días, continuamos asistiendo a dicho lugar, luego de haber concurrido a la campa para observar el ejercicio de los videntes; ocurriendo el caso de que el citado químico Formiguera, que todavía no conocíamos, tomándonos por miembro de la Comisión eclesiástica, seguramente por vernos compartir con los señores de la Comisión auténtica, nos entregó un estudio técnico de la fuente de Santa Lucía, acreditativo del hecho prodigioso, decía, en aquel manantial con ciertos soldados. Pudimos evitar entonces unas malas consecuencias de una contienda habida entre este Sr. y el Dr. Aranzadi, y nos despedimos de la Comisión, sintiendo que los interrogatorios no se llevasen en forma más completa. El tiempo nos dio la razón, porque a poco, los videntes, que aunque simples, notaban aquellas deficiencias, dejaron de concurrir a la sala, y así terminaron los interrogatorios. De todos modos, los miembros de la Comisión guardan una preciosa documentación testifical de los Hechos de Ezquioga. El interrogatorio que nosotros sujetaríamos a ejercicio, por haberlo puesto ya más o menos en práctica, consta de cinco apartados, con relación 1º) al vidente; 2º) a la existencia de la Aparición; 3º) a la forma de la misma; 4ª) a las deducciones que de ello se obtienen, y 5º) al interrogador.

1. *Con relación al vidente*, exploramos: a) el nombre; b) la edad; c) el estado físico, mental y religioso; y g) el estado de vigilia o sueño durante la visión. En una palabra, todos los conocimientos previos que un juez de la índole de que se trata, necesita saber para enjuiciar rectamente. Sin estos necesarios datos, ¿para qué seguir adelante? Al menos son indispensables para completar el estudio.
2. *Con relación a la existencia de la aparición*: a) ¿Habéis visto algo?; b) ¿Qué es lo que habéis visto?; c) ¿Habéis oído algo?; d) ¿Qué es lo que habéis oído?; e) ¿Cómo comienza la aparición?; f) ¿Cuántas veces la habéis visto?; g) ¿Duró mucho tiempo?; h) ¿Cómo desaparece?

3. *En lo tocante a la forma de la aparición:* ¿Visteis luz o imagen?; b) ¿Daña la luz que lleva?; c) ¿Se destaca limpia la imagen sobre la luz?; d) ¿Cómo es y qué color tiene esa luz?; e) ¿Se mueve?; f) ¿Cómo es la imagen, plana o escultórica?; g) ¿Se mueve?; h) ¿Qué edad representa?; i) ¿Está alegre o triste?; j) ¿Forma de su vestido?; k) ¿Color de ídem.?; l) ¿Va sola o acompañada?; m) ¿Conocéis a los que la acompañan?; n) ¿Van sueltos o formando grupo con la imagen principal?; o) ¿Hablan o callan?; p) ¿A qué distancia veis la aparición?; q) ¿Lleva algo en las manos?; r) ¿Color de sus pupilas?; rr) ¿Timbre de su voz?.
4. *Deducciones:* a) Cuando veis la aparición: ¿Sentíais miedo?; ¿Teníais paz?; ¿Os dijo algo?; b) Cuando os hablaba: ¿Os aterrorizaba?; ¿Experimentabais dulzura?; ¿Os atrae la aparición?; ¿Tenéis deseo de volverla a ver?; ¿Sentiríais que os abandonara; c) fuera de la aparición: ¿Creéis firmemente en ella?; ¿La negareis alguna vez?; ¿Qué preferiríais antes de negarla?; ¿Creéis que no fallarán sus anuncios?; ¿Os sentís mejorados de conducta?; ¿Aspiráis a la santidad?; ¿Qué efectos produce en vuestra alma?.
5. *Tocante al interrogador:* a) ¿Tenéis aptitudes para examinar este linaje de trabajos?; b) ¿Qué pruebas habéis empleado con los videntes?; c) ¿Han sido confirmadas?; d) ¿Por qué vidente o por qué cosa?; e) ¿Sabéis a ciencia cierta si son, divinas, diabólicas o fantaseadas?; f) ¿Habéis tomado nota de cada vidente y de cada éxtasis estudiado y de sus declaraciones?

Todos estos apartados son indispensables para el recto enjuiciamiento de los Hechos. Dispensarse de ellos, equivale a formar juicio inexacto, de consecuencias desastrosas. Todo cuanto en este particular se aquilata es poner a contribución la gloria divina y de la santificación y salvación humanas nuestro valer que, en estos casos, siempre queda corto. Por esto es preciso ayudarse de la oración constante, del estudio continuado, de la penitencia diaria, y sobre todo, de una gran dosis de humildad a fin de no perder la gracia, que en estos menesteres se entra por arrobos. Es menester además, conocer la vida ordinaria del vidente, para completar el juicio del conjunto del mismo, así como no desoír a la parte adversa para tomar en consideración lo que deba tomarse.

Y practicado esto, pasemos al estudio de:

Capítulo II

CAPÍTULO II.— Los nueve linajes de hechos de las Apariciones de Ezquioga. Reparos preventivos a los no creyentes y a los creyentes.

Los nueve linajes de Hechos de las Apariciones de Ezquioga

Después de las observaciones practicadas en el capítulo anterior, no se pueden negar *nueve linajes de Hechos*, notorios y públicos, substancialmente iguales, y detalladamente análogos, repetidos diariamente hasta la saciedad, y por tanto indestructibles, en Ezquioga ocurridos. Son los siguientes:

- 1º. *La ascensión, absolutamente espontánea, sin presión de nadie, al monte Anduaga, por algunas personas, expresa y únicamente a invocar a la Virgen, rezándola de rodillas, y con gran devoción el Santo Rosario y otras devociones marianas.*
- 2º. *Durante la mitad del rezo, o más hacia su final, algunos individuos de ambos sexos y de toda edad, condición y cultura, independientemente unos de otros, y manteniéndose de rodillas, en actitud reverente rezando, son atraídos, sin dejar el lugar que ocupan, hacia un punto elevado del espacio; y durante minutos más o menos largos, y hasta algunas horas quedan en absoluta suspensión todos sus sentidos corporales, insensibles a todo, desplomándose o no, pero sin hacerse daño alguno, o siendo arrebatados más arriba, y a veces hablan, profetizan y adoptan actitudes extrañas.*
- 3º. *La visión y audición, por los extáticos de seres celestiales, (la Santísima Virgen, protagonista casi siempre, mezclándose en algunas ocasiones el diablo, para engañar, seducir y desprestigiar) quienes, comunicándose con aquellos, les ordenan cosas referentes a la instrucción y al mejoramiento de las costumbres propias y ajenas, privadas y públicas.*
- 4º. *El cumplimiento exacto de las profecías y las respuestas teológico-histórico-sociales, adecuadas y satisfactorias a las preguntas de índole y para el orden espiritual, dadas por individuos simples e incultos, ajenos a los estudios.*
- 5º. *La perseverancia admirable de los auténticos videntes en tales disposiciones y prácticas, a pesar del tiempo transcurrido, de las inclemencias de éste y de otras penalidades subjetivas y objetivas.*

- 6º. *La dejación de visitar Ezquioga y otros puntos análogos por los que fueron sus videntes, a causa de la cesación de las visiones, prueba que antes los visitaban porque veían.*
- 7º. *La facilidad que se da a todo lo que sea negación, burla y persecución de los Hechos de Ezquioga; y por el contrario, la dificultad y hasta la prohibición para que se les defienda.*
- 8º. *El aplastante para los carnales: “Las curaciones”; el decisivo para los semi-espirituales: “Las conversiones”; el que no tiene vuelta de hoja para los espirituales: “Las profecías cumplidas”; y el deprimente para los que sólo por el terror se inspiran: “Los castigos recibidos”, prueba cuádruple de lo que se ventila; y*
- 9º. *Último. La refutación y pulverización de los argumentos en contra de Ezquioga son las contrapruebas de los referidos Hechos.*

He aquí la simple enunciación de los *nueve linajes* de las Apariciones de Ezquioga. Probarlos hasta la saciedad, es obligado; y a eso vamos en los capítulos que siguen.

Pero, antes es preciso tener en cuenta que estos *nueve linajes de Hechos* no son ideales, fantasmagóricos, novelescos. Son Hechos que pertenecen al pasado y al presente, a la historia y a la actualidad. Para lo primero, hay un sin número de testigos de todo linaje y opinión, verídicos hasta la excepción, y por consiguiente irrecusables. Como hay asimismo, un gran caudal de contrastada documentación, parte, que aquí se inserta, o parte que está bien custodiada. Su enumeración y detalle formaría un gran libro. Para lo segundo, la campa de Ezquioga estuvo abierta a todo el mundo que los quisiera estudiar, medir, pesar, y contrastar, pero con estudio sereno y examen desapasionado. Y actualmente, que por motivos de persecución, no se encuentran allí videntes, se puede estudiar a los auténticos donde moren: bien entendido que el que vaya a constituirse en juez de este examen, es obligado que sepa a ciencia cierta, lo que entre manos lleva, so pena de correr el ridículo y perder el tiempo, como a la inmensa mayoría de los seudo jueces ha sucedido y está sucediendo.

Los *nueve linajes de Hechos* apuntados síntesis forzosa de nuestro estudio de Ezquioga, son la base inaventable de todas nuestras operaciones en estas páginas descritas.

Reparos preventivos a los no creyentes y a los creyentes

Entremos en su paciente cuanto curioso estudio. Antes, empero, vamos a tomar de la mano a todo observador, y como si le mostrásemos la verde campa de las apariciones, antes de que se adentre en las observaciones que haga en ella, le satisfaremos *algunos posibles reparos*, que desdoblaremos, en los que pueden alcanzar los *no creyentes* y los *creyentes*.

Los no creyentes: Para los ateos, que no creen en Dios ni en la intervención de un poder supremo, y menos aún en la acción de Jesús y de María sobre su Iglesia, *los Hechos de Ezquioga*, son una píldora muy amarga que no pueden tragar, pero que, forzados a admitirla, so pena de negarse a admitir la curación de la enfermedad por su medio, le dan vueltas a su eficacia, que presumen atribuir a otras diversas causas. Esta amarga píldora sería la de admitir un Credo y un Decálogo, que desprecian, y unos castigos, sobre todo eternos, a sus transgresores; como sería también la de admitir la vida y pasión de Cristo y de su Madre, y que, por no amoldarse a ella, están lejos de reconocer. Ésta es también la única razón que emplea contra los Hechos de Ezquioga todo linaje de sectarios, sea teórico, práctico o político. Ezquioga les amarga la vida.

Niegan la posibilidad del milagro, cuyo Autor ignoran o presumen ignorar. — Capítulo 4.— El Dr. Wolfgang, Weisl, de Berlín, citado por Spirago —*La Doncella Stigmatizada*, por Spirago. Edit. Lit. Españ. Barcelona, 1931, pág 213— dijo con referencia a la falta de alimentación de Teresa Neumann: “Antes de creer en una revolución del orden universal establecido... me inclino al parecer de que falla el control de una sonámbula, y que Teresa Neumann toma más alimento en este estado que hallándose despierta”. Es decir que, por no caer del lado del milagro, caen del lado de la necedad y del ridículo. Por esto ha afirmado muy bien el Dr. Martín Kreuser, citado también por aquel autor, —*Idem*, pág. 217— que “únicamente los católicos somos los competentes en estos asuntos, porque sólo nosotros podemos apreciarlos plenamente”.

Se dice: “Desde la guerra mundial hay mucha menos religión entre el pueblo; por esta causa la jerarquía eclesiástica quiere acrecentarla de nuevo con los sucesos extraordinarios de Ezquioga y similares”. Más, piénsese que, precisamente, la Iglesia Católica, en sus ministros, es la que se muestra más refractaria a estos Hechos, según se podrá observar en las páginas que siguen.

A los creyentes: Hemos de anticipar que los Hechos extraños que suceden en Ezquioga son dones extraordinarios enteramente gratuitos, que el Espíritu Santo, como que son de Él, reparte donde quiere, a quien quiere y como quiere. —D. Paul ad Corint. 12,11—.

Y los reparte únicamente para la salud del prójimo y provecho de la Iglesia; —Idem. V, 7.— dándose el caso de que, en los tiempos apostólicos, en atención a que la Iglesia no estaba aún difundida, los distribuía con mayor profusión. “Dios es, dice Spirago, como un jardinero que riega las plantas sólo mientras son tiernas. Más, cuando la verdadera fe está en peligro, viene Dios en socorro de su Iglesia con *auxilios extraordinarios*”. —La Doncella Stigmatizada, pág. 49—.

Tales dones no son señal infalible de santidad del que los recibe; —Mat. 7, 22 y 23. Muchos, dice el Señor, me dirán en el día del juicio: ¡Señor, Señor!, ¿pues no hemos nosotros profetizado en tu Nombre, y lanzado en tu Nombre los demonios, y hecho muchos milagros en tu Nombre? Mas entonces, Yo les protestaré: Jamás os he conocido. Apartaos de Mí, operarios de la maldad.— y del Apóstol se colige que pueden hallarse sin la caridad. Sólo el buen uso de estos dones —no los dones en sí mismos— aumentan el mérito del que los alcanza. Los milagros no dan seguridad alguna de salvación. —1ª Cor. 13, 2—.

No obstante esto, apenas hay santo en la Iglesia de Jesucristo que no haya sido adornado de estos extraordinarios dones; que, de ordinario, no se conceden a los pecadores, sino a los justos; y si, en casos extraordinarios, como tal vez en Ezquioga, se da a pecadores o a menos justos, es precisamente para que sus recipientarios, haciendo un buen uso de los mismos, adquieran la santidad, so pena de perderlos, como podremos ir comprobando; y siempre, y en todo caso para que en los instrumentos viles y despreciables se destaque más la Mano que diestramente los pulsa.

Estos prenotandos nos sugieren la visita de todo creyente a Ezquioga para que no se dé a engaño y obtenga de su visita los mejores resultados.

Capítulo III

CAPÍTULO III.— Primer Hecho. Preparación para el éxtasis. Corrimiento de convertidos a Loyola.

PRIMER HECHO.— Es notoria y pública la ascensión absolutamente espontánea, y sin presión de nadie, al monte Anduaga, por algunas personas, expresa y únicamente a invocar a la Santísima Virgen, rezándola de rodillas y con gran devoción, el rosario y otras devociones marianas.

No queramos suprimir ni tergiversar ningún extremo de este “Hecho Primero”, el cual puede sintetizarse en este subtítulo:

Preparación para el éxtasis

La ascensión al monte es espontánea. Hablamos en general. Nadie ha obligado ni obliga a los que suben a Anduaga a verificarlo. Suben, de ordinario, por devoción, admiración, contrición, atrición, especial amor a la Virgen, como atraídos por Ella, o bien por curiosidad. Y suben a pesar de todos los pesares: del penoso afirmado del terreno, de las continuas inclemencias del tiempo, del mal concepto en que los aviesos les tienen, de las burlas y desprecios, muchas veces públicos, y hasta del manifiesto disgusto y persecución de las autoridades. Nótese bien esto. Nótese también que las personas que ascienden a Anduaga son de ambos sexos y de todo temperamento, de toda edad y condición, de todo lugar y linaje, de variada lengua y expresión. Y nótese en tercer lugar, que van expresamente, no a pasar el precioso tiempo ni a gozar de la verde montaña, ni a tomar el puro aire o el fecundo sol ni a ver ni ser vistos ni para ostentación de necias galas ni para nada mundano. Van sencillamente con el objeto de invocar a la Madre de Dios, rezándola de rodillas su rosario y otras devociones marianas, y brazos en cruz la letanía, sin mover la cabeza, sin cuchicheos, exactamente igual que si en el templo estuviesen. Sobre todo, cuando están en cruz, cual si comunidad monacal fuese, es de ver el religioso silencio y la grave compostura, enlazados a veces, con la admiración que produce el comenzado éxtasis o las palabras de penitencia, amor y perdón de algún vidente. Entonces, es el natural remover y rebullir de aquellas masas devotas, cual si tranquila colmena de abejas,

a causa de algo extraño, se agitara, y ponerse en rededor del extático para ver y observar sus palabras, si las profiere, sus actitudes y su desenlace.

Particularmente, corresponde observar el hecho de las madres de los videntes, con alguna otra persona de su familia, que, abandonando sus casas y hasta los demás hijos, que dejan con el marido, se toman la molestia de venir con sus niños a pie, muchas veces, seis, ocho y más kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, con mal camino, bajo la cruda intemperie del tiempo, para llegar a Anduaga: y en lugar de descansar, las recibe el pavimento de la campa, en donde se pasarán un par de horas, o más, rezando y cantando.

Esto, un día y otro día y una semana y otra, y un mes y otro, sin desfallecer. A veces hay quien se compadece de la pobreza y del trabajo de los *escogidos* por la Madre divina para las videncias, y les facilita una vuelta o una ida, según ocasiones.

Y preguntamos: (Nos referimos ahora escuetamente a dichos *escogidos*) ¿Quiénes son estas pobres, sencillas, incultas y despreciadas gentes, que por un fin, que para casi todos es una locura, se mueven tan decididamente? Algo muy poderoso, muy por encima de todos los fines humanos, les seduce y arrastra, hasta llevarlos allí, para rezar, cantar y suplicar a la Madre divina, que les pide desde un principio y en obsequio de los pecadores y del mundo: “oración, penitencia y sacrificio” ¿No es esto significativo? ¿No es tan excepcional que traspasa todas las reglas de la tradición?

Hay que ver y ponderar este Hecho Primero, en general, y particularmente en las ordenanzas y periódicas expediciones navarras, guipuzcoanas, vizcaínas y catalanas, sobre todo estas últimas, convertidas en peregrinaciones devotas.

Corrimiento de convertidos hacia Loyola

En la historia de las Apariciones de Ezquioga se registra un hecho tan marcado como providencial y poco reparado. Trátase de que muchos convertidos, entre los cuales numeramos a videntes y simpatizantes suyos, después de la conversión, como si se les llevase suavemente, corrían hacia Loyola, donde llamando, a uno de los padres de la Compañía, practicaban con él confesión general de sus culpas.

Esto que nada tiene de particular, al parecer, pero que atendidas todas sus circunstancias, lo tiene y mucho, por cuanto denota un plan singular de la Virgen Madre de Dios que, al convertir, mediante la revelación de los secretos del alma a los interesados, no solamente les llevaba a Loyola (como les hubiera podido inclinar a otra iglesia más cercana) a confesar sus culpas; *sino para que los hijos de San Ignacio, que notaban tales ruidosas conversiones, por tal medio conseguidas, se hicieran cargo de la maravillosa Obra aparicionista y la secundasen con su celo y fomentasen con su doctrina hasta que diese los frutos consiguientes.*

¿Quería esto, de la Compañía de Jesús, Nuestra Señora? Y si esto hubiera sido una realidad, ¿estarían hoy los Hechos de Ezquioga en el trance en que están?

Y no es que no estemos satisfechos del trabajo que con respecto al asunto sobre nosotros pese; pues, aunque estamos persuadidos de que, si la ínclita Compañía de Jesús hubiese tomado a pecho el caso, lo más probable es que nosotros no hubiésemos cargado con la parte directa e inmediata que cargamos, sino que eran los PP. De Loyola los que, enterados a fondo de lo que ocurría en las proximidades de su Casa Central, y con los grandes medios de que disponían, otro gallo hubiera cantado a las Apariciones de Ezquioga.

Con esto a nadie hacemos objeto de censura. Lo único que hacemos es observar.

Capítulo IV

CAPÍTULO IV.— Segundo Hecho. Milagro y profecías. Éxtasis y raptos. Clases de éxtasis y raptos místicos. Seis y siete marcados Hechos que las ciencias no se explican y que determinan otros tantos milagros en los éxtasis y raptos místicos. Éxtasis y raptos: a) diabólicos; b) morbosos; c) naturales (falsos). Importancia e interés de los éxtasis.

SEGUNDO HECHO.— Durante la mitad del rezo, o más hacia su final, algunos individuos de ambos sexos y de toda edad, temperamento y condición, independientemente unos de otros y manteniéndose de rodillas, en actitud reverente, rezando, son atraídos sin dejar el lugar que ocupan, hacia un punto elevado del espacio; y durante minutos más o menos largos, quedan en absoluta suspensión todos sus sentidos corporales, insensibles a todo, cayéndose o no al suelo, pero sin hacerse daño, o siendo arrebatados más arriba; y, a veces, hablan, profetizan y adoptan actitudes extrañas.

Vamos a desentrañar todos los extremos de este Segundo Hecho, caracterizado por el éxtasis y el raptos.

Más, antes de darlos a notar, precisa conocer el alcance del milagro y la profecía con los que el éxtasis y el raptos se fusionan y por los que se explican.

Milagro es: a) un hecho sensible, b) por el cual se suspenden las leyes ordinarias de la naturaleza, manifestándose contrario a ellas, y c) que sólo puede ser obrado por Dios. Éste es el auténtico milagro; porque siendo solo Dios autor de la naturaleza, sólo Él es el que puede modificarla, suspendiendo sus leyes. Por esto:

Los milagros son de dos órdenes: del orden primero u orden sobrenatural, los verdaderos; y del orden segundo o del orden preternatural, los falsos. Aquéllos sólo pueden ser obrados por Dios o por los enviados en nombre suyo; y éstos pueden ser ejecutados por el diablo con permiso divino.

Se dice que “Dios no puede permitir que el demonio induzca a los hombres a error”; pero a esto debe añadirse “a error substancial” “y por mucho tiempo”. Y es relativamente fácil distinguir los milagros de Dios de los del demonio, si se les estudia en a) su naturaleza, b) sus medios y c) su fin.

- a) *En su naturaleza*, v. gr.: la resurrección de un muerto o la curación de un ciego de nacimiento superan realmente el poder de todos los seres visibles e

invisibles, excepto Dios. Cuando se obra es solo Dios quien lo obra. Pero el demonio puede mostrar a un muerto resucitado por vías de sensación y de aparición. Y aquí podría tener lugar la confusión entre la apreciación de ambos prodigios; mas es entonces cuando hay que dar paso al estudio reposado, y de él se obtendrá que el primer caso es sensible y duradero, mientras que el segundo caso, aunque puede ser sensible no es duradero.

- b) *En sus medios.* Cuando el milagro es divino, basta la voluntad tácita o expresa de Dios, o del santo que actúa en su nombre para ser producido; mientras que es diabólico, cuando se emplea la superstición u otro instrumento nefando. A estos pueden sumarse los prodigios de la ciencia, los cuales se conocen, porque para estos se necesita un intermediario entre la causa y el efecto, y, además, se pueden repetir cuantas veces se quiera.
- c) *En sus fines.* El milagro es de Dios cuando atiende a su gloria, en general, y a la propagación de su Evangelio, o del bien en particular; mientras que es del diablo cuando va contra semejantes fines y hay de por medio hilaridad, ridiculez o inmoralidad.

Profecía es la predicción *cierta* de un acontecimiento futuro, que pende de la libre voluntad de Dios y del hombre, cuyo conocimiento no puede deducirse de las causas naturales. La profecía en tanto prueba, en cuanto el acontecimiento anunciado se realiza.

La profecía es un *milagro del orden intelectual*, una palabra divina y posee la misma fuerza demostrativa que el milagro. Es un *sello divino* y una *señal infalible* de la revelación sobrenatural.

La profecía es realmente divina si está hecha en nombre de Dios antes del acontecimiento que predice, si se verifica según la predicción; si no es efecto de la casualidad; y si no podía ser prevista por causas naturales.

La predicción y realización son hechos sensibles, a los cuales se les puede aplicar las reglas de la ciencia histórica.

“Dios, dice el Concilio Vaticano, ha querido añadir a los socorros interiores del Espíritu Santo *pruebas externas* de su revelación, es decir, hechos divinos, particularmente *los milagros y las profecías*” Entre estos hechos divinos están:

El éxtasis y el rapto.

(—Cap.VIII.— Preliminares a la ciencia teológico-mística—)

Y, al tratar del éxtasis y el raptó, nos referimos precisamente al éxtasis y raptó *místicos* o de la “vida sobrenatural”, que es la vida de los hijos de Dios en la tierra: vida que es sinónima de “vida espiritual” y de “vida interior”. —*La verdadera mística tradicional*, por el R.P. M^o Juan G. Arintero, O.P. (Edit. Fides.— Salamanca) Introducción—. Porque, asimismo, hay éxtasis preternaturales o provocados por el diablo, y éxtasis naturales o determinados por el arte. Trataremos, pues, de todos ellos, a fin de saber diferenciarlos entre sí.

En efecto, *éxtasis místico* es una abstracción o “exceso de la mente”, una enajenación suave, una transportación no violenta del alma a Dios, con suspensión total o parcial de los sentidos, perdiendo en aquel caso la sensibilidad.

El éxtasis místico, enseña Ricardo de S. Víctor —De contemp. 1, 5, c. 5 usq. Ad. cap. 24— puede provenir de tres causas: de la grandeza de la admiración, de la grandeza de la devoción y de la grandeza del gozo y regocijo.

- a) *Proviene el éxtasis de la grandeza de la admiración*, cuando el alma, altamente ilustrada por el pasmo vehemente que le produce la belleza y bondad de Dios y de su Madre, viene a apartarse de su estado natural y a ser arrebatada sobre sí misma para ser elevada a las cosas sublimes. Tales son de ordinario, llamémoslos imperfectos o de primer grado, los éxtasis de los videntes de Ezquioga. Porque hay algún vidente que reúne los éxtasis perfectos.
- b) *Proviene el éxtasis de la grandeza de la devoción y del amor*, cuando la llama de éste, derritiendo el alma, a manera de cera, hace que abandone su antiguo estado en sí misma y, atenuada, pase al sumo Bien. Este segundo grado de éxtasis es el perfecto, y
- c) *Proviene el éxtasis de la grandeza del gozo y regocijo*, cuando el alma, empapada en la dulzura del divino amor, por el exceso de gozo, no sabe lo que ella es ni lo que fue, y se transforma en el amor divino. Este tercer grado del éxtasis es la corona del anterior

El raptó místico es el mismo éxtasis, pero súbito y violento, en que el cuerpo, a veces, queda total o parcialmente en el vacío, contra todas las leyes de la gravedad. —Dionisio Carthus., Select. Mist., Part. 5, 8, n^o 13.—

Clases de éxtasis y raptos místicos

Conviene distinguir según el Angélico, —S. Thomas, 2, 2, q. 125, art. 3. Ad. 1. Véase: Directorio místico por el P. Juan Bautista Scaramelli, Vol. I. cap. 19 y 20.— tres linajes de raptos: 1º cuando el alma es arrebatada de los sentidos externos, sin perder los sentidos internos, o sea la fantasía y el apetito sensitivo. Tal fue el rapto de San Pedro, cuando tuvo la visión del misterioso lienzo. —Act. Apost. 10 y sig.— 2º Cuando es arrebatada de los sentidos externos e internos y es llevada a alguna representación puramente intelectual. Tal fue el rapto de David: *Ego dixi in excessu mentis meae: Omnis homo mendax.* —Ps. *Credidi CXV, 2.*— 3º Cuando es arrebatada de estos mismos sentidos a la visión beatífica. Tal fue el rapto de San Pablo al tercer cielo. —II. Epist. D. Pauli ad Cor. XII, 2 y 3.— El primer linaje de rapto, que es el menos perfecto, es el que, asociado al éxtasis o disociado de él, tienen de ordinario, los videntes de Ezquioga. Apliquemos estos principios:

Comienza el rezo del santo rosario con reverencia y devoción. Todos están de rodillas. Hacia la mitad del rosario o en su letanía llega el éxtasis. ¿Qué es el éxtasis?

Repentinamente, sin sentirse mal y sin ayuno previo, los escogidos, los videntes auténticos quedan casi siempre privados de los sentidos corporales, de la sensibilidad y, a veces, del equilibrio. Para ellos, en cuanto a organismos humanos, y para los demás, en cuanto a mundo, nada ven ni oyen ni huelen ni gustan ni tocan ni perciben. Aunque se les pinche, aunque se les refuerza la carne, aunque se les sujete a energías de un foco eléctrico potente o del fuego subsisten como muertos vivos, aunque paradoja parezca. Los fuertes porrazos, dándose con frecuencia con la cabeza contra el suelo o contra algún objeto duro, deben, según todas las leyes naturales, causar lesiones, magullamientos, dolores, y sin embargo, nada absolutamente les pasa más que el recuerdo. ¿Qué es esto?

Estamos aquí, en presencia de una realidad, que subsiste contra la ley patológica del dolor, de la postración, del mal estar por horas y hasta por días, que en todos los seres humanos, excepción hecha de los videntes, y a causa del éxtasis sucede. Hemos presenciado este fenómeno un sin número de veces; y volvemos a preguntar ¿Qué ocurre aquí? Por fuerza debe haber en el extático o cerca del extático algún agente poderosísimo que impida el malestar, el dolor y la postración en los que, de no actuar tal agente, sobrevendría.

Por el contrario; el cerebro funciona, y los sentidos, llamémoslos, si se quiere, espirituales, se corresponden con los corporales; y es entonces cuando el alma ve y oye y habla y toca y huele misterios inefables.

El calor y el pulso, sin embargo, son ordinariamente normales; el corazón ritma con una regularidad asombrosa, a no ser en algún extático sobradamente nervioso o asustadizo, que late algo acelerado, pero sin arritmia de ninguna clase; o también en algún tímido linfático, no anémico, que late algo retardado, pero sin arritmia desde luego: aunque se observa que esto en nada afecta al organismo, porque, pasado este trance, queda el corazón en normal estado.

Las potencias anímicas persisten en toda la realidad y firmeza de su funcionamiento orgánico, bien que como si estuvieran desligadas del cuerpo.

Tal estado dura minutos y a veces horas completas, al cabo de las cuales reviene el organismo a su prístino estado, sin que dolor, angustia, quebranto, pesadilla, tristeza, malestar ni nada absolutamente de lo que los accidentados, tras el accidente padecen, quede.

Finalizado el éxtasis, de ordinario, se recuerda todo, creyéndose que en él han transcurrido cortos minutos. El espíritu queda tan libre de toda pesadez, como el cuerpo.

El patólogo, el psicólogo, el psiquiatra y el teólogo místico observan en los estáticos, luego de exacta y pacientemente observados y contrastados, seis y siete grupos de fenómenos taxativos siguientes:

- 1º. Que, no obstante, la pérdida, llamémoslas con más exactitud, suspensión de los sentidos y la sensibilidad, el pulso, de ordinario, y el corazón *contra todas las leyes generales y particulares de la naturaleza*, que la patología estudia, siempre ritman bien, y en ellos no existe arritmia alguna.
- 2º. Que el estudio del ojo, en correspondencia con la suspensión de los sentidos y de la insensibilidad, está inerte, no ve. Y sin embargo, ven, de un lado la Aparición; y, de otro, se dirigen, a veces, al sujeto a quien ofrecen la cruz para su beso, o la flor que, entre veinte manos que se alargan para recibirla, después de unos segundos de espera, la entregan, a lo mejor, a quien no lo pretendía, ni lo esperaba; y de un tercer lado, perciben la luz intensísima, incomparablemente más potente que la del sol, que envuelve a la Aparición, resistiéndola sin que les hiera ni moleste en lo más mínimo. El globo del ojo, algunas veces, observado de frente y más aún de perfil, es de lo más notable que la naturaleza ofrece. Es como un globo de ojo iluminado, fosforescente en su interior, cuya radiante luz se comunica al través del mismo, fijo, como queda advertido, en el objeto de la visión; y, sin ver orgánicamente o exteriormente, según repetidas pruebas realizadas, sigue el proceso de la

visión, alegrándose en los casos placenteros, aterrorizándose en los horribos, llorando con suma pena en los dolorosos, y gozándose en los de suprema alegría. Los ojos extáticos marcan, ciertamente, con exactitud maravillosa, el curso de la visión, y para los que contemplan el acto son sus perfectos indicadores; lo cual, de momento, y, más aún, después del éxtasis, por la relación auténtica del extático, se prueba que el ojo, no habiendo visto *materialmente* nada, ha visto *espiritualmente*, pero a modo material, todo lo que se le ha permitido ver. El estudio del ojo estático es lo más sorprendente que en estos casos puede el patólogo observar. *¿Qué es todo esto sino la existencia y el funcionamiento de fenómenos oculares en contra de las leyes particulares de la visión?*

- 3º. Que durante el éxtasis, *también contra todas las leyes naturales estudiadas por la psicología y psiquiatría que, disociadas de las leyes del compuesto humano, andar no pueden*, las potencias anímicas, la inteligencia, la memoria, la fantasía y la voluntad persisten en toda la realidad y firmeza de su funcionamiento orgánico, siempre con relación al bien y a la perfección.

El post-éxtasis (que es el que podemos estudiar a fondo y con todos sus nimios detalles) con el funcionamiento perfecto de las potencias anímicas, descubre casi siempre que lo que el extático revela está en absoluta conformidad, sin discrepancia alguna, con lo que se le ha observado decir y practicar, a veces, mediante algún sentido orgánico, la vista, sobre todo; prueba palmaria de que hay exacta relación de la revelación contada con la revelación recibida; siendo esta observación otra demostración palmaria de que *el éxtasis no pertenece a ningún fenómeno patológico, psicológico, ni psiquiátrico*.

- 4º. Que los fenómenos del éxtasis no pertenecen al dominio del sueño en sus cuatro fases: somnolencia, sueño propiamente dicho, sonambulismo e hipnotismo; porque, así mismo, *contra todas las leyes naturales, que rigen a estos estados orgánicos*, y que son estudiados por la historia natural y la psiquiatría, el extático se da perfecta cuenta de todo cuanto hace y recibe del agente sobrenatural, cosa que ni en el sueño ni en la hipnosis sucede. En el sueño, que es imagen de la muerte, duerme todo, esto es, hállase *como muerto*: que por esto, por argumento “a simile”, los antiguos llamaban a la muerte “dormición”; mientras que, en el éxtasis se halla solo como muerto, por usar de esta frase, el organismo corporal, nunca el espiritual. Y en la hipnosis, sugestión o presión de una voluntad superior a otra inferior, la

voluntad inferior obedece a la superior, pero el organismo corporal queda libre en sus funciones.

- 5º. Que, durante el éxtasis, es cuando, *generalmente, contra las leyes de la naturaleza*, se suceden las visiones y revelaciones. ¿Esto es posible? ¿Pueden comunicarse Dios, Jesucristo, la Virgen María, los ángeles y santos y aún los demonios con los hombres de este mundo? Aparte de que la respuesta afirmativa es del dominio de la teología; es, generalmente, en este momento del estado orgánico humano *especial*. Es decir, del *estado natural sobrenaturalizado*, cuando se trata de visiones auténticas, *preternaturalizado*, cuando se trata de falsas o demoníacas, cuando los seres de otro mundo se comunican con los hombres. Decimos *generalmente*, porque pueden comunicarse de otras muchas maneras.
- 6º. En el *rapto*, en que el cuerpo es arrebatado a distancia perpendicular, horizontal u oblicuamente, durante el cual se mantiene o no suspendido en el aire, se suceden actos *contra todas las leyes de la gravedad conocidas*. Es el rapto, tanto como el éxtasis auténtico, un fenómeno sólo del orden sobrenatural, en el que, a veces, por excepción y permisión divina, puede intervenir el mal espíritu.
- 7º. Finalmente; terminado el éxtasis, reviene la naturaleza humana (es nuestro modo de hablar) a su prístino estado, sin dolor ni fatiga, sin pesadez ni cansancio, sin descoloración de la epidermis, ni que nada la obligue a extrañarse, en cuanto a su estabilidad orgánica pretérita ni presente; lo cual sucede, asimismo, *contra todas las leyes de la naturaleza*, fenómenos que sólo puede proporcionarlo el cielo. —Todos estos fenómenos, por separados, los iremos estudiando en las páginas siguientes—.

Tenemos aquí, por consiguiente, seis o siete grupos de fenómenos o leyes desconocidas, subsistentes en todo verdadero extático, *contra las leyes naturales* que, en su lugar, debieran presidir estos fenómenos o leyes desconocidas.

¿Qué es todo esto? Invitamos aquí a los patólogos, psicólogos, psiquiatras y teólogos para que, ante unas leyes desconocidas, como las esbozadas, practiquen estudios pacientes y profundos, para poder llegar, con pies de plomo, a las conclusiones seguras que les son inherentes

Pensemos seriamente que cuando la explicación satisfactoria de fenómenos desconocidos escapa a la ciencia de la propia profesión, hay que buscarla en otro

ramo de la ciencia ajena que nos lo pueda explicar. Sostener lo contrario sería temerario y absurdo. Ahora bien; si en la ciencia de la naturaleza no se explican aquellos fenómenos o leyes desconocidas esbozados, es obvio que hay que escrutarlos fuera del orden natural; porque, de lo contrario, cerraríamos nuestros ojos a la evidencia y nos sumergiríamos en un mar de tinieblas espesísimas.

Negar el orden preternatural sería una locura científica, cuando ciertos fenómenos suyos, existentes y coexistentes con muchas de las funciones de la vida, son un hecho. La metafísica no es una ciencia empírica. Pero es que, además, aún sobre este orden, hay otro excelso, que los abraza a ambos y con los que en perfecta armonía vive. Es el orden sobrenatural, que se patentiza por el supremo anhelo del hombre, y particularmente, del alma humana al goce indefinido de lo mejor, de la perfección, de lo infinito. Anhelo, que coexistiendo en todos los hombres de todas las razas, de todos los sexos, de todas las épocas y de todas las culturas, prueba que es un hecho de orden sobrenatural; y, siendo hecho, hay que buscar en él la razón de los verdaderos fenómenos extáticos, cuando en los demás órdenes no se hallan, so pena de negar la razón de la existencia de una parte y la más alta de los hechos humanos. ¿Qué esto es costoso? Pues véase la ciencia que de ello trata, y sométase a juicio a las reglas que esa ciencia, llamada teológico-mística, enseña.

Pero, todavía es pronto para entregarnos a esa ciencia altísima. Veamos, antes, algunos delgados hilos, que hemos dejado sin anudar.

Éxtasis y raptos: a) diabólicos; b) morbosos o patológicos; y c) naturales o hipnóticos, llamados en verdad: Falsos éxtasis y falsos raptos

La verdad hay que considerarla toda por entero. A nosotros no nos asustan las observaciones y experimentos de la ciencia, porque podemos enfrentarnos con ella para darle cuentas o llamadas a las mismas.

Es cierto que, según la ciencia patológica, hay éxtasis y raptos histéricos y naturales, que son enteramente diferentes de los éxtasis místicos o cristianos, y aún de los diabólicos, llamados todos ellos “falsos”, por cuanto aparentan reflejar los fenómenos de los éxtasis y raptos místicos, que son los auténticos.

- a) Por lo que respecta a los éxtasis y raptos diabólicos, hay que convenir en que toman de los fenómenos observados en los éxtasis y raptos auténticos

más que de los patológicos y naturales. Al cabo, los éxtasis y raptos patológicos son enfermedades histéricas, y los naturales son casi enfermedades provocadas por el hipnotismo; mientras que *no lo son* los éxtasis y raptos diabólicos, que como toda obra demoníaca, son una falaz imitación de toda obra buena, del éxtasis y raptos auténticos, para que, a su vista, el inexperto los confunda, y venga de ahí, el engaño y sus lamentables consecuencias.

Al modo que hay oro y oropel, pero que, sin las pruebas correspondientes, cada uno de estos parece oro de iguales quilates; del mismo modo los éxtasis y raptos diabólicos, a simple vista, y sin sujetarlos a las pruebas, parecen éxtasis y raptos auténticos. Todo en verdad, es aparente en el éxtasis y raptos demoníaco: la rigidez, el desplomamiento, la insensibilidad; y, dentro de éstos, aunque paradoja parezca, determinados movimientos de las manos y los ojos, en cuanto al cuerpo; y el funcionamiento del cerebro y de la imaginación, relativo a las visiones y revelaciones, en cuanto al alma. Y esta *apariencia*, por lo mismo que lo es, *es falaz*, único fin que el padre de la mentira, se propone.

Pero, del mismo modo que para conocer el oro y el oropel, los sujetamos al fuego del crisol, el cual nos dirá si son o no puros; dándonos pureza lo que es oro, y escorias, mezclada con oro leve, lo que es oropel; del propio modo, para conocer los éxtasis y raptos, han de ser sujetados a las pruebas experimentales (Cap. 5), resistiéndolas plena y ordinariamente los éxtasis y raptos místicos, y no resistiéndolas los diabólicos ni aún los patológicos y demás que se pretenda.

Hay que andarse con mucho tiento en la apreciación de los éxtasis y raptos. Los hay más diabólicos de lo que parece; y, si a estos se suman los patológicos y otros parecidos, como los llamados naturales o hipnóticos, son muchos más de lo que a simple vista se reconocen. Para evitar equivocaciones precisa contar, ante todo, con videntes auténticos, y sobre todo, con un experto director que sepa discernir, y a quien oigan y se sometan los que no son directores ni conocen tales secretos caminos.

- b) *Éxtasis morbozo, patológico o histérico* es, según Hallopeau, un estado cerebral en el que los enfermos son de tal manera absorbidos por la contemplación del objeto imaginario, que pierden momentáneamente la sensibilidad. El éxtasis morbozo es la forma o modificación (Richet) del tercer período del gran ataque histérico (ataque de éxtasis, período de aptitudes

apasionadas o de *posturas plásticas* de Charcot) al que algunos repugnan que se haya dado este nombre, que de siempre ha tenido una acepción completamente dentro de lo normal. Pero había interés, por lo visto en llevar el éxtasis, *el verdadero éxtasis, que es un estado completamente fisiológico, al campo de lo patológico*". —Así hablan los católicos L. de Corral, catedrático decano honorario de medicina en la Universidad de Valladolid, y J. M^a de Corral, catedrático excedente de Fisiología y auxiliar de Patología médica de la Universidad de Madrid, en *Elementos de Patología General*, obra laureada con el Premio Rubio.— 2 vol., 5^a edición, Valladolid. Tipog. De Andrés Martín Sánchez, 1930— tomo II, pág. 753-4; no como hablan autores materialistas de patología, que no ven en todos los efectos anormales del organismo más que desórdenes y morbosidades del mismo. Aun, en general, los autores católicos de patología se dejan llevar de esta corriente científica, sin parar mientes en que hay en el organismo humano, fenómenos perfectamente fisiológicos, tal como los mencionados éxtasis místicos, de los que trata la teología. Al menos se los estudiara como puntos de observación, para confrontarlos con otros fisiológicos, psicasténicos y psiquiátricos, y poder distinguirlos de éstos, a fin de que no ocurra lo que ciertamente ocurre, de ordinario, con los profesores de medicina, es a saber: que, acostumbrados a no leer en los autores de patología y psiquiatría, más que desordenes, trastornos y enfermedades del organismo, no paran su atención en fenómenos, como los dichos, perfectamente fisiológicos, resultantes de otro orden de cosas altísimas, y, en consecuencia, no les dan el debido lugar y valor que merecen; por el contrario, se les desprecia o silencia—. Si la medicina estudia sus hechos en relación con las leyes, y a esto se le denomina: "medicina legal"; ¿por qué, a su vez, no los estudia en relación con los fenómenos extranaturales, lo que es conocido por "teología mística"? Así es como la patología sería una ciencia completísima y útil del todo. No como se nos sirve distanciada de la teología y hasta frente a ella, en que la falta de estudios y, por éstos, la incredulidad son su corona. "Piénsese que el cerebro puede estar perturbado y el alma, no. El alma sana puede estar en cuerpo enfermo y hasta puede vivir sin el cuerpo. Actuaría el alma como un excelente músico tocando un instrumento defectuoso" L. y J. M^a. De Corral. *Idem.*—

En el éxtasis morbozo el enfermo estaría inmóvil, revelando en su actitud y en la expresión de su fisionomía algo del estado mental que inhibe las demás potencias. La sensibilidad de la piel y mucosas, la visual, y, muchas veces, la auditiva estarían abolidas.

c) *Éxtasis natural o histérico* es el estado provocado por el hipnotismo, en su doble escuela: la de Nancy, cuyo jefe ha sido Buerheim; y la de Salpetriere, de París, cuyo jefe fue Charcot, y puede ser confundido con el éxtasis morbozo. Mas, téngase en cuenta que estas escuelas, si, en parte,

ofrecen verdades, en su mayor parte ofrecen exageraciones, que hay que despreciar.

Richer y Bourneville han consignado las particularidades relativas a dos famosas histéricas de su hospital. De una de ellas dice el segundo: Antes del seudo éxtasis, melancolía, abatimiento, el rostro macilento, absorta en tristes pensamientos, alternando con intervalos de loca alegría, cantos desenfrenados, extravagancias de todo linaje. Sostiene con todos pendencias y resulta para todos intratable. Vienen luego, convulsiones, vómitos, contorsiones, temblores, movimiento de los ojos hasta ponerlos en blanco, baba, etc., de manera que cualquiera creería ver en ella una *endemoniada*. —No todos los médicos actuales admiten la acción diabólica en la humanidad, pero habrán de rendirse a la evidencia.— Empieza el falso éxtasis con una timidez extraordinaria. La seudo estática se imagina ver enemigos por todas partes, fuego, llamas; y con toda la fuerza de sus pulmones empieza a gritar, pidiendo auxilio. A poco, recobra la calma no virtuosa, porque, antes de salir del falso éxtasis tiene necesidad de desahogarse, profiriendo palabras obscenas y escandalosas, en tal grado que Bourneville no tuvo valor para registrarlas textualmente. Se sienta la seudo-extática en el lecho con la vista elevada al cielo, juntas las manos, como si estuviera en oración. Pero ¡que oración! Los vergonzosos desvaríos, las contracciones del rostro y la expresión de lúbrica procacidad menudean.

Toda la persona, el rostro, el tronco, los miembros, se ponen rígidos; los párpados semiabiertos; los músculos de las mejillas están contraídos; las mandíbulas, distan una de otra un centímetro, no pueden acercarse ni separarse; los brazos extendidos en forma de cruz, las piernas apretadas y extendidas, las puntas de los pies plegadas. En una palabra, la rigidez del cuerpo es tal que podría levantarse sin hacerle doblar, cual si fuese de hierro. Al cabo de dos horas la seudo extática abre los ojos, recobra el sentido y exclama: “¡Dios mío, qué bien me hallaba!”. Los miembros, antes pálidos y fríos, durante el ataque, recobran su primer estado; los brazos se repliegan, y luego se extienden como si quisiera desperezarse. A poco le sobreviene un sollozo siempre creciente; inclina la cabeza, la levanta, como si saliese de un sueño; se sienta y se lamenta de esta manera: “¿En dónde estoy? ¡Era tan hermoso aquello!” ¿Qué habrá visto? El cielo, pedacitos de boracina, sanjuanitos, corderitos trasquilados, diamantes, dibujos, estrellas de colores, el Señor de oro y la Virgen de plata. Hasta aquí en extracto, Bourneville. —Estudios patológicos—.

Importancia e interés de los éxtasis.

Únicamente los espíritus ignorantes y adocenados han de mirar con indiferencia la *infinita* gama de fenómenos que, sobre todo, en los éxtasis místicos o auténticos acaecen. Y decimos *infinita*, porque nosotros, que tanto los hemos observado en diferentes personas, todavía no hemos podido contarlos. Toman patente del carácter divino que los causa, y son realmente su sello particular.

Toda una vida absorberíamos en el estudio de los éxtasis, los cuales se presentan con tan rica “variedad una” que es para producir el pasmo y alabar a su divino Autor (hablamos de los éxtasis auténticos). Y ¡qué lecciones tan insospechadas, tan útiles, tan interesantes no se reciben con la asistencia devota a los éxtasis místicos! Se aprende a comunicar con la otra vida; a conocer mejor a Dios, a la Santísima Virgen, a los ángeles buenos y malos y a los santos; a deleitarse en las cosas sobrenaturales; a despreciar la tierra y buscar con ahínco el cielo. El concepto de la vida se toma de diferente modo a como usualmente se toma; se siente vivir más de lo de arriba que de lo de abajo, y se aspira a la suprema unión con nuestro Creador. Pero hay que estudiar los éxtasis no por espíritu de mera curiosidad, sino con el afán de conocerlos para saber lo que se lleva entre manos, bendecir al Omnipotente y aprovecharse de sus lecciones en la vida práctica. —Véanse las tres disertaciones del P. Germán de S. Estanislao, Pasionista, como *Apéndice* a la Biografía de la bienaventurada Gema Galgani, virgen de Luca, (Barcelona, Herederos de J. Gili, editores, 1915); disertaciones tan sabias como oportunas, en defensa que hace de los éxtasis de su santa biografiada.—

Capítulo V

CAPÍTULO V.— Las ciencias fisiológico-patológicas en relación con los éxtasis y raptos de los videntes de Ezquioga. Médicos con fe y médicos sin fe. Del médico al psicólogo y psiquiatra y de esto al teólogo místico. Éxtasis místico sin dolor. Éxtasis místico con sufrimiento y dolor y sus causas y efectos. Nueve cuadros pseudo patológicos. El caso admirable de Enriqueta Tomás. Los éxtasis y raptos místicos son, acaso: a) parálisis histéricas?; b) crisis nerviosas?; c) crisis convulsivas histéricas?; d) crisis epilépticas de carácter reflejo?; e) convulsiones generales de epilepsia esencial?; f) anestesia total o disociada?; g) parálisis traumática de los nervios y aparatos sensoriales?; h) fenómenos catalépticos?; i) el corazón?; j) síncope y la lipotimia?; k) el ojo; l) el tacto; m) pruebas experimentales: aplicaciones ígnea, lucífera, de simple roce, de punzamiento y psíquica; n) las taras; ñ) casos de neurosis, atavismo, radioactividad?; o) enfermedad desconocida?; p) contagio colectivo?; q) titiriteros, acróbatas, charlatanes?. Conclusiones.

Las ciencias fisiológico-patológicas en relación con los éxtasis y raptos de los videntes de Ezquioga.

Los delgados hilos que, en el anterior capítulo, hemos dejado sin anudar son los pertinentes a las ciencias fisiológico patológicas. Mucho se ha querido hacer valer a estas ciencias, por la generalidad de los profesores suyos, para explicar los fenómenos extáticos, ocurridos en Ezquioga. Se quiere que se hallen dentro del campo de la observación y del tratamiento fisiológico médico. Se aguza el ingenio para explicarlos y acoplarlos a determinadas enfermedades, a base de que son accidentes, y como tales, deben figurar en la lista de las enfermedades que dichas ciencias preconizan. ¿Es verdad todo esto? Estudiemos la razón de semejantes afirmaciones, a fin de que estas ciencias no ofrezcan ninguna callejuela por donde escapar, sin que nosotros les salgamos al paso.

El éxtasis místico ¿es alguna afección patológica? ¿Hay alguna enfermedad orgánica de las que las ciencias fisiológico-médicas registran, que se mida y se compulse por los síntomas, el proceso y los efectos que arroja esta presunta afección?

En términos generales, todo accidente nervioso, sea del linaje que fuere, al determinar la pérdida, no de todos los sentidos ni de toda sensibilidad, acusa alteración del pulso, del corazón, del color y del movimiento; y cuando pasa el

accidente, subsiste tal estado de pesadez, malestar, vértigo y pereza, que dura horas y hasta días. Y todos estos efectos no rezan en modo alguno con el éxtasis místico.

Dice Rssiter: “Todos los hombres que han estado enfermos y se han restablecido, desde Adán hasta el presente, han recobrado su salud por un poder divino. No existe otro poder curativo, ya se recobre la salud en un instante, ya en un mes; es siempre el mismo poder el que trabaja, a saber: el poder de la vida, y sólo existe una fuente de vida. El proceso curativo ha sido comprobado muchas veces con el microscopio en una rana viva. Pero más allá del alcance del microscopio y de la razón humana, el poder misterioso de la vida, que no puede verse ni comprenderse, actúa curando y fomentando la salud. Empero, aun la parte del proceso curativo que podemos ver, es cabalmente tan maravilloso y está tan por encima del poder comprensivo del hombre como lo fue la curación del leproso que acudió a Jesucristo”. —*Guia práctica de la salud*. Tratado popular de anatomía, fisiología e higiene, por Federico M. Rossiter, licenciado en cirugía y doctor en medicina. 3ª edición castellana.— Sociedad internac. De Tratados. Barcelona, Apart. 492.— Tomo en 4º de 709 págs.”—.

Por encima de la drogas está la potencialidad de la naturaleza enferma actuando para curarse. Esto maravilla. Y, sin embargo, es esto tan usual y corriente, lo vemos tan a todas horas que no atribuimos la curación a la fuente de la vida, a la cuerda del reloj humano, sino al desenvolvimiento de las causas segundas obrando en la máquina corporal.

Para que sostengamos que Dios obra curando directamente, sobre todo en comprobación de algún caso particular, como ocurre v. gr. en Este de Ezquioga, queremos que la curación sea absolutamente sin drogas, sin ayuda humana, instantánea y no progresivamente; y, aún en este caso, exigimos dictamen de médicos que aseguren que es un caso inexplicable para la ciencia (cuando muchas veces se les pone en grave compromiso de dictaminar sobre lo que no alcanzan, pues no alcanzarán hasta donde llega ni la naturaleza, ni la ciencia, cuando menos el poder divino) testigos de enfermos, radiografías, experimentos con aparatos clínicos, etc.; y son algunos tan exigentes, llamémosles incrédulos, que aún piden más: piden que para reconocer completamente la doctrina que se preconiza, intervenga un prodigio, que llaman de primer orden, como la devolución de un miembro perdido.

Las gentes sin fe y las irreflexivas piden milagros, grandes milagros para creer, y desdichadamente, ignoran lo que piden. Se van tras lo maravilloso,

cuando lo maravilloso les rodea, y por lo maravilloso penetrados están. Todos los días el cielo está obrando grandes milagros; ¿y no los ven?, ¿y no se dan cuenta?

A símile, todos los días, la Santísima Virgen está obrando señalados prodigios en o con motivo Ezquioga, observándoseles por el lado que se quiera; y sin embargo, no se dan cuenta quienes, para creer en las Apariciones de la Santísima Virgen piden nuevos milagros.

¿En quién está el defecto, en la maravilla o en el que no la observa? El ciego que se aferra a que no ha salido el sol, porque no le ve, tiene acaso razón? Pues, ciegos son todos aquellos que, ante los éxtasis de los probados videntes de Ezquioga, insisten en que no ven la luz, cuando la luz está a la vista de todo el mundo.

Médicos con fe y médicos sin fe.

Aunque la ciencia médica no sea confesional, hay que reparar en que no puede estar al margen de los hechos que determinan los síntomas, el proceso, la curación y los resultados de las enfermedades, sino que se han de basar forzosamente en ellos para el estudio de las mismas.

¿Cómo es que en el desarrollo de las dolencias hay médicos que encuentran al Agente divino, que obra en ellas, y otros no lo ven jamás? Porque los primeros no cierran su entendimiento a la luz natural, mientras que los otros, a pesar de esa luz, que se difunde clarísima, los cierran para no verla.

De aquí el que aquéllos, cuando obra Dios en el cuerpo humano, que es siempre, digan que mediante las causas segundas; mas, sobre todo, cuando interviene directamente obrando milagros, reconocen los milagros; mientras que los que aprietan sus ojos para no ver, claro está que no los ven y se extrañan aún de que los otros crean.

Del médico al psicólogo y psiquiatra y del psicólogo y psiquiatra al teólogo místico.

En todos estos asuntos, de suyo complejos, hay que guardar orden y método. Cualquier sandio y hasta cualquier hombre de ciencia particular, por el mero hecho de serlo, corre ávidamente a contemplar un éxtasis, creyendo que va

a encontrar a seguida la cuadratura del círculo; y no piensan que el asunto de las visiones y revelaciones ha de estar intervenida forzosamente, so pena de no acierto, por médicos, psicólogos, psiquiatras y teólogos. Ni los unos ni los otros solos, sino conjuntamente; es a saber, aun cuando cada uno de ellos estudie separadamente un caso concreto, es preciso oír el parecer de los cuatro, para poder apreciarlo en toda su extensión, exactitud y diafanidad. Ni el teólogo sin el psicólogo y el psiquiatra, ni estos sin el médico, ni éste sin aquellos tres.

Primeramente, ha de intervenir el médico, y su estudio se ha de ceñir no a otra cosa que a los estudios de su carrera, esto es, a averiguar si el individuo es o no enfermo, y examinarle con la toma de pulso, observación del corazón, del ojo y de la sensibilidad, *antes, en y luego* del éxtasis; y sólo cuando haya proferido la frase: “Este caso es inexplicable para la ciencia médica”, entonces es cuando debe entrar el psicólogo para observar la normalidad de la mente del observando; y *sólo* cuando se le encuentre a éste alguna anormalidad es cuando debe entrar el psiquiatra para diagnosticar que clase de anormalidad es y si está en oposición a la tenencia de las visiones o si es o no manicomiable. Y *sólo* cuando el psiquiatra haya determinado que la mente es corriente, o levemente defectuosa, sin pasar a más, entra el teólogo místico, quien teniendo ya el camino allanado, pasa al estudio y examen de los éxtasis, las apariciones, visiones, revelaciones y la conducta de vida de los videntes, para dar la conclusión de la veracidad o no autenticidad de los mismos. Cuando el psicólogo dictamine que el sujeto tiene normal la mente, es ocioso que intervenga el psiquiatra.

Cualquier trabajo que de tales normas se separe, no solamente será inexacto e imperfecto, sino estará expuesto a cien errores. Trabajo que ha de practicarse con harta escrupulosidad e interés, a fin de que ningún cabo por atar quede.

¿Se obra generalmente así? Creemos que no. Sin embargo, nosotros en todo este Libro hemos procurado ceñirnos a las normas predichas.

—¿Qué cómo lo hemos conseguido?

—Trabajando mucho, hondo y firme. En los tres años, alrededor de 10.000 horas.

Cuando el 3 de Noviembre de 1932 fuimos a declarar ante el Juzgado de Instrucción de San Sebastián, —Cap. 24. Nuestro interrogatorio ante el juez— el juez, que ya tenía noticia del director psiquiatra de Santa Águeda, de la existencia de algún defecto leve mental de cierto vidente, internado allí; como si nos arrojara un

capítulo de culpas encima, que fuera señal de su victoria y de nuestro oprobio, nos espetó lo siguiente:

Y Vd., sin conocer si los videntes son oligofrénicos, se mete a escrutar si sus visiones y revelaciones son así o asá...

—Comprendimos enseguida que ese garbanzo no se había cocido en el puchero del juez, y le respondimos: Esto creerá Ud., señor juez, que yo no conozco si los videntes son o no oligofrénicos. Tengo hechos estudios sólidos sobre la materia; y precisamente, días pasados, en Santa Águeda, un celebrado médico creyente y yo estuvimos discutiendo este mismo punto con los médicos psiquiatras de dicho manicomio que, ciertamente, contestaron inadecuadamente al punto a que el Sr. Juez se refiere. El oligofrenismo no impide la tenencia de visiones y revelaciones. Y, cambiando de tono y tema añade:

—A su perspicacia de Vd., no escapará que estas visiones y revelaciones no son tales.

—A mi perspicacia no escapa que entre el número de visiones y revelaciones de Ezquioga las hay que son apócrifas, pero las hay también auténticas, que no hay que confundir con aquéllas.

Puede que el juez, por las circunstancias, esperase a que negásemos en redondo las cosas de las cuales tenemos convicción absoluta de que existen y que sabemos distinguir de las diabólicas y naturales. Y esto solamente lo consigue *una perspicacia puesta, muy cerca de tres años, sin hacer otra labor, al servicio de los Hechos de Ezquioga.*

“Para apreciar bien, dice Spirago, —*La Doncella Stigmatizada*, id. Pág. 191— casos como el de Konnersreuth (trata la estigmatización de Teresa Neumann) es menester saber algo más que medicina; ante todo debe estar uno muy al corriente de la ciencia mística. Es preciso a los médicos, en particular, que únicamente juzgan estos casos con sus normas puramente científicas, lo tengan muy en cuenta. Entre el público hay muchos también que forman su opinión acerca de los sucesos de Konnersreuth aun cuando no tengan la menor idea de cosas místicas. El que ha de determinar si un objeto es oro o plata, es preciso que conozca bien los metales preciosos, pues, de lo contrario, puede equivocarse fácilmente y hacer un papel ridículo ante los peritos.

Hasta el diario protestante *Leipziger Neveste Nachrichten* manifestó sobre nuestro tema: *La competencia de la medicina en este asunto es discutible. El dictamen del médico carece aquí de valor, porque no afecta a la esencia del caso,*

pues no se trata de un fenómeno médico, sino religioso, y como tal, es fruto del Espíritu Santo y está sujeto al control de la Iglesia Católica, que hace muy bien en guardarlo y protegerlo”.

En general, los médicos, triste es decirlo, tratan de examinar estos casos con la prevención de las ciencias fisio-patológicas que, no sólo se apartan de Dios, sino que presumen explicarlo todo separados de la primera Causa y sin contar para nada con ella, lo cual, siendo absurdo —Véase nuestra Obra *De Dios a la Creación*, tomo I—, son absurdas igualmente cuantas explicaciones fundamentales sobre el origen del organismo y sus enfermedades pretenden razonar.

No creen en la suspensión de las leyes universales, en el milagro; y como las palabras “impostura” y “fraude” estarían en contradicción con los hechos demostrados en los éxtasis místicos, he ahí el que intenten hallar una explicación natural a los sucesos. Y todo es dar vuelta a estos hechos, aplicándoles razonamientos tan inverosímiles, que hacen desternillar de risa al sabio, pero que, después de vertidos, se quedan ellos (los médicos) tan orondos como si hubieran hallado solución a un imposible.

Pero, veamos, cuáles son los diagnósticos médicos sobre los éxtasis místicos y las explicaciones de los mismos, para que podamos rebatirlos con éxito.

El éxtasis místico sin dolor.

Entremos ahora, a tratar del dolor como síntoma de las enfermedades para la relacionarlo con los éxtasis de los videntes. Su estudio será como la antorcha que se lleva a mano en caverna oscura.

El extático, por razón de sus éxtasis —Capítulo 8-12— carece absolutamente de dolor. Ni dolor nervioso ni somático ni reflejo. Esto prueba que el éxtasis se haya fuera de las leyes naturales de la enfermedad. “El dolor, ha dicho Mr. De Rossiter, —Guía práctica de la salud, por el doctor Rossiter, id.,— es para el cuerpo lo que la conciencia violada es para el alma. Es el amable aviso que la naturaleza da del daño inminente. El dolor, en cualquiera parte del cuerpo y especialmente en los diferentes órganos donde está interesado el sistema nervioso simpático, da ocasión a sensaciones de calor, pesadez, agobio, fatiga, constricción, opresión, ardor, estupor, inquietud, sensibilidad, comezón y punzada.

El dolor de un nervio craneal o espinal o que tiene origen en alguna parte de estos nervios, puede ser punzante, lancinante, fulminante, roedor, taladrante, palpitante y penetrante.

El dolor indica enfermedad. La ausencia de dolor en la enfermedad es un gran peligro, porque pueden ocurrir inadvertidamente graves alteraciones como sucede en muchas enfermedades orgánicas”.

Por esto, si nos objetáis que el extático puede no tener dolor y sí enfermedad, os responderemos que eso se conoce estudiando al extático, viéndose que por razón del mismo carece de síntomas ni efectos de enfermedad.

Se dirá que es ahuyentando o calmando el dolor, como se calma con narcóticos. Más los extáticos ni los conocen ni los emplean. En general y en particular ninguna de las enfermedades del sistema nervioso tiene puntos de contacto con los éxtasis.

El éxtasis místico con el sufrimiento y el dolor, y sus causas y efectos: Nueve cuadros pseudo-patológicos

Vistos los seis y siete marcados *hechos*, declarados en el capítulo IV y que podíamos calificar de “éxtasis y raptos *místicos* dulces”, pero inexplicables a la ciencia médica; consideremos ahora, si puede explicar otros hechos más materiales, aunque complejos, realizados dentro de aquellos éxtasis y raptos.

Estamos ante unos extáticos, como los referidos en los capítulos IX —El Viernes s. de 1933 en Ezquioga Cap. 10, c)— y XI —*Un ejemplo aplastante, que N^a Señora intitula: “Más nuevas pruebas de mis Apariciones en Ezquioga”*. Cap. 11, i)—. Examinados precedentemente, no se notan hereditarias taras. Todo en ellos es normal: el pulso, el corazón, el ojo, las funciones orgánicas y mentales.

Atendamos a lo que les sucede: Hemos visto que *el éxtasis místico*, por razón de sí mismo, carece de dolor. Vamos a ver, ahora, *cómo hay éxtasis místico con dolor*.

Cuadro primero: Presenciamos que los extáticos se quejan amargamente, desmedidamente. Sus ayes convulsivos son horribles: convulsiones y ayes que, antes, pero dentro del éxtasis, han anunciado claramente. Notamos que los brazos y las piernas y la cabeza, sin que nadie intervenga ni ellos mismos se toquen, se les va retorciendo, lenta pero decididamente, sin que ninguna fuerza pueda

estorbarlo. Las retorcidas afectan a una vuelta entera, a entera y media y hasta dos vueltas completas. Se oye el crujir de los huesos y el descoyuntamiento de las articulaciones. El dolor, por supuesto, es inaudito y casi no se puede ser testigo de semejante escena. Ningún ser humano, por fuerte que se le suponga, podría aguantar normalmente más de media torcedura, sin desmayo y desplomamiento; y, no obstante, el extático en pasión, sufre este linaje de torceduras, sin síncope; sin caer a tierra, sin anomalía del corazón, conservando bien las facultades mentales, extáticamente. Al cabo de minutos vuelve todo a su estado normal, *sin consecuencias*.

¿Qué es esto? ¿Puede la ciencia médica explicar todo esto?

Otro cuadro: Al quejarse el vidente, en pasión, de un intenso dolor al cuello y llevarse la mano a él, hemos visto que un gran abultamiento carnoso le asoma por entre el chaqué y la cabeza, de forma que el extremo de tal abultamiento le llega a la mitad de ésta, el cual mide de 10 a 15 centímetros de alto por otros tantos de diámetro en su base. Asombrados, lo palpamos, lo medimos y lo examinamos, y no sólo es, al parecer, excrecencia carnosa, que minutos antes no existía, sino que son tejidos carnosos, con normal temperatura, rodeando al hueso, como prolongación de la espina dorsal. —Vean, ustedes, decimos a los circunstantes, que pasan de 30: Esto que debería ser un imposible, realmente no lo es.— Todos asienten a nuestra observación. Mas, a poco, crece el asombro, cuando vemos y palpamos que todavía bajo nuestra mano aquel raro fenómeno, insensiblemente, pero de prisa se va reentrando hacia el lugar de donde debió salir, hasta quedar aquella región en estado perfectamente normal y *sin las más ligeras consecuencias*.

¿Qué es esto? ¿Puede la ciencia médica explicar todo esto?

Tercer cuadro: Adelantando la hora, los propios videntes se quejan atrozmente de fuertes zurriagazos que les ministran; y en su acerbo dolor, llevan las manos al punto aquejado. Nadie les toca ni ellos mismos. Y, al terminar, examinado detenidamente el punto o los puntos de los invisibles zurriagazos, se observan marcadas moraduras, unas, y sanguinolentas, otras, pero recién hechas, cosa que denuncian el color y la temperatura corporal; y, aun cuando el organismo se halla naturalmente fatigado, al cabo de pocas horas, contra las leyes naturales, *nada anormal de lo observado queda*.

¿Qué es esto? ¿Puede la ciencia médica explicar todo esto?

Cuarto cuadro: Ciertos movimientos, actitudes y frases de honda pena de los extáticos revelan que son martirizados con sendas espadas, y también con largos punzones encendidos, como de medio metro de largos. Termina la pasión, y examinado el sujeto afectado, se le aprecian, en la parte anterior y superior pectoral hendiduras de medio centímetro de diámetro por 25 milímetros de ancho, con sangre, unas, y cauterizadas otras, con cauterio recién hecho, cosa que el color, el olor, y la temperatura denuncian. Y *sin ninguna consecuencia*.

¿Qué es esto? ¿Puede la ciencia médica explicar todo esto?

Quinto cuadro: Por las palabras de los videntes en pasión descubrimos que asisten a una visión del purgatorio. Es también cuando en esta ocasión exhalan un chirrido horrible, espantoso, ininterrumpido, de dos a tres minutos de duración, sin dar lugar a la respiración, parecido a trémolo de dos a tres notas agudas sonando a la vez, tan singular y descomunal que, acabando con un terrible y largo *¡ay!* nos descompone y hiela de horror. Su término, que debería ser el síncope u otro accidente parecido, acaba *sin ningún linaje de consecuencias*.

¿Qué es esto? ¿Puede la ciencia médica explicar todo esto?

Sexto cuadro: Uno de los más salientes fenómenos habidos en estas pasiones consiste en que los dos o tres videntes afectos a ellas simultáneamente experimenten iguales angustias, patenten idénticas escenas de dolor, muestren parecidas facciones y hablen las mismas frases y hasta los mismos vocablos. Como si uno o más invisibles agentes les atormentasen, a la vez, de forma que les obligasen a pronunciar idénticas locuciones y practicar iguales manifestaciones de terror. Se nota que sudan térmicamente, que llevan cardenales y que sangran alguna vez por el punto que manifiestan ser azotados o saeteados, *pero sin consecuencia alguna*.

¿Qué es esto? ¿Puede la ciencia médica explicar todo esto?

Séptimo cuadro: Nos anuncia la vidente X que la Stma. Virgen la ha prometido que, en determinado día y hora, la dará a sufrir una fase, la más dolorosa de la pasión, consistente en que *se le secarán los pies*. Ignoramos la esencia de esta fase. Mas, en efecto, a la hora del día anunciado, ante varios testigos, quedando la vidente postrada en el lecho, sin estar ni por asomos enferma, y descalzos los pies, comienza a quejarse tan amarga y violentamente, que notamos que, sin que nadie la toque, al propio tiempo que se le retuercen los pies, los tejidos carnosos de éstos, se le van lentamente disminuyendo, pero sin que en ninguna región de la pantorrilla se le note acumulación de substancia

carnosa ni engrosamiento de ningún linaje. Primero un pie, y luego el otro, van enflaqueciendo de tal modo que se muestran esqueléticos, como de piel forrados, algo así como de momia, mas con el color de vivo sano. Dura el fenómeno más de media hora, y la paciencia afirma que son tan acerbos los dolores que cree no poder resistirlos sin fallecer. Al cabo de aquellos minutos, lentamente los pies van adquiriendo la materia carnosa, hasta quedar perfectamente normales, desapareciendo, luego, el éxtasis, *sin que rastro quede ni consecuencias*.

¿Qué es esto? ¿Puede la ciencia médica explicar todo esto?

Octavo cuadro: Nótese que durante las 21 horas de tormentos espantosos e indecibles, los videntes afectos no comen ni beben ni descansan. No evacúan ningún linaje de necesidad. No pronuncian palabras groseras, heterodoxas, desesperadas ni actitudes descompuestas e indecentes. Por el contrario, en medio de la violencia de los sufrimientos, que nos recuerda a la de los mártires, tienen paciencia, resignación, conformidad con la voluntad divina, oración y deseos de padecer más. *Todo, sin consecuencias*.

¿Qué es esto? ¿Puede la ciencia médica explicar todo esto?

Noveno y último cuadro: Asistimos al éxtasis de un probado vidente, que se ha desplomado. Notamos que en tal circunstancia ejecuta actos que responden a una fuerza y celeridad extraordinarias. Se da golpes y porrazos tremendos, aun contra la cabeza, que deben determinar magullamientos y chichones enormes. Sin que nadie visiblemente le mueva es arrastrado hacia debajo de la cama o del armario de luna, en posición para hacerse gran daño. Lo pretendemos sujetar de los brazos, y entonces, es cuando contrastamos la fuerza enorme que desarrolla. Esta fuerza es anormal. Si nos descuidamos nos lleva contra la pared; y puestos allí, la secreta fuerza nos estruja de tal modo contra el muro que creemos nos va a reventar. Lo dejamos por imposible, quedando nosotros cansados, fatigados y casi sin fuerzas.

¿Qué hay aquí? El vidente no es epiléptico y rebosa perfecta salud. Es manifiesto que está intervenido por un agente misterioso. ¿Diréis, quizá, que es el demonio? Mientras el acceso le hemos exorcizado, y la prueba ha dado un resultado magnífico: Aquel agente ha desaparecido. ¿Objetaréis que es un caso de posesión diabólica? Y respondemos resueltamente que no; porque el vidente, durante el acceso, detesta al diablo, lleva el Crucifijo en la mano y se encomienda a Jesús y a la Virgen y no da las acometidas usuales en las posesiones diabólicas.

¿Qué es esto? ¿Puede la ciencia médica explicar todo esto?

El caso admirable de Enriqueta Tomás.

Causa gran pasmo y está sujeto a paciente estudio del Dr. Miguel Balari, de Barcelona, el hecho de la estigmatizada Enriqueta Tomás. En 1920, esta piadosa mujer, por encargo de su confesor, recuperó una Sagrada Forma, que unos masones profanaban. Poco después, fue favorecida con visiones místicas, en una de las cuales, Jesucristo le aplicó su mano en la parte superior de los brazos de Enriqueta, que, desde entonces, ha venido sufriendo ciertos raros dolores, que le producen unas llagas, las cuales permanecen abiertas durante la Cuaresma, y se abren y cierran cada semana, en el resto del año, particularmente los viernes, período álgido de las mismas.

Estas llagas se presentan afectando formas hieráticas, entre otras, la cruz, el Corazón de Jesús y María traspasados con un dardo, el escapulario de la Virgen y el dragón infernal.

Hemos visto toda la valiosa colección cartularia, que pasa de 300 números, —Fecha 20 de Noviembre de 1932— con sus correspondientes fechas, brazos a que afectan, firmas y rúbricas de personas, entre éstas, reputados doctores, que asistieron a la observación de las llagas, más la fotografía respectiva, y que el nombrado D. Balari nos mostró, acompañando a cada número su pertinente explicación.

Asistimos, así mismo, el 18 de Noviembre de 1932, al examen experimental de estas llagas en casa del letrado D. Mariano Bordas, lugar donde se tienen dichas observaciones; y pudimos apreciar el hecho de la aparición, en el brazo derecho, del mencionado escapulario, en que estaba representada la Virgen, con espada en su mano derecha, más el alfa y la omega, a los dos lados de la cabeza; y, en el brazo izquierdo, la figura del dragón luciferiano. El dibujo es como si con un bisturí hubiesen cortado la epidermis y la dermis, de cuyo fondo manaba sangre fresca por todo el dibujo, acentuándose en nuestra presencia el hecho de la afluencia de sangre.

El diagnóstico es de lesiones.

Puestos a examinar, nos hizo notar al Dr. Balari (y lo vimos en las cartulinas) que el día anterior, 17, no había del dibujo más que cinco informes manchas; y que, al siguiente, el 19, el dibujo descrito se presentaba en la misma forma, pero

seca la sangre, desapareciendo casi del todo al tercer día. Nosotros apreciamos los siguientes extremos:

- 1º. Es cierto que ningún agente humano interviene, ni la misma interesada se da cuenta, en la apertura y clausura de dichas llagas, lo cual pasma a cualquiera.
- 2º. Que, por tanto, a estas llagas no se las aplica ningún medicamento, ni en los brazos asepsia alguna, ni aún paños para impedir el roce de las ropas ordinarias; y, sin embargo, la interesada queda siempre indemne.
- 3º. Que ésta es una lavandera de profesión, que ejercita para ganarse el sustento; y sin embargo, tolera las llagas como si nada tuviera.
- 4º. Que no sufre picazón y escozor en los brazos, como debiera. Sólo experimenta un dolor penetrante, que no es efecto de las llagas y que le permite su trabajo.
- 5º. Que tanto para la aparición como para la desaparición de las mentadas llagas, según los principios de la ciencia médica y las observaciones ordinarias, se necesita el tiempo suficiente para que se produzcan; lo cual está en contra de la premura con que, en efecto, aparecen y desaparecen.
- 6º. ¿Qué son pues estas llagas? ¿Quién las produce? ¿Qué significan? ¿Para qué fin se producen? ¿Tienen relación con los hechos de Ezquioga? Nos consta que varios médicos barceloneses, que las han observado, están llenos de admiración; y al no atribuirles causa humana, pues la ciencia no se las explica, no se las atribuyen a la casualidad o al capricho de la naturaleza que no existe, sino a causa sobrenatural, relacionada con lo de Ezquioga. ¿Es así?

Nos asociamos al pasmo de estos doctores y les hemos dado razones patológicas y místicas, que fueron apreciadas. Se ha dado cuenta al Prelado de la Diócesis para que nombre una comisión canónica que entienda en el asunto, el cual, lejos de decaer, continúa fijo en los brazos de Enriqueta, como gran libro cuyas páginas hieráticas, a par que estupendas, instruyen y avisan.

No decimos más sobre un asunto que, con el tiempo, ha de ser ilustrado peritalmente por el Dr. Balari, cuya obra, de espiritual reconstrucción, hemos estimulado, y que será, ciertamente, objeto de un precioso libro que con ansia esperamos.

Pero el Dr. Balari, el médico cristiano, de honda penetración y grandilocuencia, ha muerto. Ignoramos, aunque suponemos, que el hijo del sabio doctor, médico también, habrá heredado de su padre, no sólo el apellido, cuanto la fortuna espiritual, que tan alto ha dejado a éste, y nos hará saborear pronto el trabajo meritísimo de su padre y lo que él le adjunte con respecto a las producciones hieráticas de los brazos de Enriqueta. Nos consta que la formación de tales signos sagrados no han dejado de formarse hasta el presente, lo cual es no ya para admirarlo, sino para meditado y tomado en serio.

Desde que fue publicada la Circular contra Ezquioga, aparecen en los sitios de siempre de la paciente Enriqueta largos escritos en latín, que no dicen a quien van dirigidos, y el primero de los cuales, traducido al castellano, reza así:

“¡Qué frutos obtendrás de tus calumnias, oh lengua fraudulenta: Deteneos y sabed que soy Dios!” —De una carta de María Gloria de Sentmanat de Mencoa (Barcelona), 19 de Octubre 1933. Refiérense otros casos, no menos admirables, ocurridos en esta devota mujer, que no es este el lugar de aducirlos”.—

Una vez, pues, que hemos presenciado *los éxtasis sin el dolor*, según hemos demostrado en el anterior capítulo; y, ahora que los hemos estudiado *con el dolor y sufrimiento anejo*; y no pudiendo la ciencia médica, según acabamos de ver, explicarse sus fenómenos, tiene que declararse francamente impotente, y confesar que hay que buscar su explicación en los estudios de otras ciencias más altas y secretas.

Mas, no; todavía le quedan fuertes reductos a la ciencia médica para no darse por vencida en este linaje de estudios. Salgámosla al encuentro, viendo si, entre el catálogo de enfermedades que la patología registra, se encuentran las que se quiere suponer que afectan a los extáticos.

Ya en este plano:

- a) *¿Es acaso, el éxtasis místico parálisis histérica?* Las parálisis histéricas, aunque no se limitan a músculos aislados, sino que comprometen uno o más miembros, reclaman preenfermedad nerviosa, enfermedad inexistente generalmente en los videntes.
- b) *Las crisis nerviosas* son ya tan generales como comunes. No hay nadie que, aunque no sea nervioso, no sea atacado por la virulencia de alguna de estas *crisis*, que trae el método rápido, inquieto y apasionado de vivir. Por manera que, si las crisis nerviosas van a ser invocadas como rémora para que el éxtasis místico pueda producirse, entonces esa razón que se aduce, nada

vale; porque, siendo general y casi común, como queda “advertido, lo que mucho prueba, nada prueba” al ser todo el mundo nervioso, o seudo nervioso, resultaría que es inútil ya aducir las crisis nerviosas como serio obstáculo para que se puedan producir estos fenómenos del orden sobrenatural. El aducirlas sería ridículo.

Con tal motivo, cierto doctor de un pueblo cercano a Ezquioga que, en 20 de julio de 1931 había recogido, con absoluta imparcialidad y con igual minuciosidad, los datos que pudo haber a su alcance acerca de las visiones de Ezquioga, advierte que “en todos los casos se encuentra, desde luego, algún indicio neurósico; porque, casi puede decirse que no hay persona que deje de tener algún antecedente patológico de esta clase; aunque la ciencia, sin embargo, ya apenas concede importancia a estos antecedentes neurósicos en los fenómenos psíquicos”.

Hasta aquí el doctor con su ciencia; y así realmente es; porque, de lo contrario, si a cualquiera, por impresionable, le vamos a negar la capacidad para entrar en éxtasis místico, entonces apenas encontraríamos en la humanidad sujeto alguno que fuese capaz. Todo el mundo se impresiona ante lo nuevo, lo extraño, lo asombroso, y como todos los fenómenos extáticos místicos lo son así, no es posible aducir impresionabilidad como causa para el no reconocimiento de tales fenómenos en los que la manifiesten. Por manera que el médico debe andar con mucho tiento, cuando reconoce a los videntes impresionados o algo alterados de pulso, que es el síntoma de la impresionabilidad, en rechazar sus éxtasis; porque, sin más causas, incurriría en el error, y daría motivo a consecuencias desastrosas en las vías místicas. Sobre todo, a los principios, no debe fiar ni de la impresionabilidad, ni de la alteración del pulso.

- c) *¿Acaso, son crisis convulsivas histéricas?* Estas crisis son de naturaleza psicógena y deben considerarse como descargas motoras de carácter emotivo. Después de un periodo de excitación, alucinaciones (bola epigástrica), sollozos, etc., sobreviene una fase de convulsiones tónico-clónicas, a veces de gran duración, seguida de un periodo terminal, durante el cual se producen sollozos, gritos, llantos, movimientos suspirosos, y en el gran ataque histérico se presenta una fase de actitudes pasionales, seguida de delirio. ¿Es aplicable todo esto al éxtasis y raptos místicos, según algunos médicos opinan? El lector mismo puede apreciarlo, teniendo en cuenta solamente que todas estas crisis van precedidas, como todas las crisis patológicas, de gran malestar, mientras que los éxtasis místicos son

repentinos y dulces; y únicamente, cuando interviene el demonio, es cuando se presentan accesos violentos, que no dejan rastro, lo cual no reza con las crisis convulsivas histéricas. —Cap. 7. *Informe del Dr. Martí Rocafort*—.

- d) *¿Pero, son crisis epilépticas de carácter reflejo?* Los accesos convulsivos generales o parciales que sobrevienen a causa de fuertes irritaciones periféricas o hasta de estímulos poco intensos, cuando está muy excitada la excitabilidad de los neurones motores no pueden reza con los videntes de reconocida salud, y sobre todo, con los de temperamento no excitable, que son muchos, por la razón que en el párrafo siguiente se aduce.
- e) *¿Son convulsiones generales de epilepsia esencial?* Desgraciadamente son pocos los datos de valor que poseemos, dicen los autores de patología, para explicar satisfactoriamente la aparición paroxística de los accesos convulsivos, accesos que pueden presentarse aislados o agrupados en series de mayor o menor duración. Sin embargo, lo general es que estas convulsiones van precedidas de un “aura” de carácter variable (motor sensitivo-sensorial, psíquico, visceral) y luego de turbación de la conciencia, proceso que dura cortos minutos. Ahora bien; ninguna de todas estas tres fases de la epilepsia esencial se reconoce en los videntes, en los que el éxtasis es repentino, sin obnubilación de conciencia, antes, todo lo contrario, despejada inteligencia, con luz superior reforzada, lo cual se prueba durante el éxtasis y después de él, y dura muchos minutos y horas. —Cap. 7. *Informe del Dr. Toríras Vilella*—.
- f) La insensibilidad extática, *¿no es acaso, anestesia total, o al menos anestesia disociada*, que consiste en la parálisis de las terminaciones sensibles de la piel o de las mucosas? No; de ninguna manera, porque todos estos trastornos irritativos de la sensibilidad, como en las tabes, la mielitis y la meningitis, van precedidos, acompañados y seguidos, como queda advertido, del malestar, a veces del dolor, y siempre de efectos *naturales* de la misma sensibilidad, lo cual está ausente en el absoluto de los extáticos y raptados místicos.
- g) Una observación semejante podemos hacer de *las parálisis traumáticas de los nervios y de los aparatos sensoriales*. El menos práctico puede comparar los éxtasis místicos con alguno de aquellos trastornos, y verá como en nada absolutamente se parecen.

- h) ¡Fenómenos catalépticos! Todos los éxtasis de Ezquioga, se añade, son catalepsia. Ciertamente que en la catalepsia hay *algo* parecido, en su forma exterior, a los éxtasis; pero decimos “algunos” y, por tanto, *no todos* los fenómenos son iguales ni mucho menos, faltando algunos y sobrando otros.

Se nos permitirá un ejemplo, que enseña en pocas palabras lo que es la catalepsia. En cierto convento de religiosos mínimos hubo un padre cataléptico que, luego de estar varios días enfermo en cama, fue hallado como cadáver. Fue el doctor, y reconociéndole muerto, extendió el certificado de defunción. La comunidad, dolorida, procedió al ejercicio de los funerales, con el difunto, dentro de su caja, en medio del templo, según era entonces costumbre. Terminadas las exequias, se procedió al entierro, se cantaba el “requiescat in pace”, el religioso portador de la cruz, notó que el pretendido difunto movía el dedo meñique de una mano. Lleno de estupor y dado el aviso a los demás y suspendido el canto, observaron que el mismo dedo era movido con más celeridad, por lo que dijeron: “No cabe duda, está vivo”. Regresada la fúnebre comitiva al convento, y prestados los oportunos auxilios al difunto-vivo, éste explicó el caso, diciendo que, aún cuando, efecto del ataque cataléptico se hallaba insensible del todo, mantenía sin embargo, despierto solamente el sentido del oído, de forma que le permitía oír cuanto pasaba en derredor suyo. Así que, cuando el oyó el “requiescat in pace” y que le iban a enterrar, haciendo un supremo esfuerzo, pudo mover el dedo para indicar que no había muerto.

¿Qué había aquí?? Hubo enfermedad previa de catalepsia. Llegó un formidable ataque de la misma, que duró más de 24 horas, durante el cual ni el pulso ni el corazón ritmaban aparentemente ni había color sano en el pretendido cadáver, antes bien tal cadáver parecía, ni acusaba sensibilidad alguna. Lo que faltó al médico fue aguardar a que se manifestase la corrupción cadavérica, señal evidente de la descomposición y putrefacción orgánica, para expedir el certificado de defunción.

¿Mas, todo esto es aplicable al extático? Si es cierto que el éxtasis, como en la catalepsia, hay insensibilidad; en aquel, el corazón y el pulso funcionan normalmente, lo que no sucede, como queda dicho, en éste. Además, ¿qué linaje de insensibilidad es la del extático, que el corazón envía normalmente la sangre a todos los miembros de éste igual que si sensibilidad no hubiera? La prueba está en el color de los extáticos que, contra las leyes ordinarias de la insensibilidad, es tan normal como hermosos, más hermoso, a veces, que durante la normalidad misma. ¿Qué linaje de insensibilidad es la del extático, repetimos, que si se

desploma, contra las leyes de la percusión y del magullamiento, no sufre alteración alguna su organismo, ni señal queda de todo el proceso del éxtasis: que, si *en algo fuera igual* a la catalepsia habría de sufrir malestar y postración subsiguiente?

A parte de que en la catalepsia, como en todo accidente semejante, el alma no funciona bien; mientras que los extáticos prueban, transcurrido el éxtasis, que su parte espiritual funciona de un modo tan maravilloso, que se sale realmente del marco de lo natural y penetra y vive en los misteriosos abismos de lo extranatural.

- i) *El corazón.* Las investigaciones anatómicas y fisiológicas han demostrado que en el corazón humano existe un sistema intracardíaco de conducción de las excitaciones. Las arritmias y desigualdades en las pulsaciones del corazón, determinan la taquicardia o mayor frecuencia de excitaciones o del pulso; y la *bradicardia*, o disminución del número de dichas excitaciones, a base de que el número de excitaciones en el individuo sano es de 70-75 por minuto. Hay taquicardia y bradicardia fisiológicas esenciales en los individuos sanos. Hay taquicardia patológica en la parálisis del núcleo del vago y en las lesiones que interrumpen la conducción en un punto de su trayecto, etc.; Y bradicardia idem. siempre que está exagerado el tono del vago, producido por irritación nerviosa o por productos tóxicos.

Las taquicardias patológicas pueden originar los extrasístoles o estímulos anormales, debidos bien a lesiones cardiacas, bien a venenos externos o internos, tales como el alcohol, la digital, el tabaco, el café, ácido salícico y las sales biliares.

Ahora bien; en los verdaderos extáticos no se aprecia nunca taquicardia y bradicardia patológicas, sino que el corazón ritmia siempre con una regularidad admirable, tanto más admirable cuanto que las apariencias señalan que debiera haber arritmia.

- j) *¿Síncope y Lipotimia?* El síncope es la debilitación súbita y extrema de los latidos cardiacos, juntamente con la suspensión de los movimientos respiratorios y la obnubilación de las funciones superiores del cerebro. El síncope puede sobrevenir bruscamente e instalarse, luego de un breve periodo de malestar, vértigos, zumbidos de oídos, nauseas, vómitos, trastornos vaso motores y secretorios, palidez, sudor frio, presentando el sincopado, en todo caso, el aspecto cadavérico. ¿Se parecen, acaso, todos estos síntomas, y más todavía, los efectos del síncope, en que el sincopado

queda por horas, y a veces por algún día, maltrecho, al extático? ¡Ah! No, de ningún modo.

Cuando el éxtasis va acompañado del desplome general del cuerpo, es entonces cuando éste parece presentar el “desmayo” producido por el síncope. Más, nótese bien, uno a uno, todos los fenómenos que ofrece este linaje de “desmayo”, que nada se parece a los patológicos. El extasiado:

- 1º No lleva acompañados sus éxtasis de los síntomas que acompañan al sincopado.
- 2º No presentan aspecto cadavérico.
- 3º Funciona normalmente el corazón.
- 4º Actúan perfectamente las facultades mentales.
- 5º Terminado el éxtasis o salido del “desmayo místico”, no queda absolutamente ni turbación en la mente, que no la hubo, como queda dicho, durante el éxtasis, ni malestar alguno en el cuerpo. Y cuando, luego se sujeta al extático a un minucioso examen, es entonces cuando se admira plenamente el estado espiritual, que responde admirablemente en sus razonamientos, a lo que el espectador vio y oyó durante el éxtasis; notándose también entonces, que lo que pareció síncope y desmayo lo es de un orden extranatural, que, a poco que se vaya ahondando en el dicho examen, se ve que es de carácter sobrenatural.

- k) *El ojo.* En el individuo normal las pupilas tienen el mismo diámetro. Tanto en circunstancias fisiológicas como patológicas, puede observarse un grado desigual del tamaño de las pupilas en relación con una diferencia de iluminación de ambos ojos. En patología se llama este fenómeno anisocoria.

En algunos casos se comprueba que la pupila se contrae perezosamente con mucha lentitud bajo el estímulo de la luz. Y al iluminar un ojo, sea sano o no, se nota que la otra pupila, enferma o sana se contrae también. Pero hay que advertir que la contracción pupilar determinada por el estímulo luminoso, no es permanente o que no dura tanto como éste, pues vuelve la pupila a adquirir pronto sus primitivas dimensiones.

Estos básicos principios ópticos, principalmente los del segundo párrafo, no tienen aplicación ninguna al ojo extático místico. Ésta vive contra todas leyes dichas de la óptica. Los ojos, ciertamente, de los extáticos místicos no ofrecen matiz de espanto, como parece deberían ofrecer; están fijos en un punto, con la

notable particularidad de que dan a entender que no se hayan accidentados por vahídos, síncope, cardiatis, catalepsia, locura, etc., en cuyas afecciones las facultades anímicas quedan total o casi totalmente suspendidas; sino que, contra el proceso de estas enfermedades y con sus movimientos y actitudes de agrado, desagrado, sonrisa y lloro, expresan claramente que funciona la mente y el sentimiento.

Y, ¿cómo es esto, sin embargo, que funcionando estas cualidades del ánimo, no funcionan los órganos ópticos? ¿Cómo es esto, repetimos, que no obstante, los ojos resisten al tacto, a la punción, a la luz y al fuego? ¿Qué misterio es éste ante el cual la ciencia médica enmudece?

Es más todavía: Hay ocasiones en que los videntes dan a besar la cruz o regalan flores a algunos circunstantes. Los ojos, en este caso, siguen el ritmo del movimiento del cuerpo, aunque absolutamente sin ver. Hemos practicado el experimento. El organismo corporal está bien, parece normal y se mueve obedeciendo a una inteligencia. Pero los ojos, que ven una inmensa luz, a causa de ella quedan totalmente deslumbrados.

- l) *El tacto.* Otro de los puntos que el patólogo necesita observar en los éxtasis místicos es el reflejo palpebral. De ordinario, y siempre que el organismo está atacado de alguna afección violenta, se nota enseguida en la epidermis algo raro y anormal. Los miembros o bien rígidos o bien muy laxos; el color de los mismos no es normal; y el tacto convenientemente buscado, reconoce en la temperatura fría o caliente y el roce de los músculos algo que revela que el estado orgánico no es regular, no va bien, que tendrá, ciertamente no buen desenlace.

Si aplicamos todos estos principios al extático místico cuyo miembros, de ordinario, están rígidos, notaremos que sus síntomas y desarrollo de los mismos, esto es, que sus fenómenos no están en armonía, no son secuela de lo que parece debieran ser; se suceden leyes muy en contradicción con las que presiden y acompañan a los estados de morbosidad violenta. Tal es el buen color (a no ser cuando el extático místico sufre la Pasión de Cristo o los dolores de la Virgen, que en esto, imita el color paciente de los Maestros) y la rigidez de los miembros. Esta rigidez no es constante. Sino intermitente, según requieren las funciones espirituales que el extático ejerce: lo cual contradice a lo que se observa en toda afección violenta que, mientras dura, permanecen los miembros siempre rígidos. Además en la rigidez patológica es anormal el roce, mientras que en la extático-

mística es normal, circunstancias todas que al patólogo hacen pensar en una afección extraña, rara y fuera de los dominios de la medicina.

m) Pruebas experimentales: Aplicaciones

- 1) Ígneas.
- 2) Lucíferas.
- 3) De simple roce.
- 4) De punzamiento y

Aquí tienen lugar para el buen observador, las pruebas experimentales: Nosotros las hemos practicado en tres linajes: la ígnea, la lucífera, la de simple roce, la de punzamiento y la psíquica.

- 1) Mediante la primera, o sea, la aplicación suficiente de una llama, ascua o cauterio a la carne del extático, v. gr., al dedo, sin que éste asome el menor movimiento, como si nada por él pasara, viene a confirmar, por lo que al tacto y a la sensibilidad afecta, que nos hallamos en presencia de un fenómeno serio, que hay que escrutar.

Esta aplicación Ígnea, como queda advertido, ha de ser lo suficiente para abrasar no solamente la epidermis sino la dermis, hasta hacer desprender el humo y olor especial a chamusquina y levantar ampolla.

No es menester decir que el hombre, en estado normal, lo mismo que si está bajo la acción del sueño, de la locura y de la simple embriaguez, excepción hecha de cuando está completamente anestesiado, sea la anestesia natural, proveniente de los estados catalépticos y coléricos, *absolutamente*; y de los estados hipnóticos e histéricos, no en todos sino en algunos casos; sea la anestesia artificial, no resiste ordinariamente, la grave quemadura, sin mostrar repulsión y sin buscar la fuga natural para evitarla. Decimos ordinariamente, porque hay algún caso en que naturalmente puede resistirse, en el cual hay que echar mano de alguna otra siguiente aplicación.

En nuestras muchas aplicaciones ígneas a los extáticos hemos visto confirmada esta ley, y subconfirmada, luego, cuando, después de la aplicación ígnea, y habiendo salido del éxtasis, el postextático no experimenta las sensaciones naturales de dolor, escozor, picazón; y aun cuando se inflame o infecte la quemadura, ni aun molestia alguna, lo cual da carácter de contraprueba de sobrenaturalidad, o al menos, de preternaturalidad al proceso de curación de tales aplicaciones ígneas. Téngase en cuenta que las notas de preternaturalidad

son ausencia de totalidad, perfección y satisfacción, y presencia de sus contrarios.

- 2) La aplicación lucífera es cuando se somete el globo del ojo extático a la acción de una lámpara potente, eléctrica o no. Entonces, si el globo del ojo no ofrece sensibilidad alguna (descontando siempre los casos de las enfermedades mencionadas en el párrafo anterior) es que el éxtasis es auténtico. La razón teológica mística es la siguiente: Cuando en el éxtasis aparecen Jesús y María es siempre inundados de una luz mucho más potente sin medida que la del sol. Y como el globo del ojo está acostumbrado, al menos mientras el éxtasis dura, a los grados inmedibles de esa luz; cualquier foco eléctrico, sea de los voltios que quiera, que se apliquen a dicho globo del ojo, no puede causar novedad alguna en él, y por tanto sensibilidad.

Por el contrario; cuando el éxtasis es diabólico, y más aún si es natural o fingido, no está afectado por ninguna luz clara y potente, como la descrita y sí por tinieblas o por cierta luz fosforescente o tenebrosa, que es la luz que alguna vez se reviste el ángel de las tinieblas, y de que nos hablan los Libros santos; en cuyo caso al ser aplicado el foco eléctrico, como el globo del ojo no está acostumbrado a la luz clara y potente, en cuanto reciba la del foco eléctrico, de *ordinario*, ha de mostrar sensibilidad y movimiento. Decimos de *ordinario*, porque extraordinariamente, puede el diablo y hasta la naturaleza humana imitar la resistencia.

- 3) Item, sometemos la epidermis de ciertos puntos del rostro del extático a la acción de las barbas de una pluma, la cual, por su roce, ha de determinar cosquilleo natural, y por tanto, movimiento aunque sea leve. Cuando tal cosquilleo no se determina es que no hay sensibilidad en el sujeto. Exceptúanse siempre los casos de enfermedad antes indicada.

Pero ¿puede el demonio impedir el cosquilleo? Se sabe que la acción del demonio sobre un sujeto extático suyo no es tan completa ni ilimitada como la acción divina en uno de sus extáticos. Por consiguiente, si el roce de las barbas de una pluma no causa ni la más leve perceptibilidad en el extático auténtico, lo ha de causar, al menos perceptible leve y ordinariamente, en otro que no lo es. A éste se le aplicará el caso anterior.

- 4) Una cosa semejante podemos afirmar con respecto al empleo de punzadas en el cuerpo del extático.

- 5) Últimamente, y tocante al empleo de la prueba psíquica, o sea, el concretar un pensamiento interno, sin que para nada aparezca al exterior, y aguardar a que el extático responda de conformidad completa con dicho pensamiento, hemos de consignar que esta prueba aunque la más segura, no siempre está en nuestra mano, por cuanto depende de la voluntad divina, que, rogada con humildad y reverencia, y en caso preciso, contestará, de ordinario.
- n) *Las taras.* ¡Oh, que palabra tan escogida para despistar a los profanos! *Las taras.* Cuando nada se encuentre que explique satisfactoriamente el éxtasis, suele achacarse a las taras o a los defectos de los individuos; como si estos defectos que todos tenemos, (pues llevamos los más sanos y equilibrados, en nosotros, el germen de las enfermedades y de la muerte y también de las pasiones) no fuesen generales y absolutos, y sí sólo patrimonio de algunos. De lo que resultaría que los éxtasis, no sólo los *recibirían* (esta es la palabra) los videntes, sino cualesquiera otros, aun malvados, aun desequilibrados. Y como esto no se da en manera alguna, luego el alegato de *las taras* tampoco se da, y no es más que una desdichada salida.
- ñ) *¡Casos de neurosis, de atavismo de radioactividad!* ¡Otras palabras tan científicas como vacías de contenido! Con estos pomposos términos cubren su ignorancia aquellos médicos que, para explicar los fenómenos de Ezquioga, que no comprenden, nos atruenan a todas horas los oídos: *¡Neurosis! ¡Atavismo! ¡Radioactividad!* ¿Saben bien ellos lo que son estas cosas, sus orígenes, sus fenómenos, sus detalles, sus excepciones, sus quiebras, sus diagnósticos, sus pronósticos y hasta qué punto llegan? Para hablar así, en nombre de una ciencia que, en estos puntos, está en mantillas, preferible es guardar silencio o confesar, como algunos pocos tan sinceros como eminentes, han declarado: “No comprendemos esto. La ciencia médica no llega ahí ni lo puede explicar. —Véase el caso de pseudo neurosis y atavismo que, para explicar la curación sobrenatural de la ceguera del protagonista de “El amor de los amores”, aduce magistralmente el castizo poeta Ricardo León.—
- o) ¡Ah! Exclaman, algunos doctores, como si pusiera una pica en Flandes: *Los fenómenos observados en los videntes de Ezquioga pertenecen a una enfermedad desconocida.* ¿Con que “desconocida”? A estos señores podríamos replicarles, aplicándoles el caso de los atenienses, a quienes, no habiéndoles dado ningún resultado los dioses que en su aerópago tenían erigidos, levantaron un altar al *deo ignoto*, “al dios desconocido”; valiéndose

de este hecho San Pablo para increparles, diciendo: Este *deo ignoto*, que vosotros desconocéis, pero a quien habéis recurrido, luego de haber ensayado toda vuestra mitología, contra el verdadero Dios, es el que vengo yo a predicaros.

Pues bien, diremos a semejantes doctores: Esta enfermedad, que según vosotros, padecen los videntes de Ezquioga y comarcanos, y que os es desconocida, pero a la que, luego de haber ensayado todas las demás, habéis recurrido, contra la verdadera causa, es la que vengo a anunciaros.

Vosotros decís: Toda afección, todo accidente corporal, aunque lo ignoramos, pertenece de lleno, a la ciencia patológica. Y nosotros replicamos: Precisamente por ser desconocida puede ser y no ser patológica. Pues, ¿cómo puede nadie afirmar ni negar ni menos aún explicar una cosa que desconoce? Pretenderlo, ¿no sería ridículo?

Lo cierto, lo evidente es que en el proceso de la afección dicha, hay fenómenos diametralmente en contra de las leyes de otros también. Y esto supone que la afección no es patológica, sino que pertenece a otro orden de causas, que nosotros explicamos a la luz de la teología mística. Aquí de la sentencia de los eminentes doctores: “La ciencia médica, en el respecto de los éxtasis, nada tiene que hacer”.

p) Pero, todos estos fenómenos, *¿acaso no podrían atribuirse a contagio colectivo?*

¿No habéis visto, dicen los que todavía no dan su brazo a torcer, en épocas de contagio, v. gr. del cólera morbo asiático, a algunos que, al oír hablar solamente de esta enfermedad, notan enseguida sus terribles síntomas?

¿No habéis observado en la calle, dicen otros, que uno que está parado y mirando a un punto determinado, los que pasan cerca de este individuo se sienten arrastrados a mirar lo que él mira, y si éste dice que ve tal o cual cosa, los demás parece que lo ven también? Pues estos dos casos son parecidos a los que se realizan en Ezquioga, y se conocen por *contagio de muchedumbres*.

Respondamos por partes. Aquí se presenta el doble problema de contagio colectivo: el material y el espiritual

Para haber contagio se necesitan dos causas: 1ª, que preceda enfermedad; y 2ª, que haya predisposición a ella; y para que el contagio sea colectivo es

indispensable, además, que todos o muchos de los presentes contraigan la dolencia.

Dejamos probado que los éxtasis de Ezquioga no pertenecen a ninguna enfermedad orgánica notoria. Por tanto, acerca de este linaje de dolencias no hay caso de contagio colectivo. Luego el ejemplo puesto arriba tocante al cólera, en apoyo del argumento expresado, no sirve.

Veamos si lo puede haber en las dolencias mentales. En efecto, cuantos van a la campa de Anduaga lo hacen con ánimo de rezar, de asociarse en espíritu a la Santísima Virgen, que pide oración, penitencia y sacrificio. Los hay que desean entrañablemente ver a la Santísima Virgen. Todos estos ciertamente, están predispuestos al contagio espiritual. ¿No es verdad? Pues entonces, ¿cómo es que en presencia de todos ellos se desarrollan los fenómenos del éxtasis, que son tenidos por los videntes y por nadie más; y si algún otro comienza a tenerlos, es para seguirlos después, lo que prueba que no es por contagio? ¿Cómo es que hay devotos que, en fuerza de su pía devoción, se imaginan que van a ver a la Virgen, y sin embargo, su imaginación termina en ilusión o deseo, al no realizarse jamás el fenómeno extático? ¿Cómo es que no hay ni un solo caso de videncias místicas en los que no son videntes? Si hubiera contagio colectivo, el fenómeno de las visiones y más de los éxtasis se realizaría siempre o casi siempre que hay videntes en éxtasis; pero, ¡que no haya caso siquiera de este linaje!

Además, sabemos hasta donde llega el poder de la imaginación. Tiene la fantasía un límite, detrás de la cual se palpan solo tinieblas. Por mucho que uno se esfuerce en alcanzar visión extranatural (podrá en tal caso decirse que hay predisposición) no la tendrá. Hallará solo tinieblas en su fantasía. La realidad del éxtasis huirá de él. Esto, en cuanto a los sujetos; porque, en cuanto al objeto o materia del supuesto contagio, tanto se esfuma que nunca se alcanza. ¿Quién ve y oye lo que los videntes oyen y ven? Y si artificiosamente se prepara algo, el examen lo sorprendería.

- q) Hemos visto, finalmente, a *titiriteros*, *acróbatas* y *charlatanes*, en sus títeres, movimientos y charlas, seducir de tal modo a las muchedumbres, que éstas, involuntariamente, piensan, y hasta se mueven y hablan semejantes a los protagonistas del corro o de las tablas.

¿Hay algo de esto parecido a lo de Ezquioga?

Con probar que en la campa de las Apariciones no hay nadie que mueva artefactos ni que se mueva a sí mismo ni hable alto sobre el asunto que allí se tiene, sino que todo transcurre silenciosamente, excepción hecha de algún rezo y canto (lo cual no es fenómeno para seducir) quedaría destruido totalmente el argumento. Este, ciertamente, no tiene paridad alguna con lo que se verifica en Ezquioga. La prensa, que de tal cosa habló, fue para dar colorido al cuadro que ella misma pintara, pero que en nada se parecía a la realidad.

Luego nada de contagios colectivos, *ni privados*. —Cap. VI. *El caso de un famoso hipnotizador, etc.*—

Ahora las pertinentes:

Conclusiones

- 1º. *Las ciencias fisiológico-patológicas nada pueden explicar de los éxtasis y raptos místicos ni aun de los preternaturales; puesto que, desde sus síntomas hasta su proceso y sus efectos, son ajenas a ellos. Aquí, no habiendo diagnóstico, tampoco hay pronóstico patológico.*
- 2º. *Todos cuantos argumentos se opongan a la existencia de los éxtasis y raptos místicos y preternaturales, en nombre de las predichas ciencias, carecen de valor y se desvanecen enseguida.*
- 3º. *Los éxtasis y raptos místicos y aún preternaturales, por consiguiente, se hallan fuera de las conclusiones fisiológico-patológicas. El oficio de estas ciencias, en este respecto, es solo poderosamente auxiliar.*

Capítulo VI

CAPÍTULO VI.— Las ciencias psicológicas, psiquiátricas y metapsíquicas, en relación con los éxtasis y raptos de Ezquioga. Psiquiatría y sus defectos: La mente. a) falsa imaginación; b) ilusión; c) alucinación; d) sugestión; e) autosugestión; f) obsesión; g) melancolía; h) manía; i) delirio; j) confusión mental; k) demencia; l) Idiotismo; m) cretinismo; y n) aprehensión: ¿son causa de las visiones o revelaciones de Ezquioga? Una observación a los defectos de la mente; ñ, o, p) ¿acaso estos fenómenos no podrían ser debidos al magnetismo, hipnotismo y sonambulismo? q) El caso de un famoso hipnotizador y acompañantes suyos; r) ¿Acaso el retraso mental (oligo-frénico), según se pretende achacar a algunos videntes, es óbice serio para la tenencia de la visión??; rr) El contraste entre la obra de Dios y la de la criatura, psíquicamente hablando; s) Reglas psíquicas; t) un ejemplo entre muchos; u) La telepatía; v) El ocultismo; w) El espiritismo; x) ¿Qué son entonces realmente las visiones y revelaciones psiquiátricamente consideradas? y) Estudio psicológico de ciertos casos místicos entre cuyas leyes en función anda una gradación de visibles milagros; z) Metapsiquismo; aa) Inconsciencia o subconsciencia; bb) Transmisión del pensamiento y cumberlandismo; cc) Fenómenos de difícil clasificación; dd) Los creyentes a medias. Conclusiones.

Las ciencias psicológicas, psiquiátricas y metapsíquicas en relación con los éxtasis y raptos de Ezquioga.

La humanidad no se compone solamente de huesos, músculos, tejidos, nervios, sangre, linfa y quilo organizados. Como tratamos de humanidad viviente, necesita ésta un agente, un motor que la impulse y la dé movimiento. Tal es el alma o espíritu asociado a la materia.

He ahí por qué el fisiólogo como el patólogo no pueden, no deben estudiar la materia corporal sino es en sociedad con el agente espiritual. De no practicarlo así, derívanse tremendos disparates tanto en el diagnóstico como en el pronóstico de las enfermedades.

Entendemos que la división y subdivisión de la ciencia, que es una, como una es la Verdad, como uno es Dios, no debe referirse a la sustancialidad de la misma, sino a sus accidentes. La sustancialidad abarca la ciencia por entero, y dice "simplicidad"; pero, a fuerza de estudiarla en sus accidentes, digamos en sus

detalles, han surgido las divisiones de las mismas; y estas divisiones han engendrado otras subdivisiones, que nosotros aceptamos en tanto en cuanto ayudan a la posición de los diversos problemas de la misma; no en cuanto distancian de la simplicidad de la ciencia una y entera y hasta engendran el confucionismo.

Por esto, la patología, que es ya división de la ciencia de la naturaleza y que debería estudiar y estudió, hasta hace muy poco, las enfermedades *todas* del organismo, se ve ahora, con los pujos de las especializaciones, subdividida en patología de la mente, y de aquí la ciencia psiquiátrica (que ahora comienza). A esto, los que nada quieren con la teología, y notan que más allá del alma hay problemas, han inventado una palabra seductora: “metapsíquica” para estudiar los dichos problemas.

Y nosotros, que, en estudios no nos duelen prendas, queremos salir al paso de toda esta ciencia, a veces pseudociencia, para ver si lo que ella enseña está en su punto, y desvirtúa o no lo que la teología mística dicta respecto al éxtasis y raptos de Ezquioga; llamando también en nuestro auxilio a la psicología, que trata del alma, para que a su vez, prestando sus luces a la psiquiatría y metapsiquiatría, notemos los diversos extremos que les afectan con la diafanidad deseada.

Psiquiatría

Para L. Berial, —*Elements de Psychiatrie*, par L. Berial, medicin des Hospitaux de Lyon. París, Lib. J. B. Bailliere et fils, 1929. Objets de la Psychiatrie.— la psiquiatría engloba prácticamente los defectos físicos y los mentales, y de estos dos grupos hace una ciencia particular.

Es una verdad evidente que el alma reside en todo el cuerpo y en cada una de sus partes. Mas también lo es que, en cuanto a sus percepciones intelectuales, de una manera particular se ejercita en el cerebro, órgano, que por lo mismo, y de un modo especial, está sujeto a más enfermedades que el resto del organismo. Por consecuencia el cerebro puede resentirse como órgano corporal y como instrumento especial del alma. De ahí que le afecten enfermedades físicas o *psicasténicas* y enfermedades espirituales o *mentales*. Las primeras son enfermedades de fatiga, dinámicas, si así pueden llamarse y que sólo rozan las funciones elementarías. Un golpe dado en la cabeza, la falta de nutrición, la atonía del corazón, la anemia, resienten el cerebro. Éstas son enfermedades físicas o

psicasténicas. Las segundas son enfermedades de desorganización, de desequilibrio, y que interesan a las funciones superiores. Éstas son las mentales o espirituales. El carácter esencial de las psicasténicas es la disminución de la resistencia nerviosa, mientras que el de las segundas es el desarrollo de las funciones anímicas. Ahora se ve cómo la psiquiatría, con todos sus pujos de ciencia particular, no es más que un derivado de la ciencia patológica.

Los médicos, apenas se hallen en presencia de algún caso de estos, lo primero que han de examinar es la posible perturbación física, a fin de ver la relación que pueda tener con la mental, ya que ésta podría proceder de aquélla; y cuando no hallen tal física perturbación, y sin embargo, persiste una perturbación de función superior, entonces es cuando se puede dejar en manos del psiquiatra, quien de otro lado, si no anda con suma cautela, podría padecer substancial engaño; ya que existen sujetos que, que sin estar perturbados mentalmente, fingen, para sus particulares fines, la perturbación.

La psiquiatría avanzada, (en esta ciencia como en política hay serios avances) en cuanto a nuestro viso toca, concluye absurdamente, que todas las formas, divisiones y audiciones, que rozan la metafísica y la mística, las tienen únicamente los llamados mitomanes y paranoíacos. *Mitomanes*, como si dijéramos: maniacos del mito, en el que envuelven toda idea sagrada, sea natural o sobrenatural, por más que los psiquiatras, en general, no admiten este orden; y *paranoíacos*: o afectados de locura caracterizada por delirios sistemáticos. Total: dos formas de la *manía*, que ya veremos en qué para con relación a los éxtasis de Ezquioga.

Tanto en la una como en la otra serie de enfermos de la mente se quiere incluir a todos nuestros probados videntes, sin pensar que todo esto de mitomanes y paranoíacos pueden darse, no cabe duda, como excepción, pero nunca como regla, ya que según esos psiquiatras, todo religioso santo es un mitomán, y todo ferviente y hasta todo enardecedor de muchedumbres es un paranoíaco; lo cual, como se ve, es un absurdo y una locura rematada.

Aparte de que, apretados los tornillos de la psiquiatría, la noción cristiana del libre albedrío humano padece, muere y queda deshonrada. Dios nos libre de caer en manos de psiquiatras avanzados, que pueden hacer del más ecuánime un loco de atar; y hablamos así, porque el ecuánime, cuanto más se esforzara en persuadir al psiquiatra avanzado de que está ecuánime, de que le asiste la razón, tantos más motivos hallará éste para apreciar que aquél es un loco furioso; y entonces, a quien debería recluirse es al errado psiquiatra. ¡A cuántos desvaríos

conduce el empeñarse en no admitir los órdenes extramateriales y ultraespirituales, y el pretender ver en lo que no se alcanza, desvaríos y perturbaciones de la razón!

Gracias, que los alienistas de Santa Águeda, desde el primer momento en que les fueron internados algunos videntes, comprendieron que se trataba de un caso sectario político, suigénis, el cual quedó confirmado con las observaciones practicadas en ellos, y que dieron por resultado que todos cuantos les fueron entregados para el reconocimiento, ninguno de ellos era manicomiabile.

Más, dejando esta prueba científico-oficial, que es valiosa, escrutemos los desórdenes de la mente, a ver si encajan en los éxtasis y raptos de Ezquioga.

La mente y sus defectos

La mente es tanto como “inteligencia”, “pensamiento”, “sentido”, “espíritu”. De éste nace y aquí refluye la mente. Pero como el espíritu, no solamente consta de inteligencia, sino de fantasía, de memoria y de voluntad, he ahí por qué en los estudios de la mente hay que tener en cuenta toda esta espiritual cuatrilogía, si no se quiere errar en materia tan importante.

En nuestro caso vamos a observar si los defectos de la mente son causa de las visiones y revelaciones de Ezquioga.

- a) *La falsa imaginación.* Este hermoso matiz del alma que, asociado a la sensibilidad, y más aún a la nerviosidad, produce los fenómenos llamados de la rica fantasía, que tanto embellece y aureola al pensamiento, puede, en momentos álgidos, representarse cosas y objetos, aunque reales, exagerados, que dan lugar a la *falsa imaginación*. Lo mismo que puede haber imaginación falsa por defecto, que es la imaginación de los lerdos, la puede haber falsa por exceso en los de rica fantasía. Mas, los fenómenos de Ezquioga no cuadran aquí, porque en general, sus videntes auténticos no son de fantasía opípara.
- b) *La ilusión.* Puede, sin embargo, la imaginación representarse cosa u objetos falsos, que reales parezcan, en lo que estriba *la ilusión*. Hasta aquí no hay nada de anormalidad, pero hay error de apreciación. ¿Reza esto con los fenómenos de Ezquioga? No; porque estos fenómenos son reales, demostrándolo, *de ordinario*, el éxtasis dentro del cual se forma. Decimos “de

ordinario”, porque extraordinariamente hay apariciones fuera del éxtasis, que también se prueban por su índole, circunstancias y hechos tangibles.

- c) *La alucinación.* Cuando la imaginación se desvía de su centro, le pasa lo que al embriagado, que hace esos por el camino do transita. Viene entonces la ofuscación y confusión de las cosas y los seres; y esto es *la alucinación*. En efecto, las perturbaciones de las sensaciones provocan sentimientos e ideas que son erróneas para las personas de sentido claro y sano, pero que toman como reales los individuos que tienen el espíritu perturbado. Todos los sentidos pueden sufrir estas alteraciones, especialmente el de la vista y el del oído, estado que se debe a la perturbación de los nervios craneanos y espinales, sobrevenida a causa de irritaciones en el abdomen, gases, alteración de la circulación, etc. ¿Pertencen a este sector los fenómenos de Ezquioga? No; porque las visiones y revelaciones auténticas, son determinativas, concretas y lógicas.
- d) *La sugestión* puede darse en sujetos de mental debilidad cuando otro más listo insinúa en el ánimo de aquéllos alguna idea. Este achaque se ha querido esparcir por doquier para hacer ver falsedad en los fenómenos de Ezquioga. Se dice que los videntes han sido sugestionados. Pero es decir mucho sin probar nada. Primeramente no se prueba que los videntes tengan debilidad mental, habiendo sido reconocido por los doctores en varios que fueron internados en el manicomio de Santa Águeda. Que haya alguno débil o flaco de mentalidad no prueba nada; porque de aplicar el achaque debía ser con relación a todos, y esto no se da, como queda dicho, en manera alguna. En segundo lugar, tampoco se prueba, aunque se señale, quién o quiénes sean los sugestionadores, porque, hasta el presente, no se ven por ningún lado, (y quisiéramos haberlos descubierto, porque hubiera sido un caso interesante) ninguno que haya intentado una maldad semejante. Pero los enemigos están en vela para calumniar a todo pasto.
- e) *La autosugestión.* Cuando los que odian estas cosas no pueden con la sugestionabilidad, la emprenden con la autosugestionabilidad. Este defecto puede darse en temperamentos sanguíneo-nerviosos ardientes, que se proponen fijamente pensar en un objeto o sujeto o serie de cosas, y llega a considerarlas como si realmente las vieran, trataran y sintieran. Esto es autosugestión; pero para ello hay que contar con un temperamento, como el apuntado, y además, que se proponga el fin también indicado. Y en ninguno de los videntes de Ezquioga se dan ambos requisitos para que pueda

llegarse a la conclusión de que se autosugestionan. Si los que oponen estos achaques se fijaran en que las apariciones vienen y se van de repente, sin atención al que las recibe, no dirían semejante disparate.

- f) *La obsesión*, o idea tenaz, sigue o puede seguir a la autosugestión. Mas, a ésta podemos aplicar lo dicho en el apartado anterior; y aún añadir que, después de cerca de tres años de observación continua, no hemos dado todavía con ningún vidente que sea obseso. Ni nadie lo ha hallado tampoco. Se habla por querer que no haya nada en Ezquioga. Para hallar un obseso en Ezquioga es menester probar antes que es un anormal, que es tanto como declararle loco. Ya dejamos dicho que varios de ellos fueron internados en una casa de salud, porque se les quiso creer locos o anormales, y el resultado fue un desastre para los enemigos de las Apariciones.
- g) *La melancolía* es la desarmonía de los nervios sensitivos, y por tanto, es miedosa, es cobarde y a veces terca, atormentando frecuentemente la inapetencia, las digestiones difíciles, el insomnio y los dolores de cabeza.
- h) *La manía*, mucho menos frecuente que la melancolía, es una excitación física violenta y desordenada, que desarrolla excesivamente las facultades mentales.
- i) *El delirio* es una perturbación de la inteligencia, que asocia y manifiesta ideas incompatibles y se presenta en casos de fiebre y flegmasías.
- j) *La confusión mental* no es propiamente enfermedad; es un síndrome mental, el más frecuente. Sobrepasa a la psiquiatría, puesto que muchas veces, es síntoma de enfermedades infecciosas, de ciertos traumatismos, etc.
- k) *La demencia* es un estado de total perturbación mental.
- l) *El idiotismo* es la usencia congénita de la inteligencia, secuela de un cerebro no desarrollado.
- m) *El cretinismo* es el idiotismo del espíritu, acompañado de la desfiguración del cuerpo (forma enana, bocio, cabeza de grandes proporciones, etc.)

Todavía falta por ver y porque nos señalen un vidente auténtico, actual o exvidente, que sea melancólico, maniático, delirante, demente, idiota y cretino. Precisamente están los videntes de verdad al alcance de todos para que les puedan apreciar tanto sus virtudes como sus defectos.

- n) *La aprehensión*. Se dice con mucha insistencia que, para acabar con las apariciones, hay que hacer firmar a todos los videntes que su caso es

“aprehensivo”. Y vamos a disertar sobre este extremo, el cual envuelve otro dentro de su seno.

Aprehensión es, según definen nuestros diccionarios, “concebir con poco fundamento”. Ya no se quiere que sea “alucinación”, “sugestión”, “locura”, “enfermedad”, “perversidad”, porque esto está mandado ya recoger. Ahora, se escoge esta palabrita para ver *si hace al plan de echar por tierra* las Apariciones.

La aprehensión es, filosóficamente, la toma de una cosa, sin que se vea bastante razón para tomarla. En el fondo es tomar una cosa por otra; es proferir un error por una verdad; es destruir lo que se afirma. A este propósito, estando en éxtasis cierta vidente el 6 de julio de 1933, y hablándola Nuestra Señora sobre las pretensiones de cierta autoridad, contestó aquella: (somos testigos del caso) “¿Quieres que les demos un palo en la cabeza, y que, al quejarse ellos les digamos que eso es aprehensión?” (¿?) Magnífico argumento *ad hominem*, que no tiene réplica alguna y que sólo se le ocurre a una cabeza inspirada. Porque, si pudiera decirse aprehensión a la afirmación de un hecho, que se sensibiliza *por aparición* al vidente, mucho más pudiera aplicarse al otro hecho, que se sensibiliza *por percusión* al que recibe el palo; y como decir esto sería estúpida majadería, igualmente lo es achacar a aprehensión lo que a los videntes en Ezquioga sucede. Todo el que quiera que se firme semejante extremo, ¿firmaría el que si le diesen un palo en la cabeza el palo dijese no es palo, y sí aprehensión...?

Además; ¿qué es eso de pretender se firme tal cosa, cuando dicha pretensión envuelve la idea de presión y hasta de violencia para un doble mal fin? Y esto, ¿no es, en verdad, *sugerimiento*? ¿No es pretender en los videntes eso mismo que se les achaca? Y ¿*para un doble mal fin*, que es, de un lado, afirmar lo contrario de lo que se siente; y de otro, que sirva esto de medio para acabar con una cosa santa? ¡A que extremos tan inauditos conduce la pasión!

Podríamos escribir un libro, tratando una a una, de todas las dichas enfermedades que, al intentar acoplarlas a los éxtasis de los videntes, darían ciertamente un resultado del todo negativo. Es la mayor ofensa que puede hacerse a los sencillos, ecuánimes, cuanto robustos auténticos videntes, que, por lo mismo que son iliteratos, en general, conservan también generalmente mejor el cerebro virgen.

Una sola observación, que por todas basta en este respecto. Las enfermedades de la mente, comenzando por la simple alucinación hasta la horrible

locura, afectan a todo el organismo y constituyen por ello, un *estado* y nunca un *accidente*. Si la mente está enferma, es el individuo todo el que se resiente juntamente con la mente, puesto que a él deriva; mientras que el éxtasis es orgánicamente un *accidente*, tan simple, tan leve que es lo menos accidente que suceder pueda. Luego, este accidente, en nada absolutamente está relacionado con las enfermedades de la mente.

Al efecto, examínense uno a uno los legítimos videntes, y se verá como el examen arroja: Pulso normal, corazón rítmico, color sano, peso regular, apetito excelente, sueño envidiable, deseos apetecibles de comer, reír, jugar y funciones ordinarias de relación. Nada anormal, sino las visiones en los éxtasis, que no se explican, pero probado queda que, siendo éstos extranaturales, luego tales visiones, y dentro de ellas las revelaciones, deben ser lógicamente extranaturales. Los videntes no piensan en los éxtasis ni menos están obsesionados por ellos. Les vienen de repente, sin prevenirlos ni tener síntoma de los mismos.

ñ, o, p) Pero sigamos: *¿acaso estos fenómenos no podrían ser debidos al magnetismo, hipnotismo y sonambulismo?* No hablemos de esto, en serio, porque puede que el tres por ciento de los videntes, no hayan oído hablar de semejante cosa, y los que lo saben, es sólo de *oídas* y no de *sabidas*. Por más que a todos estos se les debe aplicar que, si dichos fenómenos de magnetismo, hipnotismo y sonambulismo fueran tales, debieran serlo siempre dentro de los éxtasis, razón que destruye toda posibilidad de que lo sean.

Para los que tienen experiencias de semejantes fenómenos, o al menos, han oído hablar de ellos o los han estudiado, hemos de hacer observaciones básicas por las cuales se obtiene la consecuencia de que son muy ajenos, enteramente ajenos, a los éxtasis místicos.

La más básica es la siguiente: Que para la producción de los correspondientes fenómenos del magnetismo, hipnotismo y sonambulismo se *requiere una causa material visible y ajena a ellos*, que los produzca.

El *magnetismo* es el conjunto de fenómenos producidos por las corrientes eléctricas, aplicadas al sujeto. Estas corrientes son la causa material visible ajena al sujeto. Pero para la producción del éxtasis místico no se requiere semejante causa; se produce sin causa material visible y ajena a él. Luego los éxtasis místicos no pertenecen al magnetismo.

El hipnotismo es el conjunto de fenómenos del sistema nervioso, principalmente del sueño letárgico, provocados artificialmente. Aquí la provocación artificial, más o menos aparatosa y acertada, del sueño letárgico sería la causa material visible y ajena al sujeto de la producción de los fenómenos hipnóticos. Pero, ¿quién provoca artificialmente el llamado “sueño” (*vamos a ver cómo se duermen*, dicen algunos profanos) de los videntes, cuando el éxtasis espiritual viene por sorpresa, sin que ninguna causa material humana propia o extraña lo cause?

- q) *El caso de un famoso hipnotizador y sus acompañantes.* No hace mucho nos trajeron un famoso hipnotizador, de carácter reposado y mirada intencionada (quizá la tenga por la costumbre de hipnotizar) que, más que nada, negaba el orden sobrenatural, e iba acompañado de otros, algunos de los cuales compartían con él las teorías modernas sobre la física nueva (la de la relatividad) etc. Sin anunciárnoslo siquiera, nos vimos prontamente rodeados de los mentados señores, y a las pocas palabras, comprendimos de lo que se trataba. Se nos dijo que venían a oír la explicación de los fenómenos de Ezquioga; y la audición se convirtió, de primeras, en un ataque a fondo de aquellos fenómenos, tomando por base los hipnóticos que, según el hipnotizador, que había observado en la campa, “guardaban muchas analogías con los de Ezquioga”.

Cuando comprendimos que se nos había provocado a una discusión en toda línea, y que en el escaso tiempo de una hora pretendían les convenciera del *todo*, cuanto eran la doble prevención personificada contra todo lo místico: sin rehuir la formidable lucha (que por parte de los que atacan casi siempre, sin ceñirse a ninguna cuestión concreta, las quieren ir tomando todas), les dije; Señores; para no perder tiempo vamos a fijar principios. ¿Admiten ustedes el orden sobrenatural?... Definan ustedes, antes que nada, las cuestiones que quieran rozar, porque sin definiciones exactas y admitidas por ambas partes no haremos sino divagar y no llegaremos jamás a entendernos.

Al ir a definir, no había de qué. Bien sabíamos el paño que cortábamos. Pero, señores; ya que ustedes no definen, definiré yo y admitirán o no ustedes. Y vuelta al hipnotismo.— ¿Qué es hipnotismo?... Clases, causas, fenómenos, efectos... Analogías del hipnotismo con los fenómenos de Ezquioga... Les demostré que las analogías que pueda haber son, parte reales y parte aparentes, pero ninguna igual. Sobre todo, y esto es lo básico, que para que se produzca el hipnotismo es condición precisa que haya un agente ajeno y visible al

hipnotizando, el cual agente emplee medios materiales por los cuales se produzca el fenómeno hipnótico. Se requiere preparación, tiempo, inteligencia y voluntad entre el agente y el hipnotizando.

Ahora bien; en los extáticos nada de todo esto se requiere ni existe: Porque el agente que obra en ellos no es visible, y por tanto, no puede emplear (ni se emplean por otro lado) ningún medio material para provocar el éxtasis. Luego, las analogías que pueda haber entre los fenómenos hipnóticos y los extáticos, sin ser jamás iguales, lo son más bien aparentes.

Pero es que —añadió nuestro interlocutor— ese agente invisible, de que usted habla, es la autogestión de la que van poseídos los videntes.

—¿Cómo, cómo?

—Verá usted: Van acompañados de la fe religiosa y del deseo de obtener una visión, que de antemano se imaginan, y en efecto, la tienen.

—Hombre, que bonito es todo esto. Ahora verá usted cómo este doble castillo levantado por usted, viene a tierra. Los videntes, dice usted, van acompañados de la fe religiosa. Lo niego, en parte; y lo admito, en otra parte. Lo niego en parte, porque, precisamente han sido varios enemigos de la fe, hombres dados a todo desorden que, al venir a Ezquioga, sin preparación y contra toda preparación religiosa, vieron. Lo admito en parte, porque gracias a Dios, por aquí las gentes están instruidas, al menos en los rudimentos del Catecismo, mas nunca podrá ser esto causa de autosugestionarse. En el mismo caso están casi todos los que aquí vienen, y estaban 80.000 personas que aquí una tarde acudieron, y nadie se autosugestionó; sólo los llamados videntes vieron. Y en mejor caso están siempre todos los que frecuentan los templos, quienes, con la idea religiosa y ante los actos litúrgicos: el altar aparatoso, las velas encendidas, los cantos sagrados, los acordes del órgano, el patético o hervoroso sermón y la multitud de los fieles podrían determinar tantas autosugestionaciones como individuos asisten al templo, al menos los impresionables, señor, ¿y nada de todo esto ocurre?, ¿ni en parte alguna, ni nunca? Luego, es falso que el acompañamiento de la fe religiosa en los que ven provoque en éstos la autosugestión.

El segundo extremo, que usted me propone, es el siguiente: El deseo de obtener una visión es causa de la autosugestión. Pero, señor mío, si esto se verifica en los que no tienen tal deseo... Si a muchos de los videntes les sorprende la visión... Si los primeros que vieron fueron niños juguetones,

apedreaperros, que ni pensaban en semejante cosa... Si los demás videntes, cuando por vez primera vieron, nunca en ello pensaron.

—Pero, ¿cómo es que sólo aquí tienen visiones? Esto es debido, no cabe duda, a la sugestión colectiva. Los primeros ven, y siguen otros y otros. Unos contagian a los demás.

—No solo aquí hay visiones. Las hay en otros puntos, como las hubo siempre. Ahora que aquí, por circunstancias extraordinarias, que entran de lleno en el campo religioso-moral, se repiten más que otras veces en que tales circunstancias no había.

No niego la posible sugestión ni el contagio colectivos. Pero aquí no los hay; porque, precisamente, como puedo demostrarlo, no hay autosugestión; ni hay tampoco enfermedad predeterminante en los videntes, de la cual puedan contagiarse. Juntamente con ellos deberían contagiarse los demás. Dirá usted que éstos no tienen predisposición al contagio. Pero, señor mío, si usted está hablando de cosas que hay que probar que existen. “Predisposición... al contagio”. ¿Dónde está el contagio? Dígame usted qué linaje de enfermedad es ésta, sus causas, sus efectos, sus ramificaciones, su diagnóstico, su pronóstico, etc., etc.

—Nada, nada, a otra cosa.

Aquí el famoso hipnotizador, interrumpido sendas veces por los acompañantes, al ver que no daba su brazo a torcer, cuando éstos se daban ya por satisfechos, insistía en que le enseñara “la diferencia, la línea de separación entre los fenómenos hipnóticos y los extáticos”.

—Todavía no me ha marcado usted, me decía, esta línea de separación entre unos fenómenos y otros para que yo pueda atribuir los extáticos a un orden extranatural.

—Ya fluctúas, me decía yo, tú que niegas todo orden sobrenatural y preternatural, presuponés un orden extranatural.

—Atienda usted, señor. Las bases que se requieren para la producción de los fenómenos extáticos en perfecta oposición a las bases requeridas para la producción de los fenómenos hipnóticos, que anteriormente dejo mencionados, es la línea de separación, es la diferencia de unos fenómenos y otros, que usted buscaba. Pero hay más. El conocimiento de lo pasado, de lo actual y de lo futuro secreto, ¿es fenómeno de producción hipnótica? ¿No? Pues dicho fenómeno se produce en el auténtico éxtasis.

—Se explica por la telepatía.

—Más adelante diré lo que la ciencia admite por la hipotética telepatía. Aun admitiendo sus fenómenos, que no son leyes, y por tanto, la telepatía no es ciencia, que consiste en “adivinar lo que pasa a distancia”; semejante adivinación sólo roza los límites de lo actual, pocas veces lo pretérito y nunca lo verdadero futuro, que pende de la contingencia de las personas y los hechos.

Mejor que de la telepatía podría hablarse del presentimiento, el cual se realiza entre personas conocidas y hechos o sentimientos posibles en ellas; y cuando, en casos raros, hay adivinación de aquellos, lo son con cierta vaguedad. Es lo que siempre se ha llamado “presentimiento”. Una madre, v. gr., tiene a un hijo en la guerra. Está naturalmente con cuidado y siente perder a cada momento al hijo de sus entrañas. Súbitamente da un golpetazo el corazón. ¿Una desgracia que ha experimentado el hijo? Está herido, dice, ¿habrá muerto? Pocos días luego la prensa publica que su hijo murió en la fecha y hora que la madre fue alcanzada por el golpetazo dicho.

Dejando, pues, todo presentimiento y toda telepatía, por no encajar con la revelación verdadera o profética, cuya realización ha sido ciertamente comprobada, seguimos afirmando que el conocimiento de lo pasado, de lo actual y del futuro *secreto*, no perteneciendo jamás a los fenómenos de producción hipnótica, se cuente entre los fenómenos de producción extática; *no la natural*, porque están fuera de ella; puede serlo, entonces, *la preternatural*, o la del dominio de los espíritus malos; pero hay una excepción singular: la revelación del pensamiento y del deseo, *reservado sólo a Dios o a quien Él comunica*, los cuales entran únicamente en la esfera de *lo sobrenatural*. ¿Estamos?

Todavía mis interlocutores ofrecieron, como reducto, diversas cuestiones atañentes a Ezquioga que, separándose del punto que debíamos, fueron para mejor ocasión, reservadas. —Capítulo VII. *Informe del Dr. Martí Rocafort*.—

El *sonambulismo* es el estado de aquellos sujetos que padecen sueño anormal, durante el cual tienen aptitud para ejecutar algunas funciones de la vida de relación, sin que, al despertar, les quede recuerdo de ello. Aquí el sueño anormal es causa visible, aunque no ajena de los fenómenos del sonámbulo. Pero el extático ni padece sueño anormal ni aun normal, que pudiera invocarse como causa inherente, y por tanto, de excepción, para la producción de sus propios fenómenos. Además, y como prueba de que estos fenómenos son de distinta esfera que los del sonambulismo, es que el extático espiritual, después de

la visión, recuerda perfectamente bien y con todos sus minuciosos detalles, las visiones y revelaciones que tuvo.

Luego, los éxtasis y raptos místicos no son, en manera alguna, fenómenos de magnetismo, hipnotismo y sonambulismo.

Es muy fácil y socorrido achacar fenómenos, que no se explican por las leyes naturales, pero que están fuera o sobre ellas, a las tres causas mencionadas, cuando no se tiene o no se quiere tener fe, para salir airoosamente del paso. Mas, ya se ve que semejante airoosidad no parece por lado alguno, cuando se va derechamente a ella con el estudio profundo del asunto. A los enemigos de los fenómenos extáticos, y por ende, a los de las apariciones sobrenaturales que las provocan, no les queda reducto material alguno, para poderse guarecer y desde donde poder atacar y dar en el blanco. Como no digan: “¡No creo porque no me da la gana de creer... o porque, mirando mucho, no veo nada...!”

r) *¿Acaso el estado de retraso mental (oligofrénico), según se pretende achacar a algunas visiones, es óbice serio para la tenencia de la visión?*

Retraso mental no es carencia parcial de las facultades mentales, ni aún de la plenitud de éstas, en el sentido riguroso de la palabra, sino inteligencia y concepción tardías de las ideas e imágenes.

El retraso mental podría ser, cuando más, inteligencia y concepción tardías, pero obstáculo, nunca; ya que los fenómenos psíquicos, que en tal estado se desarrollan, son absolutamente normales. Esto es muy corriente en el mundo intelectual, y no todos —los menos— son avisados.

El médico psiquiatra, que ha de entender en los fenómenos psico-místicos, ha de procurar averiguar, ante todo, si el pretendido enfermo es, en realidad, o no un doliente de la mente. En el primer caso el enfermo es manicomiabie (frase usada en la dirección de los hospitales de alienados) y en el segundo, no. Aún, en este segundo caso, el doliente puede ser susceptible de alguna desviación o retraso mental, y entonces nos hallamos en lo que antes hemos dicho; esto es, que semejante estado no es óbice para la perfecta visión, por cuanto sus facultades psíquicas funcionan normalmente. De lo contrario, como la inmensa mayoría de la humanidad vive aquejada de alguna flaqueza psíquica, por aquello de que “ni son todos los que están, ni están todos los que son”, se seguiría que casi nadie sería materia dispuesta para la perfecta vida de relación, y en consecuencia, para la recepción de la visión mística y el ofrecimiento de completas garantías.

En esto, los empeñados en que no se realicen visiones místicas, que son muchos más de los que nos podemos imaginar, alegan que los mentalmente defectuosos o semitontos, por serlo, no son capaces de visión; y los excesivamente listos, o listos, por serlo, conciben o inventan ellos mismos la visión. ¿En qué quedamos, pues? ¿Quiénes son los verdaderos capaces de las visiones? ¿Aquellos a quienes la medida humana da plaza para ello? ¿Es que se quiere captar la voluntad divina para arreglarla a la medida de la voluntad humana? Piénsese seriamente que el Espíritu Santo obra como quiere, y con quien quiere; y no es el hombre quien, sea el que fuere, el que ha de dar reglas a Dios.

rr) *El contraste entre la Obra de Dios y la de la criatura, psíquicamente hablando.* Cuanto más contraste ofrezca la obra de Dios con la de la criatura, más se destacará el límite de ambas. A menor capacidad y sagacidad humana, mayor grandeza divina en el sujeto. Si la obra se realizara únicamente en los sabios, según el mundo, diríase que está vinculada a la sabiduría humana. Pero es cierto, y además de fe —*D. Paul. Epist. 1ª, ad. Cor., Cap. 1.*— que la sabiduría del mundo, la sabiduría carnal es pura necedad y sucio estiércol ante Dios; y que N. Señor ha querido levantar siempre la estulticia humana hasta la gloria divina, para que no se diga nunca que el Hacedor supremo debe o vincula su gloria y su grandeza a los sabios, negándose a los humildes; sino que, mirando a éstos, a los pequeños, a los necios, según el mundo, los ha levantado del polvo hasta Él, para colmarles de mercedes inauditas.

Jesucristo ha canonizado este gran hecho, desconocido completamente del paganismo, cuando prorrumpió de esta solemne manera: “Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los humildes” —*Mat. 12. Documentación Serie B, Portada.*—

s) Además, *las reglas psíquicas* dadas por los maestros para el examen y esclarecimiento de los defectuosos (no trastornados) en las facultades mentales, no son perfectas ni completas. Hemos asistido a exámenes de estos —que por lo general, son iguales, ya que se sujetan todos a un mismo cuestionario— y algunos de los extremos, que al médico psiquiatra parece óptimo y decisivo, a nosotros nos parece simple y errado. Después de un soberano fracaso obtenido en el examen de los videntes, a quienes en la última persecución se internó en un manicomio, el juez civil, para evitar la

repetición del fracaso, interrogó psíquicamente en el juzgado a otros videntes. Aquí el juez se arrogó funciones de médico psiquiatra con idéntico resultado del que dieron en el laboratorio del manicomio de Santa Águeda. ¿Quién es el sabio, aún de buena fe, aún católico, que haya pronunciado en todo esto la última palabra?

El examen de los simplemente defectuosos en las facultades mentales, no pertenece a los médicos netos, —nunca a los jueces— sino a los psicofisiólogos. El organismo humano vivo, no se compone únicamente de músculos, vísceras y sangre, que los calienta, sino del alma que alienta y sostiene vivo al organismo. No es sólo el cerebro, que hay que estudiar, sino la psiquis en sus relaciones perfectas e imperfectas con el cerebro y demás órganos humanos. De no conocerse bien el funcionamiento psíquico o de las facultades anímicas, aisladamente consideradas y en sus mutuas y precisas relaciones con el cuerpo humano; de ignorarse las leyes naturales que presiden y obligan al alma en sus relaciones no sólo con el organismo humano, que le es propio, sino en cuanto a los que le rodean, y sobre todo, con la Causa primera, que es Dios, su Amor, se padecerá siempre equivocación; jamás se dará en el clavo y sí en la herradura, y se causará un enorme perjuicio al paciente y a la ciencia que alumbrar y no entenebrece debiera.

Finalmente, ¿quién es el sabio que ha graduado la escala de la inteligencia, de la fantasía, de la memoria y de la voluntad, aunadas (no separadas) del sentimiento y movimiento humanos? ¿Quién ha medido la elevación, la profundidad, la penetración, la ligereza, las fases de cada potencia anímica, sobre todo, la inteligencia humana perfecta? ¿Quién, en el examen de esta inteligencia, ha sabido, ha querido y ha podido desprenderse de los apasionamientos por las ideas, por las personas y por las cosas, para pronunciar un fallo ecuánime, justo y recto?

De aquí los posibles errados diagnósticos que en estos casos se producen. No pretendemos, como vulgarmente se dice, que se hile delgado, pero, sí que no se quiera moldear el estado psico-fisiológico del paciente a las páginas de un libro que, preñado de todos o parte de esos prejuicios, resuelve tan simplemente los casos.

Particularmente y entramos en nuestra fase, los casos de psiquismo fisiológico, aplicado a los fenómenos místicos, para tratar los cuales no son competentes únicamente los médicos de un manicomio, sino que deben asociarse al psicólogo y, sobre todo, al teólogo místico, que es que ha de alumbrarles en

toda esta fatigosa carrera: lumbre, que si no se proyecta, queda todo el examen a oscuras.

- t) *Un ejemplo entre muchos.* El reputado director de un establecimiento oficial de alienados es interrogado amablemente por otro no menos reputado médico en ejercicio continuado, por un abogado de muchos años y otros señores que acompañan a éstos, que tienen un interés en esclarecer la doctrina precedente, para que sea aplicada precisamente a los casos que, con motivo de la persecución a los videntes de Ezquioga, van ocurriendo.

El grupo de señores visitantes expone al médico director la doctrina psico-mística sobre las visiones, que él ha examinado y examinando va, a tenor de los casos que se van presentando. Su conclusión, acompañada de razones y pruebas indestructibles, que el mismo director ha abonado con su silencio, es ésta: “Señores, yo en todo esto no tengo más conclusión que la siguiente: Si los llamados videntes vieran realmente, yo también vería; y ustedes, asimismo, verían; y todos los que presentes estuvieran en un mismo local, verían igualmente. Cuando no vemos es porque ellos tampoco ven. Son alucinaciones, como las que padece los demás alienados...” ¿...? (Quedamos minutos antes en que ningún vidente es manicomiable)

Y preguntamos: Después, que atentamente se ha leído la doctrina mística, la patológica y la psíquica sobre las visiones: ¿qué tal parece la conclusión y el razonamiento del doctor nada menos que director de uno de los más celebrados manicomios...?

- u) *La telepatía.* Hay en el cerebro humano, dicen ciertos hombres de ciencia, un centro nervioso, una célula, cuya función es adivinar lo que pasa a distancia; y así se da el caso de conocerse y compenetrarse dos personas que jamás se han visto ni conocido. Esta célula está todavía poco desarrollada, por lo que son escasamente generalizados sus fenómenos.

A esto llaman telepatía. Los que la han profundamente estudiado, la definen, diciendo que es “la percepción extraordinaria de un fenómeno ocurrido fuera del alcance de los sentidos”. Según la mente de F. W. H. Híers, que la propuso en 1882, significa “la comunicación de cualquiera clase de impresiones de un espíritu a otro, verificada independientemente de las vías sensorias”. Quieren que haya telepatía espontánea y experimental. Cuando la telepatía se la quiere sacar de quicio, se la confunde con el espiritismo.

Sobre la telepatía en sí considerada, que ni es ciencia ni arte, he aquí las conclusiones extractas de un recién trabajo científico:

“Prescindiendo de las pretendidas experiencias de lectura del pensamiento, en las que interviene el fraude y la prestidigitación, muchos, por lo menos, de los casos que se aducen a favor de la telepatía, consistentes en la transmisión de imágenes de movimiento o dirección y de no movimiento, pueden explicarse cierta y satisfactoriamente sin ella, por señales inconscientes dadas por el transmisor y producidas por el sujeto hiperestésico.

Hay algunos casos en los que la hipótesis de la telepatía se presenta como inmensamente más fácil que la de la hiperestesia.

Mientras no se descubran las condiciones fijas en las que el fenómeno debería necesariamente obtenerse, no es posible tributar a la telepatía los honores de una conclusión científica cierta.

Por esto, la telepatía no es más que una hipótesis más o menos probable, si se quiere única para algunos casos, pero, al fin y al cabo, solamente una hipótesis, que podrá ser substituida por otra mejor en la ciencia de mañana”.

- v) *El Ocultismo*. Es tan antiguo casi como la sociedad. Las pitonisas, los oráculos paganos, los adivinos, es espiritismo: todo esto que se conoce bajo el pomposo nombre de “ciencias ocultas”, en que lo mismo puede actuar el mal espíritu que la prestidigitación y el compadrazgo o ambos unidos, merecen atención al observador, particularmente por *la relación, aparente al menos*, que muchos pudieran considerar con los Hechos de Ezquioga.

Los que no creen en Dios ni en su Revelación, creen en la astuta pitonisa, que sabe sacarles los cuartos a cuenta de hermosas mentiras. Los que no creen en las profecías divinas creen en los pícaros zahoríes y en las redomadas gitanas que, por alguna dádiva, les refieren halagadores disparates. Los que no creen en las Apariciones místicas, creen en las apariciones del espíritu en el salón de las sesiones espiritistas, y confunden o pretenden igualar el médium con el vidente auténtico. Está la sociedad tan materializada, que, percibiendo las sensaciones que produce la materia, no perciben los latidos de lo sobrenatural; y cuando ven algún fenómeno de éste, corren a compararlo y quizá a identificarlo con los fenómenos de aquella.

Los que hasta hace poco propalaban: “No vayan a Ezquioga, porque en Ezquioga no hay nada”, ahora, al ver el gran fracaso suyo, han cambiado de táctica y enseñan que “hay algo, pero que lo que hay es espiritismo”. El objeto no

es el no dar el brazo a torcer, y ver, si por este lado, los Hechos de Ezquioga se desacreditan, y caen en el vacío y olvido, lo mismo que ocurrió en Limpias. Pero, “están verdes”. Vamos, pues, a ver si contestamos a este formidable reparo, que se va apoderando de las inteligencias algo más de lo que parece.

w) *El espiritismo*. Una cosa es que en Ezquioga, como en todos lados donde se frecuenta la oración y la vida íntima de las almas, haya intervención del diablo, como tentador, sugestionador y perseguidor de los hombres, mediante la *imitación*, cuyo oficio tiene; y otra cosa es la invocación expresa o tácita del diablo para fines no lícitos, aunque no lo parezcan; y por esta invocación la participación del mismo en los asuntos de los que le invocan o con él juegan inocentemente al parecer, en que estriba el espiritismo, y su acción en cierta masonería. Porque no hay que jugar, ni por bromas, con el diablo, quien, si se presenta a donde no le llaman, mucho más se presentará a donde le conozcan o le invocan.

Como la falsa especie de que lo de Ezquioga es puro espiritismo, se va propalando más que de prisa, vamos a establecer puntos de comparación entre éste y lo de Ezquioga, al objeto de que el menos avisado sepa a qué atenerse.

“Dícese que el espiritismo se vale de los *médiums* y de las *mesas volantes* para las respuestas que desean, así como las Apariciones de Ezquioga se valen de los *videntes* y de los *éxtasis de éstos* para las mismas”.

Poco a poco: Las obras se conocen por sus principios u origen, sus medios, su fin, sus respuestas, y sus efectos.

Por sus principios: El espiritismo reconoce como origen la actuación directa del demonio y hasta de otra alma, condenada, en comunicación con él; mientras que los Hechos de Ezquioga reconocen como fuente, la actuación divina y los seres que del orden divino dependen en comunicación con ella.

Por sus medios: El espiritismo se vale del artificio en salones a propósito, con cambios de luces y obscuridad, su contacto de manos sobre la mesa y las interrogaciones de los asistentes interesados; mientras que los Hechos de Ezquioga se realizan en el campo raso, y no se valen de otra cosa que de la humilde oración a Jesús y a María, sin mezcla de artificio humano; y es tan sin humano artificio que, a veces, viene el éxtasis místico sin la oración o precediéndola.

Por su fin: El espiritismo busca fines temporales: dinero, acciones reprobables, cuando menos pasatiempo, jamás fines en orden al cielo, es a saber,

la gloria de Dios y la santificación y salvación humanas, blasfémese o no del divino Nombre y reniéguese o no de las criaturas; mientras que las Apariciones de Ezquioga anhelan fines santos y en orden a la eternidad feliz, precisamente lo contrario de lo que ansía el espiritismo.

Por sus respuestas: Todas las respuestas que da el demonio son falaces y perjudiciales en algún modo. Pueden —no siempre— ser exactas con relación al pasado y a lo presente, nunca con relación al porvenir que, dependiendo de las causas contingentes, sólo de Dios puede ser conocido. Por lo demás, téngase muy presente que el diablo, en ningún caso, puede penetrar el pensamiento y el corazón humano; mientras que los videntes, en la medida de la voluntad divina, que se les comunica, penetran el pensamiento, el corazón y el porvenir.

Por sus efectos: Con el espiritismo se obtienen, a veces, enfermedades desastrosas. Tales, como sustos, insomnios, enfermedades graves, golpes súbitos, caídas funestas, perversiones del corazón, apostasías de la fe y entregas del alma al diablo, a cambio de conseguir reprobados deseos; mientras que las Apariciones de Ezquioga, sin obtener nada de todo esto, alcanzan la conversión y la paz del corazón y lo que se necesita para la obtención de la santificación y salvación eternas.

Tal es el parangón entre el espiritismo y los fenómenos de las apariciones de Ezquioga: Los que las persiguen a causa de espiritismo podrían darse una vuelta por el Club Náutico de San Sebastián, v. gr.; y conocer vis a vis a aquel, para ver si nuestra relación precedente resulta exacta; y luego, cuando pasan a Ezquioga, examinar también sus Hechos, para poder establecer su diferencia con los del espiritismo, y notar si nuestras apreciaciones son cabales.

Decir que los Hechos de Ezquioga parten del espiritismo, no es ignorancia: es maldad refinada; porque, reconociendo que, en efecto, hay “algo”, este “algo”, dicen es perverso, por cuanto se está informado por Satán.

Y no hay nada más lejos de esto que la realidad de Ezquioga:

- 1º Porque esta realidad jamás invoca al demonio para nada, y si alguna vez le nombra, es para despreciarlo y batirlo.
- 2º Porque todo el que entiende directamente en las cosas de Ezquioga es católico, apostólico, romano, ferviente, dispuesto a dar su vida por la fe de esta Santa Iglesia Católica.

- 3º Porque, aprueba, alaba, y ama precisamente todo lo que el espiritismo desaprueba, desprecia y odia, y
- 4º Que en consecuencia, es el mismo demonio el que persigue con saña a los videntes, heraldos de las apariciones de Ezquioga; los cuales, si fueran espiritistas, serían, por el contrario, mimados por él. ¿Qué tienen que ver los fenómenos extáticos con las operaciones del espiritismo? ¡Señores: tengan lógica y buena fe, no se desacrediten, pretendiendo desacreditar inútilmente las cosas de Ezquioga!
- x) *¿Qué son, entonces, realmente las visiones y revelaciones, psiquiátricamente consideradas? Vale mucho la pena de que nos adentremos en el asunto para ilustración de los convencidos y, sobre todo, para persuasión de los reacios al convencimiento. Porque creemos que los que no admiten nada en este respecto han de doblegarse forzosamente ante las razones que vamos a exponer; de lo contrario, ¿podrían contestar satisfactoriamente a los interrogantes que siguen?*

Tratamos, como en todas nuestras experiencias, de videntes sanos, de aquellos a quienes no se les ha probado que adolecen de enfermedades psicasténicas y psiquiátricas, y además de videntes auténticos.

Están en éxtasis, o como se dice vulgarmente, “en visión”, insensibles al modo explicado; —Capítulos IV y VIII— y, sin embargo, ven y perciben y oyen y se mueven espiritual, cuando menos, y también corporalmente. Ven y perciben objetos y seres en forma, color, olor y sabor proporcionales. Particularmente, ven y perciben una luz tan extraordinariamente potente, que supera en mucho a la del sol, y que envuelve a la Aparición, no obstante pueden mirar fijamente, sin que les hiera ni levemente moleste la retina.

Y oye su voz, clara, natural, equilibrada, rotunda, insinuante; y notan sus movimientos naturales, cuando les miran, atienden, hablan, rezan y ordenan.

Y los ven y perciben y oyen y notan sus movimientos, no como en cinematógrafo, si se quiere sonoro, sino como en función escénica de las tablas, excepción hecha de la farsa, con sus trajes, acompañamiento decoración y armonía, todo ello proporcionado, regular y exacto.

El concepto formado por los videntes (avispados e ignaros) dentro del éxtasis, es que en todo este extraño funcionamiento no hay nada fuera de lo racional, sensato, ponderado y cristiano. ¿Qué es esto? Aquí, como

anteriormente, no cabe duda que funcionan leyes contrarias a las naturales. ¿Qué, pues, hay aquí?

Sobre todo, los casos de *bilocaciones*, *bipersonaciones* y *desdoblamientos de la personalidad*, —Cap. X— en que son dos sujetos, o dos modos de obrar, a la vez, los que en un mismo agente se patentizan, ¿qué hay aquí?

Observad atentamente los hechos; desagrupadlos, desdoblados, simplificadlos, contadlos, examinadlos; atended a las leyes naturales que les son francamente contrarias; y decidme, luego, si en ellos no se realizan tantos prodigios cuantas leyes naturales dejan de realizarse.

¿Diréis que todo ello es *alucinación*? Mas, ¿no hemos advertido que en tales videntes probados no existen defectos psiquiátricos?

¿Diréis que, aunque no sean defectos de la mente, la *prevención*, la *predisposición* y el *deseo de la visión* podrían ser éstas como causas determinantes de la visión? No; porque, aun cuando supongamos que este caso se realizara a causa de lecturas, meditación y anteriores visiones: la Aparición, que es la causa de la visión y audición, se presenta, no cuando el vidente desea, sino cuando ella quiere y aun contra lo que el vidente apetece; y oye y obra lo que no espera y aun en contra de lo que espera.

¿Cómo es que el sujeto, afectado de estas visiones y audiciones, y movimientos, se halla no sólo contento y satisfecho de encontrarse en posesión y goce de ellas, sino que apetece que no concluyan; y así estaría horas, días, meses y años, sin ingerir alimentos, evacuar, dormir y sentir necesidad natural alguna; y sin embargo, tales visiones y audiciones y movimientos concluyen y desaparecen cuando el sujeto menos piensa y quiere? ¿Qué es lo que hay aquí? ¡Cuántas leyes desconocidas en contra de otras conocidas!

Y no es que las visiones y audiciones son *subjetivas*, esto es, radicantes, respectivamente en los ojos, oídos, tacto e imaginación del vidente; porque, entonces, volveríamos a los defectos psiquiátricos, los cuales, dejamos dicho, que están ausentes de los videntes probados; sino que son *objetivos*, esto es, radicantes *fuera* del sujeto vidente, y por tanto, absolutamente independientes de éste. Con la particularidad de que se dejan rogar para mostrarse; y rogándolas, de ordinario aparecen, no como en cine, según quedó advertido, sino *realmente*, viniendo y marchando con una celeridad incomprensible, con la celeridad comparable a la del relámpago. ¿Qué son, pues, estas apariciones?

Deben ser, sí, objetivas con relación al sujeto vidente, subjetivas en sí mismo: reales y personales vivientes. ¿Pero, de dónde y cómo y para qué aparecen? Éste es el misterio que encaja en el molde de la teología mística y que nosotros explicamos en este libro. Mas, ¿quién entra plenamente, totalmente aquí? Si la ciencia teológica acaba por expresar: “¡Oh cuán incompatibles son, Señor, tus juicios!” —Rom. 11, 23— ¿Qué han de expresar las demás ciencias? Al menos callen y veneren.

y) *Estudio psicológico de ciertos casos místicos, entre cuyas leyes en función anda una gradación de visibles milagros.* Somos observadores directos y entramos a la parte repetidas veces en dichos casos. Las videntes, como M^a Recalde, Benita Aguirre y otras sanas de cuerpo y alma, quedan en probado éxtasis. Hablan conceptos, muchos, desconocidos e ininteligibles para ellas, precisamente los que hacen falta al testigo a quien van dirigidos, o que éste pregunta, o que el agente invisible, a quien ven y con quien comunican los videntes, quiere entienda o haga: Las locuciones son racionales, interesantes, de cielo.

Pero sucede aquí una cosa extraña, sorprendente. Y es que el vidente ignora totalmente lo que el agente invisible expresa; mientras que el testigo, que es el que pregunta a la aparición, (agente invisible) sin verla, es el que recibe de ésta las respuestas.

Por manera, que la aparición y el testigo se entienden perfectamente, mientras que el vidente *únicamente* opera de simple instrumento parecido al musical. —Los videntes, durante sus éxtasis, vienen a obrar como tubos de órgano, cuyo fuelle es el agente invisible; el tubo, la laringe; y la lengüeta, las cuerdas vocales con la lengua y boca. Cesa de funcionar el fuelle, y cesa de sonar también el tubo del órgano. La prueba está en que, antes y luego de funcionar el fuelle, el vidente ignora completamente lo que por su laringe y boca pasa.— En el detalle *únicamente* se descubre que obran aquí varias leyes naturales: audición y transmisión oral de la audición, sin facultades mentales de lo que se ha oído y preferido. Y, estando en el mismo plano, al parecer, el testigo, ni oye ni entiende a éste; quien oído, y entendido por otros testigos, y sobre todo, por la aparición, no es oído ni entendido por el vidente, quien, recogiendo de nuevo, las respuestas de aquél, y que, dejamos dicho, las oye y transmite, no las entiende ni retiene.

Si oye a la aparición y transmite el dictado, debiera forzosamente entenderla. Obra, pues, mecánicamente. Por la misma razón, debiera ver y oír al testigo. Y claro está; como las respuestas que la aparición da, corresponden a las

preguntas del testigo, el vidente se extraña del dictado que da la aparición. —En los casos de que hablamos es Jesús y María particularmente, y no el vidente, los que hablan al testigo. La mayor parte de los documentos que integran la Documentación Serie B, nº 1, Secc. II y otros que en esta obra aducimos, pertenecen a este linaje de casos.—

He aquí unas leyes naturales en completa oposición a otras leyes de su mismo linaje. Entre ambas anda una gradación de milagros

Metapsíquica

Hasta aquí hemos estudiado a las ciencias psicológicas y psiquiátricas en relación con los éxtasis y raptos de Ezquioga; y hemos visto cómo los defectos de la mente no rozan ni aún levemente dichos éxtasis y raptos. Más, hemos afirmado, al principio de este capítulo, que se nombra por ahí una ciencia, llamada *metapsíquica*, que estudia lo que está más allá del alma. Veamos, pues, (porque hay que examinarlo todo, no dejando ningún portillo abierto) si los fenómenos de esta modernísima ciencia explica los fenómenos místicos de Ezquioga.

El presbítero D. Ricardo Sánchez Varela, en una atinada Obra que, hace poco, dio a luz con el nombre de “Eva y María”, —Eva y María. Fenómenos diabólicos y milagros que demuestran el cumplimiento de la promesa hecha en el paraíso —1925— Tip. Catól. Casals, Caspe, 108.— Barcelona— en su capítulo 4º, ha tratado magistralmente los problemas de metapsiquismo, de los que nosotros no haremos sino dar un simple esbozo, particularmente en lo que afecta a la relación que pudieran tener con los éxtasis de los videntes y pseudovidentes de Ezquioga. El caso estriba en sí todos estos fenómenos de *metapsiquismo*, nombre dado en 1905 por el Dr. Richet a esta materia, no puestos todavía muy en claro, destruyen o aminoran la doctrina que los teólogos sientan sobre los fenómenos místicos.

- z) *¿Inconsciencia o subconsciencia?* La inconsciencia tiene lugar en el profundamente hipnótico, cuando sin premeditación, ejecuta el mandato del hipnotizador; o también en las operaciones que maquinalmente ejecutamos y a que nos inclina el carácter. Tanto el uno como el otro caso, y lo veremos más extensamente luego, no rezan con el extático, porque la base sobre la que éste se asienta es la insensibilidad, en lo material; y el ejercicio de las potencias del alma, en lo espiritual, cosa diametralmente opuesta a los estados inconscientes o subconscientes.

aa) *¿Transmisión de pensamiento y cumberlandismo?* Pregunta el presbítero Varela: ¿Se puede comunicar el pensamiento por una mera sugestión mental? Se contesta: “El citado Dr. Richet —Eva y María; Tratado de metapsíquica, pág. 161 y 162.— divide los individuos recipientes en varias clases, que son: sujetos normales con sensibilidad ordinaria, sujetos normales muy sensitivos, hipnotizados y médiums espiritistas. De los primeros a los últimos, como por escala gradual ascendente, hay probabilidades de aciertos.

Tanto los autores católicos como los racionalistas dan la siguiente explicación a la transmisión de las ideas: Cuando discurrimos trabajamos con ciertos órganos del cerebro; es cierto que no sabemos en qué consiste este trabajo; pero tal vez sea una operación capaz de encontrar un eco en otros órganos análogos que estén cerca; pues lo mismo sucede en muchos aparatos menos complicados que nuestro cerebro: así vemos que la corriente eléctrica del carrete inductor da origen a la corriente eléctrica del carrete inducido; el objeto que se retrata deja su imagen en el cliché colocado en la máquina fotográfica; el sonido de un instrumento musical encuentra resonancia en otro instrumento; la antena radiotelefónica emite ondas que producen iguales sonidos en el aparato receptor, etc., etc.

Con la transmisión del pensamiento tiene gran semejanza la hipótesis de que un individuo, solamente con ponerse en contacto con otro puede encontrar los objetos escondidos o ejecutar alguna acción sencilla, según la intención o el pensamiento de este director. A esto se llama cumberlandismo, por ser Cumberland el que lo inventó; pero muchos son de opinión de que aquí no hay transmisión de pensamiento, y sí una exquisita sensibilidad por parte del dirigido para dejarse guiar por los impulsos o presiones que inconscientemente le da el director.

¿Puede acaso, la transmisión del pensamiento tener puntos de contacto con la revelación mística, y con el conocimiento mutuo de videntes? Contestamos negativamente, porque en ninguno de ambos casos dichos, actúa la sugestión mental, puesto que el vidente, en éxtasis auténtico, independientemente de su voluntad, memoria e inteligencia, recibe el conocimiento de los conceptos o cosas que se le revelan. El cuerpo está como muerto y el alma como absorta. Luego, ni la transmisión del pensamiento ni el cumberlandismo metapsíquicos, pero siempre naturales, tienen nada que ver con la comunicación extática, que es enteramente sobrenatural.

bb) *¿Fenómenos de difícil clasificación?* Así califica el presbítero citado:

- a) Las maravillas de los faquires indianos.
- b) Los animales calculadores.
- c) Los niños prodigio.
- d) La visión a través de cuerpos opacos.
- e) Otras facultades extraordinarias anormales. —*Eva y María*, pág. 183—.

De los cuales podemos afirmar, con dicho autor, que las maravillas de los faquires que, según dice el Dr. Bataille, citado por el Sr. Varela, forman una secta satánica; los animales calculadores, en los que debe intervenir el diablo; y las otras facultades extraordinarias anormales, de intervención ídem; los restantes pueden atribuirse a potencialidad humana; ya que los excepcionales casos que se registran bajo los apartados c) y d) demuestran la disposición asombrosa de ciertas humanas naturalezas para determinados asuntos. Mas estos casos son perfectamente naturales; nada tienen de preternaturales, como los de los apartados a), b) y e); y menos aún de sobrenaturalidad, como lo son los éxtasis auténticos.

Los de que en todo lo de Ezquioga primeramente no quisieron ver *nada*; y luego leyeron a algún Crookes, Tuys, Ochorowicz, Rochas, Beaunis, Richet, Janet, Charcot, Lombroso, Coste, Darioux, etc., que estudian los fenómenos de ocultismo y espiritismo (*Metapsíquica*) y que se asombran ante la *telepatía*, movimientos de objetos materiales no explicables por la Física, como la levitación o elevación espontánea de un cuerpo, entrando en ellos apariciones, etc., y a los que Coste denominaba fenómenos *trascendentalizados* del hipnotismo, y que o son producidos por el diablo, cuando no por fraudes y supercherías... ahora, declaran muy orondos que lo de Ezquioga es demoníaco.

La primera vez enormemente se equivocaron; porque había *algo* y muchos *algos*. La segunda vez también enormemente se equivocaron; porque, si hay algo del diablo, es sólo por vía de intervención en los verdaderos videntes, y por vía de acción o posesión en los falsos; y si hay alguna superchería, en quienes no han sido jamás videntes, y los ignorantes o apasionados los toman por tales, esto no significa nada comparado con lo que realmente hay de sobrenatural en los videntes auténticos, que es precisamente *lo que no se quiere ver, lo que no se quiere entender, lo que no se quiere aceptar*. Y a esto, ciertamente, no hay derecho.

- cc) *Los creyentes a medias*. En el apartado rr) decimos que “los que no creen en las apariciones místicas, creen en las apariciones del alma en el salón de sesiones espiritistas”. Mas, añadimos que los que no creen en las

apariciones de Ezquioga, luego de probadas, creen en las apariciones hechas, no digo ya a un siervo de Dios, canonizado y beatificado, sino a otro u otros por beatificar. Piénsese que por el hecho de la canonización de un santo, la Iglesia no *obliga* a que se crea en sus apariciones y revelaciones, sino que, en general, permite se crean piadosamente, mientras nada contra la fe y buenas costumbres ofrezcan; fuera de aquellas que están *especialmente* aprobadas por la misma Iglesia.

Ahora bien; las apariciones y revelaciones de Ezquioga, humano modo, en cuanto nada contra la fe y buenas costumbres ofrecen, pueden equipararse, al menos, a las de los siervos de Dios, todavía no canonizados. Nada hablamos aquí de licencias eclesiásticas dadas para la impresión de libros en que tales apariciones y revelaciones se contengan. Hablamos de las apariciones y revelaciones *objetivamente* consideradas. ¿Se creen las de los siervos de Dios mencionados, y no se quieren creer las hechas por Jesús y la Virgen a los videntes probados? Examínense; pero, una vez que en ellas nada se encuentre contra la fe y costumbres católicas; ¿por qué a unas se las da asentimiento y a otras no? ¿*No es esto ser creyentes a medias?* Y añádase, en cuanto a las de Ezquioga, que las apariciones y revelaciones pueden ser probadas *experimentalmente* es, a saber: en los instrumentos *que aún viven*; mientras que las de los siervos de Dios fallecidos, únicamente descansan *en la fe histórica*.

Acabamos de ver cómo la ciencia médica general actual, tanto la psicasténica como la psiquiátrica, no pueden explicarse los fenómenos del éxtasis

Dejamos dicho la actual; porque, si repasamos la historia de la medicina, veremos, cómo hasta los tiempos de la enciclopedia francesa, en la que cristalizó el racionalismo, la medicina, entre cristianos, fue cristiana, y entre no cristianos, llevó la sana y rica savia de ésta. Buena prueba con las actas conciliares, cuando rozan este punto, particularmente el Concilio de Letrán, disponiendo sobre la obligación grave de los médicos en cuanto a avisar a los enfermos de gravedad para que reciban los Santos Sacramentos. Y esta disposición, no cabe duda, que obedecía a que algunos doctores, influenciados ya por el protestantismo, descuidaban su deber tradicional.

La actualidad científica medical, tanto como casi todas las ramas del saber humano, al independizarse de la Religión, que es tanto como separarse de la

verdad (pecado liberalístico), ofrecen escasas y aun dudosas garantías para el contraste de los milagros, contando en estos al éxtasis místico.

Pero, así y todo, diversos regímenes médicos, como el hidroterápico, al frente de la cual va el sacerdote Kneip, con su seguida escuela, con Kunne y la suya, como más en contacto con la pura naturaleza, ofrecen menos óbices a la explicación y reconocimiento del éxtasis que la medicina escolástica.

Esto, de un lado; de otro, es tristísimo que, mientras en otras partes de Italia, v. gr., para conocer exactamente la substancia que derramó el famoso Crucifijo del Hospital de Santa Clara, de los religiosos josefinos, de Asti, se han empleado todos los procedimientos modernos: el macroscópico, el microscópico, el espectroscópico y el químico; y para evitar toda posible mistificación, se ha empleado la radiología, manejados todos ellos por reputados doctores. Aquí, en España, por lo que afecta a Ezquioga, en derredor de la cual son ya varios Crucifijos e imágenes de Jesús y María, que han derramado sangre, según se verá más adelante, se huye del examen —que es dar las espaldas a la luz—, y hasta se ocultan los casos por miedo a la persecución, burla y rechifla de los que lo viven de espaldas a Cristo y María o temen confesarlos.

Conclusiones

Son las siguientes:

- 1^a *Las ciencias psicológicas y razonablemente psiquiátricas, aplicadas a los éxtasis y raptos de los videntes de Ezquioga, dan por resultado que ninguno de éstos sufre anormalidad de la mente, y por tanto, menos son manicomiabiles.*
- 2^a *El asunto de las visiones y revelaciones no pertenece a estas ciencias.*
- 3^a *Tampoco la metapsíquica, aunque roza más los fenómenos ultra-anímicos, ofrece ninguna conclusión seriamente filosófica en contra de los éxtasis y raptos místicos.*

Capítulo VII

CAPÍTULO VII.— Testimonios e informes de ilustres fisiólogos, médicos, psicólogos y psiquiatras con relación a los Hechos de Ezquioga y que son parte de la Documentación Serie A. Informe de los doctores Carrere (francés), colectivo de los catalanes, y particulares de Martí Rocafort, Tortras Vilella, Balari (padre) y Puig Corominas.

No estamos solos con estar al lado de la Virgen, que es del lado de la verdad y del bien. A favor de los Hechos de Ezquioga se levanta la voz, quizá tímida todavía, de hombres de estudios de todos los campos, pero que en el mañana, pronto, no cabe la menor duda, cuando el anemómetro de los asuntos de Ezquioga tome rumbo diferente, querrán dar a su tímida voz, timbres de potencialidad sonora. Para entonces, y no para el presente, van dirigidas estas líneas, que bien pueden ser aprovechadas por todos los de ahora.

Informe del Dr. Carrere

El notable Dr. E. Carrere, de Tarbes (Departamento de los Altos Pirineos-Francia), en certificado, que conservamos, del 12 de Octubre de 1932, escrito en francés, y en el cual “habla tan solo de las cosas que él ha visto y constatado, sin interpretarlas”, nos dice:

En el curso de 1932 he estado en Ezquioga en Mayo, Julio, Agosto, Septiembre y Octubre. El R.P. Burguera, a quien en Septiembre he encontrado, —Nos vio antes otras veces, pero que le pasamos desapercibidos.— ha solicitado de mí le consigne por escrito mi opinión medical sobre “algunos videntes”. Habiendo, pues, visto muchas veces, ora durante las manifestaciones llamadas “éxtasis”, ora en derredor de estos momentos, a Garmendia, Pachi y Gurruchaga, y habiéndolos examinado en la casa de Ezpeleta, de éstos únicamente hablaré.

Pachi.— Le he visto 5 veces. Había subido a la colina donde suceden los hechos en cuestión, a la caída de la tarde. Cada vez, he constatado lo siguiente: Él se arrodilla, rodeado de amigos que le acompañan y que comienza a orar en voz alta. Al cabo de un tiempo, que varía, cae, sea hacia atrás, sea hacia un lado, y sus amigos le acuestan de espaldas, la cabeza un tanto levantada. En esta posición, sus miembros están en resolución completa y no presentan ninguna rigidez; los ojos están abiertos y las pupilas medianamente dilatadas como para la visión a cierta distancia. El pulso es sosegado y regular, la respiración normal. El reflexo palpebral, convenientemente buscado, se halla muy limpio. Al cabo de un tiempo, que varía, Pachi cierra los ojos, y sus amigos le llevan sobre sus espaldas hasta la casa Ezpeleta, donde se le deja un momento sobre una cama.

Cuando sale de tal estado no parece fatigado, y departe amigablemente con los que le han acompañado.

Le he examinado en la casa Ezpeleta y no he hallado en él ninguna señal de enfermedad cualquiera; por lo demás es un joven gallardo, sólido y de aspecto muy sano.

Garmendia.— Le he visto muy bien tanto en los “éxtasis” como en la vida corriente, y en ésta muy a menudo durante varias horas. Durante el curso de los éxtasis presenta a menudo la rigidez, sea de los brazos solamente, sea de todo el cuerpo. El esfuerzo más violento no puede hacer cesar esa rigidez. Jamás he podido constatar en él contracciones crónicas; jamás emisión de orina; jamás mordedura de lengua. Los músculos de la cara no participan nunca de las contracciones; los ojos están abiertos y parecen ver, los labios se mueven y muy a menudo profieren palabras muy limpias, que son entendidas por los asistentes. Cuando estos fenómenos cesan, se levanta y no parece fatigado a pesar de las contracturas a menudo intensas que ha experimentado. Yo he visto entonces decir a algunos confidentes lo que Garmendia había entendido o visto durante el éxtasis y del cual guarda éste un recuerdo muy preciso.

Fuera de los éxtasis, Garmendia parece llevar la vida normal de un trabajador. Sus manos rudas y su mirada llevan la traza de trabajos particularmente duros. Los exámenes que de él he practicado no me han revelado jamás ninguna anomalía. Tiene un carácter vivo y muchas veces alegre; durante la comida con sus amigos provoca la animación, y sus conversaciones deben ser espirituales, porque causan con frecuencia el gozo en sus oyentes.

En suma; me ha parecido estar dotado de una buena constitución normal y de un espíritu bien equilibrado.

Gurruchaga.— Le he visto largamente y examinado muchas veces durante los éxtasis de los días 9 y 10 de Octubre en la casa Ezpeleta donde hemos comido en la misma mesa, y sobre todo, en la colina donde él ha pasado toda la noche del 10 al 11 con sus amigos.

Durante los éxtasis presenta también contracturas, sea en los brazos, sea en todo el cuerpo. Su figura indica, por momentos, un sufrimiento intenso. Durante las contracturas, a menudo generalizadas, el resto queda libre y los labios articulan palabras. Le he visto en cuatro sesiones, los brazos en cruz, muy rígidos, y arrojarse vivamente hacia adelante para bajar hasta el suelo. Durante este movimiento la rigidez de los brazos desaparece momentáneamente para permitirle apoyarse en tierra, que él vuelve a tomar cuando se levanta. Todo esto no se parece en nada a las crisis de contracturas histéricas y otras.

El examen que he practicado de este joven me ha permitido constatar que carece de toda anomalía física, intelectual o mental.

Fuera de los éxtasis, se muestra como un sólido y buen pequeño paisano, de carácter dulce y muy alegre.

El 12 de Octubre de 1932
(*Dr. E. Carrere, rubricado*)

Informe colectivo de varios doctores catalanes

Modelo A. Serie 1ª.— Nú. 354.960.— Hay un membrete impreso que dice: Colegio de médicos de España— Consejo General. Hay fijada una póliza de clase 7ª de pts. 3-núm. A 0151879— Hay fijada una póliza-sello de 2 ptas. Que dice: Colegio del Príncipe de Asturias para huérfanos de médicos— Certificación facultativa. Hay un sello de estampilla, en tinta violeta, que dice: Collegi Oficial Metges de Barcelona— CERTIFICADO MÉDICO OFICIAL— Colegio de Barcelona. En el anverso del impreso y escrita diagonalmente, hay una nota que dice: Léase al dorso, por no contener el impreso espacio suficiente para consignar los datos que figuran en el certificado. Al dorso se lee:

Los infrascritos médicos cirujanos del Colegio de Médicos de la Provincia de Barcelona, CERTIFICAN:

Que han tenido ocasión de permanecer en la campa de Anduaga de Ezquioga, diferentes veces, en ocasión de hallarse en la misma y en el estado que, habitualmente, entre los concurrentes en aquel lugar se llama de visión o éxtasis, diferentes personas, a las cuales han podido reiteradas veces ver y apreciar de cerca, y además han alternado, también distintas veces, con estas mismas personas, fuera de aquel estado, y de todo ello han podido deducir:

- 1º Que en las personas a que nos venimos refiriendo, no hemos apreciado ningún síntoma de enfermedad nerviosa ni de otra alguna que pueda relacionarse con el llamado estado de visión, al cual hemos asistido.
- 2º Que el estado de visión o suspensión de los sentidos que hemos presenciado, con los fenómenos que dentro del mismo se producen, a nuestro juicio no tiene científicamente explicación, dada la forma y demás circunstancias en que se opera.

Y para que conste donde convenga, expiden y suscriben el presente certificado en la ciudad de Barcelona, a 20 de Octubre de mil novecientos treinta y dos.

Hay las firmas y rúbricas de: Joaquín Puig Corominas, Colegiado número 1535; Miguel Balari, Colegiado núm. 210; José L. de Marti Rocafort, Colegiado núm. 695; Manuel Bofill Pascual, Colegiado núm. 1844; Antonio Tortras Vilella, Eugeni Bofill, Enrique Navarro Borrás.

Este certificado va extendido en el impreso editado por el Consejo de los Colegios Médicos, cuyo origen garantiza la filigrana al agua marcada en el papel con la siguiente inscripción: Consejo General de los Colegios Médicos de España.

Informe particular del Dr. José Luis de Marti Rocafort

Rvdo. P. Fr. Amado de C. Burguera.— Ezquioga

Venerado Padre: Mi opinión, como médico de los hechos de Ezquioga, redúcese a afirmar del modo más absoluto, que no pueden ser atribuibles muchos de ellos a fenómenos naturales, y que por tanto, ni la fisiología ni la patología pueden explicarlos.

Pensemos especialmente en el histerismo, por ser la afección morbosa que más se presta a simular diversas afecciones, y el empeño tan frecuente en las histéricas de querer pasar por seres excepcionales y llamar la atención de las gentes.

Está admitido ya de un modo clásico, dos especies de histerismos en cuanto a la intensidad de sus crisis: el mayor y el menor. En el histerismo mayor las crisis histéricas se componen de cuatro períodos precedidos de la denominada aura histérica, que es una sensación de dolor algo imprecisa, que tiene su punto de partida en el vientre, o una sensación de bola que asciende desde el estómago a la garganta, produciendo sensación de ahogo. A continuación del aura histérica siguen los cuatro períodos del ataque histérico, a saber: 1º El epileptoide, con contracciones de los miembros y movimientos a sacudidas, los cuales terminan por un breve desfallecimiento. 2º El período de contorsiones, denominado de clonismo, por originarse en él movimientos que recuerdan el esfuerzo de los saltimbanquis en sus juegos acrobáticos. 3º El período de las actitudes apasionadas, dependientes de alucinaciones, alegres, mística, terroríficas, obscenas, etc.; y 4º El delirio o estado cataléptico, con contracción general de los miembros. En el histerismo menor falta el período epileptoide, aparte de ser menos grave.

Comparémoslo todo ello con el estado de visión de los llamados videntes de Ezquioga, que representaría, para el caso de ser histéricos o de padecer cualquier enfermedad, el estado álgido de la misma. Faltan en tales visiones el aura histérica, ya que la visión siempre la he visto empezar súbitamente; el período epileptoide y el de contorsiones, pues, si bien es cierto que algún vidente, como Garmendia, ejecuta alguna contracción, es de aspecto que nada en absoluto recuerda movimientos de circo, como en el histerismo, si no una contracción dolorosa, de acuerdo perfectamente con la sensación de crucifixión supuesta en el vidente. Además, esta contracción falta en casi todos los videntes o al menos en la mayoría de visiones de los mismos. En cuanto al tercer período, o sea el de actitudes apasionadas, entre las que los histéricos pueden ofrecer con relativa frecuencia actitudes místicas, aparte de la diferencia que puede haber entre las actitudes místicas de unos y de otros, no se mezclan nunca en los videntes de Ezquioga, como muy contrariamente ocurre con los histéricos, las actitudes obscenas, que casi son, en cambio, incomparables compañeras de los ataques de histerismo; y si muchas veces se observan en los videntes de Ezquioga, expresiones tristes, alegres, dolorosas, terroríficas, etc., están siempre en perfecta consonancia con el carácter religioso de sus visiones, sin las incoherencias ni extravagancias que ofrecen los histéricos que pasan tan fácilmente de lo

místico a otras actitudes y especialmente a lo obscuro. Falta también el 4º período de delirio o estado cataléptico.

Pero, aunque no se trata de un ataque histérico, pudiera objetarse que tales personas pudieran ser histéricas, y que debido a ello, pudieran sufrir, aunque no precisamente ataques histéricos, algunas alucinaciones propias del histerismo o de alguna otra enfermedad o bien ser simuladores, ya que tan frecuentemente resulta el afán de simular en los histéricos.

Muy gratuitas me parecerían tales hipótesis. En diversas ocasiones he observado y he alternado con videntes de Ezquioga, sin perjuicio de observar en ellos diversidad de caracteres o temperamentos, cosa que aún confirma que no obedecen sus supuestas visiones a un temperamento o modo de ser común a dichas personas, y puedo atestiguar que no he observado en ellas alteraciones tan frecuentes en el histerismo u otras afecciones.

No tienen los videntes en cuestión el carácter raro y caprichoso de las histéricas; muy al contrario, no son ni vanidosos, ni volubles, y obran en consecuencia de los hechos que relatan y de la fe religiosa que profesan desde que han tenido visiones, amoldando sus costumbres a esta fe y procurando perfeccionarse cada día más de acuerdo con ella, perfección que se observará en ellos en mayor o menor grado, pero su tendencia, a mi modo de ver, suele ser progresiva, dando pruebas de entereza en las negaciones y persecuciones que sufren por quienes no dan crédito a sus visiones; lo cual implica, además, que no hay alteraciones que merman su voluntad; y como detalle que afirma, además de su voluntad, su constancia, podemos añadir el hecho conocido de que muchos videntes acuden asiduamente al lugar de las apariciones teniendo que andar para ello bastantes kilómetros, sin reparar en la lluvia u otras incomodidades. Falta, pues, en los videntes de Ezquioga, la movilidad de la mente y del corazón que caracteriza a los histéricos que carecen de voluntad para refrenar sus instintos y pasiones y que su mente enfermiza no puede dominar, ya que los videntes dan prueba de todo lo contrario.

Otra particularidad ofrecen las histéricas, que contrasta con los videntes de Ezquioga; las histéricas frecuentemente tienen alucinaciones que recuerdan luego con cierta dificultad, subsanando las faltas que en su memoria se producen con relatos puramente inventados y que al reseñarlos, pasado un tiempo, suelen desfigurarlos completamente, incurriendo en contradicciones frecuentes, que aumenta su fama de mentirosas. Muy al contrario ocurre con los videntes de Ezquioga que relatan siempre en la misma forma sus visiones, recordando sus más nimios detalles, aunque haya transcurrido mucho tiempo, puede decirse sin temor alguno, que recuerdan más las visiones, que las demás cosas, como si aquellas fuesen aun más reales que éstas, dejándoles un recuerdo más impresionante.

No he apreciado tampoco en los videntes tics, vómitos, desvanecimientos etc., ni temblores (salvo estos en la anciana Juana Aguirre, justificados por su edad) que pudieran trastornos semejantes, hacer pensar en otras afecciones, por supuesto aun menos

semejantes al estado de visión que el histerismo; así como tampoco he visto ni incontinencias de orina, ni mordedura de lengua, etc., que pudieran hacer pensar en que hubiera algún epiléptico entre ellos.

Pero hay más todavía: Hay hechos en Ezquioga reñidos en absoluto con las leyes de la Patología, y de la Fisiología, como el hecho de que algunos videntes en actitud de crucifixión estén en tal forma que por las prolongadas y fuertes contracciones musculares que en ellos se observan, y por las muestras de dolor que dan, cesen de tal actitud sin dar luego la menor señal de cansancio ni de depresión física o moral.

Tampoco es fácilmente explicable cómo en esta actitud llamada de crucifixión pueden permanecer las manos o los pies como sujetos por clavos invisibles, sin que sea fácil separarlos y sin dar el vidente señales de que un esfuerzo o contracción muscular haga una resistencia contraria al esfuerzo realizado por una tercera persona para separarlas.

También resulta difícil de explicar el aspecto observado en algunos rostros, en estos casos, que ni el más consumado artista podría simular, como no es tampoco explicable el aspecto de alguna mano, como observé una vez en Evarista Galdós, en la que se hacía visible en su cara palmar una depresión rodeada de arrugas en forma radiada como si un clavo de punta roma hiciese fuerte presión sobre ella. Una contractura podría deformar la mano en relación con la disposición anatómica de sus músculos y tendones, pero nunca en la forma mencionada, que no veo que pueda tener explicación posible por las leyes naturales.

El hecho tan conocido de las heridas en las manos de Ramona Olazabal tampoco tiene explicación natural alguna, pues en la forma que tales heridas aparecieron no puede negarse que se sale de los límites de lo explicable por fenómenos naturales. Nada puede tener que ver con lo traumatológico por el modo especial como aparecieron espontáneamente ante miles de testigos, ni con lo patológico (digamos histérico) porque es sentir unánime de los autores de tratados de patología nerviosa que las supuestas llagas históricas no existen, ya que si antiguamente algún autor las mencionó, no eran más que llagas producidas artificialmente, y en su afán de llamar la atención las históricas, simular que eran espontáneas. Además no es explicable el hecho de que, a pesar de la intensa hemorragia que se produjo, Ramona Olazabal, no notó ni siquiera la menor señal de desfallecimiento. En cuanto a las cicatrices de tales llagas no he podido personalmente seguir el proceso de cicatrización, pero he visto el aspecto de ellas, que son abultadas y subidas de color, o sea, de aspecto muy distinto de las cicatrices vulgares.

Vi una vez a un vidente en una posición que me llamó mucho la atención. Estaba éste echado horizontalmente en el suelo boca abajo y con los brazos y manos extendidos hacia adelante, y pude presenciar como lentamente se iba elevando su tronco, cabeza y manos, quedando los muslos y piernas tocando al suelo, en forma de que la línea o eje, formado por su tronco, cabeza, brazos y manos, respecto al suelo, formaba un ángulo de uno 45°. Después de permanecer así elevado, durante algún tiempo, caía bruscamente su tronco al suelo, por lo que le sujetaban otras personas a fin de evitarle un golpe de la cara contra el

suelo, que, dada la posición en que tenía las manos, no le habría parado, pero pude observar perfectamente cómo por sí solo se elevaba sin influirle en ello las personas que tenía a su lado. Tal operación la efectuó varias veces. Me sorprendió muchísimo el hecho, por ser la posición descrita contraria en absoluto a las leyes físicas de la gravedad, ya que, en todo cuerpo humano, el tronco, cabeza y brazos pesan mucho más que las piernas y muslos, y en caso de que la violenta posición del individuo se produjera de un modo fisiológico o patológico, por alguna fuerte contracción o contractura muscular, el individuo habría podido elevar los muslos y piernas del suelo, pero no el tronco, brazos y cabeza, porque éstos pesan más y el centro de gravedad no lo consentiría; y no puede haber causa alguna natural tanto en estado normal como patológico, que pueda alterar las leyes de la naturaleza, como son las de la gravedad. Las contracturas, los estados fisiológicos y los estados patológicos, como fenómenos naturales que son, han de estar en armonía con las leyes de la naturaleza, y no puede haber ningún fenómeno natural que pueda alterar dichas leyes, pues la naturaleza no puede estar en contradicción con sus propias leyes, y al ser la ley de la gravedad un fenómeno natural, tan solo lo sobrenatural puede alterarlo.

También he visto alterada esta ley de la gravedad en dos casos en que vi que una persona en visión tenía un crucifijo que se sostenía sin caerse en la cara palmar de la mano completamente extendida y en posición completamente vertical.

No cabe tampoco pensar en el hipnotismo, porque indudablemente aparte de faltar en los videntes de Ezquioga sujeto hipnotizador, el hipnotismo o sugestión hipnótica, no puede producir hechos como los mencionados, aparte de que los síntomas del sueño hipnótico son distintos de los del individuo en visión, ya que entre otras muchas razones, en este último estado, salvo en casos especiales, se tiene absoluta pérdida de sentidos; ni ve ni oye ni siente a los agentes exteriores, y el hipnotizado, en cambio, los tiene simplemente amortiguados o deja de sentir cuando se le sugestiona que no sienta su miembro.

El hipnotizado, p. ej., no podrá mover un brazo por voluntad propia, pero no será obstáculo para que otra persona se le mueva. En cambio, ¡cuántas veces se ha intentado, p. ej., mediante una tercera persona separar un miembro en actitud de crucifixión y no se ha logrado! Y así tantísimos fenómenos ocurridos en Ezquioga no tienen explicación alguna por hipnotismo, entre ellos los que he aludido antes.

Podría tal vez hablar del espiritismo, pero esto a mi modo de ver, poco compete a la medicina, porque, eliminando los numerosos trucos que hay en él (cosa que a veces también ocurre en el hipnotismo experimental, hechas frecuentemente ambas cosas, en locales preparados muy a propósito, y con pocas personas que intervienen en el secreto de tales trucos; a modo muy distinto de los fenómenos de Ezquioga, que son en pleno campo y en los que intervienen numerosos videntes, niños entre ellos) ¿qué queda en serio del espiritismo? Queda, sí, o puede quedar algo en el espiritismo, no natural, pero si, tal vez, preternatural y para el caso no es de incumbencia médica tratar de analizarlo. Pero, no obstante, ¿quién sería el médium en Ezquioga? Y ¡cuán distintos no son los

fenómenos de Ezquioga comparados con el espiritismo! Muy distinto es el escenario donde ocurren unos y otros. Los videntes tienen visiones en pleno campo, a la luz del día y no siempre en el mismo lugar de las apariciones, pues aunque allí sea el lugar predilecto, he visto que muchos videntes han tenido visión en diversos lugares. No hay allí tampoco misteriosas habitaciones preparadas ex profeso, como en el espiritismo, con sus imprescindibles mesitas de cuatro patas y precisamente de abeto, sus señales convencionales mediante determinado número de golpes, etc., contrasta todo ello verdaderamente con todo lo de Ezquioga.

Tampoco la telepatía o transmisión de pensamiento, como fenómeno natural, podría explicar numerosos hechos, como el que un vidente diga a una tercera persona, cosas en que ésta tenía empeño, no en transmitir sino en ocultar. O le recuerde cosas que no recordaba, o que no sabía, y que luego se ha podido comprobar la certeza de ellas, así como haber hecho ciertas profecías de hechos, que luego han ocurrido y que humanamente no podían ser atribuidos a simples conjeturas.

Finalmente: y para no desviarme tal vez de la esfera de médico, me remito a resumir mi opinión afirmando que, a mi juicio, los videntes de Ezquioga no son, en conjunto, personas que padezcan alguna enfermedad, y aun en el supuesto caso de que alguno de ellos la padeciere, no hallo razón alguna para que una enfermedad pueda impedir el estado de visión, pues si tal vez alguna afección morbosa pudiera predisponer a tener alucinaciones, no por ello sería obstáculo para tener visiones. En virtud de tal concepto precisa, a fin de diferenciar a los videntes reales de los posibles alucinados, no limitarse solamente al estudio médico del asunto, ya hay allí muchos hechos que no tienen explicación médica posible, si no conceder la máxima importancia a los hechos concomitantes, que en forma tan variada y abundante se presentan en Ezquioga, muchos de los cuales me han sugerido la convicción de su indudable certeza, y de los que no hallo, atendiendo sólo al amparo de la medicina, explicación alguna que pueda revestir visos de seriedad científica, siendo, por lo tanto, indispensables otros concursos.

Esto es cuanto, mi querido Padre, he podido apreciar en el delicado asunto de Ezquioga, que todos admiramos. Con este motivo tiene el placer de despedirse de Vd. aftmo. SS. Q.b.s.m.

José L. Martí (Rubricado)

Informe del Dr. Antonio Tortras Vilella

A requerimiento de los interesados, que cito a continuación, videntes de Ezquioga, como médico y testigo, voy a exponer lo visto y observado en sus discutidas Apariciones en la Campa de Anduaga, y relacionándolo entre sí y con los síntomas de la patología del sistema nervioso, intentaré formar un diagnóstico para ver qué lugar ocupan dentro del campo de la medicina, los fenómenos observados en dichos individuos.

Fui por primera vez a Ezquioga en la 7ª expedición catalana, durante los días 12 al 16 de Marzo, y por segunda vez del 16 al 20 de julio, ambas del corriente año. Allí tuve ocasión de ver y de tratar a los videntes don Jesús de Elcoro, don José Garmendia, doña María Recalde, la joven Ramona Olazabal, Evarista Galdós y los niños Benita Aguirre y Andrés Bereciartu, de 12 y 9 años respectivamente estos últimos.

A todos ellos he visto y tratado en estado normal y cuando decían tener visión.

Para el mejor estudio, los dividiré en dos grupos: uno, que acostumbraban a tener visiones que llamaré pacíficas; entendiéndolo por tales las que no iban acompañadas de caídas al suelo, ni de grandes manifestaciones externas y que por su silenciosidad pasaban desapercibidas por los que no estaban materialmente a su lado. Y otras, que llamaré visiones con gran exteriorización o movidas, por ir acompañadas de caídas imprevistas del individuo, seguidas o no de movimientos o contracciones, o de articular en voz alta con el objeto que decían ver (la Virgen generalmente).

He de hacer constar que esta clasificación no tiene otra finalidad que la de acortar el estudio, reuniendo a varios en un grupo, y que no quiero incluir de una manera concreta a cada uno precisamente dentro de estos dos, pues es muy probable que no todos hayan tenido siempre las mismas visiones y en la misma forma.

Hecha esta advertencia, considero entre los videntes del primer grupo, a doña María Recalde, a Ramona Olazabal, a Benita Aguirre y Andrés Bereciartu; y en las del segundo grupo, a don José Garmendia, a don Jesús de Elcoro y a la joven Evarista Galdós.

La mayoría son gente rural, simpáticos, de buenas costumbres, de carácter humilde y servidor, sin respetos humanos, de trato dócil, agradable, (claro que esto último varía en cada uno según el ambiente social que le rodea) con los que he conversado largamente y a los cuales e interrogado sin poder apreciar el más pequeño desequilibrio psíquico. Tampoco he podido observar ningún estigma característico de ciertos estados morbosos (epilepsia, histerismo). En fin, a mi modo de ver, son individuos completamente normales, sin que esto quiera decir que unos tengan una inteligencia más privilegiada que otros.

Ahora bien: Los individuos que clasifico en el primer grupo estaban en el estado llamado de visión, de una manera súbita; unas veces, cuando estaban rezando de rodillas, otras en pie, andando (subiendo la montaña) y se caracterizaban por un gran recogimiento exterior, por una mirada a veces fija y otras móvil, dando la sensación, en éstas, de que seguían con su vista, un objeto que era invisible para mí y que, a menudo, daba la impresión de venir a situarse a tan poca distancia, que, de haber sido un objeto material, lo habría podido alcanzar sobradamente con mis propias manos.

Ora la expresión era triste, acompañada de grandes y abundantes lágrimas, ora alegre y angelical, transfigurándose incluso su rostro.

Otras, la visión iba acompañada de oración, conversación o súplicas con el objeto visto. Y al cabo de media, una, dos, o más horas y en la misma posición que la primitiva o variada, pero predominando siempre un recogimiento extraordinario y espiritual, capaz

de conmover al corazón más endurecido, siempre pude observar que su mirada se iba fijando hacia el infinito; y, siguiendo su vista, daba la entera sensación de que veía algo que ascendía y se perdía en el firmamento, hasta que, desaparecido por completo y casi siempre con un: Agur, Ama, (Adiós, Madre), bajaban la cabeza y, como si un potente reflector los hubiese deslumbrado, permanecían así unos segundos y, frotándose los ojos, estaban unos momentos sin poder ver; sensación que decían era comparable, al que estando en plena luz pasa súbitamente a una cámara oscura. Después continuaban rezando con los demás, y si el tiempo apremiaba, se alejaban serenamente de aquel lugar con una naturalidad tal, que a juzgarlo humanamente, era capaz de desconcertar al más experimentado.

El otro grupo de videntes, tiene como factor diferencial el entrar en visión, y, al momento o al cabo de más o menos tiempo, caían de una manera súbita de cara al suelo, pero tan bruscamente que era casi imposible evitarles el recibir un fuerte golpe. Y, a pesar de ser con gran violencia, he de confesar extrañado, que nunca observé la menor lesión.

Las manifestaciones, evolución, recogimiento y seriedad de sus actos, durante este estado, era exactamente igual al del otro grupo. Por lo tanto no es menester repetirlo.

Dando por descontado que no pueden hacerlo por fines materiales, ya que no es a mí a quien toca demostrarlo, voy a hacer un diagnóstico diferencial de las alteraciones morbosas que podrían producir estados semejantes, pues éste es el trabajo que corresponde de llano a mi profesión.

¿Pueden ser estos fenómenos debidos a ilusiones o alucinaciones?

Ilusión.— Significa una percepción real pero interpretada equivocadamente, v. gr., el confundir una sombra con una persona, pero a los pocos momentos se dan cuenta del error. Creo no merece la pena discutir este punto, pues empiezan por tener percepciones reales, sino que hablan de ver objetos que son invisible para los demás.

Alucinación.— Significa percepción imaginaria. Estos individuos ven y oyen lo que no tiene objetividad real, incluso pueden palpar, oler y gustar, v. gr., ver una persona u objeto que no existe; oír una voz no pronunciada, etc. Y será una alucinación visual u óptica, auditiva, etc., etc.

¿Estos individuos, no podrían pues ser unos alucinados? Vamos a verlo: El individuo que sufre alucinaciones basta interrogarlo para convencerse inmediatamente de su estado anormal. No quiero discutir si habrá unos casos en que sea más o menos difícil concretar hasta qué punto llega su estado morbozo, pues en un trabajo resumido como éste, he de prescindir de ciertos detalles casuísticos.

Digo, pues, que prontamente se cerciora el médico de que está delante de un enfermo, por la expresión que generalmente es característica de estos individuos. Además, al relatar lo que dicen ver u oír, se excitan inmediatamente, hablan de una manera apasionada por el individualismo u objeto que dicen les molesta, perturba y martiriza con su presencia; o al revés, les alegran los ratos de su existencia, y al describirlo,

se ponen eufóricos, ríen, y su rostro cambia totalmente, se vuelven optimistas y parecen el prototipo del hombre feliz.

Lo mismo digo de los que sufren alucinaciones auditivas y en éstos, lo más frecuente es que oigan insultos, amenazas, palabras molestas, que constituyen para el enfermo una verdadera intranquilidad, tormento y mortificación.

Por eso es frecuente ver a los que sufren alucinaciones visuales como auditivas, que cierran sus ojos o los vendan, y sus oídos para no percibir a sus enemigos, con sus amenazas.

¿Qué diré de los videntes de Ezquioga? He hablado con ellos, los he interrogado intensamente con toda la intención, y he de confesar que en ninguno me ha recaído la menor sospecha. A todos he visto sostener la conversación con la mayor naturalidad; que, al hacerles explicar y comentar lo que dicen ver, se caracterizan, no por un cambio de expresión y psiquismo, antes todo lo contrario, lo hacen con la mayor ingenuidad y sencillez, tanto si lo que explican ver y oír puede serles grato como desagradable. Nunca he visto el apasionamiento por ningún lado ni que no quieran ir al sitio de las apariciones por miedo o terror, antes al contrario, van diariamente, costándoles a la mayoría no pocos sacrificios.

El histerismo, ¿nos puede explicar estos fenómenos? He de responder con un resuelto ¡no! Estas caídas de los videntes no se asemejan en nada al llamado gran ataque y pequeño ataque de los histéricos, pues no hay ninguna clase de fenómenos prodrómicos, como por ejemplo: el dolor previo, el llamado bolo histérico, ni angustias, palpitaciones, náuseas, ni vértigo. Antes al contrario, todo es calma y serenidad, y ya he dicho que entran en el llamado estado de visión, tranquilos, de una manera espontánea y sin ninguna clase de síntomas que lo puedan hacer sospechar. ¡Hay un recogimiento y mirada tan angelical en los que clasifico en el primer grupo! ¡Son estados tan edificantes y coherentes! Si bien sus miembros se hacen insensibles, no por esto se ponen rígidos y temblorosos. Y de la misma manera que entran en este estado, salen de él, sin esfuerzos ni cansancio, sin inquietudes ni aturdimiento de ninguna clase, volviendo después a sus ocupaciones *como si nada* anormal les hubiere ocurrido.

Las caídas de los individuos que *he citado* en el segundo grupo, no son las de los histéricos premeditadas, más o menos lentas y estudiadas para no lesionarse, sino que caen de una manera repentina y semejante a la del epiléptico.

En cambio ¡cuán distinto es el raptó místico de los histéricos! Al poco rato van seguidos de raros y extravagantes contracciones del rostro que le dan una expresión a veces grotesca. Hay convulsiones, sacudidas, con delirio de palabras y acciones, y al cabo de más o menos tiempo, abren los ojos y termina el acceso a menudo con crisis de risa o llanto.

Y si bien estos raptos no son todos violentos, nunca deja de existir el desconcierto cerebral, y por lo tanto no falta la incoherencia, extravagancia, irracionalidad y necesidades.

Por último, las reacciones emocionales de los histéricos, no se hallan en general en relación con el estímulo que las provoca, v. gr.: un acontecimiento desgraciado provoca risa, y una impresión agradable se traduce muchas veces en llanto.

Repito, por tanto, que esto nada tiene que ver con los fenómenos que acontecen a los videntes de Ezquioga.

¿Se tratará, pues, de la epilepsia? Han faltado siempre y por completo, las manifestaciones prodrómicas o áureas que pueden ser sensitivas, sensoriales, motrices, vaso-motrices, psíquicas. A más, los epilépticos, acostumbran a ver cosas raras, fantasmas, colores, etc., cosa que nunca ha sucedido ni en *grado mínimo* en estos videntes.

Estudemos ahora el acceso propiamente dicho: El epiléptico, con frecuencia, profiere un grito y cae sin conocimiento causándose a menudo heridas graves. En los individuos objeto de este informe no lo he observado en ningún caso; y de heridas no he podido observar ni el más leve rasguño, no obstante dar violentamente contra el suelo. He de hacer constar que no encuentro explicación a este raro fenómeno tan repetido en algunos videntes.

Tampoco he visto nunca la contracción de mandíbulas, ni que se interrumpa la respiración, ni golpear con la cabeza sobre el sitio en que se apoya, ni dilatación de pupilas; antes al contrario, el reflejo fotomotor es completamente normal, el pulso también. Tampoco he visto los movimientos convulsivos de los globos oculares, ni desviación conjugada de los mismos. Ni emisión espontánea de orina, productos excrementicios, etc., ni las típicas mordeduras de lengua. Y este estado no dura pocos minutos, como en los epilépticos, sino que a veces dos y más horas.

Finalmente, el período llamado post epiléptico caracterizado por respiración tranquila, desaparición de la cianosis y vuelta a la normalidad, que en los epilépticos necesita varios minutos y muchas veces horas enteras durante las cuales quedan con una notable perturbación del estado general, con laxitud y atontamiento, seguida, en ocasiones, de paresias pasajeras de piernas o brazos, incluso hemiplejías o afasias que llegan a desaparecer del todo, pero mediante el curso de días próximos y con la característica de que el enfermo no recuerda luego lo que le aconteció. Y en casos graves suceden varios de estos accesos que ponen la vida en peligro hasta su grado máximo, acompañados a menudo de una elevación térmica considerable. Y en cuanto a la frecuencia de los ataques epilépticos son extraordinariamente variables, pero en general, después de pausas prolongadas.

Que diré yo de este período postepiléptico que acabo de describir, si no existe ni ha existido nunca en los individuos que menciono de Ezquioga? Estos vuelven a su estado normal con la misma rapidez con que habían entrado en el extático, quedando desde este momento completamente tranquilos sin menester para reponerse los minutos, las horas,

ni los días del epiléptico. ¿Dónde está la laxitud, atontamiento o la afasia? Además, he de hacer constar que estos individuos casi siempre que subían a las montañas, les sucedía lo mismo, y si disponían de tiempo para quedarse allí, por ser día festivo y asistían mañana y tarde, las dos veces acontecía lo propio.

Estos fenómenos se repiten diariamente, y he de advertir que pasa ya de los quince meses. Hagamos una pequeña cuenta: 15 meses x 30 días = 450. ¡Pobre epiléptico, 450 ataques en quince meses! Tendría la cabeza sembrada de cicatrices. Su lengua, de tantos mordiscos, parecería le habrían dado con un escoplo. ¡Pobre histérico!, no más habría de verlo para compadecerlo enseguida. ¡Infeliz hipnotizado!, que seguramente, mucho antes de llegar a las 450 sesiones, se hubiera convertido en gran neurótico, para ser después un histérico y acabar con una gravísima neurastenia.

¿Será, pues, hipnotismo? Pero, ¿quién los habrá hipnotizado cuando se han hallado completamente solos en la montaña? Además, el hipnotizado conserva durante más o menos tiempo la posición o gesto que se le imprime, a pesar de ser violento. La respiración es muy lenta y superficial, los sentidos se conservan en parte y obedecen del todo al hipnotizador. Hay que mandarlos para que obren algún movimiento. La flexibilidad de los miembros es normal, y basta soplarles o golpearles la cara, para que se extinga su estado.

No es menester repetir lo observado en la campa de Anduaga, para decir que en nada se parece con lo dicho. Ni el mismo sonámbulo, pues éste no recuerda nada de lo que ha hecho, digo, pensando, o de lo que ha visto o sentido durante el sueño. Bien al revés de los videntes que he estudiado.

Tampoco la autosugestión puede explicarme dichos fenómenos. Además, es preciso recordar lo funestas que son las consecuencias de las repetidas sesiones de hipnotismo. Y ¿qué diremos de éstos que llevarían ya, más de 450?

¿Qué sugestión cabe en la pequeña Benita, que durante el viaje en auto, estando riéndose y jugueteando con los compañeros de expedición, de repente se queda con la vista elevada y fija en un punto; pierde su rostro, por decirlo así, el carácter humano, y se convierte en semblante de ángel, vestido de carne humana, y su mirada y expresión celestial nos lleva a todos al más profundo silencio y recogimiento? ¿Dónde está, pregunto yo, la notable carga psicológica, propia de los histéricos?

Ni la telepatía, ni el espiritismo se asemejan a todo esto, y he de terminar mi dictamen, diciendo que no encuentro ninguna patología que sepa orientarme hacia la explicación de los raros fenómenos de Ezquioga.

A. Tortras Vilella (rubricado)
Barcelona 25 de Noviembre de 1932

Informe del Dr. Miguel Balari y Costa **“Poco, de lo mucho que se ve, oye y observa en Ezquioga”**

Incorporado a la 15ª expedición de catalanes a Ezquioga, llegué al valle de Anduaga el día 15 de mayo del corriente año, deseoso de hacer de *sus llamados videntes* un particular estudio, y, desde luego, dispuesto a reconcentrar en ellos, toda mi atención.

Bajo todos conceptos interesábanme aquellos seres, calificados por algunos de privilegios; y me interesaban tanto más, cuanto de público se decía, que por su actuación, en aquel lugar, a diario, se desarrollaban fenómenos, al parecer susceptibles de observación médica, y en perfecta consonancia con mis particulares aficiones, gustos y profesión.

No tardé en conocer personalmente a los principales *sujetos tenidos por videntes*, los cuales me dieron multiplicadas ocasiones para llevar a cabo observaciones detenidas y continuadas, porque en los tres primeros días de mi permanencia en aquel lugar, pude analizar durante casi ocho horas diarias, las distintas fases de la cotidiana vida de Garmendia, Jesús de Elcoro, María Recalde, Ramona Olazabal, Benita Aguirre, Evarista Galdós y Andrés Bereciartu.

También me fue dado presenciar trances en otros individuos, cuya personalidad e idiosincrasias no tuve lugar de observar como en aquellos que he mencionado.

Desde los primeros contactos con dichos individuos, se desecha la idea de que existan en ellos enfermedades, con posibles derivaciones psicopatológicas, lo cual se comprueba por la falta de estigmas y signos delatores. Sanos de cuerpo, no acusan al ojo del clínico ni fobias ni filias patológicas, sino que, por el contrario, a medida que se les trata con más intimidad, en las conversaciones, en la mesa, en la calle, donde quiera que sea, se echa de ver un perfecto equilibrio mental, con ecuanimidad espiritual y moral, que les hace estar dispuestos al cumplimiento de todos sus deberes sociales, familiares, religiosos y de trabajo en el taller o fábrica, etc., en donde se hallaren ocupados y todo ello en grado realmente digno de admiración.

De igual modo que en el producirse, notase en su indumentaria una gran sencillez, una irreprochable modestia, que en algunos, es llevada al extremo de llegar a darles un aspecto casi monacal.

Sobresale, así mismo, otro rasgo común en todos ellos, el cual les imprime una completa uniformidad espiritual; y es su veneración y amor por la Santísima Virgen María, y un gran entusiasmo por todo de cuanto de cerca o de lejos a Ella o a su culto se refiere.

En el proceso de las llamadas visiones de Ezquioga pude observar que aquellos estados excepcionales se desarrolla, a veces, al tiempo de hacer ciertas prácticas devotas cuales son: rezo de oraciones en alta o media voz, meditaciones, pláticas piadosas, etc., aunque no sobreviene de manera terminante o imprescindible, pues en algunas ocasiones, si bien se prolonguen los rezos o las otras mentadas circunstancias, no caen

siempre dichos individuos en el estado de suspensión sensorial que las acompaña o caracteriza.

Siempre que se produce el fenómeno, se presenta sin ir precedido de risas, llantos, espasmos, contorsiones ni convulsiones tan características de los estados llamados histéricos, si bien algunos pierden a veces *ipso facto* el poder de sustentación, agachándose muellemente, y también otros, (pero los menos) ofrecen gran rigidez en sus miembros, debiendo ser sostenidos para que no se desplomen al suelo.

Fijando su mirada en un punto determinado del espacio, con una suavidad y apacibilidad a todas luces sorprendente, pasan del estado de vigilia al de insensibilidad más completa; sus pupilas quedan sin reacción aun a la luz más intensa; los párpados no acusan movimiento de defensa ante la proximidad de objetos que se les acercan a los ojos simulando intención de dañarles; los oídos háyanse sustraídos a toda comunicación con los ruidos exteriores, existiendo además, insensibilidad para el calor, el frío y el dolor, aun el provocado experimentalmente en diversos órganos por pinchazos, quemaduras, etc., etc.

El latido del pulso suele ser lento, débil, a menudo imperceptible, y hasta por algunos segundos parece ausentarse, aunque en ocasiones, no se aparta ostensiblemente de lo normal.

La pasividad de aquellos seres es, a veces, absoluta, aparentando contemplar algún ser, u objeto invisible a nuestros ojos, el cual parece atraer intensamente sus miradas, hasta que hacia él elevan las manos, presentando objetos piadosos, como si quisieran significar que solicitan un beneplácito o bendición; luego, previo haberse santiguado solemnemente, invitan con un ademán a los circunstantes para que vayan a besar aquellas sagradas efigies, que anteriormente han sido elevadas al cielo por sus manos; dándose el caso, por demás notable, de que a pesar de la ausencia absoluta de sus corpóreos sentidos, sin ver ni oír ni mirar, y extendiendo sólo sobre sus cabezas, y hacia atrás los brazos que sostienen regularmente un Crucifijo, seleccionan las personas que deben imprimir sus ósculos en él, rechazando suavemente (apartándolas), las que deben permanecer ajenas al acto y que se acercaban sin ser solicitadas para tal fineza. Esta selección, hecha sin que el sujeto pueda tener noción de lo que hace, por sus sentidos corpóreos, es algo sorprendente e inexplicable y singular.

Sus facciones suelen revelar beatífica expresión, si bien, a veces, expresan acerbos sufrimientos soportados con voluntaria conformidad. En vascuence y en castellano, parecen dialogar y dialogan con palabra dulce y entrecortada, con invisible sujeto; mas, en general hablan poco, se nota en ellos como si escucharan con gran sosiego; pero sus facciones parecen espiritualizarse. Se adivina el final de la escena, cuando su mirada ya se aparta de aquel lugar en que había permanecido fija, y se desplaza, como si siguiera algo que se aleja, terminando todo cuando sus labios pronuncian el característico y dulcísimo "Agur Ama" (Adiós Madre) lleno de respeto y añoranza, después de lo cual el sujeto recobra repentinamente la plenitud de potencias y sentidos. Unos cuantos restregones en los ojos con el dorso de las manos y vuelve al estado normal, como si se despertara de un

plácido sueño. Así termina aquella ausencia sensorial, sin una convulsión, sin ninguna manifestación de histeria ni de algo que remotamente tenga carácter espectacular y vocinglero.

Al salir de tal estado, nada en aquellos individuos denota fatiga, tristeza, extenuación o mal humor, sino por el contrario, parecen hallarse regenerados, aunque el exceso sufrido se haya prolongado por largo espacio de tiempo, y aparentan también estar llenos de alegría, a pesar de que se hayan visto resbalar por sus mejillas abundantes lágrimas mientras duraba su estado de abstracción.

Se le ve luego, contestar preguntas, resolver ciertas dudas, explicar diversos extremos de su *pretendida visión*, siempre con aquella igualdad de ánimo, con edificante paciencia, ecuanimidad y sin que nunca hayan aceptado dádiva ni retribución de ningún género.

En pleno estado normal contestan a preguntas formuladas mentalmente por alguno de los circunstantes, mientras ellos estaban en trance, cosa por demás notable, puesto que, como dije antes, era completo el embargo sensorial en que realmente se hallaban, y no existía nexo de unión humano alguno entre ellos. Oí también dar detalles minuciosos acerca de escenas vividas por los concurrentes, con mucho tiempo de antelación; escenas que yacían dormidas en un rincón de la memoria de los interesados, y que por tanto, era de toda imposibilidad una sugerencia por transmisión de pensamiento.

También pude oír y comprobar que los más recónditos secretos de conciencia íntimamente reservados eran revelados con toda discreción a los propios interesados, así como descritos con todo pormenor la fisonomía y rasgos personales de amigos y familiares de ciertos expedicionarios, completamente desconocidos de los pretendidos videntes y ausentes en aquel momento, no sólo del lugar, sino incluso de la mente de aquéllos.

No se me oculta que algunos de los fenómenos observados en los sujetos que en Ezquioga actúan de videntes, pudieran a primera vista ser erróneamente catalogados entre los que también se observan en ciertas clínicas, donde se estudian individuos neuropatas de diversos grados, o en aquellos que se exhiben en determinados salones ya públicos ya privados, fenómenos que se producen bajo la acción de *agentes humanos* en pleno ejercicio de provocadores de tales o encauzadores de los mismos.

Tal semejanza, sin embargo, es sólo aparente, pues en realidad, unos fenómenos de otros se hayan tan fundamentalmente separados, que media entre ellos un verdadero abismo, pues, pronto uno se da perfecta cuenta de que aparecen como provocados por dos agentes completamente diferentes y por modos a todas luces distintos, que únicamente coinciden en el hecho de utilizar los mismos elementos o resortes del organismo humano, para actuar sobre el psiquismo del *homo sapiens*, pero con muy diversas habilidades y facultades y sobre todo con diferentes poderes.

En Ezquioga se me antojaba estar presenciando la magnífica labor de un invisible y genial pianista, que arrancaba las más bellas armonías del rudimentario piano humano, por solo imperio de una soberana voluntad, sin necesidad de tecleo alguno ni de pulsar el

instrumento; en tanto que el hipnotizador ordinario, necesita todo el esfuerzo de su educada voluntad y no poca preparación a menudo para lograr arrancar algunas notas desafinadas de su instrumento, cuya relación y contacto no puede perder ni un solo momento, ora, templando sus cuerdas, ora pulsándolas de continuo, sin cuyos requisitos, adiós encanto, adiós galvanización, adiós todo.

Así, pues, aunque bajo cierto aspecto de fenómenos que acaecen en el valle de Anduaga de Ezquioga, recuerdan los observados en ciertos casos de sonambulismo o de sugestiones hipnóticas, estimuladas por agentes clásicos, no es lícito confundirlos y ni siquiera equipararlos con aquéllos.

Distínguense los fenómenos de Ezquioga, en primer lugar, por el hecho innegablemente importantísimo y trascendental de faltar respecto a ellos, el *agente humano, provocador de tales hechos de videncia*, que actúa como director, promotor o encauzador de ellos, y que jamás falta cuando el hipnotismo vulgar y corriente está en juego.

Y como parece que alguien ha asegurado, que en Ezquioga existe el provocador humano, que se oculta a los ojos del público que allí acude, para contribuir a revestir de importancia extraordinaria hechos corrientes y vulgares, debo declarar que, sin ponerse previamente en relación sensorial directa, no existe la posibilidad de fenómenos de hipnotismo humano, y allí, más de una vez, para desmentir providencialmente semejante infundio, se han dado casos múltiples de caer en estado de la descrita videncia, personas perfectamente desconocidas, recién llegadas de apartadas regiones, que era imposible hubiesen entrado en relación directa sensorial suficiente, con ningún agente provocador humano, el cual, por otra parte, debiera haber atraído para sí la atención pública, siendo absolutamente inverosímil que hubiese podido pasar desapercibido.

En segundo lugar, porque, en aquel valle, acusan estados especiales llamados de videncia (similares a la de los adultos) niños cuyas edades oscilan entre un año y medio y seis años respectivamente, y ello contradice rotundamente la posibilidad de existir una hipótesis a base de sugestión o hipnotismo, desde luego que los infantes, en tan tierna edad, no pueden ser instrumentos apropiados para desarrollar tales fenómenos, ni tampoco susceptibles a la sugestión. Queda por consiguiente, desechada la especie de la hipnosis humana como causa que actúa para estos y para los demás que presentan tales fenómenos, al verse privados por tiempo indeterminado, del libre ejercicio de los sentidos y facultades, como obedeciendo a una influencia desconocida, que hasta ahora no se ha podido descubrir dentro el plan de los humanos conocimientos.

En tercer lugar, por lo que pudiéramos llamar resultados prácticos, que se derivan de los estados de trance de los individuos que actúan en Ezquioga, ya que ellos sin previa relación con el público, al cual desconocen casi siempre, antes de caer en tal estado, ejecutan durante él, actos que nadie tuvo empeño en provocar. Más aun, muchas veces han motivado verdadera contrariedad en aquellos que han sido objeto directo de ellos, pues han tenido que sucumbir a la realidad, al ver descubiertos casos y cosas muy secretas en el fuero de su conciencia y ser invitados a mejorar su vida interior, unas veces, y otras

se han visto sorprendidos al serles manifestados actos laudatorios ejecutados en la mayor reserva. Tales revelaciones de secretos de conciencia son cosas por completo vedadas a los hipnotizadores e hipnotizados clásicos.

En cuarto lugar, porque los individuos que realizan los fenómenos de que me ocupo, están completamente exentos de estados patológicos ni físicos ni psíquicos, precedentes o actuales; y sabemos que los sujetos, en plena posesión de salud, son muy refractarios a recibir los efectos de agentes de orden psíquico, perturbadores de su fisiologismo.

En corroboración de lo dicho, apelo a los reconocimientos médicos, que por instigación de los organismos oficiales, han tenido que sufrir los llamados videntes de Ezquioga, de cuyos exámenes médicos, ha resultado no haber hallado en ellos ninguno de los estados neuropáticos, predisponentes a esta clase de fenómenos

En quinto lugar, porque llama poderosamente la atención, que con rara unanimidad todos los que actúan como sujetos a los fenómenos que en aquel lugar se realizan, atribuyan a la misma causa promotora sus estados de trance; y que, a pesar de la diversidad de matices observados en sus resultados prácticos inmediatos y mediatos, todos van dirigidos a una sola y exclusiva finalidad y ésta es de carácter moral y religiosa.

Pensar en fenómenos de histerismo al enjuiciar los de Ezquioga, es querer llevarlo al montón de lo innominado, por ignorado, mayormente cuando, médicos tan autorizados como el doctor Lassegue, al tratar del histerismo decía: "El histerismo es como un cesto donde se echan los papeles que no se sabe como clasificar". Según el citado autor, la definición propia del histerismo, no se ha dado, ni se dará.

Creo también de todo punto necesario rechazar el dictado de alucinaciones con que se califican los hechos de que me ocupo, ya que las alucinaciones son verdaderos frutos de un psiquismo enfermo, en el cual la memoria y la imaginación juegan un gran papel, y después de haber podido comprobar el estado de equilibrio físico y mental de las personas que tuve ocasión de ver y observar en el lugar donde se realizan los hechos que he descrito, no es posible atribuir a tales perturbaciones mentales, los fenómenos que se desarrollan en Ezquioga, pues la mayoría de aquellas manifestaciones arrancan de hechos axógenos, sin ningún nexo con el psiquismo de los sujetos que nos los presentan y por consiguiente reconociendo un origen completamente externo a los mismos, cual ocurre, por ejemplo, con los actos íntimos de conciencia de un tercero, no hay modo hábil ni manera digna de suponerlos hijos de la propia fantasía de los actuantes de Ezquioga ni mucho menos hijos de alucinaciones o ilusiones de los mismos.

Por tanto, entiendo que en valle de Anduaga, próximo a Ezquioga, en la provincia de Guipúzcoa, tienen lugar fenómenos por completo desconocidos médicamente en sus orígenes, causas y desarrollo, siquiera tengan a veces apariencias de remota semejanza con ciertas modalidades muy conocidas de fenómenos hipnóticos, a su vez desconocidos por la ciencia, en sus orígenes, causas y desarrollo.

Barcelona, 8 Diciembre 1932
Miguel Balari (rubricado)

Informe del Dr. Puig y Corominas

Barcelona, 24 de Noviembre de 1932

Rvdo. P. Amado de C. Burguera, O. F. M.

Apreciado Padre: Fui a Ezquioga, en Junio del corriente año, con la expedición nº 17; tanto me interesó, que en Septiembre, repetí la expedición nº 25. Los beneficios que obtuve para mi salud espiritual y física, junto con los hechos de que fui testigo, me obligan como creyente y como médico, a exponer mis impresiones.

A la primera, muy favorable, que se obtiene en estos viajes colectivos, es al observar el orden, la seriedad y el espíritu cristiano que los organizadores han sabido dar a estas expediciones. Durante el primer viaje de ida se notó el *suave olor de Gema*; a consecuencia de una *renitis crónica*, tengo el sentido del olfato bastante atrofiado; sin embargo, a pesar de que entre los veinticinco a treinta expedicionarios, es de creer, que la mayor parte tenía el sentido del olfato normal o en mejores condiciones que el mío, fui yo, según creo, el primero en notar este suave, delicado, pero penetrante perfume, impresionándome manifiestamente, así como en los circunstantes que se fijaron en la palidez de mi semblante; sorprendidos doblemente por estar en aquel momento completamente distraído y por no haber sentido nunca un perfume tan agradable, que me pareció semejante al del jazmín, en otras ocasiones era como de menta, violeta, nardo, rosas, incienso, etc. Al poco rato fueron varios los ocupantes del coche que lo notaron a la vez, recibiendo perfume distinto unos de otros; en otras ocasiones era muy manifiesto en un sujeto; en cambio, sus compañeros más próximos no notaban nada. Esto es humanamente inexplicable, y preparó nuestro ánimo muy favorablemente, animándonos para presenciar los hechos de que seríamos testigos el próximo día en la campa de Anduaga de Ezquioga. Durante este viaje, varias pruebas me demostraron no había confusión posible con el histerismo, sugestión o autosugestión; la primera, una señora que desde hacía años manifestó tener el sentido del olfato abolido totalmente, con gran sorpresa suya percibió este singular perfume; otra, encontrándonos de paso en el hotel Larramendi, de Estella, donde pasamos la noche, al despertarme noté dentro de la habitación un fuerte olor, como de incienso, que despejó prontamente mis sentidos amodorrados; y la última me sucedió al viajar de regreso de la primera expedición en que el perfume se hizo casi constante desde Ezquioga a Estella, llegando a producirme ligero mareo y dolor de cabeza, cosa que nunca me había sucedido con motivo semejante.

Referente a las apariciones en la campa de Anduaga le voy a dar mi concisa opinión, resultado de atenta observación. Conocí y traté a muchos videntes, especialmente a Garmendia, María Recalde, Benita Aguirre, Ramona Olazábal, Andrés Bereciartu y un pequeñuelo de unos veinte meses, etc. A todos les vi en visión varias veces, comprobando muchos de los hechos que no tenían explicación natural. Los fenómenos que presentaban no pueden confundirse con los de histerismo, hipnotismo, autohipnotismo, sugestión ni

autosugestión, para un médico que con lealtad y buena voluntad proceda. Puedo afirmar que en patología no se describe enfermedad alguna cuyos síntomas concuerden con los fenómenos que se observan en los videntes; antes, al contrario, pues se les aprecian algunos que están en pugna con las leyes naturales, contra la gravedad, por ejemplo. Me enteré de que el número de videntes asciende con toda seguridad a más de ciento cincuenta (en septiembre). De entrar en el dominio de la Patología tendría que ser una enfermedad contagiosa, pues, se presenta en forma de una verdadera epidemia para aquella región. En general, son gente muy sencilla, sinceros, algunos muy robustos, los hay muy inteligentes e incluso alguno muy instruido.

A continuación le expongo de los casos que presencié y que más contribuyeron a formar mi criterio.

Contra la ley de la gravedad.— Más de una vez observé como Evarista Galdós y Benita Aguirre, estando en visión, recibían y nos transmitían la bendición de la Virgen con un crucifijo de bastante peso que se mantenía en la palma de la mano derecha extendida y en posición vertical.

Autenticidad de visión.— Al estar en visión María Recalde, hablando con Gema Galgani, comprobamos los presentes la autenticidad de la visión, pues, se hizo notar un intenso olor *de Gema*, parecido a menta, que duró largo rato y percibimos todos los presentes.

Contra las leyes fisiológicas.— Encontrándose en visión Juana Aguirre, con los ojos fijos, hablando con la Virgen, una mosca se puso largo rato encima del globo ocular izquierdo, moviéndose de la esclerótica a la córnea y viceversa, no dando la más leve señal de molestia, sin parpadear una sola vez.

Enterado de la obra que está preparando, le mando estas impresiones por si le son de alguna utilidad. Todo para mayor gloria de Dios y para bien de nuestro prójimo.

Mande como guste a este su atto. S. S. Q. B. S. M.

Joaquín Puig Corominas, (rubricado)
Colegiado núm. 1535

Nota bene.— El lector, que acaba de estudiar los precedentes informes médicos, tan preciosos como concienzudos, habrá notado en lo delgado que hilan sus afectos doctores. Pues bien, y nótese esto para lo que convenga. Todavía nosotros hilamos más delgado que los notables médicos mencionados; pues en nuestro estudio hemos dejado sin interés o, por mejor decir, rechazado algunos videntes que dichos señores doctores habían tenido en cuenta para sus observaciones. Y esto no quiere decir que todo lo dicho por ellos no esté en su punto, sino que el tiempo ha descubierto modalidades en los videntes explorados

que no pueden pasar, no antes, sino a raíz de haberlas descubiertas. Ciertamente que en el complejo asunto que entre manos llevamos, la dificultad no estriba en saber diferenciar lo natural y patológico de lo que no lo es. No basta decir: “Esto no lo pueden explicar las ciencias médicas”, sino que la *gran dificultad* estriba en diferenciar lo natural y patológico de lo que está fuera de estos órdenes; esto es, de lo preternatural y sobre todo de lo sobrenatural. Dificultad que llega a su tope máximo cuando hay que separar lo preternatural de lo sobrenatural. Aquí, aquí está la *máxima dificultad*.

Otros valiosos testimonios

Desparramados acá y allá, apoyan las santas apariciones de Ezquioga. Aunque no son informes propiamente dichos, más, por la calidad de las personas que los han proferido, merecen honorífica mención. Son como perlas que se engarzan a la corona mariana esquiocense; pero, perlas y todo, nuestra labor acerca de ellas estriba en saber aprovechar aquellas que mayor riqueza reúnen.

- a) A título de información, la noble señorita doña C. M., de San Sebastián, que largamente conferenció sobre Ezquioga con el Excelentísimo Sr. Nuncio de Su Santidad, durante el verano de 1932, nos aseguró haber oído a dicho señor: “Según los datos que poseo, lo que ocurre en Ezquioga es del cielo”.
- b) El Ilustrísimo señor Obispo de Barcelona, Dr. Irurita, que por dos veces estuvo de incógnito en la campa de Ezquioga, afirmó a D. José R. Echezarreta, presbítero de Legorreta (habiéndolo ratificado en otros puntos): “Sin pecar de temerario, no se puede negar que hay algo de sobrenatural en Ezquioga”. En el santuario de San Miguel de Aralar, y en Agosto de 1933, dicho prelado manifestó a don Antonio Pagoaga, abogado y diputado provincial, residente en San Sebastián (testigo don Romualdo Larrañaga, de Azcoitia), que “creía en Ezquioga, que trabajaría por ella privadamente, y que si fuera obispo de Vitoria lo haría abiertamente.
- c) El P. Reinaldo, carmelita descalzo, hoy en misiones americanas, que durante veinte años fue profesor de Teología en una Universidad romana, ofrecióse a rebatir, punto por punto, públicamente en San Sebastián, las conferencias sobre el caso dadas por el P. Laburu. Buscado el local para dichas conferencias, y preparado todo para la fecha en que se habían de dar,

tuvieron que ser suspendidas a causa de orden superior ajena a la Compañía.

- d) Un ilustre sacerdote guipuzcoano, decía a D. J. A.: “Lo que no se puede dudar es que estamos atravesando momentos de una sublimidad grandiosa, en los que no se sabe qué admirar más, si las predilecciones amorosas de Dios, más cerca que nunca del miserable mortal (referíase a las santas Apariciones de Ezquioga) o la incomprensible ceguedad humana empeñada en cerrar los ojos a tanta luz”.
- e) Dos médicos de Burdeos, profesores de universidad, habiendo venido a Ezquioga en observación de sus fenómenos, declararon aquí y en San Sebastián que los “éxtasis no eran naturales y que la ciencia no podía explicar por hallarse fuera de la ciencia de la naturaleza”.
- f) En este mismo sentido se pronunció la doctora Susana Delaplace, asistente de radiología de los hospitales de París, que acompañada de otro doctor parisién, estuvieron, hace poco, examinando a varios videntes, entre éstos las llagas de los pies de vidente X, confesando que “la ciencia no hallaba explicación a estos fenómenos” y prometiendo mandar un *informe* explicativo, tan luego le remitiésemos el proceso historial de las referidas llagas, que le hemos enviado ya. *Documentación Serie C.*, Sección II, ap. f).
- g) Valga por muchos un famoso médico español, nada religioso, el Dr. Gregorio Marañón, que, al principio de las Apariciones, enviado por el Gobierno para estudiar los Hechos de Ezquioga, llegado de incógnito a su campa, y observados éstos atentamente; como luego entre la multitud fuese reconocido por un amigo suyo, que nos lo refiere, y cambiados los oportunos saludos, preguntále éste a aquél por el resultado de su misión, contestó el aludido: “He estado estudiando desapasionadamente lo que aquí ocurre, y puedo afirmar que los médicos nada tenemos que hacer aquí, porque los fenómenos habidos en los videntes no pertenecen a la ciencia patológica. Pertenecen a otros estudios, que a mí no me competen. Que vengan los competentes y vean si los alcanzan”. Ciertamente que si este informe hubiesen tenido en cuenta las autoridades persecutorias, no hubiesen molestado con el manicomio ni con la cárcel a ningún vidente.
- h) El P. Matyschok, profesor en ciencias psíquicas de cierta universidad alemana, que en el invierno de 1932 iba dando conferencias sobre Teresa Neumann, estuvo conferenciando con nosotros sobre los Hechos de

Ezquioga, y conoció por nuestra conferencia que en este lugar los éxtasis genéricos eran de carácter sobrenatural. Antes estuvo practicando experiencias en determinada niña que le fue presentada como vidente, habiendo obtenido la conclusión de que los éxtasis de ésta eran sobrenaturales, semejantes a los de Teresa Neumann. Mas, he aquí de nuestra labor, que no se reduce sólo a presenciar hechos y contarlos, sino a examinarlos paciente y largamente y a contrastarlos últimamente; pudiendo afirmar que, si nuestro trabajo, a través de los Hechos de Ezquioga se hubiere limitado —no duela la repetición— a presenciar uno, dos o tres llamados videntes, por cortas horas o contados días, como han solido hacer los que, ajenos a nosotros, han escrito o han fallado sobre ellos, nos hubiera sucedido lo que al citado profesor psíquico, es a saber: que erró de medio a medio en su apreciación. Porque la mentada niña, que por vidente pasaba, no es tal vidente ni lo fue nunca; y lo que ha ocurrido con otros que, menos profesores que dicho religioso, y aún más, profanos del todo en ciencias psíquicas, a causa de que sus experiencias fueron muy limitadas, las conclusiones que arrojaron sobre sus estudios o exámenes andan generalmente enfermas.

Precisamente, citamos este hecho, no para desdorar a nadie, sino para que se vea que hay que andarse con pies de plomo y con harta competencia y por largo tiempo en el examen y contraste de los llamados videntes, a fin de tomar los que son y dejar los que no son. Y así como incumbe a los patólogos declarar *solamente* si los casos que estudian (según han practicado los anteriores *informes*) se explican o no por el orden natural, no metiéndose a más, igualmente deben hacer los psicólogos y psiquiatras. Los demás fenómenos encajan ya en la teología mística, que trata *de diferenciar* los casos preternaturales de los sobrenaturales: he aquí “el nudo gordiano”, “la máxima dificultad” dicha. Hay que examinar cada llamado vidente y cada caso de los ocurridos en dichos llamados videntes, sin pronunciar a seguida, sino luego de hartas pruebas. Y nosotros lo hacemos así. Lo demás es perder el tiempo y labrarse una sentina de errores.

Capítulo VIII

CAPÍTULO VIII.— Tercer Hecho. Las ciencias teológico místicas en relación con los éxtasis y raptos de Ezquioga. Preliminares a la ciencia teológico mística. Apariciones, visiones y revelaciones en general. Definición de las apariciones, visiones y revelaciones místicas, preternaturales, naturales y místicas. Análisis de las apariciones, visiones y revelaciones místicas. Señales de los buenos éxtasis.

TERCER HECHO.— La visión y audición por los videntes de seres celestiales (casi siempre la Santísima Virgen, protagonista, a veces, el diablo para engañar, seducir y desprestigiar), comunicándose con aquellos, ordenándoles cosas referentes a la instrucción, y al mejoramiento de costumbres propias y ajenas, privadas y públicas.

Las ciencias teológico-místicas en relación con los éxtasis y raptos de Ezquioga

La secular cuestión de las relaciones de lo finito con lo infinito la han querido resolver tres escuelas: la panteísta, la naturalista o positivista y la católica, u ortodoxa.

Para la *panteísta* no había más medio que la mortificación y casi destrucción del cuerpo y la aniquilación del alma; pretendiendo así, en la eternidad del vacío y abrazada al nihilismo, adentrarse inútilmente en Dios.

Para la *positivista*, que va por opuesto camino, no hay mas que la destrucción del problema de las relaciones del hombre con un Ser superior; y “explica la existencia de los fenómenos místicos, que primero negó, por desequilibrios del sistema nervioso. Admite el éxtasis, pero prescinde de todo elemento sobrenatural. Las visiones de santos y bienaventuradas almas, las apariciones de Cristo esposo tienen dos factores: la excesiva debilidad del cuerpo en fuerza de la vigilia y de las maceraciones, y un ferviente amor, que excita la fantasía del místico... Las llagas no son más que efecto de un acto vehemente de autosugestión en sujetos excesivamente sensibles y predispuestos por una preparación de ayunos rigurosos y largas horas de oración imaginativa sobre la Pasión de Jesucristo...” —*San Juan de la Cruz, su obra científica y su obra literaria*, por el P. Crisógono de Jesús Sacramentado, carmelita descalzo, tomo I, Ávila-1929, pág. 66.—

Para la católica, las relaciones entre Dios y el hombre se establecen a base del amor de caridad el cual sella la unión. Para llegar a ésta, hay dos medios; la penitencia y la oración. Por la penitencia severa la materia queda sujeta al espíritu Mas, como no basta esto, sino que es menester sujetar también el espíritu a Dios, de ahí la necesidad de la oración, fragua donde se enciende el fuego del amor de caridad. Hay dos linajes de oración: ordinaria y extraordinaria (ascética y mística). “En las dos es la oración sobrenatural, pero en la primera no hay más sobrenaturalidad que la entitativa del acto, mientras que en la segunda existe también la del modo. Ésta se caracteriza por la divina infusión que, aunque no está sujeta a un determinado y gradual procedimiento por razón de su naturaleza, lo está por razón de la disposición del alma. Ésta es la razón de los diferentes grados de la oración infusa, los cuales se reducen a tres: oración o unión incipiente, unión plena y unión transformante. En la unión incipiente no se unen todas las potencias del alma; al principio sólo se une la voluntad; y luego, el entendimiento. Sólo cuando está unida la memoria se realiza la unión plena o espiritual desposorio. En la unión transformante hay entera comunicación de bienes: el alma recibe la forma de Dios y parece Dios aunque la perfecta consumación de esta admirable unión no existe mas que en el cielo.

Tal es, en su parte esencial y en trazos generales, la naturaleza de las relaciones entre Dios y el hombre, según la concibe el cristianismo. Pero, dentro de esta base esencial, existen variadísimos matices de exposición que responden a bien diversas circunstancias”. —Idem, pág 68-69.— ¿Cuáles pueden ser éstas?

Precisamente son las que concurren en las Apariciones de la Santísima Virgen en Ezquioga, y que determinan los éxtasis y raptos de los llamados videntes. A primera vista, siguiendo la tradicional escuela mística, no parece sino que estos celestiales dones son conferidos únicamente a las almas subidas en el amor de caridad; pero, si se tuvieran en cuenta las palabras del autor citado, basadas en otras de Doctor Místico de que “sería un error pensar que el éxtasis es un favor del cielo, y más bien es una declaración de nuestra flaqueza en testimonio de la imperfección del alma, algo que debiera causarnos rubor”, —Idem, pag. 291. “Las comunicaciones de los aprovechados, enseña San Juan de la Cruz, ni pueden ser muy fuertes ni muy intensas ni muy espirituales, por la flaqueza y corrupción de la sensibilidad, que participa en ellas. De aquí vienen los arrobamientos y trasposos y descoyuntamiento de huesos, que siempre acaecen cuando las comunicaciones no son puramente espirituales, esto es, al espíritu solo, como son las de los perfectos, purificadas ya por la noche segunda del espíritu, en las cuales cesan ya estos arrobamientos y tormentos del cuerpo, gozando ellos de la libertad de espíritu sin que se anuble y trasponga el sentido”. *Noche*, 1.2, c.1. pág. 52. *Cántico Espiritual*, canc.

13, v. 2, pág. 229.— no extrañarían absolutamente nada los éxtasis y raptos en los videntes afectos a aquellas Apariciones, *incipientes* en la virtud o en el primer grado de oración o unión con Dios. Hay que tener esto muy en cuenta para no extraviarse en este linaje secreto de estudios, que a muchos extravía la falta de una exacta consideración semejante.

Apariciones, visiones y revelaciones, en general

Las apariciones, visiones y revelaciones, en general, son las que, como especial tipo —no único modelo— registran los Libros Santos, las historias eclesiásticas, las biografías de los bienaventurados, los grandes maestros de espíritu, santos Bernardo de Craraval, Ildegardo de Bingen, las dos Matildes de Magdeburgo y la Joven, Gertrudis la Grande, Brígida de Suecia, Buenaventura, Cardenal, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, venerable María Jesús de Ágreda, Fr. Juan de los Ángeles, etc. Repetimos que estos santos forman un especial tipo de videntes, pero no *únicos modelos*; porque, entonces, daríamos el caso de querer sujetar las manos a la omnipotencia divina, lo cual es inadmisibile. Qué, ciertamente los teólogos hemos de procurar conformar nuestros estudios con los modelos probados; pero de esto no se sigue que la omnipotencia divina, con el lento rodar de los tiempos, no se manifieste de otras maneras, cuando a nuestro juicio no repugnan a la verdad, grandeza y santidad divinas. De aquí la carta de San Pablo a los hebreos, cuando para convencer a estos de la venida de Jesucristo, Hijo de Dios, para redimir al mundo, les decía: “Dios, que antiguamente habló *muchas veces y de muchos modos* por medio de los profetas, ahora nos ha hablado por medio de su Hijo”. —Cap. 1, 1.—

Las muchas veces y, más aún, los muchos modos, ¿acabaron ya con la venida de Jesucristo al mundo? Afirmar esto, ¿no sería negar a Dios su poder? ¿Y no es la historia de la Iglesia un testimonio vivo y perenne de las variadas y repetidas manifestaciones místicas? La razón abona que en estos tiempos de variadas, colosales e inauditas prevaricaciones, variados, colosales e inauditos han de ser también los remedios. Que si las apariciones de la Virgen en Ezaquioga son, por lo insistentes y grandes, único caso en la Historia de la Iglesia, también es evidente que los actuales tiempos son excepcionales en la historia postdiluviana y los más semejantes a los antecoetáneos del diluvio universal; y por esto, los remedios han de ser y son ciertamente heroicos y colosales.

Está empero, el siglo tan materializado, las inteligencias se han metalizado tanto, y la fe cristiana, salvo contados casos, se ha neutralizado de tal modo que, al mirar al cielo, sus ojos no ven limpio. Se niega por la propensión a negar; se viene a Ezquioga por inclinación a escudriñar, pasar el tiempo y criticar; y de aquí las contradicciones y las oposiciones y las persecuciones de los enemigos a un Hecho tan sencillo como grande, y tan lógico como consecuente, amén de las ignorancias y debilidades de los mismos videntes y simpatizantes, que, con toda miseria humana, acrecen la oposición.

Definición de las visiones y revelaciones místicas o sobrenaturales, preternaturales, naturales y mixtas

Procuremos sintetizar, sin divagaciones, la doctrina de los doctores místicos y nuestra labor experimental, sobre los extremos del título del presente capítulo, a fin de ofrecerlos, como robustos sillares del edificio que levantamos.

Aparición mística es el acto de mostrarse un ser u objeto sobrenatural a la criatura humana.

El acto de la percepción de la aparición se denomina: *Visión mística*; es a saber: el acto de cualquier potencia cognoscitiva o de sentido exterior o de interior o imaginación o del entendimiento que Dios, agente principal, causa, o por sí mismo o por ministerio de los ángeles, para significar o manifestar alguna verdad oculta. —Santo Tomás, 1 p., q. 67. Art. I.—

Cuando la visión es entendida por el que la recibe pasa a ser revelación. Por consiguiente:

Revelación mística es una manifestación sobrenatural de alguna verdad oculta, que Dios comunica en particular a algún individuo para beneficio de éste o de los demás.

Anticipando ideas, prevenimos que cualquier visión intelectual es propiamente revelación. No así las visiones imaginarias y corporales, que pueden no serlo; porque, aunque Dios las forme para significar alguna verdad oculta, puede ser que el que las recibe no tenga la inteligencia de ella, y sin ésta, no hay revelación posible.

Las visiones toman el nombre de *corporales*, porque se forman, ante todo, en alguno de los sentidos externos, proponiéndole objetos sensibles. Item, el de

imaginarias, cuando, primero, se forman en la fantasía. Item, *intelectuales*, cuando asimismo, previamente se forman en el entendimiento.

Esto, en cuanto al *carácter místico o sobrenatural* de las apariciones, visiones y revelaciones; porque, asimismo, *hay apariciones, visiones y revelaciones preternaturales*, esto es, que están fuera del orden natural y son causadas por el diablo; apariciones y visiones *reales*, en cuanto a sí mismas; pero *no auténticas*, sino falsas, en cuanto que el diablo las procura para engañar y seducir. Y nótese que las revelaciones que se originen de semejantes apariciones y visiones son siempre absolutamente mentirosas por parte del agente, y equivocadas y de funestos resultados por parte del paciente.

Hay visiones y pseudorevelaciones naturales. Visión natural es una especie fantástica, sin realidad, creada en la imaginación exaltada, que se toma como verdadera. A los que las padecen, se les llama visionarios, nombre que, como se ve, jamás cuadra con los que tienen las visiones místicas y aun las preternaturales. *Seudorevelación natural* es el razonamiento que la inteligencia extraviada se forja y toma como inspiración verdadera.

Apariciones, visiones y revelaciones mixtas son aquellas que, a) participan de las místicas y preternaturales, b) de las místicas y naturales, c) de las preternaturales y naturales y d) de las tres categorías juntas; pero en cada caso a base de una de ellas; v. gr.: en el caso a) a base de las místicas; en el caso b) a base de ídem; en el caso c) a base de la preternatural; y en el caso d) a base de la mística. Que todo esto puede haber en un mismo sujeto, y que Dios permite para humillación de los hombres y aquilatación de la Obra divina.

De aquí se colige cuán necesario es el examen de cada uno de los afectos a las apariciones, visiones y revelaciones, y de cada uno de los casos de las mismas, por un buen maestro de espíritu, a fin de no errar en materia tan delicada y difícil, y no arriesgarse a tomar unas cosas por otras, estropeando el asunto en sí mismo y a las personas pacientes del mismo.

Análisis de las apariciones, visiones y revelaciones místicas

Ante todo, hay que reconocer que, de ordinario, o sea, para la gente no letrada, como suelen ser los videntes en general, las apariciones han de mostrarse por el medio más sencillo, es a saber: el medio de los sentidos y la imaginación.

De ahí el que tomen cuerpo sensible los seres y objetos revelados. Por manera, que de ordinario, las apariciones son imaginarias y corpóreas, aunque reales, porque lo contrario sería ilusión.

Los que poseen escuela religioso-mística y, por tanto, han ingresado en los largos cursos de la misma, es más fácil que tengan visiones y revelaciones intelectuales, ya que de las mismas concedoras son, aunque esto no impide el que puedan tener también las imaginarias y corpóreas.

De todos modos surge el interrogante: ¿La Santísima Virgen aparece realmente en su cuerpo y alma? No cabe duda que la Santísima Virgen puede aparecerse y aparece realmente en Ezquioga en cuerpo y alma; primero, porque no hay necesidad de que de otro modo aparezca; y segundo, porque así Ella lo tiene revelado a varios videntes, y la experiencia en estos lo confirma.

Ya que alguien, de aparatosa resonancia, ha querido hacer valer la doctrina mística de Santa Teresa de Jesús, como si otro modelo no existiese. —Tiene la doctrina mística de la santa doctora castellana algo y mucho de común con la de todos los grandes maestros de espíritu que la precedieron, y en los cuales, en cuanto pudo, para ir segura, procuraba inspirarse, ya directa ya indirectamente, por referencias o por conducto de sus confesores. Más se distingue por su forma, acomodada a los tiempos y circunstancias, que por su fondo... P. Arinterro. *La verdadera mística tradicional*, cap. V.— (nosotros somos sus perfectos admiradores), encajan aquí unas excepcionales Reglas, dadas por la misma Madre de Dios a su sierva, la V. M. María de Jesús, Abadesa de Ágreda. —Mística Ciudad de Dios, lib. II, cap. 14.— que todos debiéramos sabernos de memoria. Dicen así: “La gracia de las visiones divinas, revelaciones y raptos, aunque son operaciones del Espíritu Santo, se distinguen de la gracia santificante y virtudes, que santifican y perfeccionan el alma en sus operaciones; y, porque no todos los justos y santos tienen forzosamente visiones ni revelaciones divinas, se prueba que puede estar la santidad y virtudes sin estos dones. Y también que no se han de regular las revelaciones y visiones por la santidad y perfección de los que las tienen, sino por la voluntad divina que las concede, a quien es servido, y cuando conviene, y en el grado que quiere, obrando siempre con medida y peso para los fines que pretende en su Iglesia; bien puede comunicar Dios mayores y más altas visiones y revelaciones al menos santo y menores al mayor. Y el don de profecía, con otros *gratis datos* puede concederlos a los que no son santos; y algunos raptos pueden resultar de causa que no sea precisamente virtud de la voluntad, que es la que santifica, mediante la caridad y virtud, sino de causa del entendimiento, el cual no santifica el alma.

“Pero no obstante que la gracia de visiones divinas sea distinta de la santidad y virtudes, que pueden separarse; con todo eso la voluntad y providencia divina las junta muchas veces, según el fin y motivo que tiene en comunicar estos dones... para que no estén frecuentemente en vasos inmundos y no derogase a la verdad divina y a su magisterio la mala vida del instrumento.

“Las divinas revelaciones y visiones pueden atender a cosas generales y del bien común y a particulares o del bien individual del que las recibe. En cuanto a esta última, las razones son de parte de la criatura y otra de parte de Dios. La de la parte de la criatura ignorante consisten, en que éste es el modo más proporcionado y conveniente para que se levante a las cosas eternas entre ellas, y se espiritualice para llegar a la perfecta unión del Sumo Bien. Y las de parte del Señor estriban en que el amor divino es impaciente para no comunicar sus bienes y secretos al amado y al amigo. Y no pierde su crédito esta verdad por no ser entendida de la sabiduría carnal; ni tampoco porque algunas almas se hayan deslumbrado con ella, dejándose engañar por el ángel de Satanás, transformado en ángel de luz, con algunas visiones y revelaciones falsas... Este peligroso engaño se evita temiendo con humildad y no deseando saber altamente, no juzgándose en el tribunal del propio juicio y prudencia, sino remitiendo a Dios y a sus ministros y confesores doctos, examinado la intención; pues no hay duda que se conocerá si el alma desea estos favores por medio de la virtud y perfección o por la gloria externa de los hombres. Y lo seguro es nunca desearlos y temer siempre el peligro... Y no se admiren los hombres sabios de que las mujeres hayan sido tan favorecidas en estos dones, porque, a más de ser fervientes en el amor, escoge Dios al más flaco por testigo más abonado de su poder, y tampoco no tienen la ciencia de la teología adquirida como los varones doctos, si no se la infunde el Altísimo para iluminar su flaco e ignorante juicio”. —Cap. II. Algunos reparos preventivos a los no creyentes y a los creyentes.—

Señales de los buenos éxtasis

Las señales de los perfectos éxtasis son fáciles de conocer; porque, aparte la suspensión total o casi total de los sentidos, la insensibilidad, el no siempre desplomamiento corpóreo, la rigidez de los miembros, la normalidad del pulso y del corazón dichos anteriormente, si acaso alterados *accidentalmente* en algunos sujetos, de suyo acentuadamente nerviosos o anémicos, están los siguientes: El

estado de los ojos, de ordinario abiertos y clavados en un punto elevado, sin anisocoria ni contracción alguna. Otras veces, se hallan completamente cerrados, pero que advierten que, a través de ellos, hacia adentro, ve el pensamiento. El diálogo ortodoxo y edificante entre el vidente y un agente invisible, de forma que se oye muchas veces lo que el extático pronuncia, contestando, afirmando, negando o rogando; pero que, al soslayo de tales palabras y frases, casi puede deducirse el fondo del diálogo. El accionar varias veces con las manos y la cabeza corre parejas con el diálogo; esto no es más que la manifestación exterior del pensamiento. Y, finalmente, la entrega de objetos a los circunstantes con o sin hablar: todo ello sin funcionamiento patológico, que es en lo que estriba la suma de seis prodigios, resultado de la existencia de ciertas leyes desconocidas, superiores, trascendentes, sobrenaturales, que sustituyen o se contraponen a los naturales, que en tal caso y circunstancia debieran existir.

Ya terminado el éxtasis, y vuelto el paciente a su prístino normal estado, las dulces lágrimas que a los ojos asoman, la reserva, la paciencia y el retiro observado, sin pesadeces ni consecuencias más graves de los postaccidentes patológicos, dan a entender que el vidente pasó por el fenómeno extático, fenómeno por cima y fuera de toda ley psico-patológica.

Pero, por cuanto algunas de estas señales pueden darse en un éxtasis preternatural o diabólico —nunca en el natural o patológico—, aparte las varias reglas que en el curso de esta Obra damos para distinguir los unos de los otros, señalamos las siguientes, fruto al propio tiempo de la ciencia experimental de los grandes maestros del espíritu:

- 1º. Los éxtasis de los siervos de Dios nunca son voluntarios o procurados por ellos, sino según el divino agrado. Por tanto, no se sujetan a tiempos, lugares, estado de salud y ánimo de los pacientes, oraciones determinadas y demás circunstancias materiales y morales, porque “*Spiritus ubi vult spirat*”.
—Juan 3, 8.—
- 2º. Ítem; aun cuando los siervos de Dios se desplomen violentamente y caigan en el fuego, nunca se hacen daño, a no ser que mano ajena humana lo procurase, y los movimientos de la caída o levantamiento son de tal índole que siempre dejan en honesta y edificante postura al extático.
- 3º. La resolución de los éxtasis en los siervos de Dios es espontánea, sin ayuda de personas ni medicamentos: no así en los éxtasis naturales. El alma de los siervos de Dios vuelve en sí o toma su estado normal al mandato, a veces

puramente mental, de quien tenga autoridad sobre ellos, permaneciendo insensible al cesar esta autoridad, aun cuando el alma no lo sepa.

- 4º. Durante los éxtasis de los siervos de Dios el alma recibe grandes luces sobrenaturales que determinan locuciones santas y maravillosos cambios de conducta hacia Dios; y experimenta bilocaciones y bipersonaciones para dar lugar a grandes predicaciones y conversiones de almas y pueblos. En los demás éxtasis nada de esto se experimenta, antes bien el alma sale empeorada.
- 5º. Y, finalmente, señales y efectos de los éxtasis divinos son que los sufrimientos físicos, que en ellos se padecen, dan vida y alientos, mientras en los restantes éxtasis deja postrado y abatido al sujeto; y que, durante y luego de las comunicaciones divinas, queda el alma como divinizada, dándole a entender las irradiaciones de luz y claridad que el rostro despide, y la actitud del cuerpo, como de santidad levemente dormida, que a veces, es movida mediante un soplo o levantada ella misma repentinamente, sin daño y esfuerzo, con admiración de los circunstantes. No así los éxtasis diabólicos y naturales, cuyas siniestras manifestaciones son patentes.

Capítulo IX

CAPÍTULO IX.— Clases de apariciones, visiones y revelaciones místicas: a) visión intuitiva; b) Visión abstractiva; c) Visión angélica; d) Visión intelectual; e) Visión imaginaria; f) Visión corporal. Linajes de revelaciones místicas. Regla de gobierno dada por la Reina del cielo a la V. M. de Ágreda. Dificultades históricas a las Apariciones sagradas.

Clases de apariciones, visiones y revelaciones místicas

Son seis las clases de visiones divinas, según las trae la Venerable Madre de Ágreda; —Mística Ciudad de Dios.— es a saber:

- a) Intuitivas
- b) Abstractivas
- c) Angélicas
- d) Intelectivas
- e) Imaginarias y
- f) Corpóreas

A. “*Visión intuitiva*”, es la visión clara de la divina esencia, manifestada en este mundo, ciertamente a la Madre de Dios y dudosamente a algunos santos; porque para gozar de esta visión, aparte que se necesita poseer la gracia santificante, en grado muy perfecto y no ordinario, ha de acompañar al alma gran pureza en sus potencias, sin haber en ello reliquia ni efecto ninguno de tu culpa; porque, así como sería necesario limpiar y purificar un vaso que hubiese recibido algún licor inmundo, así ha de ser límpida y purificada el alma no solamente de los pecados mortales, sino también de los veniales; y además, es necesario cauterizar el fomes del pecado, de forma que quede extinto o ligado, como si no le hubiese, lo cual, como se ve, es difícilísimo al hombre. La razón de todo esto es porque en la criatura, sujeta a pecado, hay dos improporciones y distancias inmensas comparadas con la divina naturaleza: la una es que Dios es invisible, infinito, acto purísimo y simplicísimo, y la criatura es corpórea, terrena, corrupta y grosera; la otra es la que causa el pecado, que dista sin medida, de la suma bondad, y ésta es mayor en proporción y distancia que la primera. A pesar de todo esto, puede el Señor dejarse ver *intuitivamente* después que haya dado al alma un retoque, como con un fuego espiritualísimo, que la caldea y acrisola, como al

oro el fuego material, al modo que los serafines purificaron a Isaías; retoque que deja dos efectos en el alma: el uno, el que separa toda la escoria terrena; y el otro, que llena toda el alma de una nueva luz tal, que destierra toda tiniebla, así como la luz del alba destierra las de la noche. Últimamente, el Señor comunica al alma el *lumen gloriae*, con el cual se acaba de proporcionar para ver a Dios, quedando así como divinizada para ver a Dios cara a cara.

- B. “*Visión abstractiva*, consiste en manifestarse Dios, no en sí mismo, inmediatamente, sino mediante algún velo o especies altísimas, infusas y sobrenaturales. En esta visión, aunque la criatura conozca que está cerca de la divinidad y en ella descubre los atributos, perfecciones y secretos que, como en espejo voluntario, le quiere Dios mostrar y manifestar, pero no siente ni conoce su presencia ni la goza a satisfacción y hartura. Para este grado de visión, se necesita en el alma las disposiciones dichas menos el *lumen gloriae* del grado anterior. Sus efectos, aparte el citado, que supone en el alma hallándola así sobre sí, la embriaga de una suavidad y dulzura tan inefables que la inflama en el amor divino y la transforma en él, causándola un olvido y enajenamiento de todo lo terreno y de sí misma, que ya no vive ella en sí, sino en Cristo y Cristo en ella. Últimamente, la deja una luz tan diáfana que, con ella, si no pierde, caminará a lo más alto de la perfección, siéndole como el fuego perpetuo del santuario, y la antorcha de la ciudad de Dios. —de este linaje de visiones gozó mucho en vida Nuestra Señora”.

La mencionada Sor María Jesús, —*Mística Ciudad de Dios*, Part. I, libr. 1 Cap. II.— tratando de la “visión abstractiva”, que es en la que se revelaron los más altos y profundos arcanos, prosigue: “Al entendimiento se le da cierta luz, con la cual conoce en Dios todas las cosas y lo que son en sí sus operaciones, y se le manifiestan según es la voluntad del Altísimo. Es éste lumen, santo, suave, puro, sutil, noble, cierto y limpio, hace amar el bien y reprobar el mal; es un vapor de la virtud de Dios y emanación sencilla de su luz, la cual se me pone, como espejo, delante del entendimiento y con la parte superior del alma veo mucho... esta vista es como si el Señor estuviese asentado en un trono de grande majestad, donde se conocieran sus atributos con distinción, debajo del límite de la mortalidad; cubriéndose a modo de medio velo, uno como cristal purísimo, que impide verle intuitivamente....

En este conocimiento hay dos grados de ver, de parte del Señor, porque es *espejo voluntario*. Unas veces se manifiesta más claramente, otras menos; unas

veces se muestran unos misterios, ocultando otros, y siempre grandes. Y esta diferencia suele seguir también la disposición del alma, a la que da ánimo, fervor, seguridad y alegría. Cuidadosa y solícita, llama y levanta, da ligereza y brío, llevando tras de sí lo superior del alma a lo inferior, y aun el cuerpo se aligera y queda como espiritualizado por aquel tiempo, suspendiéndose su gravamen y peso... Siéntese la continuación y virtud de esa luz y el amor que causa, y una habla íntima, continuada y viva, que hace atender a todo lo que es divino y abstrae de lo terreno, en que se manifiesta vivir Cristo en mí, su virtud y su luz...

No digo que es toda la luz, pero es parte... Es luz que a un mismo tiempo alumbra y fervoriza, enseña y reprende, mortifica y vivifica, llama y detiene, amonesta y compele, enseña con distinción el bien y el mal, lo encumbrado y lo profundo, la longitud y latitud, el mundo, su estado, su disposición, sus engaños, y me enseña a hablarlo...

Intelectualmente veo y conozco a Nuestra Señora cuando me habla y a los ángeles; y unas veces los conozco y veo en el Señor, y otras en sí mismos, descendiendo algún grado más inferior, en el cual grado y en el Señor, como espejo voluntario, los veo, hablo y entiendo, así como a los demás bienaventurados y a los misterios de la vida y de la muerte de la Reina del cielo.

C) *Visión Angélica*. Este modo de visión. —*Mística Ciudad de Dios*, lib. II, cap. 15.— es el mismo que los órdenes y jerarquías angélicas tienen entre sí mismos, sin otra especie que mueva su entendimiento más, que la misma substancia y naturaleza del ángel que es conocido. Y a más de esto, los ángeles superiores iluminan a los inferiores, informándolos de los misterios ocultos que a los superiores inmediatamente revela el Altísimo, para que se vayan derivando y remitiendo de lo supremo a lo ínfimo.

Sucede esto (a nuestro modo de entender) como si los rayos del sol penetrasen muchos cristales puestos en orden, que todos participarían de una misma luz, comunicada de los primeros a los últimos, tocando primero a los más inmediatos. Sólo una diferencia se halla en este ejemplo: que las vidrieras o cristales, respecto de los rayos, se han pasivamente, sin más actividad que la del sol, que a todos los ilumina con una acción; pero los santos ángeles son pacientes en recibir la iluminación de los superiores, y agentes en comunicarla a los inferiores, derivándose todo del Supremo Sol de justicia, Dios eterno.

Tal modo de visión, iluminación, comunicación o revelación, fue concedida de un modo especialísimo a la Santísima Virgen, como particularmente a otros

santos, ya que este beneficio no es otra cosa que ver intuitivamente la substancia del ángel, participando del linaje de la visión intuitiva y de la intelectual, o sea de la primera y de la tercera dichas.

Verdad es que este beneficio no es ordinario y común, sino muy raro y extraordinario; y así pide en el alma gran disposición de pureza y limpieza de conciencia. No se compadece con afectos terrenos ni imperfecciones voluntarias, porque para entrar el alma en el orden de los ángeles, ha menester vida más angélica que humana... Cuando el alma llegare a gozar de verdadera paz, tranquilidad y sosiego del espíritu, que le causen una serenidad dulce, amorosa y suave con el Sumo Bien, entonces estará menos indispuesta para ser levantada a la visión de los espíritus angélicos con claridad intuitiva y recibir de ellos las divinas revelaciones que entre sí se comunican y los efectos admirables que de la visión resultan.

Para conseguir este linaje de visión se necesita —Id. Doctrina de la Reina del Cielo.— no poner óbice de pecados ni afecto a ellos, retiro del alma, invocación a menudo de los santos ángeles y agradecimiento de este sumo beneficio.

D) *Visión intelectual* o común revelación, dase, algunas veces, por especies infusas al entendimiento, y otras por las mismas especies que tiene la imaginación y fantasía, y en ellas puede el entendimiento, ilustrado con nueva luz y virtud sobrenatural, entender los misterios que Dios le revela, como sucedió a José en Egipto y a Daniel en Babilonia. Esta forma de visiones intelectuales fue común a los profetas santos del Viejo y Nuevo Testamento, porque la luz de la profecía perfecta, como ellos la tuvieron, se termina en la inteligencia y, sin ella, no fueran perfectos profetas. Estos se llaman *videntes*, no sólo a causa de la luz interior con que miraban los secretos ocultos, sino también a causa de ignorarlos en parte o en todo, aunque debían practicar alguna acción profética. Los primeros son profetas perfectos, e imperfectos los segundos.

El Señor puede comunicar esta gracia sin que el que la reciba goce de la caridad divina; pero de ordinario, anda acompañando con ella.

Por esta razón, piden estas revelaciones muy buena disposición del alma, porque Dios suele concederlas cuando ésta anda quieta, pacífica, abstraída de los efectos terrenos y bien ordenadas sus potencias, para los efectos de esta divina luz. —Las visiones intelectuales, que se forman en el entendimiento, independientemente de los sentidos exteriores e interiores y son más propias de los ángeles y de las almas separadas de los

cuerpos, únicamente Dios puede producirlas. Nunca el ángel bueno ni el malo, porque nuestro entendimiento es una potencia espiritual cerrada a éstos. Por esta razón son las visiones más seguras y sublimes.—

- E) *Visión imaginaria*. El cuarto lugar ocúpanlo las visiones imaginarias, las cuales se tienen por especies sensitivas, causadas o motivadas en la imaginación o fantasía; y representan las cosas con modo material y sensitivo, como cosa que se percibe por los sentidos corporales. Debajo de esta forma de visiones, escribió San Juan su Apocalipsis. Y por lo que tienen de sensitivo y corpóreo, puede las remedar el demonio en la representación, moviendo las especies de la fantasía, aunque no puede remedarlas en la verdad. Con todo eso deben desviarse estas visiones, examinándolas con la doctrina de los santos y maestros; porque si el demonio reconoce golosina alguna en las almas que tratan de oración y devoción, si lo permite Dios, las engañará fácilmente. Aun aborreciendo el peligro de ellas, puede el diablo, transfigurado en ángel de luz, introducirse para perder, o cuando menos, para engañar y burlar las almas. Muchas veces las visiones imaginarias son enviadas por Dios, en sueños, como a San José y a los Reyes Magos.
- F) *Visión corpórea*. Es la que se recibe por los sentidos externos, y es de dos maneras. La una es propia y verdaderamente corpórea, cuando con cuerpo real y cuantitativo, se aparece a la vista o al tacto, algún ser de la otra vida, formándose, para esto, por ministerio de los ángeles buenos o malos, algún cuerpo aéreo o fantástico, que, si bien no es cuerpo natural ni verdadero de lo que representa, pero es verdadero cuerpo cuantitativo del aire condensado con sus dimensiones cuantitativas, lo cual reza más con los espíritus; porque, en cuanto a Jesús, la Virgen y aquellos santos, que en cuerpo mortal le tienen realmente en el cielo, han de aparecer en el suyo propio, aunque, de otro lado, pueden perfectamente aparecer revestidos a modo de los espíritus. La otra manera de visiones y revelaciones es impropia e ilusoria del sentido de la vista, cuando no es cuerpo cuantitativo, sino especies del cuerpo y color etc. Tal modo de aparecer es más propio de los ángeles malos, por más que no es imposible a los seres buenos”.

Nuestros estudios sobre las apariciones corporales nos las hacen resaltar de dos maneras: Primera, las totalmente corporales. Segunda, las substancialmente corporales.

Las *totalmente corporales* son aquellas que se muestran de igual forma que lo están en la gloria del cielo. Son raras en este mundo; pues, para que se realicen, necesitase cierto *lumen gloriae*.

Las *substancialmente corpóreas* son aquéllas que se muestran esencialmente, aunque sin el ropaje exterior o con diferente envoltura: de ordinario, tal como el que la ve, la puede conocer. Y éstas son de dos modos: a) “lúcidas”, cuando se manifiestan mediante el éxtasis (las de los buenos videntes); y b) “no lúcidas”, cuando lo son sin el éxtasis, aunque en este caso, el favorecido no se da cuenta de la aparición. Las apariciones “no lúcidas” son más raras, aunque muy auténticas, por los prodigios que las acompañan, los cuales hay que examinar cuidadosamente, para no padecer engaño.

Según esto, continúa Mística Ciudad de Dios: “Las visiones y revelaciones corpóreas pueden recibirse estando en los sentidos corporales, que en esto no hay repugnancia. Pero el modo más común y connatural a estas visiones y a las intelectuales, es comunicarlas Dios en algún éxtasis o raptó de los sentidos exteriores; porque, entonces, están las potencias interiores todas, más recogidas y dispuestas para la inteligencia de cosas altas y divinas; aunque en esto menos suelen impedir los sentidos exteriores para las visiones intelectuales que para las imaginarias y corpóreas, porque están más cerca de lo exterior que las inteligencias del entendimiento. Y por esta causa, cuando las revelaciones intelectuales son por especies infusas, o cuando el afecto no arrebató los sentidos, se reciben muchas veces, sin perderlos, inteligencias altísimas de grandes misterios sobrenaturales.

Débase ser muy circunspecto y cauteloso en este género de visiones corpóreas, por estar muy sujetas a peligros, engaños e ilusiones de la serpiente antigua; quien nunca las apeteciere, excusará gran parte del peligro. Y si tuviera alguna, deténgase mucho en creer y ejecutar lo que le pide la visión; porque sería muy mala señal y propia del demonio, querer luego y sin consejo que se le dé crédito y obedezca, lo que no hacen los santos ángeles, como maestros de obediencia y verdad, prudencia y santidad”. Gran cautela de los sujetos que están en visión, estriba en orar al cielo, no de boca, sino de corazón y mente, para que el diablo, que no lee ni la inteligencia ni el corazón, no pueda, a causa del movimiento de los labios, que ve, imitar falsamente a Jesús, la Virgen, los ángeles y santos, y engañar tristemente así al vidente ignorante o poco cauteloso, como ha sucedido en repetidísimos casos en Ezquioga.

Linajes de revelaciones místicas

Por más que las revelaciones anden acompañadas, las más de las veces, con las visiones, sin embargo, hay que distinguir las de éstas. La visión es la manifestación plástica del ser o cosa sobrenatural en algunas de las formas que dejamos dicho. Atañe más el órgano óptico y a la potencia intelectual; mientras que la revelación es la declaración de las cosas ocultas, pretéritas, presentes o futuras, según la voluntad del ser superior que habla. Atañe más bien al órgano auditivo o a la potencia volitiva.

Según estos principios, todas las revelaciones pueden ser: a) por visión, b) por locución, c) por inspiración y d) por moción.

- a) *Las revelaciones por visión* tienen lugar dentro de la propia manifestación mística, cuando el ser revelado, sin locuciones, inspiraciones ni mociones, esto es, por ningún otro medio que por la misma visión, se declara al sujeto que la visión recibe. Entonces se da a entender con claridad bastante la intención del ser revelado. Tales son las visiones apocalípticas de San Juan.
- b) *Las revelaciones por locución* se verifican cuando el ser revelado habla, y el sujeto a quien se revela oye y entiende bien claramente lo que se le dice. Tales son las revelaciones del señor a los profetas del Antiguo Testamento.
- c) *Las revelaciones por inspiración* son las que se reciben en la inteligencia y en la voluntad sin palabras expresas y sonoras; pero mediante una luz y conocimiento interior, altísimo y sobrenaturales que, distinguiéndolos perfectamente el sujeto, de toda operación intelectual personal, le acreditan seguramente que son del cielo, sean de Dios, la Virgen, o los ángeles. Tales son las revelaciones a muchos santos y personas rectísimas de la Ley de Gracia.
- d) *Las revelaciones por moción*. Son las que determinan a obrar con resolución, prontitud, eficacia cosas buenas y santas, del agrado de Dios y de edificación de los fieles. Estas mociones son tan rápidas que son ejecutadas aún antes de juzgarlas, aún antes de reflexionarlas; reflexionándolas y juzgándolas después de haber sido transmitidas al sujeto a quien dirigidas fueron, y causando admiración y estupor en el mismo que las recibió y que luego las transmitiera. Así son muchos linajes de profecías, que a los santos y otras personas cristianas se revelaron.

Débase advertir que en todas las revelaciones, como en las visiones sobrenaturales, se reconoce un principio muy ajeno al personal; de forma que, tanto el sujeto a quien se comunican o para quien se comunican, como el individuo mediador, advierten enseguida o luego de comunicadas, la finalidad y origen divinos de las revelaciones tales. De otro modo se confundirían, se dudarían o se equivocarían.

Algunas veces, y esto hay que notarlo como una de las actuaciones particulares del cielo sobre algunas personas escogidas de Ezquioga, son dadas visiones diversas a determinados auténticos videntes, a quienes al propio tiempo se niega la inteligencia o revelación de las mismas; pero que se les manda confíen la visión a “esa” persona escogida para que la declare. La persona escogida se extraña de esto, porque nada entiende de la revelación de aquella visión; pero, a poco, suavemente, sin darse cuenta, un golpe insensible e invisible de luz al entendimiento le declara la revelación de la visión de que se trata. Y es lo notable que la Virgen, en otras visiones posteriores, ha confirmado la exactitud de aquella revelación.

También precisa no olvidar que las revelaciones, sobre todo proféticas, pueden ser absolutas y condicionales. Particularmente las referentes a los castigos temporales son casi siempre de esta segunda categoría. El Señor amenaza un formidable castigo, si no hay enmienda. Así dijo a Jonás: “Nínive, Nínive; si no haces penitencia, dentro de cuarenta días serás destruida”. Pero Nínive hizo por entero penitencia. Desapareció la condición y con ella el castigo. De este modo obra nuestro Señor. La pena se aminora con la penitencia. A mayor penitencia mayor aminoración del castigo.

Reglas de gobierno dadas por la Reina del cielo

“Según la divina disposición, el mayor impedimento y óbice que indisponen para que las almas no tengan muy familiar trato y comunicación con Dios y sus ángeles son los pecados, aunque sean leves y aun las imperfecciones de nuestras operaciones... Ítem, que no tengan quietud y tranquilidad de paz...; puesto que, por mucho que esté mereciendo la criatura con la tribulación y padeciendo aflicciones (cual estaba San José en sus dudas sobre la fidelidad de su santísima esposa) con todo eso impide aquella alteración; porque en el padecer hay conflicto y trabajo con las tinieblas, y el gozar es estar en paz en la posesión de la luz...” — Mística Ciudad de Dios, P. II, lib. IV, cap. III, núm. 401, 402.—

Ésta es también la razón porque en el Antiguo Testamento, Dios se comunicaba a los santos patriarcas y profetas, mayormente por medio de sueños que de otra manera. Las almas no estaban tan purificadas, habida razón de que en la Ley de gracia, y *en igualdad de circunstancias*, lo están más a causa de los méritos de Cristo, aplicados por medio de sus sacramentos. De todos modos, cuando ahora, un alma recibe la comunicación divina, mediante el sueño, es porque en este estado el Señor la haya más tranquila y pacífica que en vigilia. Tengan esto muy en cuenta las almas a quienes el Señor se da. Éstas, antes, en o luego de dichas comunicaciones, deberán darse por entero a Él.

“De la luz que en este capítulo (XIV) has recibido, tienes la regla cierta de gobernarte en las visiones y revelaciones del Señor, que consiste en dos partes: La una, en sujetarlas con humilde y sencillo corazón al juicio y censura de tus padres y prelados, pidiendo con viva fe, les dé luz el Altísimo para que entiendan su voluntad y verdad divina y te la enseñen en todo. La otra regla ha de estar en tu mismo interior; y ésta es atender a los efectos que hacen las visiones y revelaciones, para discernirlas con prudencia y sin engaño; porque la virtud divina, que obra en ellas, te inducirá, moverá, inflamará en amor casto y reverencia del Altísimo al conocimiento de tu bajeza, a aborrecer la vanidad terrena, a desear el desprecio de las criaturas, a padecer con alegría, amar la cruz y llevarla con esforzado y dilatado corazón, a desear el último lugar, a amar a quien te persigue, a temer el pecado y a aborrecerle, aunque sea muy leve, a aspirar a lo más puro, perfecto y acendrado de la virtud, a negar tus inclinaciones, a unirse con el sumo y verdadero bien. Éstas serán infalibles señales de la verdad con que te visita el Altísimo por medio de sus revelaciones, enseñándote lo más santo y perfecto de la Ley cristiana y de su imitación y mía.

Y para que tú, carísima, pongas por obra esta doctrina que la dignación del Altísimo te enseña, nunca la olvides, ni pierdas de vista los beneficios de habértela enseñado con tanto amor y caricia, renuncia toda atención y consolación humana, los deleites y gustos que el mundo ofrece; y a todo lo que piden las inclinaciones terrenas te niegues con fuerte resolución, aunque sea en cosas lícitas y pequeñas; y volviendo las espaldas a todo lo sensible, sólo quiero que ames el padecer. Esta ciencia y filosofía divina te han enseñado, te enseñan y te enseñarán las visitas del Altísimo, y con ellas sentirás la fuerza del divino fuego, que nunca se han de extinguir en tu pecho por culpa tuya ni por tibieza. Está advertida, dilata el corazón, y cíñete de fortaleza para recibir y obrar cosas grandes, y ten constancia en la fe de estas amonestaciones, creyéndolas, apreciándolas y escribiéndolas en tu corazón con humilde afecto y estimación de lo íntimo de tu alma, como

enviadas por la fidelidad de tu Esposo y administradas por Mí, que soy tu Madre y señora”. —*Mística Ciudad de Dios*, P. 1ª, lib. II, cap. XIV.—

Dificultades históricas a las Apariciones Sagradas

Las dificultades que se oponen a las Apariciones son bien antiguas. Ateniéndose sólo al Nuevo Testamento y al hecho de la resurrección de N. S. Jesucristo, las agrupamos en cuatro categorías.

- 1ª *La dificultad de María Magdalena* (la más creyente). Notó ésta que Jesús no estaba en el sepulcro, y vio los lienzos en el suelo; y supuso, no que había resucitado, como predijo, sino que se lo habían llevado. Para que esta dificultad se le removiese, fue necesario que Cristo se le apareciese, no conociéndole hasta que él la habló.
- 2ª *La dificultad de los apóstoles*, que, oyendo lo que las devotas mujeres dijeron de parte del Maestro, y sabiendo además, que no estaba en el sepulcro, no las creyeron. Jesús arrojóles en rostro su incredulidad y dureza de corazón, *porque no habían creído a los que le habían visto resucitado*.
- 3ª *La dificultad de Santo Tomás*. La incredulidad de este apóstol fue todavía más dura y recalcitrante. Desoyó las pruebas testificales, muchas y unánimes, y apeló a las materiales. Cuando éstas tuvieron realidad, creyó; pero mereció reprensión del Maestro que llamó: “Bienaventurados a los que no vieron, y sin embargo creyeron”.
- 4ª *La dificultad de los discípulos de Emmaús*. Es la incredulidad más honda. Creen en Jesús; conocen su historia, doctrina y milagros, su pasión y muerte, las circunstancias de su desaparición del sepulcro. Razonan bien. Ven a Jesús, que les reprende, *pero sólo creen en Él cuando le ven partir el pan*. Luego el don de la fe es el de mayor valor; porque no basta ver, razonar y tener pruebas, sino que completan casi siempre con un hecho sobrenatural, que en este caso, fue la partición del pan en que se repetía la dación del Don Eucarístico.

De aquí las hondas raíces de tanta incredulidad sobre los Hechos de Ezquioga.

Capítulo X

CAPÍTULO X.— Modalidades extáticas: a) El beso del Crucifijo; b) Distribución de flores; c) Calvarios, pasiones y crucifixiones; d) El viernes Santo de 1933 en Ezquioga; e) Muerte del pecador y del justo; f) Las manos atadas; g) Visión y conocimiento mutuo de videntes; h) La Virgen se manifiesta en una flor; i) Las peticiones en defensa de la Virgen despachadas enseguida; j) Algunos que marcharon decepcionados de la campa de Ezquioga, vuelven a ella; k) Las poesías del cielo; l) Bilocaciones; m) Bipersonaciones; n) Desdoblamiento de la personalidad; o) Locución de distintas lenguas; p) El mobiliario desecho por causas preternaturales, q) redacción y gráficos inexplicables al modo humano; r) Aparición de la Virgen, luego el diablo, y de nuevo la Virgen.

Modalidades extáticas

Practicadas las definiciones y clasificaciones místicas de los dos anteriores capítulos, necesarias para la recta inteligencia de todo linaje de apariciones, visiones y revelaciones, en general, y particularmente las que atañen a Ezquioga, vamos a especificar determinadas modalidades extáticas, halladas en los auténticos videntes, que precisa conocer bien para poder enfocar bien el asunto. Más, antes de descender al detalle, es conveniente englobarle, sin que por eso pretendamos pronunciar su última palabra, ya que sobre el caso podríase escribir un libro, del cual podrían ser las siguientes rápidas síntesis, deducidas de nuestras largas pruebas experimentales.

- 1^a Jesús, y en nuestro caso particular, la Virgen muestran gran deseo actualmente de comunicarse con sus hijos, (el género humano) para santificarlos y salvarlos.
- 2^a Entre sus hijos, elige los que quiere, a quienes se manifiesta y prueba mientras la manifestación.
- 3^a Esta manifestación es dulce, clara, honesta, santa, sin que deje lugar a duda alguna, y dejando gozo del Espíritu Santo en el ánimo; todo lo contrario de la producida por el ángel de las tinieblas.
- 4^a Los testigos de estas apariciones o manifestaciones son beneficiados con la contemplación de los hechos y los dichos de tales comunicaciones, que, al propio tiempo les sirven de garantía, siendo también probados alrededor de la recepción de tal beneficio.

- 5^a Los desagradecidos, los no cooperadores, los inconstantes, no son abandonados por Nuestra Señora, sino que son ellos los que la abandonan.
- 6^a Este abandono tiene, pronto o tarde, su dura sanción.
- 7^a Los que perseveran, son visitados muchas veces, casi siempre que invocan a la Madre de Dios, que, cual si estuviese tras de una cortina que nos separa de Ella, viene y se muestra contenta y dispuesta a hablarles, favorecerles y favorecer a todos, sin distinción.
- 8^a Los que merecen sanción, de ordinario, es dejada ésta para su Hijo y para cuando el vaso rebosa.
- 9^a A veces, dialogan humildemente unos y otros con la Virgen, notando los que no están en visión que los que están no oyen a los que no están, siendo Nuestra Señora el medio de comunicación entre todos.
- 10^a Los videntes se han como simples instrumentos del cielo.
- 11^a Y como el demonio nos ronda, procura imitar lo que ve, aunque torcidamente, y de aquí sus gestiones seductoras para entorpecer, confundir, enredar y perder.

Hechas estas rápidas síntesis, vengamos ahora a la especificación de las modalidades extáticas.

- a) *El beso del Crucifijo.* Los videntes suelen llevar un crucifijo en las manos. Levantan los brazos con él, apretado entre las manos, hacia la Visión, la cual bendice despacio, notando entonces los circunstantes cómo aquéllos, al compás de la visión que bendice, se santiguan, y luego de besar Ella el Crucifijo, lo hace besar a los videntes. Acto seguido, la visión atrae a sí al circunstante, que pone a su lado, mientras que los videntes lo ven en espíritu. Entonces al fulgor que despiden las inmensas claridades de que la Visión está inundada, los videntes, por tal medio y tenor, dan a besar el Crucifijo a los que les rodean. Es una gran merced imprimir ósculo de amor a Jesús Crucificado. ¿Qué sabemos las gracias que a causa de tal ejercicio se nos conceden? Sin embargo, ¡cuántos lo han rehusado! Téngase en cuenta que la imagen de Jesús debe ser besada aun cuando nos la presente un pagano.
- b) *Distribución de flores.* Algunos videntes en pleno éxtasis, habiendo recibido ramos de flores, entresacan del ramo, uno a uno, sus rosas, lirios, claveles,

etc., y una a una las van repartiendo con detención suma a determinados asistentes, con el detalle de proferir palabras a alguno.

Hay que observar que estos videntes, en tales casos, nada del mundo ven ni a sí mismos, deslumbrados con la inmensa luz, mucho más potente que la del sol, que la Virgen Nuestra Señora despide. Y así, puestos en pie, con los ojos extáticos, fijos en determinado punto, que es, precisamente, donde se halla la Visión (la cual se sitúa encima o al lado de la persona a la que Ésta desea hacer el regalo) ofrecen una de estas flores, entre diez, doce o veinte manos que se alargan, a la que es señalada por la Visión.

En tal actitud y situación los videntes suelen mantenerse un buen rato. Una vidente habló mentalmente con otra, a causa de cuyo espectáculo muchos circunstantes creyeron en la sobrenaturalidad de los hechos. Así lo expresaban allí mismo.

Notamos que, tanto este apartado como el anterior, pueden ser imitados, en su lado material por el espíritu de las tinieblas. El caso se conoce por la ligereza, indevoción y lo mal practicadas que son las cruces hechas, cuando aquél opera. Desgraciadamente, se ha repetido varias veces en Ezquioga, cayendo en la red todos los incompetentes.

- c) *Calvarios, Pasiones, Crucifixiones*. Uno de los raros fenómenos, desdoblado, de algunos videntes a principios de 193 —fenómeno que hasta la fecha continúa— consiste en la visión de la Pasión del Salvador sin sufrimientos, y el padecimiento físico de la misma; lo mismo que en experimentación de los dolores de la Virgen, a causa de la penetración de sus espadas. Las declaraciones, los sucesos y las fotografías, que se hicieron de los mencionados videntes acreditan la realidad de tales fenómenos, solo comparables con los que los grandes santos experimentaron. Lo más riguroso y notable de este linaje de visiones fue una representación tan real y al vivo de la pasión y muerte del Salvador, con la actuación de las personas, que sus videntes, unánimemente, han dejado preciosos detalles, hasta el presente no sabidos, aunque lógicos, que, teniendo por ello, todos los visos de credibilidad, —porque son ortodoxos— prueban que tales videncias son auténticas.

Es imposible, de toda imposibilidad, que unos sujetos simples e ignorantes, como son la inmensa mayoría de los videntes que conocemos, se hallen de repente, adornados de ciencia histórico-dramática ortodoxa, como la expuesta

mímicamente por ellos, sin que les asista un agente extranatural, que en este caso, es de carácter sobrenatural por la edificación y los santos afectos y efectos que reporta.

Y todavía no se ha dado un solo caso, que sepamos, que ninguno de los videntes hay sido instruido previamente, para poder referir luego todo ese caudal de ciencia histórico-mística, que en las declaraciones respectivas se manifiesta y que se detalla al final de la Obra, caso únicamente comparable con la ciencia infusa de los santos.

Todavía es más admirable el hecho de la pasión y crucifixión mística acaecida en los propios videntes. Ninguno de ellos, antes de sucederle, pensaba tal cosa ni la habría soñado jamás, para que se vea que no es efecto de autosugestión. Es uno de esos regalados favores que el cielo a los santos eminentes concede.

De ordinario es la Virgen Santísima la que les anuncia que, para remembranza de la pasión del Señor, que va en olvido, y para expiación de propias y ajenas culpas, van a sufrirlos; y, luego, bien inmediatamente, bien pocos días después, trasladados místicamente a lugares iguales o parecidos a los de Jerusalén en que la pasión del Señor se desarrolló, comienzan por ver, percibir, sentir y sufrir padecimientos análogos a los que el Salvador por nuestra salud soportó. Dejamos dicho que *ven* los lugares, las personas, y los instrumentos de la pasión; que *oyen* los ruidos y las frases, en lengua que ellos desconocen —de ordinario es el arameo— pronunciadas durante la pasión y muerte de Cristo; que *perciben* en el fondo del alma el rigor de los padecimientos morales; y que *sufren* en los miembros del cuerpo todo, golpes, magullamientos, azotes, cruz a cuevas, crucifixión, muerte, lanzada y sepultura, como Cristo. En algunos no deja rastro la pasión y crucifixión; en otros, sin embargo, el abatimiento y el dolor es tal, que han tenido que quedar postrados en cama por horas y aun por días, con rastros de sus padecimientos acerbos. Nótase además, que los videntes ancianos, a causa de su edad, son expresamente exceptuados de sufrimientos semejantes.

Otros videntes hay que van refiriendo con expresivas palabras y gestos cuanto van viendo en el desarrollo de la pasión y muerte de Cristo. Hablan gesticulando, con expresión del más acerbo dolor, cuanto va apareciendo a sus ojos espirituales, siendo más que notable, extraordinario, el caso de cierta vidente a la que vimos, en éxtasis, declamando sentidamente, con lágrimas en los ojos y acentos de amargura hondísima, toda la pasión, muerte y sepultura del señor.

- d) *El Viernes Santo de 1933 en Ezquioga*. Singulares fueron las pasiones y crucifixiones de las videntes X. y Z. el Viernes Santo de 1933, habidas en la “habitación-refugio” de la imagen de la Madre de Dios en Ezquioga. Mientras Benita Aguirre y alguna vidente más se mantuvieron en Anduaga, recorriendo en altos éxtasis las estaciones improvisadas del Vía-Crucis, con gran edificación de los devotos, harta indiferencia de los tibios y notable disgusto y hasta coraje de los enemigos de Ezquioga, las videntes X. y Z., reunidas en el expresado lugar con algunos pocos devotos, para acompañar unas horas la desolación de Nuestra Señora, cabe la imagen dicha, luego de haber reparado en la expresión tristísima de un dolor acerbamente extraordinario del rostro de la mentada imagen, cuyos párpados inferiores presentaban señales (así lo reconocían algunos) como de cuajarones de sangre, y el ojo izquierdo, como si golpeado hubiere sido, comenzamos por el rezo del santo Vía-Crucis. En la estación undécima, quedo en éxtasis X. y, poco luego, Z., las cuales lo comenzaron por la visión de la pasión de N. S. y los dolores de la Santa Madre. Sin salir del éxtasis empezaron a sufrir ambas pasiones, Z. con la experimentación de la de Jesús, y X. con la de María. Los que hallándose presentes, estaban acostumbrados a contemplar estos santos cuanto terribles espectáculos, notaron desde un principio, que ambas pasiones sucedían ahora con una intensidad tan extraordinaria que, afligiendo harto el ánimo, era para llamar poderosamente la atención.

Porque hay que verlos con ánimo desapasionado y conscientes de lo que son, ya que de otro modo se obtendría escaso resultado. Tanto la una como la otra vidente, después que como queda dicho, presenciaron en María y Jesús sus pasiones, empezaron por ver y sentir en sus propias personas lo que antes presenciaron en sus divinos Maestros. Veían como unos soldados saliendo de un callejón, traían los instrumentos de la pasión: los azotes, la corona de espinas, los clavos, el martillo, la escalera, la cruz y las espadas. Había que ver cómo la naturaleza humana, por más que estaba dispuesta de antemano a sufrir los rigores de la pasión, se revolvía en sudores y agonías, en ayes y quejidos, en temores y espasmos de suma aflicción, e iba marcando en sí misma lastimosamente los efectos producidos por aquellos horribles instrumentos cuando con saña eran aplicados por los verdugos.

Y no se crea que, por cuanto padecían místicamente, dejaban por eso de sufrir realmente, materialmente, con gran intensidad, los rigores que en tales amargos trances Jesús y María padecieron. Porque, cuantos allí estábamos, íbamos notando la sucesión de los castigos; el acto de los azotes, v. gr.; cómo los

videntes se aplicaban súbitamente las manos a las espaldas flageladas (que luego estaban materialmente de cardenales llenas), cómo acompañaban estos movimientos con exclamaciones de sentida pena; cómo en el acto de la coronación de espinas se llevaban las manos a la cabeza con repetidos ayes de amargura; y sobre todo, cómo en el acto de la crucifixión iban alargando un brazo, primero, y luego el otro, y después los pies, quedando el cuerpo enteramente rígido, y notando los circunstantes el lugar de los clavos, traspasando las carnes, doblados los dedos y señalados los nervios al peso del cuerpo en la cruz, que ni Montañés esculpiera mejor un famoso Cristo suyo; cómo introducían siete fieras espadas en el pecho, que las hacía aplicar la mano al corazón; todo ello acompañado de propios movimientos y naturales convulsiones y lastimeros ayes, que nos hacían recordar con todos sus detalles las desmesuradas escenas del Calvario. Y luego, una vez en cruz, como fijada en el suelo, la repetición de las siete palabras del Redentor en la Cruz, los violentos espasmos de su agonía larga y el duro tránsito de la muerte.

Y los que allí estábamos nos hallábamos verdaderamente como si asistiésemos al Pretorio, a la calle de la Amargura, al Calvario, presa de honda amargura el alma, de dura tensión los nervios, de total embargo los sentidos, de calientes lágrimas los ojos, de perfecta contrición el corazón.

Y cuando vimos que las apariciones se sucedían una tras otra; y, cuando contamos la 5ª, la 6ª y hasta la 7ª, y oíamos el clamor de aquellas débiles mujeres que, llenas de horrible espasmo, cuando columbraban que iban a sufrir nueva pasión, igual que la anterior, decían: *Pero, Madre, si no puedo más; pero si esto yo no lo puedo soportar*, y sin embargo, el cielo, sordo, las hacía experimentar nuevos rigores, que nos recordaban que también Él se hizo sordo a Jesús cuando pedía al Padre pasase de él el cáliz de su pasión; no pudiendo aguantar más, nos pusimos realmente indispuestos, habiendo quien se salía de la habitación, trastornados sus sentidos y reformados sus pensares. Quisimos estar allí en el místico Calvario, como otro Juan Evangelista hasta ver el fin.

Y el fin fue que tuvimos que mandar fuesen llevadas al lecho aquellas dos jóvenes, magulladas y desechas de tanto golpe y sufrimiento. Mas, ¿cuánta no sería nuestra admiración al oír a los videntes que la Virgen quería que pasasen catorce pasiones más? Entonces fueron los profundos quejidos y el pedir que tuviese compasión de ellas, y el hacer oración los circunstantes para que el cielo se compadeciese. Más, no; era Viernes Santo y debíamos acompañar a Cristo y María en su próxima aflicción. Que también Ellos se vieron desamparados del

Padre, mientras el infierno y el mundo en Ellos se cebaban. Y se sucedían las pasiones y los golpes y los quejidos y las amarguras de todos. Entraban y salían las gentes, muchas sin comprender el acto, y al contemplar lástima tanta, en la reproducción viva de las escenas de Jerusalén, se salían enmudecidas de dolor, y preguntándose: “¿Qué es esto?” “Nosotros nunca hemos visto semejante cosa”.

Así estuvieron las videntes desde las once de la mañana hasta las siete de la tarde. ¡Ah, qué Viernes Santo de extraña y perdurable recordación! No es posible que cincuenta años enteros de lectura y meditación de la Pasión de Jesús y los dolores de María nos puedan hacer la honda huella que nos causaron ocho horas de contemplación sensible de los mismos en las personas de dos modestas videntes.

¿Qué es todo ello? ¿Por qué sufrir tanto? ¿Cómo es que este Viernes Santo ha sido en esto excepcional? Respondamos con brevedad:

¿Qué es todo ello sino una manifestación misericordiosa del cielo y una confirmación de las Apariciones de Ezquioga?

¿Por qué sufrir tanto unas débiles mujeres, sino para persuadirnos: 1º que de un modo análogo sufrieron por nosotros Jesús y María, y 2º, que, a su imitación, es necesario padecer por nuestros pecados para santificarnos, y por los del mundo entero para salvarle.

¿Cómo es que este Viernes Santo ha sido en esto excepcional? Pues, precisamente para darnos a conocer que están muy cerca los castigos generales, los cuales deberán ser muy graves y terribles, cuando de tal manera y con tanta insistencia el cielo hace sufrir a tales pacientes criaturas, y no por ellas tan solamente, sino mayormente por los que excitan sobre sí la justicia divina.

Hay que ponderar bien todo esto y entregarse a profunda meditación y sacar los respectivos propósitos de enmienda de vida.

Posteriormente estas pasiones y crucifixiones han sido repetidas sobre todo la del 9 de mayo, de la cual trataremos luego.

- e) *Muerte del pecador y del justo.* Todavía hay un espectáculo místico de que algunos videntes son instrumento. Nos referimos a la manifestación pública del proceso de la muerte del pecador y del justo, anunciada con antelación, luego de una santa visión. El vidente entra en éxtasis, y a poco, se le ve con las manos crispadas y el rostro desencajado, romper las cadenillas de las medallas y rosarios, arrojar al suelo los crucifijos, y cuantos objetos de

devoción llevara en las manos. Hay lucha formidable, y se nota quedar dominado por el diablo y abandonado por el ángel de su guarda. Por fin, se nota como si expiara horriblemente. Ésta es la *muerte del pecador*.

La muerte del justo empieza, asimismo, con gran lucha contra el común enemigo, que es vencido finalmente. El vidente, abrazado al Crucifijo y a los demás signos cristianos, sufre mucho. Se nota la asistencia de la Virgen, cuando el vidente triste y sediento, pide agua, que la Virgen le da. Se ve al vidente abrir la boca, como si tragase dulcemente agua, y por fin, también dulce y místicamente expira. Es un espectáculo que mucho enternece y que reúne carácter sobrenatural.

- f) *Las manos atadas*. Un jovencito nos sorprendió, cierta noche, en la campa de Ezquioga con las manos cruzadas, pero de tal modo unidas, que no había fuerza humana que las pudiera soltar. El joven, de buenas fuerzas, luchaba consigo mismo para soltarse. Compañeros suyos hicieron esfuerzos incalculables por lo propio; y nosotros mismos quisimos separarlas repetidas veces, viendo cómo era de todo punto imposible poderlas desasir. Debido a los supremos esfuerzos, brotaba en las manos la sangre; y luego que probaron otras recias manos, con objeto de ver si podían soltarlas, a lo cual se añadían rezos varios y aplicación de crucifijos de otros videntes, sólo cuando Dios quiso insensiblemente se soltaron. El caso se ha repetido en varios videntes, particularmente en cierta joven, ante el juez especial de San Sebastián, con motivo del gran proceso, cuya escena concluyó por quedar asombrado y aterrorizado el juez, y despedida a seguida, por ello, del tribunal la vidente.

¿Qué es esto? Se preguntaban los espectadores. ¿Qué fuerza es ésa, para la que no hay energía alguna que, sin romper los dedos, pueda separar las manos? Cierta médico intervino una de las veces (porque han sido repetidas) y, al presenciar y experimentar el caso, dijo: “Que te las suelte quien te las haya atado. Ciertamente que él te las desatará cuando sea la hora”. Más, no hablara así, si supiera que no es el cielo sino el infierno el que de tal modo y para humillación de todos, las ata. Al cabo de sesenta y más minutos, ellas mismas se separaron. Afirma el vidente que *Nuestra Señora le tiene dicho que Ella no ata las manos de nadie; pero que permite sufrir eso en reparación de muchos pecados*. Más, por el poder e intercesión de la Virgen son desatadas.

- g) *Visión y conocimiento mutuo de videntes*. Cuanto más ahondamos en el estudio de los fenómenos extáticos referentes a Ezquioga, descubrimos

nuevas facetas al prisma extranatural. Y nos solemos decir: Si en el estudio largo, asiduo y profundo de estos temas, no hallamos nunca el término, pareciendo ver en él una modalidad de lo eterno, ¿cómo han de ver absolutamente nada los que estudian de corrida, y más aún, los que no quieren parar en él su atención, cuánto más los que los desprecian?

Hay un fenómeno muy raro, que consiste en la visión y conocimiento mutuo de los videntes. Al modo que el éter es el medio de transmisión de las ondas sonoras, que en los aparatos radiográficos perfectamente repercuten, admirándonos esto como una gran maravilla de la naturaleza; es el éter, asimismo, el medio de transmisión de la palabra y aun de la visión del sujeto, entre videntes, semejante a como los físicos han conseguido reproducir en la pantalla la imagen de la persona con quien pretenden hablar, asociando la operación al teléfono y telégrafo.

Y si esto se ha conseguido en la esfera de lo material mayormente se alcanza en el orden del espíritu, tanto más cuanto que éste es ayudado de una fuerza extranatural. La transmisión del pensamiento en este caso, obedece, no cabe duda, a la causa sobrenatural. En el pensamiento, en sí mismo, no puede entrar el diablo.

Algunos videntes, en efecto, a distancia, se conocen, se ven, se hablan, se entienden. No se trata de casos hipotéticos, sino de casos concretos y prácticos, que en el estudio de estas materias hemos alcanzado; y podemos asegurar que tales fenómenos no obedecen a la telepatía que, según quedó advertido, carece de leyes fijas por las que pueda numerarse entre las científicas.

Hay aquí, pues, otro mundo sobrenaturalizado, que se mueve y desarrolla *siempre en la medida de la voluntad del agente sobrenatural.*

Asociamos a todo esto la participación, hasta cierto punto, en la tierra de alguna de las cualidades que integran el *lumen gloriae* de los bienaventurados en el cielo: a) claridad, b) penetrabilidad, c) movilidad, d) incorruptibilidad; particularmente las tres primeras, que las vemos en el ejercicio en casos determinados de algunos videntes.

h) *La Virgen se manifiesta en una flor.* Tratamos el don de la *movilidad*, porque de los primeros hemos dicho lo suficiente en el párrafo anterior.

Acerca de esto, cumple sentar que los videntes, cuando en función están, acusan una movilidad y fuerza muy superior a cuando no están en éxtasis. Ello

prueba al propio tiempo, la extranaturalidad, cuando menos, del fenómeno, que, en el caso de que hablamos, es sobrenatural.

En Pamplona, con fecha 11 de Septiembre de 1932 y en cierto doméstico oratorio, se hallaban en éxtasis los pequeños videntes: Encarnación Zubillaga, María Ángeles Pérez y Luis Torres. Acertó a pasar una señora, que traía una flor, que cierta comunidad religiosa femenina la regaló (esta comunidad no cree en los Hechos de Ezquioga) notando enseguida que uno de los videntes, dirigiéndose a la mentada señora, hizo un ademán amenazador, como el que la madre hacen a sus hijos, cuando bien no obran. ¿Qué es esto?, preguntó la dueña de la casa ¿Es para nosotros? —No, respondió el vidente, y volvió a ejecutar el ademán. —Pues, ¿para quién?, añadió. Y contestaron los videntes. —Para las monjas. —Y ¿por qué? —Porque no creen. —Repitió la vidente el mencionado ademán hasta seis veces. Los ademanes, en efecto, eran tan movidos en la pequeña vidente que, por tales, causaban extrañeza y admiración.

Pero sobre todo, lo que demuestra la movilidad rápida, extrahumana en los videntes, es su modo de andar, de rodillas, por el suelo. Si no se viera no se creyera. Rápidamente, la vidente Zubillaga arrancó de manos de la señorita referida flor y nos la entregó, sin que aquélla ni nosotros pudiésemos estorbarlo. Movimos la flor, y los seis ojos de los tres videntes, al unísono, sin un milímetro de diferencia y en perfecto éxtasis, estaban clavados en la flor, y seguían exacta y velozmente los propios movimientos de nuestra mano. Todavía se acentuó más nuestra admiración cuando, sin abandonar la flor, corrimos hacia la cocina, viniéndose los videntes de rodillas, con tal ímpetu arrollador, que no nos daba tiempo casi para operar, y cuando intentamos introducir la flor debajo de la mesa, con ímpetu se precipitaron debajo de ella; y cuando quisimos ponerla debajo de nuestra dullela, fue tan rápido el movimiento nuestro como el de los videntes para apartar el estorbo, de forma que, si insistimos nos desnudan. En efecto, afirmaron los videntes que en la flor veían a la Virgen.

En el episodio de la flor, que nunca olvidaremos, descubrimos en él el rastro de la movilidad de los espíritus y cuerpos bienaventurados: movilidad tan veloz y enérgica, que no podíamos resistir el ímpetu de los pequeños videntes, el cual ímpetu, sin ser violento del todo, era algo así como el divino oficio canta del Espíritu Santo: “Spiritus vehementis” de quien se originan todos estos admirables dones.

Después de este singular espectáculo místico, los videntes sufrieron la pasión de Cristo con los propios movimientos y aspectos de Jesús cuando lleva la

cruz, es clavado y sepultado; sufrieron penas por pecadores, que al fin —decían— se convirtieron; y había que ver las contraformas de los miembros corporales en sublime tensión, sufriendo de modo singular. Duraron, interpolados, los éxtasis, cuatro horas, durante los que aprendimos mucho.

- i) *Las peticiones en defensa de la Virgen despachadas aseguída.* Siempre que se ha tratado de alguna petición, relacionada con la defensa de la Santísima Virgen de Ezquioga, ha sido al instante despachada. Acerca del particular, hemos sido los primeros en quedar asombrados, viendo en el acto, traducidos en hecho, nuestros deseos. Y es tan cariñosa la Santísima Virgen que, en ocasión que deseaba Ella practicásemos un Calvario en el monte, y comenzamos por el santo rosario, como se acercase la hora de la salida de los coches, a fin de que los que desearan asistir al Calvario tuvieran tiempo suficiente para practicarlo, entrando en éxtasis Benita Aguirre, al comienzo del rosario, la mandó Nuestra Señora que, dejando éste, comenzara el Calvario, por lo que tuvimos que seguirla por la montaña, llena de altas hierbas que dificultaban el paso, viéndose a la vidente en completo éxtasis y, por consiguiente, destituida de los sentidos de la vista y oído, y caminar, sin tropiezo, monte arriba, hasta llegar a un roble, donde hacía estación, siendo muy notable el que la vidente no tropezase con ningún árbol, esperase a que llegásemos los demás para comenzar la estación, se levantase del suelo cuando terminamos el Gloria Patri, y tardase de una estación a otra lo que regularmente se tarda en las estaciones auténticas de Jerusalén. A la terminación, y mientras se rezaban las avemarías por los dolores de la Virgen, la pequeña vidente hacía ademanes de arrancar del pecho dolorido de Nuestra Señora tantas espadas cuantas avemarías rezaba. Acabó el acto con el preciso tiempo para que los forasteros tomasen el auto. Todos dijimos: ¡Vamos; que buenaza es la Virgen!
- j) *Algunos que marcharon decepcionados de la campa de Ezquioga, vuelven a ella.* Ciertamente que algunos, que por engaño del diablo, quedaron decepcionados a la vista de milagros que, por no haberlos prometido el cielo, no se realizaron..., pasado algún largo tiempo, y habiéndoles sucedido serios percances, reflexionaron, y así, como a escondidas, han vuelto al hogar mariano que no debieran nunca haber dejado. Hoy están arrepentidos, y vuelven a visitar el lugar de las apariciones de la Virgen en las que recibieron hondas impresiones de las verdaderas apariciones.

k) *Las poesías del cielo.* En las revelaciones marianas de Ezquioga hay una brillante faceta que esplende sus haces de hermosa luz sobre todo el cuerpo de las manifestaciones de la Virgen Madre. Casi todo lo que conocíamos en este respecto era contundente prosa. De la venerable Ildefonsa Artal, de Sueca, sabíamos que el Señor la había enseñado una cuarteta, de alto misticismo, que, según los manuscritos coetáneos de que nos servimos para tejer la biografía de ésta, repetía con frecuencia, alimentándose del espíritu que la informa.

Ahora, en el estudio de aquellas manifestaciones notamos que es también la dulce poesía *el medio que se vale Nuestra Señora para atestiguar su presencia en estos lugares.* Preguntaba en cierta ocasión, Voltaire: “¿Acaso Dios es poeta?” Pretendía ignorar aquel blasfemo que el Hacedor Supremo, por lo mismo que la poesía es la artística expresión de la belleza, mediante el verso, que produce indefinible encanto, y que procede como toda ciencia y todo arte, de la Sabiduría divina, es la causa tanto de la belleza como de la forma que la canta; y por tanto Dios es el poeta por antonomasia, el poeta substancial. Del propio modo consignan otros volterianos: ¿Acaso la Madre de Dios es poetisa? La respuesta vamos a darla con la deducción del *hecho* admirable de Ezquioga, que corrobora la presencia de la Virgen en estos lugares: *Fin precisamente para el cual se da.*

En efecto; este *hecho*, o sea, la manifestación de una pieza en verso, más o menos estética, según la preceptiva literaria, y más o menos larga, pero de irreprochable factura poética y de hondo sentido católico tal que, penetrando hasta los pliegues más recónditos del alma, los llena de un sabor que trasciende a lo divino, se ha dado en tres videntes, durante el éxtasis. Y nótese que el éxtasis es probablemente auténtico, las poesías originales o no, que ello no hace al caso, y los sujetos, que por vez primera las pronuncian, (aquí está lo admirable) no solamente son ajenos a tales producciones literarias, sino dos, al menos, extraños totalmente a la poesía. Ellas, excepción hecha de X, jamás cultivaron el verso, ni como compositores, ni como repetidores ni como conocedores del mismo. Es más, ni lo oyeron antes de su articulación, más que dentro del éxtasis, ni saben lo que han dicho después de pronunciado, extrañándose mucho de lo que les dicen los que lo escribieron cuando ellos lo articularon. Éste es el *hecho* avalado por muchos testigos, del cual un solo ejemplo a continuación damos.

Tal es de la niña Benita Aguirre, que nos sorprendió el 27 y siguió el 28 y 29 de Abril de 1933, ante muchos testigos, algunos, tan refractarios a la fe en estas pruebas decisivas, que a su vista creyeron en las Apariciones. Esta niña, no

solamente no ha leído jamás poesía, pero ni aprendió nada de ella en la escuela, en la cual, según ella misma confesó a los que marcadamente dudaban del caso, no dan “libros de versos”, ni tampoco en su domicilio de campo. El caso de Benita es tan alarmante que, cuando empezó, primero, con timidez, y luego con más soltura, a pronunciar la poesía, el auditorio que, apenas si se daba cuenta, comenzó a extrañarse, a asombrarse y a escribir los versos. Los dijo de prisa, por lo cual los escribientes no la podían seguir. Y al terminar sus éxtasis, como le hicimos notar lo que había articulado, y ella viese las plumas en ristre sobre el papel escrito, extrañose de lo anormal del caso y confesó que no recordaba nada, y que por consiguiente, no podía repetir las palabras y versos que faltaban. Entonces candorosamente dijo: “Recemos otro Rosario, a ver si la Virgen quiere repetirme lo que me ha dicho”. Y en efecto, rezamos, quedando la vidente extasiada en la primera decena. Enseguida empezó el verso con pausa, *para que pudiesen escribirlo*, nos dijo haberle asegurado la Virgen, la cual, fijos sus dulces ojos en los candorosos del Niño Jesús, al que en sus brazos sustentaba, pronunció la décima sexílaba con repetición siguiente:

“Soles claros son
 tus ojuelos bellos,
 oro los cabellos,
 fuego el corazón;
 rosas bellas tienes
 por suaves mejillas;
 son tus lagrimillas
 perlas orientales,
 tus labios corales,
 tu llanto canción:
*Oro tus cabellos
 Fuego el corazón”.*

Hay que tener en cuenta que, días antes, la vidente María Recalde nos había comunicado haberle afirmado la Santísima Virgen que era su voluntad quedara con nosotros la niña Benita a causa de que Aquélla *había de dar pruebas nuevas de sus Apariciones*. —Todas las restantes poesías, de diversos metros, pronunciadas en éxtasis, tanto de ésta como de otras videntes, y que en la Obra no se aducen, las tenemos archivadas.—

- l) *Bilocaciones*. El nombre lo dice ya: bilocación es estar una persona en dos lugares a la vez. Tenemos varios casos en videntes probados. Es el caso, v. gr., de San Antonio de Padua, de estar predicando en un púlpito, y al propio tiempo, hallarse a muchas leguas de distancia actuando de defensor de su propio padre.

En varios videntes auténticos de Ezquioga se han dado casos de bilocación, cuando, estando en suspensión sus sentidos, mientras el éxtasis, su espíritu, envuelto en un cuerpo semejante al suyo, había sido llevado a larga distancia para convertir almas. Esto ha sido luego contrastado. De alguna otra vidente se refiere lo mismo.

- m) *Bipersonaciones*. La bipersonación se realiza cuando Jesús y María se valen de un individuo para declararse al que quieren favorecer con su visita, hablando en él y por él al favorecido, sin que dicho individuo deje de obrar normalmente y lo advierta.

Conocemos casos de algún siervo de Dios, que recibió determinadas visitas de diferentes señoras a quienes en la conversación tomó como tales, aunque le llamara mucho la atención ciertos conceptos vertidos y modo de expresarlos y también la forma de la mirada. Luego que la visita se disipó, entró en la extrañeza de aquellas cosas, extrañeza que pasó a admiración y sospecha de si la visita podría ser la Santísima Virgen, inclinándose a que lo fuese (he aquí la revelación intelectual). Consultado el caso con un probado vidente, resultó ser verdad la visita de Nuestra Señora; y examinando dicho siervo de Dios cómo podría ser esto, contrató que la Señora visitadora que fue, era real, pero que en ella y por ella la Santísima Virgen visitó y habló a aquel siervo. A esto dijo la Santísima Virgen: "Ambas cosas pueden ser".

- n) *Desdoblamiento de la personalidad*. Sucede, alguna vez, que mientras algún extático repite la oración o discurso que Jesús, la Virgen o algún santo dicta, (y que, como ya se sabe, porque se prueba, que tal discurso u oración no sale ni puede salir del magín del extático) va rezando el rosario o el oficio parvo de Nuestra señora, juntamente con el ser celestial que le dicta; de forma que, al salir de la visión el extático no se da cuenta más que del rosario u oficio parvo rezado, y nada absolutamente de aquella oración o aquel discurso. Los testigos se dan cuenta *únicamente* de este discurso u oración oídos y de la voz y el tono empleados en su recitación, distintos, a veces, de la voz y del tono del sujeto que los recita. Pero, al haber terminado, y preguntárseles sobre el discurso u oración dichos, nada saben de esto, más

que de haber empleado el tiempo en el rezo de los mencionados rosario u oficio parvo. Y si se compulsa el tiempo empleado en lo que se ha oído, se verá que es exactamente el mismo que se puede emplear en el rezo de ambas devociones referidas.

De lo que se colige que si el ser invisible, que dicta, ejerce dos funciones anímicas a la vez, igualmente las ejerce el extático; con la diferencia de que aquél es agente, mientras que éste es paciente. Aquél revela *oralmente* y reza *misteriosamente* ¿quién sabe cómo?; y éste reza mentalmente con aquél, mientras que declara *oralmente* la revelación recibida.

El que traslada al papel la revelación, si ésta va más deprisa que lo que el escribiente puede correr, y avisa, para; y si pregunta lo dicho, porque no lo ha entendido, lo repite.

Los que buscan milagros, ¿por qué, en vez de parar en lo exterior, sin examinarlo a fondo, no se detienen y buscan la entraña del ser y la raíz de los hechos; y verán fenómenos que, si escapan a la comprensibilidad humana, como todo misterio, sin embargo, puede ésta contarlos y explicarlos y satisfacer su no acabada ansia de saber lo recóndito en lo temporal y en lo eterno?

¡Milagros! ¡Milagros! ¿Pero qué milagros queréis que la Santísima Virgen haga? Si los tenéis en cada uno de los probados videntes; si la Virgen los está obrando en ellos a docenas todos los días y no los reparáis, con seros tan hacedero; ¿cómo pretendéis otro linaje de milagros que, al ser obrados, pongamos por caso, tampoco alcanzaríais o los negaríais o los dudaríais? Porque la historia se repite.

- o) *Locución de distintas lenguas.* Uno de los fenómenos inexplicables a la ciencia humana, que se realiza dentro de algunos éxtasis de ciertos videntes, consiste en la locución por estos de lenguas que absolutamente ignoran. A la vidente X, v. gr., hemos oído, cuantos hemos presenciado sus éxtasis, hablar indistintamente el vasco, el latín, el francés y el arameo, que ella ni ha estudiado ni aprendido. Particularmente este último lo habla con mayor facilidad y rapidez que el castellano. Y cuando el éxtasis ha cesado, la hemos interrogado sobre el caso, y se comprueba que el arameo lo desconoce totalmente, ni recuerda una sola palabra de él; y ni sabía, hasta que se lo hicieron notar, que esa lengua oriental, que habla en éxtasis, es el siro caldeo, la misma lengua que, en tiempos de la Redención, Nuestro Señor, la Virgen y los apóstoles hablaban. Y como en general, las mujeres

son curiosas, la vidente fue movida a preguntar a la Santísima Virgen si, en efecto, esa lengua desconocida es, como le habían dicho, el arameo; y Nuestra Señora la contestó afirmativamente. De ordinario, la habla con la Aparición cuando ésta no quiere que los circunstantes se enteren de lo que dicen. Y es notable que hablándola en éxtasis, comprenda entonces lo que se la dice, y fuera del éxtasis nada comprenda ni conozca si se la habla en tal idioma.

Con respecto al latín, al vasco y al francés, sí sabe cuatro palabras, no más, mal dichas, en estado de vigilia, no así cuando se halla en éxtasis, que sigue una conversación con la Aparición en tales lenguas, no a la vez habladas, sino cada una en distinta ocasión.

¿Qué es esto? Los estados de sueño y locura no arrojan nunca el hecho de la conversación en lenguas desconocidas. Cuanto más, arrojan el hecho de la pronunciación de algunas palabras o frases oídas o leídas en estado de vigilia: hecho que sólo es comparable al de las cotorras.

¿Qué es esto, pues? Si por nada de este mundo se explica este hecho, hay que buscar su explicación en regiones más altas; ¿en regiones preternaturales? ¿El diablo podría quizás ser agente de estos hechos? Sí; aunque la ciencia, tanto como la literatura del diablo, tienen sus límites en la honestidad, gloria divina y el provecho de las almas. Cuando alguno de estos tres efectos se verifica, no son producidos desde luego por el diablo.

- p) *El mobiliario desecho por causas preternaturales.* Hay otro hecho en que todo buen observador necesita parar su atención y para el que se ofrece visible el cuerpo del delito. Tal es el mobiliario desecho por el diablo para obrar el mal en los siervos de Dios. De esto tenemos en las Sagradas Escrituras e Historias eclesiásticas largos episodios.

Por tres veces, que sepamos, el maligno espíritu en Ezquioga ha roto la silla donde se sentaba uno a quien él tiene tanta rabia como para expresar a todas horas su deseo de “que reviente”. El triple caso fue delante de otras personas: Uno, en el comedor de casa Ezpeleta, en el verano de 1932; otro, en la cocina de casa del juez de Ezquioga, en la primavera de 1933; y otro, en el anteoratorio del colegio X de Pamplona, en el verano de 1932. En todos estos sitios rompió la silla para que el perseguido por él se cayese al suelo y desnucase. Las tres sillas estaban enteras y fuertes; y, de repente, sin que mediase violencia alguna, por parte de nadie ni de nada, cuando el sujeto aludido se hallaba sentado en ellas, se

rompieron solas, a la vista de todos; y el que estaba sentado se cayó al suelo enseguida, no recibiendo daño ninguno, como era natural que debiera de recibir; y, examinada que fue la silla primera por peritos, dictaminaron que para romperse en la forma que quedó, era preciso una fuerza oculta poderosísima, más que la de dos hombres juntos, que maniobrara entre la silla y el que estaba sentado. Y como es cierto que nadie visiblemente maniobró... Luego la conclusión es clara de que fue el mal espíritu, que no en otra cosa se ocupa sino en hacer todo el daño que puede.

Así lo confesó él luego, según manifestaron videntes, y lo confirmó la Aparición divina.

Aconsejamos a los dueños no compusieran las sillas, para que se viera la obra diabólica; pero uno de sus amos que no creía, y que desde aquel día comenzó a decir que “veía por su casa andaba el diablo”, la mandó componer, él sabrá por qué.

q) *Redacción y gráficos inexplicables al modo humano.* En éxtasis, la pequeña Benita durante los días 13-19 de Noviembre de 1933, se ha sentado y, tomando papel y pluma, ha escrito unas cuartillas poéticas, dialogadas entre Jesús y un alma, el cual verso es de lo más místico y castizo que saborearse pueda. Pero, si ello es notable “en el fondo”, esto es, en cuanto que la niña vidente *nada* sabe de versos, todavía lo es más “en el modo”, es a saber, que tales versos, de suyo largos, los ha redactado mientras los testigos rezaban *una decena del rosario*. ¿Y cómo puede ser esto? Porque materialmente es imposible. Benita lo explica así:

Mientras escribía yo un verso, dice, dictado por Jesús, en otro papel que tenía preparado, Jesús escribía el siguiente. “La letra. Ciertamente era, a veces, la misma que la de la vidente, pero otras veces era distinta”. Me llevaban de prisa la mano, escribiendo en igual forma de letra que cuando yo escribía fuera de visión”. Terminada ésta, los testigos gerundenses, en cuya casa se hallaba la vidente, reunían ambas composiciones —que realmente son una— formando una sola pieza.

Aparición de la Virgen, luego, el diablo, y, de nuevo, la Virgen

Hemos dado a conocer en este mismo capítulo y en sus apartados c) y d) las modalidades extáticas, que han ofrecido la presencia de la Santísima Virgen y el

diablo en una misma visión, simultaneados o no. En este último apartado queremos resaltar el hecho genérico de ambas presencias advirtiéndolo, como base de estos apartados, que, aunque ofrezcan ambas tan distanciadas presencias, no por eso el éxtasis deja de ser siempre sobrenatural o divino. El diablo asiste a dichos actos, no como causa, sino como efecto e instrumento limitado.

De ordinario, comienza el éxtasis con la presencia de Nuestra Señora, que baja del cielo y da al vidente o a sus acompañantes, mediante el vidente, instrucciones santas. A veces, hace escribir al estático en un papel algunas instrucciones secretas para determinado individuo. Aparece, luego, el diablo o diablos, siempre por la izquierda y como saliendo del fondo de la tierra. En ocasiones es la misma augusta Señora la que avisa antes que va a presentarse el enemigo; y, al presentarse, la Virgen no desaparece, sino que se oculta, para que el enemigo o enemigos cometan con el vidente determinados tormentos, siempre para la conversión o salvación de ciertas personas que, necesitando auxilios poderosísimos, Nuestra Señora los quiere proporcionar mediante dichos martirios. El enemigo, habla, y sus frases son de ebrio, loco, impuro, rabioso o tonto, según; aunque su propósito manifiesto, independiente de la voluntad divina, es de maltratar y hasta aniquilar a los justos, si pudiera.

Terminado el permiso divino, el diablo abandona la presa; muchas veces anticipa este abandono a causa de los rezos y súplicas de los acompañantes; y se ve, entonces, al enemigo forcejear entre su víctima y los testigos que le increpan, le exorcizan o ruegan, pidiendo, a veces, a voces, como en otros tiempos a Nuestro Señor, que le dejen en posesión de su presa. Ésta es, ciertamente, abandonada, cuando reaparece la Virgen, que tranquiliza, consuela y extirpa todo linaje de magullamientos, retorsiones y dolores por el enemigo causados. Nuevas instrucciones, consejos, encargos y estímulos de Nuestra Señora ilustran y animan al vidente, o a los que le acompañan, con pruebas convincentes físicas y espirituales, que suele dar para la persuasión de los asistentes a estos actos, empleando en todo ello dos o más horas, según el beneplácito divino, y terminado el acto con la bendición, que da Nuestra Señora a los presentes, a quienes, en ocasiones, emplaza para nuevo éxtasis, en día y hora determinados.

Capítulo XI

CAPÍTULO XI.— Novedades místicas descubiertas en las Apariciones y Revelaciones de Ezquioga. a) Las perfecciones de la Madre de Dios. b) La Madre de Dios especie de infinito. Visión de la V.M. Ágreda. c) Santiguaciones y bendiciones dadas por la Virgen. d) Hay palabras usuales en la tierra que en el cielo tienen significado diferente. e) Plan divino-mariano escalonado. f) La Corona de las doce estrellas, que nimba la cabeza de la Madre de Dios, es símbolo de posesión por Ella de los doce frutos del Espíritu Santo. g) Un ejemplo aplastante que Nuestra Señora titula: “Más nuevas pruebas de mis Apariciones en Ezquioga” y que lo integra una triple pasión de 24 horas.

Novedades místicas descubiertas en las apariciones y revelaciones de Nuestra Señora de Ezquioga

A medida que nos vamos adentrando en el estudio reposado y contrastado de los Hechos de Ezquioga vamos descubriendo nuevas, hermosas y brillantes facetas al prisma de Nuestra Señora.

a) *Las asombrosas perfecciones de la Madre de Dios:* Hablamos como hombres de estudio, que no escatimamos medios para observar la esfera altísima, luminosísima, inmensa y como infinita en la que la Madre de Dios y de los hombres habita y se desenvuelve, para gloria de Ella, que la Trinidad beatísima ha querido concederla y para consuelo de nosotros pecadores. Y en estos estudios, con amor y perseverancia llevados, hallamos el dulce consuelo que el trabajador por la causa y defensa de tan buena Madre proporciona.

“Hay tanto en la Santísima Virgen que lo ignoramos del todo”, ha dicho Ella en una de sus revelaciones a los videntes de Ezquioga. Algunos santos lo proclamaron. Helo aquí: *No ha sido hasta ahora ni es bastante glorificada María porque no se la ama bastante; y no es amada como merece, porque no se la conoce suficientemente.* —Beato Luis M^a. Grigñón de Monfort, en La verdadera devoción a la Virgen.—

Ya ha llegado el tiempo de que esto se realice. Dios quiere abiertamente que su Madre sea, en estos críticos y últimos tiempos, todo lo magnífica que deba ser y merece. Las razones las hemos dado anteriormente. Y los hombres de estudio

hemos de sondear a María para conocerla bien, a fin de más amarla y mejor glorificarla, en lo que llenaremos nuestro estrecho saber de católicos doctos.

En el estudio de las declaraciones de los probados videntes de Ezquioga, y más aún en la observación y examen detenidos e imparciales de los mismos ¡cuánta lumbre, que de día en día aumenta, cuántas cosas maravillosas, nuevas e hijas todas de la magnificencia de la más grande Pura criatura humana, no alcanzamos! Ante todo, vemos con los intelectuales ojos, más cerca de nosotros, sintiéndola, a la Madre de Dios. Y ¡qué insospechadas finezas y de íntimas consolaciones y de supremos goces no experimentamos! No importa nada absolutamente nada que la crítica, insensata y despiadada, dude, se ría y erradamente nos apostrofe. El hecho es éste, y creemos no ser nosotros los privilegiados.

Y como si en cada observación y examen, un ángel nos levantara un poco más el velo que encubre la vista y penetración de la gloria de la Madre de Dios, notamos, cada vez más, en esta divina Madre, la participación que de los atributos del Altísimo, tiene. Y ¡cómo se ven palpables sus cuatro dotes de gloria, común a los beatíficos espíritus: su incorruptibilidad, su luminosidad, su agilidad y su penetrabilidad! Pero, aun por encima de estos cuatro dotes de gloria, ¡cómo se vislumbra una plena participación, como si dijéramos, de la inmensidad divina; y ¡cómo adivina el pensamiento y oye la voz y acude enseguida al requerimiento y disipa la duda y alienta la esperanza y estimula al deber y atiende el ruego y consuela la congoja y premia el desvelo y calma el dolor y cura la enfermedad y fortalece el cansancio y enciende el deseo y lo mantiene en ascuas y satisface las supremas ansias del alma sin acabar de extirpar la sed de los abrasados, de los eternos amores! ¡Ah! Los que tal discurrimos, probándolo con razones y hechos, no vemos a la Virgen con las pupilas del alto éxtasis, pero la vemos con las anchurosas pupilas del pensamiento, saturado de la fe cristiana y con toda la gran efusión de nuestra alma, no sé si con más entusiasmo todavía que los probados videntes la perciben.

- b) *La Madre de Dios “especie de infinito”*: Que la Madre de Dios y Nuestra sea más, mucho más, sin medida más que lo que se la escribe y se la predica y se la canta y se la cultua, esto se va descubriendo en los trabajos de investigación serena de los Hechos de Ezquioga, al apreciar en Ella un océano inmenso de gracias, milagros y perfecciones, que difícilmente de otro modo se descubrirían. Sólo por conocer más, por conocer hasta donde nos

sea permitido en este mundo, a la Madre de Dios, se debiera tener interés por conocer los Hechos de Ezquioga.

San Dionisio de Areopagita había enseñado que “María forma en el cielo una jerarquía aparte, la más sublime después de Dios”. —Ella recibió el dominio participado de la divinidad, sobre toda la creación”. *Mística C. de Dios*, por la V. M^a de Jesús, de Ágreda, 3^a p. libro 8, núm. 778.— Pero Santo Tomás de Aquino llegó a decir que es “el compendio de todos los milagros y Ella misma el milagro mayor: *Es una especie de infinito*, porque cuanto más se estudian sus perfecciones tanto más quedan que examinar”. —En la Reina de las flores, por N. A. Perujo.—

Dice más todavía: “La bienaventurada Virgen, por ser Madre de Dios, tiene cierta dignidad infinita por el bien infinito, que es Dios, y por esta parte no se puede hacer cosa alguna mejor, como no pueda alguna cosa ser mejor que Dios”. —Beato Virgo ex hoc, quod est Mater Dei, habet quamdam dignitatwem infinitam ex bono infinito, quod est Deus: et ex hac non potest aliquid fieri melius sicut non potest aliquid melius ese Deo. D. Thomas, 1 p., q. 25, a 61.—

Quisiéramos que esta proposición del doctor angélico fuese estudiada con todo el ahínco que el asunto merece, para obtener las consecuencias lógicas que de él derivan. Ahora bien; las consecuencias lógicas de la *especie de infinito* mariano, son que “cuanto más se estudian las perfecciones de María, tanto más quedan por examinar, “precisamente porque, *pozo sin fondo, vena indeficiente e inexhausta*, —P. Pablo Séñeri, en *El Devoto de la V. María*, cap. II—, por más agua que de él saquemos, jamás la agotaremos. Es el símil de la *especie de infinidad* mariana que nota el Angélico.

No enseña éste que María es infinita, porque solo Dios es el infinito, sino *una especie* de él, como si dijéramos una imagen y semejanza del mismo.

En efecto; Dios solo es *infinito absolutamente* en todo linaje de perfecciones. No puede Dios comunicar su naturaleza divina, ni aun un atributo necesario de su naturaleza a nadie. Pero lo que no puede absolutamente, ¿no ha de poder relativamente, que es como si, en cierto aspecto, dijéramos *semejantemente*?

No cabe duda que la Virgen María tiene, en algún modo, participación de la divinidad. Si el Padre la tomó por Hija y el Verbo por Madre y el Espíritu Santo por Esposa, ¿dígansenos si todas y cada una de las personas de la Trinidad beatísima no la dotarían de *todos* los carismas y *todas* las perfecciones imaginables que pueden comunicar, tanto más cuanto que el caso de la Virgen Madre es el *único* registrable?

Precisamente por esta única excepción, si Dios *pudo* conceder, y *convino* concediera a su Madre todos esos carismas y todas esas perfecciones, de *hecho las concedió*.

Que *pudo* otorgarlos no cabe duda, pues ello en Dios no envuelve absurdo, ni en cuanto al mismo ser divino ni en cuanto al atributo de su omnipotencia.

Que *convino*, tampoco cabe duda, lo mismo respecto de Dios que respecto de su Madre. A Dios, en efecto, convino que la que hubiese de ser su Madre estuviese dotada de todos aquellos privilegios que la elevan, engrandecen y no repugnan; pues es Dios mismo el que en este acto de magnanimidad se ve engrandecido. Y la Madre también convino gozar de todos esos carismas, para ser *digna* Madre del mismo Dios, y, materialmente, poderosa para con los hombres.

Si realmente convino, realmente Dios *quiso*; porque no podemos menos de creer que, en Dios, lo que a Él y a su Obra predilecta, sobre todas, conviene, deje de otorgarla eso mismo que, como conveniente, es reconocido.

Y como es Dios, *poder, querer y hacer* es todo una misma cosa, un mismo acto simplicísimo: Luego la Trinidad beatísima concedió a su Madre todos los carismas y todas las perfecciones imaginables que son comunicables. —“La regla por donde se miden los favores que recibí de la diestra de mi Hijo Santísimo es su omnipotencia y mi capacidad, porque me concedió todas las gracias que pudo concederme y Yo fui capaz de recibir; las cuales no estuvieron en mí ociosas sino que siempre fructificaron todo en cuanto pura criatura era posible. Ellas se fundaron y encerraron en hacerme concebida sin pecado”. La Virgen Santísima a la Venerable Sor María de Jesús de Ágreda, *Mística C. de Dios*, 3ª p., lib. VIII, cap. XII, nº 623—.

¿Y no es esto, acaso, un otorgamiento *relativo, participado, semejantemente* de la divinidad? ¿No es éste el especie de *infinito* del Angélico y la *cierta identidad de naturaleza* de S. Pedro Damiano?

“Es un consuelo pensar que hay *un alma que ha recibido plenamente todo cuanto Dios quería darle*, y que jamás ha impedido la manifestación de la gracia sobre las demás almas. Existe un alma absolutamente perfecta que, sin el menor obstáculo, ha dejado fluir sobre Ella el río de la vida divina que quiere fecundarlo todo. Existe un alma que jamás estuvo, ni siquiera por un instante, más baja que lo que Dios deseaba que se hallase. Es la de la Madre de Dios, la de la Madre de todos los hombres, que vela por ellos para llevarlos a la vida eterna”. —“La redención soberana y sus frutos en María” por Fr. Reg. Garrigón-Lagrange, O.P., en *La vida Sobrenatural*, nº 158.—

De aquí el que el insigne vate vallisoletano magistralmente con esta real octava la cantase:

“Virgen de toda culpa inmaculada,
 criatura de Dios mismo elegida,
 sobre el mortal caduco sublimada,
 sobre el eterno coro enaltecida;
 hízola Dios su esposa muy amada,
 y entre Él y nuestra raza maldecida
 Ella fue la divina mediadora
 del pecado primer reparadora”.

—*María...* Poema religioso. Por D. José Zorrilla.—

Es, ciertamente, el caso único de que una pura criatura humana haya llegado a participar de Dios todo cuanto Dios ha podido hacerla partícipe. Y si en Dios no repugna una participación relativa, a modo de semejanza, de su infinitud, he ahí por qué la Virgen madre sea la *especie de infinito* de que hablamos.

La Iglesia universal, en los oficios y misas de las diversas advocaciones de esta Virgen Madre, en los actos conciliares, y sobre todo, en la letanía lauretana, expresión secular católica mariana, la ha cantado: “Virgen prudentísima y Asiento de la Sabiduría, Virgen poderosa y Puerta del cielo, Virgen clemente y Arca de la alianza, Refugio de pecadores y Reina de todos los santos”: He aquí una prueba cultural universal de la *especie de infinito* de María en todos los atributos divinos.

Linaje de consideraciones, aportadas aquí, para hacer resaltar más el caso práctico de *cuasi infinitud* mariana, que vamos diariamente observando y registrando, cada vez con mayor admiración, en lo que atañe a los Hechos marianos en Ezquioga, contra, la mezquindad y pusilanimidad de ciertos doctores y escritores, que tienen miedo de conceder a María lo que los Santos Padres la han reconocido y ella manifiesta elocuentemente, cada vez más, a medida que se la estudia y se la ama.

Porque todo el que con ánimo recto y sencillo escruta a la Madre de Dios y nuestra en sus Apariciones de Ezquioga, sale convencido de que Ella es más que lo que se la predica y se la ensalza; y en ese más, que se alcanza en el humilde estudio de Ella, se nota lo mucho que resta por descubrir. Es, repetimos, lo que

decía el Angélico: “Cuanto más se estudian las perfecciones de María tanto más quedan que examinar”.

Porque en los repetidos Hechos hemos reconocido y admirado una como omnipotencia, omnipresencia, omnisapiencia y, sobre todo, misericordia y amor sin límites de la Virgen Madre, *semejantemente* a como Dios se predica; y, ciertamente, que todo este libro no es más que la comprobación de estos enunciados.

No obstante, hay que declarar que, antes de los Hechos de Ezquioga, con todo nuestro bagaje teológico, no discurríamos así; pensábamos como gran parte de los teólogos que se resisten a reconocer en la Madre de Dios semejantes excelsas prerrogativas. —Capítulo XXII, Doctrina sobre el poder y la mediación de María.—

Pero, lector mío, hay que estudiar, hay que trabajar, hay que sondear este “pozo sin fondo de agua viva que mana hasta la vida eterna”, que es María, si quieres rastrear algo de lo hermosa, de lo grande, de lo sublime que es Ella. Al más de medio siglo de estudiarla, nos hemos encontrado que en Ezquioga se nos levantaba una punta del velo que la encubre, y, en nuestro creciente asombro de sus maravillas, intentamos que ese tupido velo se alzase más; y, una voz cariñosa, llena de majestad, pero sensible, decía: “¿A dónde vas criatura, con tu justo, con tu buen deseo? No; aquí no; en la tierra no conocerás lo que soy, lo que el Excelso ha obrado conmigo. Esto se reserva para la vida eterna”. ¿Crearás, lector querido, que, oídas estas palabras, se siente nostalgias del cielo?

Mas, es preciso volver a la realidad de la tierra, donde estamos, e inquirir que estos Hechos de Ezquioga, si fueron predichos, en los escritos de la Madre Rafols, no lo fueron menos en “Mística Ciudad de Dios”, hace 274 años, a donde nos conviene acudir, para ver la íntima relación que tiene con lo que vamos diciendo. He aquí lo que esta admirable obra reza:

Visión de la V. Madre. Jesús de Ágreda

Día de la Inmaculada, estando esta Venerable Abadesa en coro, a la hora de maitines, fue levantada en espíritu y vio el trono de la Divinidad de la que partía esta voz: “Hijos de Adán, oíd: Venid por vuestro remedio a mi liberal e infinita providencia, por la intercesión de la que dio carne al Verbo... Venid y daos prisa, porque sola María es poderosa para solicitar vuestro remedio y alcanzarle. Luego, *se me dio a entender, añade, que en estos últimos siglos quería el mismo Señor*

engrandecer y dilatar la gloria de su beatísima Madre, y manifestar al mundo sus milagros y ocultos sacramentos, reservados por su providencia para el tiempo de su mayor necesidad, y que en Ella se valgan del socorro, amparo y poderosa intercesión de nuestra gran Reina y Señora. Pero vi, luego, que de la tierra se levantaba un dragón muy disforme y abominable con siete cabezas, y de lo profundo salían otros muchos que le seguían, y todos rodearon al mundo, buscando y señalando algunas personas para valerse de ellas y oponerse a los intentos del Señor y procurar impedir, con su humo y veneno, la gloria de su Madre Santísima y los beneficios que por su mano se prevenían para todo el orbe...

“Vi también que en cielo se formaban dos ejércitos: uno de la Reina y los santos, y otro de San Miguel y los ángeles, para pelear contra aquéllos. Conocí que, de un lado y otro, sería muy reñida la batalla, y que se declararía al fin, por la justicia, la razón y el poder que están de parte de María. *Pero la malicia de los hombres, engañados por el dragón infernal, puede impedir mucho los fines altísimos del Señor... y como de nuestra parte es necesaria nuestra libre voluntad, con ella puede la perversidad humana resistir a la bondad divina.* —Mística C. de Dios, 3ª Parte, libro 8, núms. 804-805.—

Repárese si todo este párrafo no reza con lo de Ezquioga.

- c) *Santiguaciones y bendiciones dadas por la Virgen:* Notan todos cuantos asisten a un éxtasis que, de ordinario, el vidente, transcurrido algún tiempo del comienzo de la visión, se santigua tres veces, en algunas ocasiones; y, en otras, más; lo general, tantas veces cuantas personas asisten en aquella ocasión al vidente. Y dicen todos: “La Virgen se despide. Termina la visión”; pues notan que, al final de las santiguaciones, el vidente va alzando los ojos, clavados en la Aparición y los va achicando (prueba de que la aparición se aleja) hasta quedar los ojos elevados y parados en un punto, (prueba de que la Aparición, por ese punto ha desaparecido). Más, hay circunstancias en que hay nuevas santiguaciones. ¿Qué es esto?

Después de más de dos años de observaciones y exámenes, el 29 de octubre de 1933, hicimos presente a la vidente X esta diversidad de santiguaciones, y nuestra duda sobre si todas ellas eran bendiciones de la Stma. Virgen; a lo cual nos respondió en éxtasis que cuando el vidente se santigua en medio de la visión es porque la Virgen se santigua también: santiguación que *tiene por objeto invocar a la Santísima Trinidad para ahuyentar los pensamientos torpes que pueden acaecer, ya que no todos los que acuden a una visión piensan bien.*

Al final de la visión es cuando da la bendición, modo sacerdotal; y, si la repite tantas veces cuantas son las personas que asisten al vidente, es porque éstas han hecho a la Virgen alguna súplica. Estas bendiciones son en número igual a las personas que la suplican. —Documentación Serie B, núm. 8, d).— Y como el vidente se santigua igual a las bendiciones que a las santiguaciones de Nuestra Señora, en número exacto a cada una de ellas, de ahí el lugar a la perplejidad, que acabamos de desvanecer.

- d) *Hay palabras usuales en la tierra que en el cielo tienen significación diferente.* Por excepción, en el texto de las revelaciones de Jesús y María hechas a los videntes de Ezquioga, hay alguna que otra palabra de significación diferente a la tomada usualmente en nuestras lenguas. Con respecto a cierto calificativo honroso, pero, que se puede prestar a diferente concepto dado por la Stma. Virgen a cierta persona, muy amada suya y conocida nuestra; como ésta, intrigada por dicho calificativo, repasase el diccionario, no pudiendo dar en el clavo, se permitió elevar una humilde súplica a la Madre de Dios, mediante la vidente X, quien la dijo: *Hay palabras mías que, por mucho que se repasen los diccionarios, no se las encontrará el verdadero significado; pues en la tierra lo tienen diferente que en el cielo. Allá es donde se sabrá toda la fuerza que tiene el vocablo X, por cierto muy diferente del que se le da en la tierra.* —Documentación Serie B, núm. 8, d).—

Necesario es tener esto en cuenta para cuando hojeemos la doctrina de Jesús y María en las declaraciones de los videntes auténticos de Ezquioga contenida. Cuando no se entiende bien una expresión, lejos de criticarla, mejor será acudir a la fervorosa oración para que la aclare. Repetimos que el empleo de estos vocablos en tales doctrinas no es frecuente.

- e) *Plan divino-mariano escalonado:* Observamos asimismo, que la Santísima Virgen, particularmente en su Plan misericordioso de la salvación y santificación general y particular no revela este Plan en junto a los videntes, sino parcial y gradualmente, a medida de la necesidad y de su voluntad. Ella lleva, por los caminos que su amor le sugiere, a los que busca para algún fin particular; pero los favorecidos conocen hoy la A, para mañana, o a la semana, o al mes siguiente, conocer la B, y al otro la C, tan suave, tan amorosamente, que éstos, entregados, como se han, por entero a su divina Madre, sin casi darse cuenta, recorren todo el camino que hay que recorrer, admirándose a todas horas de la sabiduría, del poder y del amor *por participación como infinitos* de su bendita Madre-Virgen, pero sufriendo a la

par rigores de mortificaciones naturales y diabólicas y ausencias y privaciones divinas, para mejor purificarles en el crisol de las tribulaciones. Es así como procede la Santa Virgen con los que especialmente ama: *Ego quos amo arguo et castigo*. Yo, a los que amo reprendo y castigo. —Apoc. 3-18—.

Además; este Plan divino-mariano es de tal manera providencial, que lo que el cielo revela a unos videntes, no lo revela a otros; pocas veces a muchos el propio asunto; y con esto, a la par que brilla, como dejamos dicho, el poder, la sabiduría y el amor de Dios y de su Madre sobre el género humano, queda al descubierto, por entero, nuestra pequeñez y miseria, el “gusano humano” como se calificó cierta vidente en éxtasis para que, a su vez, esta miseria y pequeñez y este gusano en la más profunda humildad, se ejerciten.

- f) *La corona de doce estrellas, que nimba la cabeza de la Madre de Dios, es símbolo de posesión por Ella de los doce frutos del Espíritu Santo: Nuestra Señora, en sus Apariciones a los videntes de Ezquioga, se ha mostrado con corona de doce estrellas.*

El 9 de Diciembre de 1933, entre varias cosas —Cuaderno de Memorias, núm. 5, pág. 326—, que presenciábamos y oíamos a María Recalde, en éxtasis, una de ellas, importantísima, fue la contestación a las dudas que, de vez en cuando, nos asaltaban. Dijo Nuestra Señora, por boca de la vidente: *Cuando tengas dudas, reza tres Avemarías, y di: “Reina del cielo”; para que envíes tu luz. Madre querida; no dejes abandonado a tu hijo*. E insistiendo en que deseáramos conocer y comprender a la Madre divina, para amarla más, y hacer que los demás la conozcan y amen debidamente, respondió: *Los ángeles no son capaces de comprender la hermosura de su Reina, ¿cuánto menos un alma de la tierra, por mucho que la quiera? No hay pluma que pueda describirme*: —Respuesta a un deseo nuestro de Noviembre de 1931, expresado a la vidente María Celaya— *Su trabajo es oración y penitencia por los que no la hacen. Las almas, que tienen medios para conocerme y alabarme, me arrojan a un rincón para entregarse a sus vicios. Mi hijo A., por mediación de esta pobre alma (la vidente) va viendo mi grandeza, punto por punto, subiendo hacia el cielo. ¡Qué estudio tan hermoso, en estos cuatro días, mi hijo A. da a mi divina Obra! En esta grandeza Mía hay doce puntos.*

—¿Cuáles son, Madre?

—Estúdialos.

Al siguiente día, vuelta la vidente al éxtasis, *insiste Nuestra señora en que tratemos en este Libro los doce puntos, que indicó ayer, y que no han sido tratados hasta el presente*. Y, al expresarle si los doce puntos se referían a los doce Frutos del Espíritu Santo, se pronunció *afirmativamente*, añadiendo que, *estos frutos están simbolizados en las doce estrellas, que nimban su cabeza, y que son doce escaleras que llevan al cielo*.

Conocido el mandato, procedimos básica, pero brevemente a su cumplimiento. Helo aquí:

Entre “Dones” y “Frutos” hay notable diferencia; *Don* es lo que se otorga espontáneamente, por voluntad y gracia del dador; mientras que *Fruto* es lo que se obtiene del uso del *Don*. Los *Dones* del Espíritu Santo son *exclusivamente* divinos; se dan a quien el Espíritu Santo quiere; son privilegios regalados del cielo; mientras que los *Frutos* del mismo, partiendo de Dios, son conseguidos por la criatura en fuerza del recto empleo de aquellos *Dones*. Son como la recompensa más grande que el cielo otorga al que trabaja esforzadamente en el campo de tales *Dones*. Si éstos se deben *totalmente* al Espíritu santo, los *Frutos* se deben, en parte del trabajo, a la persona que santamente se ha ejercitado en los *Dones*.

Nuestra señora a la que, *excepcionalmente*, la trinidad Santísima confirió los *Dones* del Espíritu Santo, a causa del ejercicio permanente en los mismos, obtuvo los *Frutos* de ellos señalados por el propio Santo Espíritu.

“La corona de doce estrellas dice la venerable Madre abadesa de Ágreda, son todas las virtudes que habían de aureolar a la Reina de los cielos y tierra; y el misterio de ser doce fue por las doce tribus de Israel, a donde se reducen todos los electos y predestinados, como los señala San Juan en al cap. 7 de Apocalipsis. Y porque todos los dones, gracias y virtudes de todos los escogidos habían de coronar a su Reina en grado superior y eminente exceso le pone la corona de las doce estrellas sobre su cabeza” —*Míst. C. de Dios*, 1ª P., lib. 1º, cap. VIII, nº 99.—

Ahora, al ordenar que tocásemos este asunto, Nuestra Señora misma afirma que *en su grandeza, que vamos viendo punto por punto, subiendo hacia el cielo, hay doce puntos, que son los doce Frutos del Espíritu Santo, conseguidos por Ella; los cuales están simbolizados en las doce estrellas que nimban su cabeza y que son doce escaleras que llevan al cielo*.

Antes que otro fue el evangelista San Juan quien en sublime éxtasis, vio “una gran señal en el cielo: una Mujer, cubierta del sol, calzada de la luna y coronada de doce estrellas...” —Apoc., 12— Dicha Mujer es, según el mismo texto sagrado y

los exégetas en general, la Mujer Virgen-Madre, propuesta en señal a los ángeles, antes de ser confirmados en gracia, para que, “a su vista, determinasen sus voluntades a obedecer los preceptos de su beneplácito. Y así la vieron, antes que los buenos se determinasen al bien y los malos al pecado. Y fue como señal de cuán admirable había de ser Dios en la fábrica de la humana naturaleza...” —*Mís. C. de Dios*, por la V. M. María J. Ágreda, id., núm. 95— Mujer, “que descendía del cielo, desde Dios, y tenía la claridad divina”, —Apoc. 21— según frase del mismo evangelista; para darnos a entender que, sujeto que posee “la claridad divina”, es porque posee el hábito de todas las virtudes, “a partir del primer instante de su vida, que lo obtuvo en grado eminentísimo; y que continuamente se fueron aumentando con nueva gracia y operaciones perfectísimas en que se ejercitaba con altísimos merecimientos todas las virtudes que la mano del Señor le había infundido”. —*Mís. C. de Dios*, id. Núm. 483—

Ahora bien; todos estos hábitos de virtudes, en grado perfectísimo, se sintetizan en los Frutos del Espíritu Santo: *Caridad, Gozo espiritual, Paz, Paciencia, Liberalidad, Bondad, Benignidad, Mansedumbre, Fe, Modestia, Continencia y Castidad*, desde los más altos hasta los más bajos; es decir, empezando por los más perfectos, que es la *caridad*, hasta rozar el menos perfecto de los Frutos, que es la *castidad*.

Queremos nosotros comenzar por la castidad, para llegar al más sublime Fruto de la Madre de Dios, la caridad; y en su rápida ojeada, se verán cuán notables fueron los ejercicios de Nuestra Señora en este linaje de virtudes celestiales.

Cada uno de estos Frutos del Espíritu Santo, comenzando, como queda dicho, por el último, es una gradación de la hermosa escala espiritual, que empieza por la *vía purgativa* con la castidad, la continencia, la modestia y la fe; sigue por la *vía iluminativa*, con la mansedumbre, la benignidad, la bondad y la liberalidad; y termina por la *vía contemplativa*, con la paciencia, la paz, el gozo espiritual y la caridad. Además; cada grupo, relativo a estas vías, se corresponde perfectamente con las tres virtudes teologales; la purgativa, con la *fe*; la iluminativa, con la *esperanza*; y la unitiva, con la *caridad*.

La Santísima Virgen María, no obstante ser pura y perfecta, recorrió infaliblemente estas tres vías cristianas; y en su ejercicio perfecto, halló y *mereció* los doce Frutos del Espíritu Santo; para que, con toda la fuerza de la palabra, pudiera decirse que dichos doce divinos Frutos *son doce escaleras que llevan al cielo*: escaleras fabricadas por la Reina del cielo en su peregrinación sobre la

tierra; a fin de que los mortales, contemplando el espejo de María, y ejercitándose particularmente en un *Fruto* suyo, pudieran ascender, cada uno de ellos, por su particular escalera, al cielo.

La castidad: No hablemos de la pureza virginal ni de la santidad de María, obtenida en atención a los méritos de su Hijo Jesús desde su Concepción. Hablemos de la obtención de este divino *Fruto* con el constante ejercicio del mismo. Y así vemos que, desde pequeña, se empleó en el retiro de las criaturas, en la mortificación de los sentidos, en la privación de ricos manjares, en la aspereza de los vestidos, en la parquedad del sueño, en el continuo ayuno, en la genuflexión repetida, en la pobreza absoluta, en la penitencia reiterada, en el sufrimiento silenciado, en todo aquello que sirvió para macerar el espíritu y castigar el cuerpo, no obstante tener a raya todos los apetitos, y a pesar de ser en todo, por divino privilegio, inmaculada.

La continencia: Un grado más en la vida cristiana es la continencia sobre la castidad. Ésta es la base y la preparación de aquélla. Y, ¿quién podrá hablar exactamente de una virtud, que en María solo halló las brillantes de la perfección? La abstinencia de todo linaje, no ya de exceso, sino de licitudes a la naturaleza, halló en la hija de Joaquín y Ana tal alojamiento que, desde que tomaba el pecho de su madre, y lo practicaba una sola vez al día, hasta que subió al cielo, su vida fue una continuada privación de cuantas cosas no son absolutamente necesarias a la naturaleza, y aun éstas las tomaba por obediencia.

La modestia: Si el apóstol manda que nuestra modestia sea a todos notoria, la que era coejemplar de la humanidad, ¿cómo no había de sobresalir en esta virtud? Hija de la castidad y continencia es la modestia en todos los actos de la vida. La de María es tan saliente que, durante su peregrinación mortal, movía a circunspección, a contrición y a encendimiento en el amor divino. Dos ejemplos los tenemos en San Pablo y en el Areopagita, cuando la contemplaron por vez primera, y actualmente nos refieren los videntes de Ezquioga que el mirar a María es penetrarse del temor de Dios y del dolor de los pecados.

Fe: “Bienaventurada eres, dijo Santa Isabel a su prima, por haber creído que por eso se cumplirán en Ti las palabras y promesas del Señor”. —Luc. 1-45— Fe, gran fe, insuperable fe denota la respuesta dada por María al arcángel, cuando éste le anunció el misterio de la Encarnación del Verbo, y sólo por esta perfectísima fe mereció ser llamada “bienaventurada”, y que en Ella se cumpliesen los designios del cielo con respecto a la Redención humanal.

La fe, empero, de la Reina del cielo, fue insuperable, a pesar de tener en vida visión de la divinidad, pareciendo esto paradójica, puesto que la fe es “argumento de lo que no vemos —Heb. 11-1— y María, aunque vio lo que a los demás se nos encubre, sin embargo, se ejercitó en la fe divina para merecerla, y muchas veces, para ejercitarse más en ella, se le encubrió la visión de la verdad, como cuando, v. gr., perdió a su Hijo en Jerusalén.

Pasando de la vía purgativa a la iluminativa, surge el Fruto del Espíritu Santo correspondiente a:

La Mansedumbre: en el orden natural, y por lo común, los hijos se parecen a la madre, así como las hijas al padre; y esto no sólo en el organismo físico sino también en la contextura moral. Ahora bien, Jesucristo, S. N., se parecía en todo a su divina Madre, y si el Verbo hecho carne dijo de sí propio: “Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón” —Mat. 11-29— es porque también su santa Madre era humilde y mansa, y ella antes y más que nadie, debe aplicarse la segunda bienaventuranza, que reza: “Felices los mansos porque ellos poseerán la tierra” —Mat. 5-4—. María es bienaventurada, porque es de corazón mansísimo; y es mansa, porque es humilde, con la humildad más profunda que podrá *adquirir* criatura pura. Y decimos *adquirir*, porque la mansedumbre y humildad de la Santa Virgen fue por Ella conseguida a fuerza de actos heroicos de abajamiento al cielo y a todas las criaturas de la tierra. Que por esto María, en una de sus sublimes oraciones, exclama: “Porque el Señor atendió a la humildad de su esclava, por esto me llamarán bienaventurada todas las generaciones: —Cántico del *Magnificat*— Dulce *Fruto* del Espíritu Santo.

Otro grado más arriba y hallamos:

La Benignidad: Esta gran virtud equivale a compasión, suavidad, dulzura. Y ¿quién más benigna que la dulce Madre, a quien toda la Iglesia la canta Salve, Reina y Madre de Misericordia? Misericordia es igual a “compasión de los corazones miserables”, que esto significa la palabra “misericordia”. Y ¿quiénes más miserables que los hombres caídos en el pecado o expuestos a caer en él? Para todos nosotros, la Virgen Madre usa de una benignidad excepcional. “Es Reina dulce, Reina clemente, Reina siempre inclinada a favorecer a los miserables pecadores; y el mismo nombre de Reina está expresando piedad y clemencia”, dice San Alfonso de Liguorio. —*Glorias de María*, Cap. 1, 1º.— Cuando san Bernardo —Salutación “*Acordaos*”— ha dicho, y repite la Iglesia, que todavía no se ha oído decir que “ninguno de los que han recurrido a la protección, implorando la asistencia y reclamando el auxilio de María, haya sido de Ella abandonado”, no ha hecho más

que sintetizar en esta hermosa deprecación la benignidad de la Madre de Dios y de los hombres. Ella es todo misericordia.

Pero con este rico Fruto del Santo Espíritu se enlaza *La Bondad*: Y reparemos que cada Fruto que estudiamos es en vía ascendente, mayor y óptimo. Por esto la “bondad” está sobre la “benignidad”. Es la bondad uno como atributo esencial de María, correlativo al de Dios. Y como no se puede suponer a Dios no bueno, no santo; de igual modo, decir la Virgen Madre, es decir, Virgen Madre “buena y “santa”. “Santa María: ora pronobis”, la canta diariamente la Iglesia. Mas no queremos atribuir la *bondad* a María, como atributo suyo, concedido gratuitamente por Dios para el fiel desempeño de su singular Ministerio. Esto sería un “Don” y no un “Fruto” del Espíritu Santo. La bondad en María es una virtud, adquirida aparte, en fuerza de repetición de actos puros de actos santos, no para sí, porque no los necesita, sino en beneficio de los mortales; y por esto es Fruto del Espíritu Santo, quien lo derrama en su esposa para que Ésta, a su vez, lo distribuya entre los necesitados.

Y seguimos adelante, subimos otra grada y nos hallamos con:

La Liberalidad: Es este Fruto la más alta expresión de la Bondad mariana. Porque la virgen Madre no ya es liberal, sino pródiga. Siempre está pidiendo a su Hijo por nosotros, siempre atendiendo a nuestras súplicas, siempre remediando nuestras miserias, siempre buscando una coyuntura para evitar el castigo y salvarnos: Tal la han visto y la ven los extáticos de Ezquioga. No acabaríamos jamás si hubiéramos de enumerar las liberalidades de María para con el género humano. Se podrían llenar bibliotecas enteras de libros que reseñase el ejercicio de este precioso fruto en María a través de la historia. ¿Qué son los altares, las capillas, los exvotos, los templos, las cofradías, los mensajes, las oraciones, las órdenes religiosas y militares, los cantos e himnos, la piedad y el arte consagrados a María, sino férvida expresión de su Liberalidad a través de los siglos? “Ella es refugio singular de perdidos, esperanza de miserables y abogada de todos los pecadores que se valen de su protección”. —Dionisio Cartusiano—.

Algo más arriba, nos adentramos ya en la vía unitiva, en la región del amor divino; y en esta región están, como en depósitos, los frutos del Espíritu Santo relativos a la virtud teologal de la Caridad, así como en la iluminativa subsisten los relativos a la teologal de la esperanza, y en la purgativa, los concernientes a la primera teologal de la Fe. El primero, en vía ascendente, es:

La Paciencia: Toda la vida de María fue un ejercicio continuo de esta virtud; porque, así como entre espinas crece la rosa, así en medio de las tribulaciones iba creciendo en virtudes esta soberana Señora —Sata Brígida, Rev. Ser. Agust. C. X—; y aunque otra pena no hubiera sufrido que la compasión de los dolores del divino Redentor, hubiera bien bastado para haberla hecho mártir de paciencia, llegando a decir S. Buenaventura que “concibió crucificada al Crucificado” —En S. Ligorio, *Glorias de María*, Virtudes de María. 9º—. Creemos firmemente que en la eternidad y rodeada de inmensa gloria María es un dechado de paciencia por los pecadores. Sufre a par que se alegra con nosotros, pero, por cada gozo que obtiene, recibe un sin número de aflicciones. Todo este libro, particularmente las declaraciones de videntes y exvidentes, lo dan bien a entender. María sufre de ver sufrir a su divino Hijo a causa de las torpezas de los humanos; pero sufre más bien de ver que sus gestiones presentes cerca de la humanidad apenas dan resultado.

Un poco más arriba y nos hallamos con un Fruto especialísimo del Espíritu Santo, que es la

Paz: Esa paz del espíritu que no la hallarán jamás los pecadores que está vinculada a los santos, que se explica por el dominio de las pasiones. María, a pesar de las reiteradas contradicciones y sufrimientos en que fue anegada su vida —que por esto es “Reina de los mártires”—; a pesar de tener que padecer tanto con las persecuciones y muerte de su querido Hijo y de la defección de alguno de sus discípulos, jamás perdió la paz; el alma suya era un mar tranquilo aunque en su fondo hubiera corrientes en diversas direcciones contrarias. Y hay que considerar a María, no tanto en su vida mortal, cuanto en su vida imperecedera con respecto a este Fruto del Espíritu Santo “que sobrepasa a todo sentido”. Y todo este libro damos a entender la paz dulcísima en que la Virgen Madre, a pesar de tantas defecciones en sus hijos, y a la que nos convida con acentos de cariño insuperable.

La paz perfecta engendra otra modalidad y es

El gozo espiritual del que están inundados aquellos que viven rectamente, aquellos que lloran, con lágrimas santificadas, pues a éstos la sabiduría eterna les concede una bienaventuranza que es la consolación, el gozo —Mat. 11— del Espíritu Santo. María, por haber llorado y llorar, no por Ella, sino por nosotros, ha obtenido la felicidad del consuelo interior, que *rezuma en el exterior* el fruto del gozo del Santo Espíritu. Y decimos “que rezuma en el exterior” porque de ese gozo *visto* por algunos y *sentido* por muchos amantes de María, vamos participando los que nos honramos por siervos e hijos suyos. Ella nos convida a

todas horas a que participemos de ese santo Gozo, desconocido de los que llevan una vida sensual, material, metalizada, del que es Ella puro espejo y arsenal inmenso y del cual desea que participemos.

Y hemos llegado a la meta de los frutos del Espíritu santo, a la reina de todas las virtudes:

La Caridad: Así como “Dios es caridad” puede aplicarse por participación a la divina Madre, diciendo que también es caridad. Porque si por amor y con amor de caridad habían de realizarse todos los misterios de la Redención; nadie, después del Ser por esencia caridad, debería estar lleno de esta virtud, sino Aquélla sin la cual no iban a realizarse. Esto es de rigor en cuanto a la dación divina. Mas, no vamos aquí a ponderar esto, sino a la consecución de esta virtud por actos voluntarios de María, que entonces es cuando la caridad es *Fruto* del Espíritu Santo. Y en este respecto, María amó a Dios más que todos los hombres y ángeles —D. Thom. 2, 2, q. 24, a 6, 8—; pero le amó tanto y estuvo tan llena de la caridad divina, porque, a proporción, estuvo, por humildad y desprendimiento, más vacía de sí misma. —San Alfonso María de Liguori, *Glorias de María*, Parte III, 2º.— Del propio modo, Nuestra señora ama al prójimo; porque quien ama a Dios ama lo que Dios ama. —Idem.— Es un mismo precepto desdoblado. Ni porque ya se ve feliz y glorificada en los cielos, se le ha olvidado o entibiado en algo su amor; antes, es ahora más crecido, no habiendo nadie que deje de sentir los efectos de su piedad con solo alzar el corazón para implorarla”. —San Buenaventura, *Spec.*, c. 8.—

He aquí descrito al vuelo —y sentimos no ser más largos— la posesión por María de los doce Frutos del santo Espíritu, de los cuales es perfecto símbolo la Corona de 12 puntos o estrellas que nimba su cabeza, *siendo al propio tiempo doce escaleras que al cielo llevan*.

¿Por qué así? Si las doce escaleras de la corona de María al cielo llevan, cada escalera de éstas ha de llevar también a él. Por manera que la adquisición y custodia fiel de un solo *Fruto* del Espíritu santo, ejercitado a imitación de la Madre de Dios, nos da derecho a la gloria eterna. Y es porque cada Fruto del Espíritu Santo procede del propio árbol divino que, semejante al que Dios plantó en el primitivo paraíso, que al año daba doce frutos de un mismo árbol; así el propio Espíritu de Dios produce estos ricos y variados Frutos, cada uno de los cuales es suficiente para alimentar y robustecer y llevar al cielo al que de ello aprovecharse quiera.

g) *Un ejemplo aplastante que Nuestra señora titula: “Más nuevas pruebas de mis Apariciones en Equioga” y que lo integra una triple pasión de veinticuatro horas:* El 5 de Mayo de 1933, las videntes X y Z recibían de la Santísima Virgen una misiva, según la cual deberían sufrir en Ezquioga una pasión de 24 horas, a la que Ntra. Señora llamaba: “Más nuevas pruebas de mis Apariciones en Anduaga” ya que, hasta el presente, los católicos tan poco caso de las anteriores pruebas —verdaderos milagros— dados por Ella habían hecho.

Como había que pasar la noche en pasión, pensamos que se verificase en un saloncito comedor de la casa de D.J.J.A.; y a las diez y media, como la vidente Z, por asuntos de familia no llegase, nos dirigimos a la pequeña vidente Benita y la dijimos: Si la Virgen le hiciese la merced de que, juntamente con la vidente X, sufrieses la pasión, ¿tú te ofrecerías gustosa? —Muy gustosa, nos contestó, con esa alegría infantil de que rebosa toda ella—. Pues, vamos a comenzar el rezo del Santo Rosario. Éramos 18 personas; y, enseguida dimos comienzo al acto. Al cuarto misterio entra en éxtasis la vidente X, y, a los pocos minutos, Benita. El éxtasis estaba comprobado, pero también se iba comprobando que aquéllas iban entrando en pasión. Era la pasión de Cristo y de María.

Recuérdese, “El Viernes Santo de 1933 en Ezquioga” (cap. IX) y aplíquese a este momento cuanto en él dijimos. Mas, no eran solamente las pasiones de Cristo y de María lo que las videntes en sus personas experimentaban; eran, aparte, otro linaje de penas, tales como la retorsión dolorosísima de brazos, piernas y cabeza, con descoyuntamiento y salida de huesos, los incesantes golpes dados con patadas (forrados los pies con botas de cuero) a otras diferentes partes del cuerpo, que, para determinar los cuales, eran los diablos (siempre los mismos) quienes se encargaban de tan crueles faenas.

Otro linaje de torturas místicas consistió en ser llevados los videntes al purgatorio y al infierno. Al primero eran acompañados por la Santísima Virgen, pero al segundo Ntra. Señora las dejaba en la puerta, que es, al modo de decir de las videntes, como la boca de un túnel, que por dentro se agranda, de intenso fuego y denso humo lleno, de personas y demonios, repleto, en donde hay ruidos parecidos al paso del tren por un túnel, algarabía inacabable, frío y castañeteo de dientes. Las videntes reflejaban en sus asombros, aptitudes, movimientos y palabras lo que iban viendo. Oímos repetidas veces, cuando decían estar en el purgatorio, un chirrido tan singular, fuerte, continuado y fuera de lo naturalmente perceptible, terminado en un espantoso y prolongado ¡ay!, que todos los

circunstancias movidos de un mismo asombro, preguntábamos; pero, ¿qué es esto?; pero ¿de dónde sale este *¡ay!*? No cabe duda, nos decíamos todos, que es el que debe percibirse en el purgatorio, y es el que exhalan las almas, según revelación de la Stma. Virgen a las videntes mencionadas.

Los sufrimientos sucedíanse, con intervalos cortos, y eran terribles, indecibles e inacabables. Cuantos los presenciábamos no salíamos de nuestro asombro, enmudecíamos, llorábamos y partíamos luego, como de unos funerales. Todas las lecciones, ademanes y movimientos estaban tan acordes con los sufrimientos, que nadie dudaba de su legitimidad. La frase de todos los presentes era ésta: “Jamás se ha visto semejante cosa”. Este es el hecho. Mas, ¿es patológico? A esto respondemos que todos cuantos conocemos a los videntes afirmamos que no pueden gozar de mejor salud mental y corporal; y, tanto antes como después del hecho, como no sea un poco de pasajera postración, quedan como si nada realmente hubieran padecido.

Los que no pueden negar el hecho se salen con que es “intervención diabólica”; “obra diabólica”, creyendo que, con haber soltado estas dos frases, *que se muerden*, pusieron una pica en Flandes. Y no dicen más, ni prueban lo afirmado, como deberían; a los cuales respondemos:

Una cosa es “intervención”, y otra, “obra” o “acción diabólica”. Al decir “intervención”, decís bien, aunque dándole mal sentido, el sentido que le dais al afirmar que es “obra diabólica”. La “intervención”, sí, porque son los diablos a quienes el cielo permite actuar de instrumentos de suplicio de los videntes; pero de que intervengan a que las apariciones sean “obra” o “acción” de ellos, media un abismo. La acción es divina por las siguientes razones, deducidas del acto mismo de las pasiones.

- 1ª Cuando los sufrimientos son obra del diablo, como son las posesiones diabólicas, y de esto tenemos ejemplos en los Evangelios, los posesos profieren palabras indecorosas, cometen actos obscenos, insultan y maldicen a otros y blasfeman. *Los videntes jamás.*
- 2ª Los posesos sacan espumarajos de la boca y adoptan actitudes inverosímiles, irracionales y tienen conatos suicidas y homicidas. *Los videntes jamás.*
- 3ª Los posesos sufren desesperadamente; nunca toman los nombres de Jesús y la Virgen sino para execrarles y menos aún para que les ayuden en sus pasiones. Los videntes por el contrario, sufren resignados y hasta piden sufrir

más; toman siempre en sus bocas los nombres de Jesús y la Virgen para alabarles y bendecirles, y Jesús y María personalmente les acompañan repetidas veces en sus pasiones; tan es así, afirman ellos, que si no fuera por tal ayuda no podrían resistirlas.

¿Veis cómo están en un formidable error los que sostienen que las pasiones de los videntes de Ezquioga son obra del demonio? —Cap. XIII.—

Según esto, preguntamos: ¿Quién es el que hace sufrir de tal modo a los videntes? La contestación es muy sencilla: Si la obra se sale de la esfera natural, y no es tampoco diabólica, según acabamos de probar, luego es divina. Y es, en este caso, la Santa Madre de Dios, la que viene a Ezquioga a anunciar al mundo su perdición y castigo, la que se esfuerza porque tengan realidad estos hechos, a fin de que por su medio:

- a) Se expíen faltas particulares y públicas
- b) Vuelvan las gentes al buen camino
- c) Se disipen o al menos se aminoren los castigos anunciados
- d) Se rediman almas del purgatorio

Es un sacrificio aceptable a Dios: “Sacrificium Deo Spiritus contribulatus”. — Salmo 50—.

Estos son los fines. Los medios o instrumentos de que se vale la Virgen para conseguir tales fines no van a ser los ángeles buenos, que están puestos para todo bien, ni las almas del purgatorio ni las del infierno ni aun los hombres perversos, por no haber necesidad de ellos. Basta y sobra con los diablos, muy limitadas sus facultades para la consecución de los predichos fines, que podríamos llamar generales. Porque los hay también particulares, en cuanto roza a los propios videntes, y es la santificación de los mismos, haciéndoles pasar por la tribulación y las penas corporales y la más grande de las humillaciones, es, a saber: el ser castigados por los propios espíritus infernales.

Todo ello, considerado en junto y en sus detalles, es, no hay que repetirlo, *una prueba aplastante más de las apariciones y llamadas de la Santísima Virgen de Ezquioga.*

Capítulo XII

CAPÍTULO XII.— Observaciones generales y particulares a las apariciones y revelaciones. Los dones sobrenaturales, según la Sagrada Escritura. Lo que oponen los que rechazan y los que admiten el orden sobrenatural acerca de Ezquioga. Dos clases de Apariciones. Dos linajes de apariciones auténticas. Triple caso. En los casos seriamente dudosos. Durante el estado caído. Valor de las apariciones y revelaciones privadas. Fines de las apariciones y revelaciones en Ezquioga. Enjuiciamiento de los prodigios. No hay que ser amigos de éxtasis. Hasta que la Iglesia hable..., no hay que creer?, no es menester creer...?, no hay que moverse...?

Observaciones generales y particulares a las apariciones y revelaciones.

Los dones sobrenaturales según las Sagradas Escrituras

Es muy chocante que entre católicos se tomen, poco menos que con mohín de labios y encogimiento de hombros, cuanto se relaciona con las apariciones, revelaciones y milagros. Se quisiera muchas, casi todas las veces, que tales muestras extraordinarias de la omnipotencia y misericordia divinas, aún después de un minucioso examen y detenida comprobación, resultasen fallidas. Entonces se echarían al vuelo las campanas. Ello prueba el bajo nivel a que han llegado en general los espíritus. Sin embargo, un esbozo general del hecho de estos singulares dones, al que hay que prestar grande atención, dará a conocer el extravío de semejantes espíritus

Es de fe que, entre las especiales gracias divinas, concedidas por lo mismo a personas extraordinarias para utilidad de la Iglesia y también de algunos fieles en particular, se cuentan los dones de visiones y profecías. —I Cor. 12, 8—.

El exordio del público sermón, que el apóstol San Pedro —Hech. 2, 17 y 19.— predicó inmediatamente luego de haber recibido el Espíritu Santo, versó acerca de la repetición de la profecía de Joel. —Joel, II.— “Sucederá en los postreros días (dice el Señor), que Yo derramaré mi Espíritu sobre todos los hombres, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas y vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos revelaciones en sueños... Yo haré que se vean prodigios en el cielo y portentos abajo en la tierra...” El profeta David, al son de su regia arpa, cantaba al Señor: “Entonces hablas en visión a tus santos...” —Salmo 88, 19—.

Todo, absolutamente todo el Apocalipsis de San Juan, libro tan sagrado e interesante como olvidado y descuidado, que si se tuviera rectamente en cuenta, daría lugar a una mejor ordenación de vida cristiana, no es otra cosa, como su mismo nombre indica, que una detallada profecía o revelación de los primeros y últimos tiempos del mundo, del alfa y omega de la Iglesia Católica. —Apoc., in omib. Caps.—.

La primera historia de esta Iglesia trata con hermosos detalles la oración, las visiones y revelaciones de San Pedro y San Pablo, antes y luego de convertido éste; las de Ananías, el discípulo; las de San Esteban, el protomártir; y las de los demás apóstoles y fieles; ítem, de los milagros obrados por Dios, mediante ellos, en testimonio de su religión y en beneficio de todos. —Acta Apost., in divers. Caps.—.

Y toda la historia de la Iglesia siguiente hasta nuestros días no hace sino reseñar comprobativamente la repetición de todos estos hechos en los santos.

¿Puede chocar esto? Pues, si el Espíritu Santo es siempre y no puede dejar de ser el mismo; y si la Iglesia de Jesucristo ha de subsistir, tal como su Fundador la estableciera, hasta el fin de los siglos, no ha de poder chocar tampoco en modo alguno *el que no haya solución de continuidad* en el otorgamiento de semejantes dones. Si hubiera alguna vez solución de continuidad en ellos, podríamos preguntarnos si acaso el Espíritu de Dios se había ahuyentado de su Esposa, la Iglesia...? Y puesto que esto no es, no puede ser (y debemos pedir que no lo sea jamás), es porque el hecho de las visiones, revelaciones y milagros es una prueba de la existencia de la Iglesia, asistida poderosamente del Espíritu Santo. Y si estos hechos se producen, especialmente en determinados tiempos y lugares, es porque hay asistencia divina en los pueblos cristianos, precisamente *porque los necesitan más que otras veces para su santificación temporal y salvación eterna*.

Negar estos magníficos hechos es, teniendo los ojos abiertos y sanos, rehusar ver la luz del sol.

Los que oponen, los que rechazan y los que admiten el orden sobrenatural acerca de Ezquioga

Si fuéramos a contestar las argucias, recovecos y simplezas que se formulan contra las apariciones y revelaciones de Ezquioga, sería interminable tarea. Mas, toda la oposición verbal puede reducirse a dos capitales órdenes. 1º El que parte del bando que rechaza lo sobrenatural; y 2º El que sale del bando que lo admite.

¿Qué es lo que, en síntesis, vienen a formular los que rechazan lo sobrenatural? Dicen:

- 1º *“Todo cuanto existe en la naturaleza está sujeto a observación, palpamiento y demostración”. Es así que nada de todo esto ocurre con lo de Ezquioga. Luego todo ello es fantástico.*
- 2º *“El orden sobrenatural no existe, pues nada hay fuera de la naturaleza”. Y como los fenómenos de Ezquioga se salen del marco de la naturaleza. Luego son míticos.*

Negamos en redondo ambos especiosos argumentos por su falta de base. Y lo demostramos así:

No todo lo que hay en la naturaleza está sujeto a observación, a palpamiento y a demostración. Porque en la naturaleza subsiste la vida espiritual, que ni se observa, ni se palpa y demuestra. Pero se concibe, se siente y se prueba. Ahora bien, el espíritu sostiene relaciones de conexión íntima con mundos ajenos al en que vive. Y lo prueba su constante aspiración, no saciada, al supremo, al infinito conocimiento y goce.

Todavía más; aparte de que los fenómenos de Ezquioga se observan, se palpan y se demuestran; por ellos se conciben, se sienten y se prueban los que pertenecen a un orden superior, llamémosles preternatural y sobrenatural, quedando también en esto pulverizado el argumento segundo.

Más, no queremos perder el tiempo discutiendo con los que rechazan el orden sobrenatural, por no saber o no querer elevarse.

Vengamos a observar el lado fuerte de los que, admitiendo el orden sobrenatural, niegan las apariciones y revelaciones de Ezquioga. A todos estos advertimos que sí, admitiéndolo, niegan dichos fenómenos, se portan como si lo admitiesen.

Porque, si niegan o dudan los hechos que en Ezquioga se producen...; esto se soluciona tomándose el trabajo de comprobarlos personalmente en el lugar mismo donde se producen, porque lo contrario es hablar sin base.

Sí, admitidos los hechos, repugnan atribuirlos a sus verdaderas causas...: esto se resuelve examinándolos técnica y determinadamente, sin pasión, no una sino muchas veces. Y, precisamente, han de dar el resultado de que, lejos de ellos toda superchería, compadrazgo y enfermedad, muévense en su órbita sobrenatural, y, por excepción, preternatural.

Y, si, finalmente, afirmada la sobrenaturalidad de estos hechos y la intervención que en ellos pueda tener el diablo, se duda en cada caso de lo que pertenece a uno u otro orden, acabando por negarlo o dudarlo todo...: esto se satisface con el estudio místico de los repetidos hechos.

Todo lo que vague fuera de estos postulados, es querer perder el tiempo, embrollar los asuntos y pretender patente de pseudo-erudito y pseudo-científico.

¡Ah, la *literatura...*, la *ciencia...*! Bonitos mantos para envolver con ellos unos conocimientos tan limitados como es todo lo finito y lo que de lo finito procede. Pretender que luche lo finito con lo infinito, por muchas vueltas que se dé a esa pobre ciencia finita, es querer luchar una hormiga contra un elefante. Dejemos a los que tales ridículas armas emplean, y pasemos a particularizar la proposición enunciada:

Dos clases de apariciones

Las apariciones pueden ser de dos linajes, es a saber: reales y alucinatorias. No tratamos en modo alguno de las segundas, que son producidas por ardores de la fantasía privada: son las alucinaciones mismas.

Tratamos de las apariciones reales. Esto es, de las apariciones que en su propio ser o en especies del mismo se muestran al sujeto que las percibe (en cuanto a éste son visiones), en cuyo caso son enteramente ajenas al sujeto. Ellas aparecen y desaparecen independientemente de la voluntad o del esfuerzo del que las percibe.

Acudimos al reparo de nuestros diccionarios enciclopédicos que, al tratar de este asunto, rezan así; "*Visión*": Acción y efecto de ver. Especie de fantasía o imaginación *que no tiene realidad y se toma como verdadera*". "*Apariencia*": Aspecto o parecer exterior de una persona o cosa. *Cosa que parece y que no es*". —*Diccionario Salvat*—. El lector, que consulta estas definiciones, viene a juzgar que las apariciones, por el hecho de serlo, son de lo exterior, de formas, de accidentes, no de sustancias unidas a aquéllos; y que las visiones, consiguientemente, son aparentes y no reales. Y esto no es modo alguno exacto, ni física, ni psicológicamente, ni menos aún teológicamente considerarlo.

No físicamente, porque los objetos que se pintan, modo inverso, según las leyes ópticas, en la retina, son reales, y, por tanto, la imagen que forman no es simulada, sino auténtica, y mientras subsiste el objeto presentado, aun cuando se

contraiga más o menos, el cristalino, según la distancia de aquel (a menor contracción más distancia y viceversa) subsiste, asimismo, dicha imagen.

Lo hemos comprobado innumerables veces en diversos videntes auténticos y en pleno éxtasis, principalmente al término del mismo, cuando, en seguimiento del curso de la aparición, hemos advertido que el vidente levantaba gradualmente la cabeza, fijos los ojos en la aparición, que se elevaba hasta desaparecer. La retina, en este caso, se iba gradualmente contrayendo, así como se había ido agrandando también gradualmente a medida que la aparición, al principio se iba acercando. Prueba de que ésta era real y verdadera.

No psicológicamente, porque los fenómenos de sensación y percepción que a la inteligencia fluyen, por conducto de la visión, son tan reales como la visión misma.

Y, en suma, *no teológicamente*, porque el juicio de sobrenaturalidad, que el alma forma de tales visiones, ha de ser, por consecuencia, real y verdadero también, quedando únicamente en el campo de su estudio el examen de si parte del espíritu bueno o del malo, esto es, si la visión es producida por Dios o por el diablo.

Dos linajes de apariciones auténticas

La aparición verdadera puede realizarse como dejamos advertido, de dos maneras: En su propio ser y en especies del mismo. Para Dios y para nosotros tanto monta la una como la otra, puesto que ambas pueden producir resultados idénticos, produciéndolos el hecho. Cuando se prueba que la aparición de un ser anda simultaneada en diversos sujetos, aunque en diferentes actitudes, no cabe duda de que la aparición es en especies. Pero, cuando esto no sucede, es a saber: cuando el ser o seres aparecidos a uno o diversos sujetos no toman *simultáneamente* diferentes actitudes, no puede afirmarse que sea en especies: es generalmente en su ser propio, aun cuando adopte actitudes y maneras de vestir diversas de las que teológicamente en la gloria tengan. Pruébese esto último por las apariciones de Jesús resucitado a sus apóstoles y discípulos, en las que el Salvador se presentaba realmente en su propio ser, aunque se mostrase de hortelano o peregrino. Y de un modo semejante, Jesús y la Virgen han aparecido y aparecen gloriosos, aunque se muestren *no simultáneamente* en forma de hortelanos, caminantes, pastores, pobres, etc.

No así los ángeles buenos y malos y las ánimas de los bienaventurados, a los cuales precisa tomar del aire un cuerpo fantástico, a nuestro modo de percepción acomodado, para aparecer a nosotros. Sucede entonces, que su ser espiritual subsiste realmente envuelto en los ropajes de la forma tomada en que se muestra.

Enjuiciamiento de las apariciones y revelaciones

Una cosa parecida decimos con respecto a las revelaciones. Las revelaciones son, consecuencia, aunque no necesaria, de las apariciones. Aquellas son reales en tanto éstas lo son. Pero cabe la duda en si son de Dios, verdad suma; o del demonio, mentira personificada. Y para esto dejamos apuntadas algunas reglas, que el beneficiario de las visiones y revelaciones y su director espiritual, en todo cuerpo, necesiten aplicar a cada caso particular, a fin de no errar en materia de tanta monta.

No obstante, y precisamente por tratarse de materia tan delicada a par que abstrusa, para que toda cautela es poca y todo estudio es corto, apuntaremos algunas condiciones que se tendrán en cuenta, para el exacto conocimiento del origen de las revelaciones particulares, en nuestra larga experiencia obtenidas. Helas aquí:

1ª *Es preciso persuadirse ante todo de que “existe” aparición, bien sola, bien acompañada de revelación, distinguiendo asimismo, si se verifica en estado de vigilia o en sueños.*

—En estado de vigilia se realiza: a) cuando se ha hecho prueba material de que no es alucinación de la mente ni defecto de la visión corporal; b) cuando se ha distinguido materialmente la aparición, y oído también materialmente la voz de la revelación; c) cuando se ha percibido intelectualmente esta voz; d) cuando se ha contrastado con los lados opuestos; e) cuando, sin pretenderlo, subsiste insistentemente el recuerdo de las mismas y determina a obrar en consecuencia.

—En sueños se verifica: Cuando la visión, sola o acompañada de la revelación, es clara, luminosa, lógica, terminante, ortodoxa, edificante, santificadora y estable

2ª *La revelación, como queda dicho, puede tenerse al propio tiempo con aparición o sin ella.*

Cuando es con aparición, y para que no quepa duda de que lo es, se tendrá presente el origen de las mismas y se procurará se santigüe, invitándola a que diga: *Alabados sean Jesús y María*, o se la presentará un Crucifijo y se la invitará a que lo adore, en la seguridad de que si lo hace, es divina.

Cuando es sin aparición, esto es, cuando la revelación se reciba al oído, sea este material o espiritual, se guardarán unas cortas reglas, tan prudentes como seguras: 1ª Se hará contestar a la voz oída el *Bendito sea Dios; Bendito sea Jesucristo; Bendita sea la Virgen Madre de Dios*; y, si contesta afirmativamente a esto, es señal de que es divina; 2ª Siempre que la revelación dé una orden que atañe al bien común, no se ejecutará ésta hasta que sea refrendada por un competente director espiritual, o hasta que, mediando otra revelación auténtica, interese la inmediata ejecución de aquella orden; 3ª Sobre todas cosas, se procurará que el sujeto que recibe la revelación lleve una vida enteramente cristiana, a base de fervorosa oración, profunda humildad, dolorosa penitencia y heroico sacrificio.

3ª *La aparición y la revelación son de Dios*, siempre que tiendan: a) a la gloria del mismo y de su Santísima Madre; b) a la edificación, santificación y salvación de las almas; c) al conocimiento, esclarecimiento o brillo de algún hecho necesario o útil, pasado, presente o futuro, pertinente al particular o a la Iglesia; d) cuando las revelaciones empleen términos claros, concisos, graves, puntuales, castos y edificantes; e) cuando cimente en la perfecta humildad y obediencia al transmisor de la revelación; f) cuando dejen en el ánimo perfecta paz, sereno gozo en el Espíritu Santo y grandes estímulos para adelantar en el camino de la perfección cristiana; g) cuando van acompañadas de verdaderos milagros; h) cuando el que la recibe es humilde, sencillo, temeroso de Dios y tentado del enemigo.

4ª *La aparición y la revelación son del demonio*: a) cuando se apartan de los principios apuntados en el anterior párrafo; b) siempre que se destaque en el fondo de lo visto y de los dichos o hechos espíritu de soberbia, vanagloria y chocarrería; c) siempre que tiendan a la inercia, a la indiferencia y al desapego en el obrar santamente; d) siempre que desordenen y aticen, en perjuicio propio y ajeno, las pasiones humanas; e) siempre que contradigan diametralmente a lo que recen otras probadas revelaciones; f) siempre que dejen un *sedimento de pena o turbación en el ánimo*; g) siempre que sean inconsecuentes con la Ley de Dios y de la Iglesia Católica; h) siempre que se nieguen a reverenciar y adorar a Jesucristo en su imagen o sin ella,

procurando entonces repetirle las palabras del Salvador, cuando fue tentado por el enemigo: *Apártate de aquí, Satanás, porque escrito está: Adorarás al Señor, tu Dios, y a Él solo servirás.*

- 5ª *En los casos seriamente dudosos se guardarán las siguientes cautelas:* a) cuando todos los videntes probados convienen en un caso concreto, v. gr.: *el hecho de los próximos castigos* que el cielo enviará al mundo por su mal comportamiento y a fin de purificarlo y remediarlo, es que es claramente cierto; y b) no se tenga prisa en formar juicio ni ejecutar aquello que la revelación ordene, sino que se aguardará a segunda orden, en la que se repetirá la prueba anterior.

Las dudas, ciertamente, pueden provenir a causa del que la tiene o de la revelación que da margen a la duda. El caso primero se remedia con un estudio completo. El caso segundo, ya es más difícil, pero también con solución. Porque la duda fundada puede provenir de la contradicción en que incurran dos o más videntes probados acerca de un mismo caso concreto. ¿A qué es debida esta contradicción?

Repetidas veces varios videntes han afirmado serles revelado que otro vidente carece de visión. La inmediata es creer que este vidente ha terminado ya, como tal, su cometido. Y no se piensa que la verdadera visión puede faltarle “hic et nunc” por comisión de alguna falta considerable, bastante para desagradar a Jesús y a María, quienes amorosamente le castigan a no dejarse ver de él por un espacio de tiempo determinado. Una vez transcurrido éste, y haya salido del estado de lastimoso desagrado, puede volver a verles. ¿Por qué no? Conocemos muchos ejemplos que lo comprueban.

- 6ª *Durante el estado “caído”* en que el vidente puede ignorar (algunos no lo ignoran) el apartamiento del Señor y de la Virgen, es muy fácil y hasta lógico que el diablo, cuya misión es imitar y engañar, se aproveche de una tal coyuntura para mostrarse al vidente, con la pretensión de imitar lo mejor posible al Señor y a la Virgen en aquellas formas y maneras en que éstos, de ordinario, aparecen, a fin de seducirle, si cae en el lazo tendido. Caído en él, no es extraño que diga luego, como cosa de Jesús y de María o del ángel bueno, lo que es parto exclusivamente suyo. De aquí la contradicción sobre unos mismos casos concretos en que algunos videntes han incurrido.

¿Cómo se remedia esto? ¿Cuál aparición y revelación, en consecuencia, son las auténticas?

Se procurará aplicar las cautelas antedichas para saber a qué atenerse en punto a conocer el origen de la aparición y revelación.

Si, no obstante, su aplicación persiste la duda, se la sujetará a la comprobación mediante algún vidente probado, extraño a ellas, que la presentará *mentalmente* a Jesús o a la Virgen, en la oración fervorosa.

Si Jesús y la Virgen no respondiesen, se tendrá paciencia, reforzándose la oración con actos de virtudes, e insistiendo con nueva solicitud para que sea declarado.

Valor de las apariciones y revelaciones privadas

La Iglesia, al tratar de la canonización de santos, que han transmitido apariciones y revelaciones privadas, no afirma que éstas sean de Dios, ni impone obligación alguna de creerlas, sino que se limita a asegurar que nada contienen contra la fe y las buenas costumbres, y a permitir su lectura como útil al fomento de la piedad cristiana. Entonces es cuando las apariciones y revelaciones privadas adquieren su mayor valor. Fuera de este caso, o sea, cuando su lectura está solamente autorizada por un diocesano tienen un valor semejante, aunque tampoco obliga a darles asentimiento; si bien, la sistematización, en rechazarlas, siempre que se vea en ellas motivos de credibilidad, acusa irreverencia, privándose uno de aquellas gracias, que se recibirían si las abrazara.

El gran maestro de espíritu San Ignacio de Loyola —*Libro de los ejercicios*: Regla octava de discreción de la segunda semana— distingue *dos tiempos* en toda verdadera revelación. El primero es aquel en que el alma, a la que se revela, está bajo la acción directa de Su Divina Majestad en el cual naturalmente no puede errar; y el segundo tiempo es aquel en que le quedan al alma “reliquias de la consolación (revelación) pasada” en el cual, por su propia cuenta, puede añadir, de buena fe, alguna cosa, juntándolas todas como si todas fuesen de Dios. Así explican los autores las accidentales contradicciones que se observan en algunas revelaciones de los santos, cuyo discernimiento (si fue del 1º o del 2º tiempo) se hace en general difícil.

La sierva de Dios M. María Rafols, atestigua esto mismo cuando dice: “Yo no sé, Hermanas mías, si habré puesto en los Escritos, que con tanta repugnancia les dejo, alguna cosa cambiada de las frases que mi Divino Maestro me decía; porque, como alguna de las cosas que les digo, hacía tantos años que me habían

sucedido, no me es fácil recordarlas a la letra, pero en lo substancial es cierto todo lo que digo”. —*Escritos* de la sierva de Dios M. María Rafols, aprobados el 10 de abril de 1931, por el Sr. Arzobispo de Zaragoza; y posteriormente en Roma el Subpromotor y Asistente de la S.C. Ritos—.

Esta regla tan sabia para la valorización de las apariciones y revelaciones, no reza en cuanto a las de Ezquioga, por cuanto en éstas se ha procurado y se procura, desde un principio, el asentamiento de las apariciones y revelaciones en registros especiales, tan luego los videntes hayan vuelto del éxtasis, momento en el que tienen realmente presente todo cuanto el cielo les ha revelado. —*Pruebas: Documentación Series A, B, C., Observaciones*—.

De todos modos precisan tener en cuenta las Reglas mencionadas para la justa valorización de las revelaciones privadas.

Fines de las apariciones y revelaciones en Ezquioga

Hay que atender a los fines porque aparece la Santísima Virgen en Ezquioga: a) No es para dejarse ver y regalar a los videntes; b) ni para satisfacer a los que no lo son; c) ni para castigar a nadie; d) ni, finalmente, para obrar milagros.

No aparece para dejarse ver y regalar a los videntes; que son generalmente almas, aunque escogidas, corrientes.

No aparece para satisfacer a los que no son videntes; con muchos menos títulos aún que los que lo son.

No aparece para castigar a nadie; puesto que, siendo Madre de Misericordia, deja el castigo merecido para su Hijo, a quien está reservado hacer juicio. —Ni aun el Padre juzga *visiblemente* a nadie. Juan 5, 22—.

No aparece, finalmente, para obrar milagros. Porque los ya obrados en el curso de la Historia son suficientes para conocer los fines de Dios en la tierra. Sin embargo, los obra amorosamente en sus apariciones.

Al modo que “Juan el Precursor vino para dar público testimonio de la verdadera luz que alumbra a todo el mundo, de Jesucristo, Verbo encarnado que, estando en el mundo, el mundo no le conoció y los suyos no le recibieron; de forma que vino a fin de que por medio de él todos creyesen”; —Juan I—, así la Stma. Virgen, precursora también de Jesús, viene para dar público testimonio de

la segunda venida de su Hijo; y como la Madre es en todo semejante al Hijo, de ahí que, visitando al mundo, éste no la conozca ni los suyos la reciban.

Aparece, pues Ntra. Señora para testificar que Jesucristo ha de visitar próximamente al mundo, descompuesto o salido enteramente de sus cauces, a fin de que por medio de Ella, todos crean y se salven; esto es, se salve todo lo que se pueda; que es precisamente el propio fin que el Hijo de Dios y de la Virgen tuvo para su primera venida a la tierra.

Este es el fin *primario, el fundamental. El fin secundario, el accesorio, pero necesario a la humanidad, es que la Stma. Virgen, por el mismo procedimiento que emplea para testificar el fin primario, mediante el cual usa maravillosamente de su poder, sabiduría y misericordia* —Estos atributos en María son los más grandes luego de los de la Santísima Trinidad (Santas Matilde y Gertrudis)— *con los pecadores, se deje conocer, amar y glorificar más que lo ha sido hasta el presente, según vaticinaron algunos santos, entre ellos la V. M. Sor María de Jesús de Ágreda, el beato Luis María Grigñon de Monfort y la sierva de Dios Madre María Rafols, y hemos expuesto en líneas anteriores.*

En una palabra; la voluntad primaria de la Virgen, que es la misma voluntad del Plan divino, es, como queda dicho, dar a conocer y ser testigo solemne de aquel fin fundamental; pero su voluntad secundaria estriba en que testimoniemos este segundo fin, para nosotros necesario, conociendo, amando y glorificando todavía más a Nuestra Señora, y haciéndola conocer, amar y glorificar más de todos. Por Ella, ciertamente nos hemos de salvar.

Compruébase todo esto por las diferentes revelaciones que los videntes de Ezquioga han recibido, y que es precisamente la piedra de toque, la pauta por la que hemos de conocer, a ciencia cierta, para distinguirlas, cuáles sean las apariciones y revelaciones de la Virgen y cuáles no.

Por consiguiente; cuantas apariciones y revelaciones tiendan a la afirmación y propaganda de ambos fines, pueden tomarse como verdaderas, esto es, como divinas; mientras que las que se aparten y se divorcien de esta Regla y más aun si la contradicen, son falsas.

Enjuiciamiento de los prodigios

Con respecto a los prodigios, se estudiarán los hechos en sí mismos y en sus circunstancias, atendiendo a si están dentro del orden natural, del preternatural o

del sobrenatural: pensando que son prodigios únicamente cuando se hallan fuera del orden natural, aunque éstos pueden ser obrados también por el diablo. Solamente los obrados dentro del orden sobrenatural son auténticamente milagrosos o de primer orden; —Cap. IV. *Milagro*— pero, para calificarlos *rectamente*, como tales, se han de tener presentes las cautelas que sobre el origen de las apariciones, visiones y revelaciones dejamos dichas; puesto que para su calificación *oficial* únicamente la Iglesia Católica es competente.

No hay que ser amigos de éxtasis

Dice de sí misma una gran mística española: “Como esto de arrobos hace en el mundo imprudente tanto ruido, extendióse y pasó adelante la publicidad. Las superiores que tenía, siendo como eran amiguísimas de exterioridades, fuéronse empeñando con unos y otros seculares, y por haberles concedido a unos el que me vieran en el raptó, no se les negaba a otros. Pero Dios quiso que cierto enfermo me avisase del peligro que corría, y yo juzgué que debía atajarlo, como así lo hice” —*Mística Ciudad de Dios*. Autenticidad de ídem y biografía de su fundadora, tomo V, trat. 2, cap. 7º núm. 51—.

Aun en las cosas santas exteriores caben sus peligros para el alma. Y estos peligros pueden atañer a tres linajes de personas, es a saber: a espectadores, simpatizantes y actores.

- a) El público, de ordinario, es curioso y ávido de novedades y sucesos extraordinarios, cuanto más asombrosos mejor; y con esta simple curiosidad, no siempre malsana, se lanza a la expectación de los fenómenos que admira, y que pocas veces entiende, mayormente tratándose de fenómenos fuera del orden natural, no obteniendo de la contemplación de los mismos, sino el haber satisfecho la natural curiosidad sin haber penetrado en el fondo de los hechos, sin haberse elevado a las causas, y sin haber obtenido los frutos de santificación debidos. Resulta que los fines que el cielo tiene sobre dichos sucesos quedan en todo o en parte frustrados, en cuanto a los espectadores.
- b) Los simpatizantes y ayudadores de tales sucesos, si no andan armados con los dones de ciencia y consejo que necesitan para tales menesteres, aunque de otro lado abunden en buen deseo y santo celo, se encontrarán que, aparte de que puedan incurrir en los inconvenientes de los anteriores, no podrán ayudar eficazmente a los videntes cuando de ellos necesiten,

exponiéndose además, a entrar en un mar de confusiones y peligros, y a conducir y peligrar a sus ayudados.

- c) Los mismos videntes deberán proveerse de ciertas necesarias cautelas para que la elevación espiritual a que les ascienden los éxtasis, en sí mismos considerados, y el alto concepto que les tienen los creyentes, no sean nunca motivo de vanidad y soberbia propia y menosprecio de los demás. El enemigo, que tan astuto es, prevalido de la permisión divina en la prueba a que están sujetos los videntes, podría determinar, si no hay base o hay poca base de oración, humildad y mortificación, graves caídas, que serían irreparables.

En evitación de peligros tales, se aconseja rehuir los éxtasis y raptos, y recibirlos con repugnancia, y sólo por obediencia y como medio de purificación y santificación propia y ajena, mas no buscarlos bajo ningún pretexto.

¡Hasta que la Iglesia hable... no hay que creer..., no es menester creer..., no hay que moverse...! Esto se suele decir. Respondamos:

Como Dios, en cuanto concierne a los hombres, no obra, no sólo en el orden natural, pero ni aun en el sobrenatural, sin nuestra cooperación, resulta que, según la cooperación que pongamos, así obra Él.

Que Dios no obra, no sólo en el orden natural pero ni aun en el sobrenatural sin nuestra cooperación, se prueba, con respecto al orden natural, que, si de Dios depende nuestra vida, no nos la sostendrá, v. gr., si nos negamos a alimentarnos; y con respecto al orden sobrenatural, se prueba también que nos da su gracia y nos dará la vida eterna, si guardamos sus mandamientos.

Pero la proporción de nuestra cooperación a aquellas funciones, tanto del orden natural como del sobrenatural, dan la exacta pauta del modo de obrar de Dios en nosotros. Si nuestra cooperación es sincera y perfecta, la obra divina en nosotros es completa. Y si nuestra cooperación es extraordinaria y heroica en frutos de santidad, no cabe duda que la obra de Dios en nosotros ha de ser también extraordinaria y heroica en frutos de santificación y salvación propia y ajena. “Con el santo serás santo y con el inocente serás inocente, pero con el perverso te pervertirás” —Salmo 17, 26—, dice el Señor por el salmista. “Todo el que me defendiere, añade Jesucristo, delante de los hombres, le defenderé Yo delante

de mi Padre celestial; pero todo el que me negare delante de los hombres, le negaré Yo delante de mi celeste Padre” —Mat. 10, 33—.

He aquí la justa medida de la fructificación divina en los hombres y los grados de santidad en los justos, así como de la perversión y maldad en los pecadores.

La Iglesia Católica no definirá si no le ayudamos en los trabajos preparatorios conducentes a la definición. Es a saber: en la aportación fiel de personas peritas, en la refutación completa de los argumentos que se la opongan; en una palabra, en la presentación, exposición y desarrollo, netos y sinceros, de los hechos históricos, para que sobre ellos cimentarse pueda el ulterior examen y definición eclesiástica. Luego la proposición sentada, es a saber, que *hasta que la Iglesia hable no hay que creer, no es menester creer y no hay que moverse* no pasa de ser una infeliz argucia: es falsa completamente.

La historia eclesiástica no hace otra cosa que abundar en testimonios sobre estos menesteres. A las definiciones de los concilios y de los papas no se ha llegado nunca sino luego de una larga preparación, de una detenida discusión, de un maduro examen y de una fervorosa oración. Pero, fijémonos. Antes de todas estas cosas se han sucedido los preliminares de los fuera, muy fuera del seno de las curias episcopales y papales y de los concilios. Y estos preliminares constan: a) de la relación de los hechos; b) de la exposición e ilustración de los mismos; c) de la aportación de los documentos, monumentos y testigos; d) de la contrastación en sí mismos y en relación con ellos y con la obra de conjunto de los dichos testimonios históricos; e) de su explicación dentro del orden natural, y si en este orden no se halla la explicación clara; f) el sugerimiento de hallarla dentro del orden preternatural, más que, si en este segundo orden no se encontrare, entonces es, g) cuando viene a las mientes el orden sobrenatural, por si en él se halla la causa de los hechos contados, expuestos, testimoniados, documentados, monumentados, examinados y contrastados. Si, a veces, cuando se llega a la definición, el trabajo está casi todo hecho...

Díganlo las encuestas, las conferencias, las discusiones públicas, hasta ruidosas y acaloradas, a veces escandalosas, v. gr.: sobre el misterio de la Inmaculada Concepción, a partir del siglo XIII en que la Orden Franciscana tomó a pechos sostenerlo y la Sorbona de París juró defenderlo, y otras comunidades religiosas y cabildos canónicos y órdenes religioso-militares y asociaciones piadosas y particulares insignes se empeñaron en propagarlo. Y vinieron luego los reyes y los obispos y cardenales a interesar a los Sumos Pontífices, quienes,

haciéndose aportar todo aquel costoso bagaje cultural y estudiándolo con detención, acabaron, al cabo de seis siglos, por católicamente definirlo.

En todo este largo proceso hubo grandes contrariedades, terribles polémicas, sendos disgustos entre personas todas ellas cristianas, religiosas, eclesiásticas y hasta santas; *pero no se sabe que, por creer el Misterio, ampararlo, sostenerlo y defenderlo, cuando todavía no estaba definido por el Santo Padre, a quién en último término corresponde la sentencia definitiva, creyese los enemigos del Misterio que los que le sostenían eran malos católicos y que perdían la Religión, por lo que se les debía perseguir, ni menos aun el que se les negase la recepción de los santos sacramentos, como se ha hecho y se hace con muchos de los mantenedores de las apariciones de la Virgen de Ezquioga. Que no hay, no, causa ni motivo justificado para que estas penas se inflijan; porque desde el momento en que estas apariciones católicamente no están condenadas, hay libertad para crearlas y defenderlas; y los que tienen probadas pruebas particulares de las apariciones, de tal modo que lleven al propio convencimiento, deberán creerlas y sostenerlas, so pena de hacer traición a su conciencia y de exponerse a que el cielo le retire sus gracias.*

La negación de los Santos Sacramentos a los videntes y demás, aun cuando se invoque la desobediencia a órdenes dadas en el Tribunal de la Penitencia por acudir a invocar a la Madre de Dios en el campo o por creer en las apariciones dichas, no es lícita, mientras la materia es libre. Y, siéndolo, es más ajustado a la justicia y a la caridad y a la Religión abrazarlas, por cuanto se honra a Nuestro Señor y a la Virgen, y se ejercita en las virtudes cristianas más que no en el extremo contrario, por la opuesta razón.

Díganlo, en cuanto más particularmente a nuestro asunto respecta, los trabajos preparatorios y los procesos mismos de la canonización de Santa Juana de Arco, del reconocimiento de los Secretos de la Saletta y de Fátima, de la beatificación de Bernardetta, etc., que han seguido un curso semejante al anterior.

Por manera que, cuando hay que recurrir a la Iglesia Católica, y cuando ésta entra en propias y exclusivas funciones, es cuando se han llenado todos aquellos huecos, ultimados sus detalles y orilladas sus dificultades. Aun entonces será preciso ayudarla con todas esas relaciones y exposiciones históricas y aportaciones mencionadas.

Es más; la Iglesia docente, para sus definiciones privativas de apariciones, revelaciones y milagros no obra exclusivamente; se vale y se ha de valer

necesariamente de la Iglesia oyente, entrando en ésta los sujetos afectados a la aparición, a la revelación y al milagro, historiadores, críticos, testigos, psicólogos, psiquiatras y patólogos, vistos y oídos los cuales procede a madurar su juicio hasta dejarlo para sentencia de la cual se encarga el juez eclesiástico competente.

En nuestros trabajos del Libro presente no hacemos otra cosa que atenernos a las reglas anteriores, aduciendo las consiguientes pruebas. No definimos, que çesta no es nuestra misión; y si parece que resolvemos, es exponiendo con carácter humano, y privado y, por tanto, expuesto a rectificación por superior mandato, las consecuencias lógicas que se obtienen de las premisas aducidas.

Luego, eso de que *no hay que moverse*; de que *no es menester creer*, y de que *no hay que creer*, tópicos manidos por la ignorancia, la pereza o la poca voluntad es una torpe excusa o una deserción cobarde para dejar de obrar el bien activo o para estorbar a que el bien se practique.

Y, si como dejamos insinuado, el cielo obra en nosotros a proporción de la cooperación nuestra: así como trabajan pésimamente mal los que, sobre todo, por ignorancia, mala voluntad o pereza no se prestan a obrar el bien o lo estorban; así trabajan excelentemente bien los que ponen su grano de arena a la fábrica de la santificación de las almas y los pueblos, y ayudan a que se produzca luz cuando las tinieblas lo invaden todo.

Capítulo XIII

CAPÍTULO XIII.— Intervención y acción diabólica en la humanidad. Diferencia entre la intervención y la acción diabólica. Un buen libro. Argumento “demonial” y respuesta sin réplica. Al demonio no le conocen bien, y por eso no aciertan. A quienes busca más el diablo. La mona de Dios. Del aspecto más grave en que el demonio se ha con los videntes y con los que no lo son. El horror a todo lo que roza los espíritus. Apliquemos esta doctrina a Ezquioga. Intensificación de la intervención y actuación diabólica en Ezquioga. A proporción de la intervención y actuación divina es la intervención y acción diabólica. Desenmascaramiento del diablo. Formas de aparición demoníaca. Simulaciones diabólicas a granel. Tentaciones y acometimientos del diablo personificado. Denuncias propias del diablo. ¿Cómo es que Dios permite que a sus siervos aparezca el demonio en forma semejante a las apariciones divinas, siendo así que de ello se puede seguir el engaño y la seducción de los que ven, y el desprestigio de las santas Apariciones? ¿No parece que sería mejor que el cielo no consintiera esto? Ejemplos. No pretendamos juzgar y medir las cosas divinas por las propias. El diablo no puede más que lo que Dios le permite. ¿Acaso los fenómenos extáticos podrían confundirse con la teúrgia y la magia? ¿Superstición? ¿Comedia? La gran compañía de Lucifer. La “contrapartida” de Satanás. Documentos inspirados por el diablo simulado, en apariciones a videntes de Ezquioga que, ciegos, fueron creídos por pseudo maestros y masas ignorantes, que acarrearón su desprestigio. En la comparación de esta “Contrapartida” con la “Partida” de nuestra Documentación A, B y C se descubre la autenticidad de ésta y la falsedad de aquélla.

Intervención y Acción diabólica en la humanidad

Diferencia entre la intervención y la acción diabólica.

—Cap. XII, al último—

No es lo mismo intervención que acción. La “intervención se limita a *tener o tomar* parte en un asunto, pero no a señorearle; mientras que la “acción” se refiere al momento en que *se domina, con exclusión de otro*, según facultades, bien a un asunto, bien a una persona. La acción es exclusiva del actuante y la intervención no. Al menos, nosotros, para nuestros estudios, necesitamos darle esta significación diferencial.

Aplicadas estas definiciones al trabajo infernal en la humanidad, del cual tratamos en este capítulo, debemos manifestar que *intervención diabólica* en una persona o asunto es cuando el espíritu del mal se mezcla solo en ella o en él para desordenarles, descomponerles, extraviarles y perderles, sin que les domine; mientras que *acción diabólica* es cuando este mismo tenebroso espíritu se *apodera totalmente* del asunto o del sujeto, igualmente para conseguir idénticos fines pero centuplicados. La intervención envuelve *obsesión*, y la acción *posesión* diabólicas.

Un buen libro

La preciosa Obra del docto presbítero Sánchez Verela —Eva y María— que trata con minuciosidad, hasta la satisfacción unos puntos tan del común ignorados, es la que todo hombre debiera hojear para darse perfecta cuenta de la intervención y de la acción de Satanás en el mundo, más general de lo que comúnmente se cree.

Al efecto, dicho autor agrupa las obsesiones diabólicas en estas cuatro categorías: 1ª, con el vulgo; 2ª, con los santos; 3ª, con los que han tenido tratos con Satanás; y 4ª por sortilegios. De todas estas categorías aduce casos concretos, comprobados y documentados, algunos de ellos ruidosísimos, que han dejado rastro memorial en la humanidad. Nosotros no podemos pararnos siquiera en la aducción de alguno, porque nuestro propósito es sentar la doctrina de tales menesteres.

Con respecto a las posesiones diabólicas, el autor de referencia aduce algunos casos tan notables, que por sí solo se demuestran. Citaremos el de las religiosas ursulinas de London (Francia) 1632-1639, que acabó con la ejecución del párroco del pueblo, director espiritual de las religiosas; el de los seudomilagros de los convulsionarios jansenistas del cementerio de San Medardo, ocurridos en 1733, en París; el histórico caso de la auténtica brujería medieval; los endemoniados de Ilfurt, en 1864; los cien posesos de Morzine, en 1857; y en España hemos tenido casos, algunos en Valencia, de posesiones no continuadas.

En el capítulo III, el Sr. Varela trata de los “aliados de Lucifer”, haciendo entrar en tal cofradía los heresiarcas y herejes, la masonería, la nigromancia, el espiritismo, el mundo y el Anticristo; en una palabra: todos los hombres de mala voluntad que, al cabo, vienen a contarse con los enemigos de Cristo.

La suma de todos estos factores, tan tenebrosos como el mismo espíritu que sugiere el error y el mal, es la resultante de la intervención y de la acción demoniaca secular en la humanidad, que hay que tener en cuenta, si se quiere acertar en lo extraño, lo sorprendente y lo maravilloso, que tanto puede ser natural, como preternatural, como sobrenatural. Aquí el estudio paciente y de la oración constante.

Argumento “demonial” y respuesta sin réplica

En cierta ocasión estábamos hablando con cierto catedrático de ciencias, de otro lado piadoso, sobre la tremenda oposición de que son objeto los Hechos de Ezquioga, y mentábamos el argumento que oponen, de que *allí* (en Ezquioga) *está el diablo* y *“solo” el diablo*.

Eché su cuarto a espadas el catedrático y dijo: ¿Afirman que está aquí el diablo? Luego le reconocen, y no es mala cosa para estos tiempos de crudo materialismo que atravesamos.

Pero vayamos nosotros a cuentas: Si en Ezquioga está Satán es porque tiene allí que hacer. De lo contrario no estaría. Ahora bien; Satán tiene que hacer precisamente *donde se le mina el terreno*, porque en el terreno conquistado o cedido está de sobra su presencia.

A este propósito, cuenta Santa Teresa de Jesús que, pasando una vez por Sevilla, vio al diablo que estaba sentado en la Plaza Nueva, mirando a quienes iban y venían, y le preguntó: ¿Qué haces ahí tan parado? ¿Cómo no vas a tentar a la gente, siendo este tu oficio?

—Aquí no hacemos falta nosotros, porque los unos son tentados por los otros. Por eso estoy tomando el viento.

Se ve que en Sevilla nadie minaba el terreno al demonio, y por eso éste holgaba; mas, si como afirman los opositores de las apariciones, el diablo trabaja y mucho en Ezquioga, es ciertamente porque aquí se le mina el terreno. Mas, ¿quién se lo mina? Nadie mina el terreno de otro como no sea su enemigo, y, en este caso, el enemigo por antonomasia de Lucifer es Dios y sus santos, particularmente la Santísima Virgen. Luego son estos los que en Ezquioga forzosamente aparecen a otros, también parecidos a los santos contra quienes el demonio opera, y son o deben ser los que minan el terreno a éste.

Luego la conclusión lógica es evidente. Por el argumento, llamémosle “demonial”, de los que niegan las apariciones o no las atribuyen substancialmente a la Santísima Virgen, se prueba que es verdad que en Ezquioga hay apariciones de la Virgen, de Jesús y de los santos.

Los que emplean tal argumento expresan una verdad, mas no toda la verdad. Es una verdad a medias. Afirman una parte de la verdad al decir que “allí en Ezquioga hay diablo”, y callan o niegan la otra parte de la verdad, diciendo que “allí en Ezquioga no hay Virgen ni Jesús ni santos”. Esta verdad a medias es la peor de las mentiras, por cuanto con ella queda engañado mejor el pueblo — *Documentación Serie B.*, núm. I, Al principio—.

Al demonio pocos le conocen bien y por eso no aciertan

De ordinario, aun los que creen en la existencia del diablo y que trabaja en el mal y para el mal y en odio al bien, y que es uno de los tres enemigos del alma; por no pararse a estudiarle a la luz de la teología católica, de la historia sagrada y eclesiástica y de las vidas de los santos, no tienen *exacta* noticia de su inmundo ser, en continua rebeldía con Dios y la creación, ni de su siniestra labor, siempre hipócrita ni de sus desastrosos efectos individuales y colectivos.

Mas, para conocerle bien, no basta tener la exacta noticia de que hablamos, pues esto sería conocer a Satanás *teóricamente*. Para conocerle a fondo es menester estudiarle *experimentalmente*, en si propio y en los demás, desdoblados éstos en perfectos e imperfectos cristianos; y para esto son precisos —aparte los conocimientos dichos— gran voluntad de acertar, empleo de mucho tiempo, suma paciencia en las pruebas, acierto en la elección de las mismas, y sobre todo, darse por entero a Dios, mediante la oración, la mortificación, el sacrificio, el sufrimiento y las lágrimas, a fin de poder enfrentarse con Satán.

Sólo así, o análogamente, se podrán apreciar las sinuosas artimañas diabólicas en los siervos de Dios y en los que no lo son, y *distinguir las claramente* de las actuaciones de Jesús, la Virgen y los santos.

Pero, en la forma que frecuentemente se estudia —si es que se le llega a estudiar— serán confundidas las unas con las otras; y, al cabo, el hastío, el disgusto y la impotencia, determinada por la contradicción y contrariedad que implica la astucia diabólica ignorada, cuando no la poca voluntad en conocer, harán que se achaque todo a obra satánica; porque así se termina más pronto,

acertando en algo, esto es, en que hay demonio, como le hay en toda obra; pero diciendo la más grave de las mentiras, cual es toda verdad *a medias*.

He aquí la estampa de lo que, de ordinario, ocurre con los hechos todos sobre visiones y revelaciones, profecías y milagros, particularmente, los que afectan a Ezquioga, *por lo excepcionalmente acumulados*, que son de los que venimos tratando.

Y ¿no es una inmensa lástima que por falta de hombres capacitados en estos delicados menesteres, se dé al traste con una de las mayores obras del cielo, a causa de no saber diferenciarla de la del infierno, que se mezcla siempre con aquella, *simulándola* de todas las maneras y formas con que la del cielo se muestra, para armar la confusión entre los hombres, y conseguir el desprestigio de la primera con la repulsión de la segunda? ¿Qué importa al infierno se huya de él sí, al fin, consigue arrastrar consigo, mezclados, a los que el cielo busca?

Hay que tener en cuenta un factor importante: Belcebú no anda principalmente detrás de los perversos, sino de los buenos. La razón es que aquellos están ya por él cazados, y éstos, no. Sin embargo, se vale de los perversos como coadjutores suyos, en el plan del desquiciamiento humano y de la perversión de los buenos. Porque su labor estriba en desordenar lo ordenado, corromper lo óptimo y perder lo santo: introduciendo en lo santo la relajación, en lo óptimo la corrupción y en el orden la inversión. A mayor virtud mayor empeño draconiano en destruirla. Contra ella van, sobre todo, los certeros tiros de la serpiente antigua. Y ¡cuántos impactos no tiene que llevar mientras se ejercitan en la tierra! Pero, asimismo y a proporción, ¡cuántos auxilios no recibe del cielo? Jesucristo, Señor Nuestro, el paciente Job y casi todos los santos son los modelos de este linaje de persecuciones.

Con respecto a los perversos no hay que decir que el diablo les olvida. Los tiene presos; y, como un abismo llama a otro abismo —Salmo 41, 8—, no tiene más que ponerles al borde del abismo y darles un fuerte empujón para que ellos solos rueden hasta el fondo.

La mona de Dios

No hay sino ver que el espíritu de las tinieblas pretende en todas ocasiones imitar a Dios. Como fue sepultado en el averno, a causa de la pretensión de ser “semejante al Altísimo” —Isa. 14, 16— y “aún más que el Altísimo”, —*Mas que el*

Altísimo. En un altercado que cierto siervo de Dios, que conocemos, tuvo con Satán, a quien éste decía que se había presentado allí para hacer lo que le viniera en gana, contestó el siervo de Dios, que él (el diablo) haría lo que Dios le permitiese.— Replicó Satán que él *era más que Dios*, a lo que respondió su interlocutor: Calla, blasfemo, tu soberbia te denuncia. Harás lo que Dios te permita—. Todas cuantas adoraciones y acciones de gracias recibe de los ángeles y de los hombres el Señor, las quiere para sí y las procura Satán—, todavía le dura dicha pretensión, y no hace más que estudiar la manera y forma con que el Señor y la Virgen o los santos aparecen a los mortales para él hacer otro tanto y engañar y perder.

Ejemplo de esto lo tenemos en el mismo paraíso terrenal: Dios se muestra e instruye a Adán; también el diablo, disfrazado de serpiente, se muestra y finge instruir a Eva. —Gén 3— Dios manda a Moisés, como había mandado a los anteriores patriarcas, la adoración que se le debe —Éxo. 20— y algunas veces se presenta a ellos para que le adoren; también el diablo, disfrazado de “gran dragón”, había sugerido a los babilonios le adorasen, y éstos, ciertamente le adoraban. —Dan. 24, 22— Y así en todos los siglos.

¿Qué extraño es, pues, que en Ezquioga, donde Luzbel ve de ordinario las manifestaciones de Jesús y María a los videntes, trate de mostrarse a éstos de un modo *análogo* a como aquellos se muestran? Y decimos de un modo *análogo o semejante*, porque nunca será igual, y para diferenciarlo hay medios conocidos, según veremos.

Quisiéramos poder llevar a la inteligencia de los que nos leen la claridad de un asunto que, de suyo, parece secreto y formidable. Todo es cuestión de querer abordarle con los medios que antes dejamos expresados. No hay que escrutarle *a medias*, porque subsistirá la negra confusión. Hay que sondearlo *a enteras*, y entonces será plenamente conocido.

Del aspecto más grave en que el demonio se ha con los videntes y los que no lo son

Videntes, exvidentes y seudo videntes, cuando por permisión divina, y para fines de santificación propia y ajena son torturados por los diablos, aun cuando para el mundo en que viven no se hayan sino de modo mecánico en aquello que es inherente a la expresión del daño y dolor recibidos; sin embargo, para el mundo interior y el sobreterreno subsisten con toda la fuerza de sus potencias anímicas y sentidos, aunque en modo extático, y por ello vean, oigan, huelan, gusten, perciban y sientan cuantas torturas se les infiera y los dolores consiguientes, en

magnitud e intensidad mucho mayor que si no fueran extáticos, habida razón de que el mundo extático es de una perfección más delicada y altísima. Por esto experimentan los sufrimientos y cesan total o parcialmente en ellos, según la causa que los produzca.

Si la causa es divina, aunque el instrumento de que ésta se valga sea diabólico, la cesación de los tormentos es *rápida y completa*; rápida, porque cesa en el acto que la causa divina quiere; y completa, porque dichos tormentos no dejan daño ni rastro, aunque pueda haberlo accidentalmente de tortura en los afectados. Esta cesación es *totalmente* admirable, y hay en todo ello verdadero milagro. Porque así son los obrados por Dios, la Virgen Santísima y los santos.

Si la causa es diabólica, lo mismo que el instrumento de que se vale, como el demonio obra para causar el mal, y lo causa, si Dios no le pone cortapisas; dicha cesación es larga e incompleta; larga, porque el diablo se ha con el que tortura como un tirano con su esclavo; e incompleta, porque deja rastro, profundo a veces, en la salud y el ánimo del afectado. Tal cesación es *parcialmente* admirable, y hay en ello falso milagro. Porque así son todos los obrados por la influencia diabólica y los que obrará el anticristo.

El horror a todo lo que roza los espíritus.

(Recuérdese lo que dejamos dicho en el cap. IV sobre *Espiritismo*)

El solo nombre de espíritus, de demonios, de ocultismo asombra e intimida.

Pero asombra e intimida a los que no tienen el ánimo resuelto para mirarlos frente a frente, y medirles y sondearles.

A primera vista les parece cosa de espiritismo, de magia negra o cosas peores.

Es como si a un formidable enemigo se le volviesen las espaldas, en lugar de buscar convenientemente pertrechos de lucha para hacerles frente.

Mal se le podrá vencer si no se le hace frente debidamente.

Porque en los caminos de la vida no basta armarse místicamente contra Satán: se necesita, asimismo armas intelectuales para combatir los recovecos del enemigo y aconsejar sólidamente a los demás.

Y aun cuando esto sea de lo más difícil, precisamente por su dificultad se consigue mayor mérito.

Nadie que no sortee con éxito las dificultades entra en la categoría de héroe.

Sobre todo, los que están obligados a proyectar luz clara, ¿qué cuenta van a dar el día de las tremendas responsabilidades, cuando se vea que no solamente no han proyectado esa luz, sino que, al igual que las vírgenes necias del Evangelio, —Mat 25— no se han armado, con tiempo, de la lamparilla y del aceite y del encendedor para prestar esa clara luz obligada?

Huir de la luz es absurdo; hablar mal de ella es necedad; ir contra ella, monstruosidad. Por el contrario hay que ir en busca de la luz y vivir con *ella* y de *ella* .

Jesucristo y sus apóstoles atribuyen al diablo los grandes crímenes: la incredulidad de los judíos, la traición de Judas, la ceguera de los paganos y las enfermedades crueles, como las posesiones y las obsesiones. —Inter alios, Joan. 13, 27—.

Por *la posesión*, el demonio obra *dentro* de la persona de la cual es dueño, atormentándola más que nada; la cual posesión puede ser indefinida y por corto tiempo.

Por *la obsesión* el mal espíritu obra por *fuera*, en derredor de la persona que intenta adueñarse, sugestionándola con pensamientos siniestros, excitando su temperamento y sus pasiones y hasta maltratándola.

Los judíos atribuían a los demonios las enfermedades extraordinarias y terribles, como la epilepsia, la catalepsia, el frenesí, las convulsiones de los lunáticos —*Diction. de Theol.* Par Bergier et Le Noir, verb. *Satan.*—; y Jesucristo, lejos de combatir, en algunos casos, esta creencia, la confirmó, ordenando al demonio salir del cuerpo del poseso y permitirle que entrara en una piara de cerdos. —Mat. 8, 31—.

Este mismo poder confirió a sus apóstoles y discípulos, quienes lo usaron en muchas ocasiones con éxito. —Luc. 10, 17— De aquí los exorcismos que emplea la Santa Iglesia Católica para ahuyentar la serpiente antigua, digan los protestantes lo que quieran en contra.

Téngase presente que, aunque Jesucristo, por su muerte, destruyó el imperio del diablo, pero no le tiene encerrado completamente en el infierno, sino que le permite *condicionalmente* tentar a los hombres —Paralip. 18, 20— para que éstos, a su vez, adquieran en la lucha mayor mérito.

De ahí que los demonios, permitiéndolo Dios, “se mezclen en todos y en todas las cosas” —palabras de la Santísima Virgen en una de sus apariciones en Ezquioga— con el fin (el del diablo) de estropearlo y perderlo todo. —Luc. 22, 31— Son los rectores de las tinieblas del mundo —Ad Ephes. 6, 12—, en cuanto éste es enemigo de Dios y de la creación; esto es, rectores de los malos consejos, ejemplos y costumbres.

Es natural que, a mayor orden y virtud, mayor esfuerzo pondrá Satán, en perderlos; porque el desorden y el pecado están en su poder —I Juan 3, 8—; y lo que él desea es entrar en posesión de lo que todavía no es de él.

He ahí por qué el espíritu de las tinieblas tiene más a los buenos que a los malos, a los religiosos que a los seglares, a las comunidades monásticas que a los pueblos.

Apliquemos esta doctrina a Ezquioga

Los judíos acusaron a Jesucristo de arrojar demonios por el poder de Belcebú, príncipe de las tinieblas —Luc. 11, 15—; y muchas gentes acusan a los videntes de arrojar el demonio v. gr.: de las manos que él ató, y de hacer las demás obras que practican en virtud del diablo.

Ahora bien; Jesucristo respondió a aquella tremenda acusación: “Todo reino dividido en facciones contrarias será desolado, y cualquiera ciudad o casa, dividida en bandos, no subsistirá. Y si Satanás echa fuera a Satanás o a sí mismo él es su propio enemigo; ¿cómo, pues, subsistirá su reino? Que si yo lanzo los demonios en nombre de Belcebú (como vosotros decís) ¿vuestros hijos en que nombre los echan? Ellos serán vuestros jueces. Más, si Yo, por el contrario, arrojo a los demonios en virtud del Espíritu de Dios, síguese, por cierto, que ya el reino de Dios, o el del Mesías ha llegado a vosotros. O si no, decidme: ¿Cómo es posible que uno entre en la casa de algún hombre valiente y le robe sus bienes, si primero no ata al valiente? Entonces es cuando podrá saquearle la casa” —Luc. 11.—

Desmenucemos, empero, toda esta sabia argumentación del Hombre Dios, en la que se encierra la entraña de lo que en Ezquioga sucede.

No cabe duda que las manos, que en algunos videntes en visión quedan atadas, sin que fuerza humana pueda desatarlas, según repetidas veces se ha probado, lo son en virtud del poder del diablo. “Yo no ato las manos a nadie”, ha

contestado la Santísima Virgen en Ezquioga, cuando se le ha preguntado sobre el particular; probándose que es así, por cuanto únicamente con la aplicación del Crucifijo a las atadas manos, y no por todos, sino por los que tal facultad de la Virgen han recibido, quedan dichas manos desatadas, como si ningún esfuerzo hubiesen hecho, después de los inauditos empleados para ser desligados.

Ahora bien; si los videntes obraran en virtud del poder de Belcebú, éste actuaría contra sí propio y destruiría su reino, lo cual no es admisible. Luego, obran en virtud de otro poder, que *necesariamente* ha de ser el poder del que puede destruir el de Satanás: que por esto es señal sensible el Crucifijo empleado, que desata las manos que el diablo ató. Luego, obran en virtud del poder del Espíritu de Dios, facultados por la que es medianera de todas las gracias, la Virgen María.

Y, siendo esto así, es el reinado de María el que ha empezado entre nosotros, siendo por ello dichosos los que a él pertenezcan.

Los fieles videntes de Ezquioga pueden perfectamente repetir aquellas sentidas palabras que el Salvador pronunció cuando los judíos le acusaron de que era samaritano y que estaba endemoniado: “Yo no estoy poseído del demonio, sino que glorifico a mi Padre (y a mi Madre, Nuestra Señora) y vosotros me habéis deshonrado...” —Juan 8, 49—.

Todo el capítulo VIII del Evangelio de San Juan es una sabia respuesta de Nuestro Señor a todos sus formidables enemigos que, llenos de envidia y coraje, porque les decía la verdad escueta, le trataron de endemoniado, que es más que loco.

No de otra manera se trata a los videntes y a los que les defienden y con ellos simpatizan. No podrían éstos, empero, a sus enemigos. Ciegos, con la doble ceguera de la ignorancia y de la no aceptación de los hechos, porque no se toman el trabajo de investigarlos, ¿no podrían —repetimos—, acoplarles las palabras que el Salvador dirigió a sus enemigos: “Vosotros sois hijos del diablo y por esto queréis satisfacer los deseos de vuestro padre? —Juan 8, 44— ¡Ah! No olvidemos jamás el pensamiento sintético que se obtiene de lo que las sagradas escrituras rezan acerca del mal espíritu. Es a saber: *El diablo es padre y príncipe de este mundo y de todos los impíos.* —Sinopsis de la actuación del diablo en las Vulgatas parafraseadas del Nuevo Testamento—.

Intensificación de la intervención y actuación diabólica en Ezquioga

Después de lo anteriormente observado, surge a nuestra consideración un singular fenómeno que estamos notando desde principios del año 1933. No cabe la menor duda, y es normalmente histórica la intervención y actuación diabólica en el mundo y sus hombres, como también son normalmente históricos los medios *imitativos* de que el espíritu del mal se vale para tentar y seducir. Esto lo acabamos de ver. Lo que no es normalmente histórico es el *hecho de la intensificación* de dicha intervención y actuación en determinadas épocas de la humanidad. Dos ejemplos: 1º Nunca como en los tiempos próximos al Diluvio acentuó sus filigranas el padre de la mentira, de tal manera que el mismo Beroso —*Historia Caldaica*— afirma, confirmándolo el Texto sagrado, —Gen. 6, 12—, la corrupción universal inaudita de aquella época. 2º Nunca tampoco como en los tiempos de Nuestro señor Jesucristo, hubo tantas posesiones diabólicas, las cuales se iban desvaneciendo a medida que el hijo de Dios aplicaba su omnipotente misericordia sobre los afectados.

Apliquemos esto a Ezquioga. Desde el principio de las apariciones ha sido normal en Luzbel y compañía su injerencia en los videntes para, imitando lo que ellos ven y oyen, hacerles ver y oír como de Nuestro Señor, la Virgen y los santos, lo que es propio de su inmundada cosecha.

Pero, a partir del año 1933 es tal el recrudecimiento de su intervención y actuación en los propios videntes, sobre todo desde que, por necesidad, suspendimos nuestra presencia en estos lugares, que llama poderosamente la atención y resulta admirable el modo y las veces que el mal espíritu se introduce en alguno de ellos, *siempre para perderlos y mucho más para causar el desprestigio y, con él, el acabamiento, si pudiera, de las Apariciones, o cuando menos, el que las gentes las abandonen y, asimismo, los buenos efectos de ellas.* Así, no sólo subvertiría, sino que arrojaría por tierra la obra del cielo, suplantándose él en lugar de ésta, que es precisamente lo que consiguió en los tiempos próximos al Diluvio y pretendía conseguir en la época de la predicación de Nuestro Señor.

Los que no conocen tales cosas, que es casi todo el mundo, cuando oyen estas parciales actuaciones diabólicas, lo primero que hacen es espantarse de ellas o llegar hasta la duda y la negación de todo cuanto pueda rozarlas. Y nada menos lógico y práctico que esto. Porque si a nosotros se nos da a resolver un problema de matemáticas, v. gr., y en lugar de estudiarlo y resolverlo lo desestimamos no por eso deja de subsistir el problema. Lo que en tal caso

deberemos hacer, si no sabemos o podemos resolverlo, es darlo a un buen matemático para que nos le resuelva. Y luego de resuelto, veremos cuán sencillo y hacedero es. Pues lo mismo ocurre con los problemas extranaturales: que si no se pueden resolver por sí mismos, no por eso hay que desestimarlos, sino que hay que darlos a un buen teólogo místico que, con ayuda de un buen psicólogo y un buen médico, lo resuelvan a satisfacción.

Y hemos indicado que “resulta admirable el modo y las veces que el mal espíritu se introduce en algunos videntes”. Una vez es el descubrimiento general de las particulares conciencias, siempre por vía de los actos externos sugiriendo la confesión general en el interesado, con el aparato del arrepentimiento para mejor engañar a éste y al actuante. Otra es el dialogar de un oculto crucifijo de carne (que por nada se ha de enseñar a nadie) con el presunto vidente, a fin de dar como resoluciones de Jesús, los tremendos disparates de Lucifer, mecanizados ambos casos, que iban dando ya sus frutos formidables, y los hubiera dado más, hasta llegar Dios sabe a dónde, y que pudimos llegar a tiempo para atajarles, persuadiendo a los presuntos videntes de que eran ellos puros instrumentos del diablo, para fines perversos. Otra, son las reiteradas visiones y revelaciones diabólicas, desconocidas absolutamente de algún vidente y de los que les escuchan, y aún costosas de conocer de los peritos en la materia, que por esto muchos obligados huyen de ellas. Y otra, es la del diablo metido a predicar en la campa de Ezquioga, mediante una instrumental vidente, a la que luego de convencida, conseguimos se desdijese y reprobese en el propio lugar que predicó, las irreverencias, mentiras y herejías que el diablo le sugirió decir. Con la necesaria salvedad de que la vidente, como tal instrumento del diablo, ignoraba lo que decía, y por tanto, no era culpable de lo dicho ni aún de lo hecho, porque era el diablo el que la poseía y, como *tubo de órgano*, hacía salir por su boca los tremendos disparates que le sugirió.

Y gracias que, también, a tiempo y con los auxilios del cielo pudimos aventar todo esto, porque el plan diabólico no escapa al advertido: Tal era por el mal ejemplo, el descrédito de Ezquioga.

De todo ello surge una consecuencia; y es que todas estas cosas, no estando patentes a todos ni mucho menos, es preciso sean aclaradas, por quien del cielo, juntamente con los reiterados estudios, reciba luz suficiente para resolver los casos.

Y no se crea que con estos cuatro casos el demonio se cansará. Hay que estar prevenidos para ulteriores, nuevos y difíciles casos, que su despierta

inteligencia, unida a su secular maldad, inventará para hacer caer en nuevos lazos, no alcanzados sino por los que, dados a la continua oración, penitencia y estudio, el cielo ayude. Lo demás es danzar a tenor de la batuta que Belcebú maneja.

Los que tenemos las manos puestas siempre sobre la masa, jamás acabamos de salir del asombro que nos producen los inacabables casos de actuación diabólica y de intensificación de la misma en lo que respecta a Ezquioga. A tenor de la actuación divina, cuanto más tiempo transcurra, más es la intervención luciferiana. ¿No es verdad que, al principio de las Apariciones, no se oía hablar de influencias diabólicas? ¿No es verdad que éstas han ido surgiendo a medida que el tiempo transcurría, y cuando algunos videntes se enfriaron o fueron infieles? Y con el transcurso del tiempo iba aparejada la multiplicidad de las apariciones y de las maravillosas misericordias de María. A mayor tiempo contado mayores fuerzas divinas: Pero también mayores enfriamientos y división de favorecidos videntes.

He aquí, pues, la doble causa de la intensificación de la intervención diabólica; intensificación que ha de aumentar necesariamente más (escribíamos esto en el verano de 1933) a proporción que la obra de Ezquioga, como buen termómetro, suba empujada por el calor del amor divino hasta llegar al *summum*. Por desgracia, ha sucedido así.

Desenmascaramiento del diablo

El espíritu del mal sólo puede ser temido por los ignorantes, los corrompidos y los inaplicados a la oración y la penitencia. Los limpios de corazón, que buscan y ven a Dios, no pueden temerlo. Con la asistencia divina y la protección de María les vencen. Pero aun a éstos se les presenta de tantas maneras como ofrece la inmensa variedad de las formas, los colores y los placeres, que luego detallaremos *en parte*; porque, si fuéramos al detalle total, se necesitaría un grueso volumen.

No obstante; por las circunstancias de: a) la voz, b) el lenguaje, c) la mirada, d) la actitud, e) los modales, f) la finalidad empleada por el príncipe de las tinieblas, y g) por los efectos causados en el individuo se vendrá en perfecto conocimiento de que es él el que preside la mente, el corazón y la escena.

- a) *Por la voz*: La voz sensible del genio del mal es fuerte, áspera, ronca, chirriosa, como de perturbado, de embriagado, de encolerizado. Por mucho

que la suavice, la modere y la finja, reviste los caracteres de sujeto anormal, rabioso, en pugna con aquél a quien habla, y como de tirano que se le impone.

- b) *Por el lenguaje:* El lenguaje vocal de Satán es impuro, sucio, asqueroso, amenazador de fieros males, de verdulera de plazuela, de rufián de lenocinio; con tendencia a lo abyecto, a lo desquiciado, a lo fatuo, a lo desequilibrado, aunque muy atado. Por mucho que lo finja, pronto o tarde caerá en el léxico suyo, tan bajo, tan degradado, tan repulsivo.
- c) *Por la mirada:* Los ojos de Belcebú, adopte éste las formas racionales o irracionales que quiera, son de fiera, de gato montés, de lobezno, de monstruo (medio bestia medio hombre). De color negro, tirando al rojo; con pupila enardecida, ígnea; con mirada encendida, ardiente, siniestra; enfocada, como de astuto perdonavidas, en el sujeto a quien se dirige. Por mucho que los suavice —que a veces lo consigue, y parecen plácidos— hay que aguardar al final de la aparición, y entonces acaba por mostrarse como es.
- d) *Por la actitud:* No siempre el demonio se muestra en actitud airada, lasciva, descompuesta y amenazadora. Se presenta a los que más le conocen con ademanes suaves, taimados, hipócritamente místicos. Lo general son de turbación, de enloquecimiento; y cuando finge, los modera un tanto para engañar. Pero se le conoce bien.
- e) *Por los modales:* No sabemos qué herencia ha obtenido, ni en qué escuela ha cursado el espíritu del mal, que no posee ningún modal fino, correcto, atrayente. Todo en él es brusco, torpe, feo, primitivo. No tiene consideración a las personas, que, para él, todas son de miserable calidad, perdidas, candidatos para su reino. De todos se ríe y se burla; a todos amenaza y daña; con todos juega y se divierte; a todos quiere reventar, matar y llevar al infierno.
- f) *Por la finalidad:* Demás es sabido que la mirada del ángel caído es, sea como fuere, “perder a la humanidad”, apartándola de los buenos caminos y sugiriéndola, para ello, malos pensamientos, conduciéndola por malos pasos y hasta enseñándola reprobables acciones. Perdido él, con todos los que le siguieron, su gran hambre está en saciarse de la mala ventura de los hombres.

- g) *Por los efectos*: Finalmente causados en el individuo, se conoce, *a posteriori*, al genio de las tinieblas, quien deja a sus tentados, sugeridos o aparecidos, el disgusto, la inconstancia, la turbación, el mal pensamiento, y quizás, el deseo del logro de algún vicio capital; a no ser que, reaccionando, a causa de la asistencia divina, diga al tentador: “Vade retro, Sataná: Soli Deo servies” —Mat. 4, 10—.

Tenemos archivados múltiples casos, por los que se prueba todo lo que decimos.

Formas de aparición diabólica

No hay forma, no hay circunstancia, no hay coyuntura que el demonio no aproveche y emplee falazmente —*siempre falazmente*— con el propósito de seducir y perder a los videntes y a los que con ellos simpatizan, mas el desprestigio de la Obra de Dios, como finalidad última. El coraje lógico que nos ha tomado este enemigo común, precisamente por el trabajo encomendado, que entre manos llevamos, es tal que podría ser objeto de una sección aparte. Esto sería curioso e instructivo por demás y ocasión de mayores rabieta luciferianas. Pero, por tocarnos tan de cerca, lo omitimos. Únicamente nos permitimos afirmar que, muchas veces en público, —y decimos esto porque se puede probar— ha mostrado tal coraje que hasta con frases indecentes ha requerido nuestra perdición. *¡Que reviente!* Es su frase. Nos lleva montado en su nariz y creemos firmemente que, a no ser por protección especial del cielo, nos hubiera armado ya terrible jugarreta. Pero, confiamos en Dios y en su Santa Madre que, *a causa de esto*, ningún daño experimentaremos.

Mas, volviendo a lo primero, esto es, a las formas, circunstancias y coyunturas que Belcebú aprovecha y emplea falazmente para perder, hemos de confesar que las aprovecha todas y lo emplea todo para tal fin.

Cierto día se le presenta a la vidente X en forma de Inmaculada, tan perfecta que ni aún en los ojos, que siempre los muestra aviesos, como de tigre o gato, y en los pies, que los lleva como garras de fiera, se le distinguía. La vidente dijo a la aparición: “Di, Avemaría” Y ella contestó: “Ave”, pero sin el “María” —Tú no eres la Virgen. —Sí lo soy. —Pues nombra el vocablo “María” después del “Ave”. —No quiero. —Pues no te reconozco como la Madre de Dios, vete—. Entonces la aparición arrancó los ojos postizos, que llevaba sobrepuestos, y los dejó caer; al propio tiempo que, debajo de dos rosas que, como pintan a la Virgen de Lourdes,

sobre los pies llevaba, alzaban sus cabezas dos culebrillas, avanzando sobre las rosas mencionadas. El diablo acabó por mostrarse y marchó sañudo.

Unas veces se le ha presentado como caballero galán, rondándola y dirigiéndola frases tentadoras; otras, como indecente fauno que la invitaba a prevaricar; otras más, como bestia feroz para amilanarla. Pero todo esto, al principio, esto es, cuando aparece es tan oculto y sugestivo que se necesita la prueba para descubrirle.

De poco tiempo ha se muestra de sacerdote, parecido al autor de estas líneas, fingiendo a los videntes a quienes se les muestra, como buen amigo de éste y para quien les confía consejos mentidos. Les añade que él celebra Misa en determinada iglesia de tal localidad cercana al punto de nuestra residencia, yendo todos sus falsos consejos y engañosas tentativas a parar a apoderarse de las cuartillas de este Libro, o a impedirle su publicación, valiéndose de todas las bajas astucias que él conoce, hasta de nuestra desaparición personal del globo.

Pero, no es bastante listo el enemigo. Se le conocen sus tretas a poco que se examinen y aunque tememos, confiamos: a) en que el cielo nos asistirá; b) en que el demonio sólo puede lo que el cielo le permite, y c) en que procuramos basarnos en la humillación, la oración y la penitencia.

Simulaciones diabólicas a granel

Notamos que casi todas cuantas manifestaciones extáticas obra el cielo en los videntes de Ezquioga, procura el diablo simularlas en otras manifestaciones preternaturales, de forma que, si no es aplicando los recursos apuntados en este libro —recursos que son de los santos— es difícil conocerlas. No se olvide jamás la frase repetida de San Agustín: “El diablo es la mona de Dios” *Simia Dei*. De ahí que las *formas* que ha producido el Creador en el universo, son otros tantos modos de que esta vieja *Simia* se vale para manifestarse alguna vez a los hombres.

Este siniestro procedimiento acentuase más todavía cuando ve que el cielo adopta determinadas manifestaciones para comunicarse con la humanidad. Es entonces cuando él procura imitar la manifestación.

Y si, como en el caso excepcional de Ezquioga, aumentan las divinas manifestaciones, él trabajará también por aumentar las suyas, imitándolas lo mejor que sepa y pueda.

De ahí el número variado de éxtasis preternaturales o diabólicos, que extrañan a todos, asustan a muchos y ponen en guardia y estudio a los que a estos menesteres nos dedicamos, para obtener la consecuencia, no de que hay que acabar con todos ellos —porque esto es pueril— sino que hay que estudiarlos bien para darle el lugar que merecen, separándoles de los legítimos éxtasis que deben ocupar su lugar.

En las apariciones a los videntes, el demonio se coloca siempre detrás de la Virgen; y arrastrándose por debajo de Nuestra Señora, llega de espaldas a Ésta, hasta el vidente. No actúa sobre éste sino en la medida y el tiempo que se le permite. Por tanto, cuando el mal espíritu habla u obra con el vidente casi siempre está la Santísima Virgen delante, aunque más atrás que el diablo, quien astutamente se ha colocado delante por el procedimiento indicado. Cuando la Madre divina quiere que Satán cese de intervenir, extiende su mano, y éste cesa en seguida, retirándose en la misma forma que vino. La luz de Satán es tenebrosamente rojiza, de fuego flamante; mientras que la de la Santa Virgen es hermosamente deslumbradora, a modo de luz del alba.

Las frases del enemigo, relativas a Dios, a la Virgen, a los ángeles y santos y al cielo, son también muy especiales: Llama a éstos en singular o plural, según sea: *Ése o Ésa, Esos, Ésas de arriba*. —Yo, dice él, *soy el rey del mundo, y todos han de venir conmigo al infierno*. —Yo soy más que Dios, y hago todo lo que me da la gana. —¿Queréis ver cómo os aplasto? ¿Cómo os reviento? ¿Cómo os mato? —Yo voy a ser crucificado y redimiré al mundo; me los llevaré a todos al cielo, y a todos los que hay en el cielo los arrojaré al infierno. Por este tenor son todos los disparates de Belcebú, Lucifer, Satán, Pedro Botero, el doctor Borracho, etc., (nombres que así propio se dan los diablos) pronuncian. Somos testigos oculares y auriculares de ello.

Vamos a reproducir aquí *sintéticamente*, y como muestra, algunas de las escenas ocurridas en nuestras experiencias. —De nuestros Cuadernos de Memorias, pág. 435-38—.

Escena 1ª.— A la vidente Benita, en perfecto éxtasis, se le aparece el diablo, como siempre, por la izquierda, y aquélla le dice:

- ¿Ya estáis aquí?
- Como os habíais ocupado de mí, (era cierto que acabábamos de contar algunas de las trapacerías tuyas) por eso he venido.
- Pues no hacías falta alguna.

- Vaya si hago falta.
- Vete de aquí, pues nadie te ha llamado.
- No me quiero marchar.

Seguimos rezando: “Dios te salve, María...” etc.

- No reces.
- “Dios te salve María...”
- Mira, que si rezas te vas a encontrar con lo que no esperas.
- Harás lo que te permitan.
- Haré lo que me dé la gana.
- Vete de aquí, que no te queremos: “Dios te salve, María...”
- ¿A ver lo que tienes en la mano? (Llevábamos un rosario).
- No quiero (y cerrábamos la mano).
- Venga a ver (y nos empujaba para que se lo mostrásemos. Cerrábamos más la mano; y en un abrir y cerrar de ojos, rompió el rosario en 20 trozos, añadiendo) ¿Tú ves? Mira, (y señalaba el suelo). Mira aquí; mira allá y mira más adelante...
- Eres muy bruto. “Dios te salve María...”
- Que no reces.
- Pero si no lo conseguirás. Ven, Madre, y arregla esto.
- Ya me temía yo que saliera a relucir Ésta (y soltó un disparate).
- Quieras o no, Ella te aplasta la cabeza.
- No me la ha aplastado nunca.
- Siempre.
- Nunca.
- Vete de aquí, que si llamo a San Miguel te hace correr.
- Yo le gané a ése allá, arriba (en el cielo). Éste fue, como yo, malo allá...
- Ja, ja, ja. No dices más que mentiras. Mira, te voy a cantar aquel versito que te canté otra vez.
- Cántalo (como quien se encoje de hombros).
- *Todos renegamos: tu triste poder: Vete a los infiernos: sucio Lucifer.*
- Yo no soy Lucifer.
- Pues, ¿quién?, ¿el doctor Borracho?
- Entonces sí que estaba yo borracho. Soy Pedro Botero.

- Y ahora también estás borracho y más que borracho; estás hecho una fiera. Bueno, bueno. “Dios te salve, María...” (y lo decía muy despacio para que rabiara).
- ¿Te callas?
- No me callo.
- Si habéis de venir todos conmigo a hacerme compañía.
- Eso, sí que no.
- Que sí.
- Que no.
- Todos, todos vosotros me haréis compañía.
- La gracia de Dios y el auxilio de María nos salvarán. Si yo quisiera poderte salvar, y tú ¿nos quieres condenar?
- Todos conmigo.

(Rezamos el exorcismo, empleando la fórmula aprobada).

- Esas cosas que haces con la mano (las cruces) ésas, ¿me van a apartar de aquí?
- Sí.
- No, y ¿de tu mano? Bah, ¡qué tontería!

Invocamos mentalmente a la Virgen, y el demonio dejó a los que oraban, arrojándose materialmente sobre Benita con propósito de ahogarla...

Escena 2ª.— En otra ocasión, parecida a la anterior, en que el diablo se presentó a la referida vidente empezó por amenazarnos, si no dejábamos el rezo. Pero, sin hacer caso, seguimos rezando la letanía; y entonces, el enemigo nos empujó con violencia hasta casi derribarnos en el suelo. Lo tomamos a risa, con lo cual se enfurecía él más, añadiendo que “toda la culpa de que los asistentes al acto no le hicieran caso a él la teníamos nosotros. Que por esto se las íbamos a pagar todas juntas. Te mataré, decía; te quemaré los papeles; os llevaré a todos al infierno; yo me clavaré en la cruz, subiré al cielo, y arrojaré a todos los que hay en él al infierno y a vosotros con ellos”. Seguimos sin hacer caso alguno, viendo lo cual, derribó a la videntita, maltratándola de muchas maneras, según de otros videntes dejamos dicho.

Durante semejantes actos, el demonio se burla de la oración, de las santas imágenes, a las que acocea, si puede; si invocamos a San Miguel, nos saca la

lengua; si rezamos otras oraciones, en que tropezamos, esto es bastante para que nos maldiga; si sujetamos a la paciente para que no sufra tanto, chilla, como conejo; si la soltamos, la hace correr como bolo por el suelo; y si le decimos que la suelte y hacemos sobre ella la señal de la cruz, porque de lo contrario, nos marcharemos, nos amenaza con matarla, si nos marchamos. Tenemos que aguardar a que la Virgen quiera librarla.

De ordinario el diablo, astuto como es, estudia los flacos del hombre, y por estos asesta sus puñaladas. Y como la naturaleza humana, de suyo, es propensa a dichos flacos, y cree más fácilmente lo que por ellos se escurre, puesto que naturalmente, por ser débiles, los ama; por esto es que el demonio tiene por ahí mayores esperanzas de éxito.

Un ejemplo lo aclarará: Uno es inclinado a la envidia. El demonio, que no lo ignora, procurará abultar los méritos de otro y las ansias de la gloria terrena de éste, a quien, soplando con fuerza, le hará caer en la emulación y, luego, en el odio, para acabar por procurar y hacer daño al emulado.

En Ezquioga sucede lo propio. Nuestro Señor y la Virgen se aparecen. Pues el demonio también. Aquellos hablan a los videntes: Éste también. Los primeros tratan del mejoramiento de costumbres: El segundo se valdrá de una parcial enmienda *como medio* para obtener *un fin* errado y perverso. El caso es entorpecer, enredar, confundir y extraviar cuando menos.

Manda Nuestra señora a los videntes: *Obedeceréis al director que os he puesto*. Y el demonio decía en otra ocasión a un vidente: Sí, le obedecerás “pero no en todo”. Tuvo que replicar la Santísima Virgen: *En todo, en todo, en todo*. Mientras tanto, pasaban días; y la vidente, no obedeciendo, se enfriaba, hasta pasar semanas enteras sin sujeción. Satán se había apoderado de ella mareándola con apariciones y revelaciones diabólicas, que hacía creer fuesen de la Santísima Virgen. De aquí a la caída total no medió más que un paso. He aquí la obra del diablo.

Tentaciones y acometimientos del diablo personificado

Era en un hotel de un pueblo, con fecha 16 de julio de 1933, a las ocho y media de la tarde. Estaban presentes, la familia del dueño del hotel, y con nosotros don Baudilio Serrano, presbítero, y el vidente José Garmendia, que pongo como testigos conocidos.

Acabábamos de llegar de Ezquioga, a la que en tal fecha había concurrido mucha gente, y aguardando en el corredor bajo del hotel nos disponíamos para la cena, cuando el dueño del restaurante nos dice: Ahí hay un hombre, como del campo, joven, que dice que necesita verle a Vd. Yo le he dicho que usted había salido, porque, ciertamente ignoraba si estaba usted aquí, pero por si había ya llegado le he preguntado de parte de quién era la visita.

- De uno de Ezquioga.
- Pues, que pase.

Estábamos hablando con los nombrados testigos, cuando se nos presenta un joven, como de 27 años, alto, fornido, de mal talante, que vestía pantalón usado, camisa con mangas arremangadas, alpargatas y en la mano un grueso palo, y aunque nos mira torvamente, le tendemos la mano y saludamos, creyendo que era verdaderamente de Ezquioga, saludo que no devolvió, pero que nos alargó su mano sin contestar. Entonces, fijándose mucho en nuestros ojos y con voz terrible, nos dice:

- Siga usted persiguiendo, que después vendrán las consecuencias.
- ¿Qué, qué?
- Que siga usted persiguiendo en Ezquioga, que después vendrán las consecuencias.
- Yo, ¿persiguiendo?
- Sí.
- ¿Nada más?
- Ya lo sabe usted —y se fue sin más despedirse—. Lo tomamos por semiborracho u otra cosa peor; y nos asustó un tanto, pues creíamos que se trataba de gente desaprensiva de Anduaga, que nos tramaba asechanzas.

Enseguida, todavía no había salido del hotel nuestro singular visitante, gritamos al dueño: Llame usted a la Guardia Civil, porque este hombre ha venido a amenazarnos.

Inmediatamente siguieron al terrible hombre, pero se les desapareció de sus ojos. Entonces, las hijas del dueño dijeron: Venía acompañado de un cojo, a quien tampoco conocemos, deben de ser forasteros, y han estado rodeando y mirando hacia arriba del hotel (a nuestra habitación); luego, han marchado hacia la estación X, (donde solíamos pasear algunos ratos) y han vuelto hacia aquí. Una vez aquí me preguntaron, dice el dueño: —¿Usted es algo de aquí? —Soy el dueño. —¿Está aquí el P. Burguera? —Creo que no, etc.

Examinado el caso atentamente, se nos ocurrió pensar, si el pretendido visitante ¿sería el mismo diablo? Pero nos resistíamos a dar crédito a esta idea hasta que, a los dos días, la vidente María Recalde nos dijo haber sabido por revelación que fue el diablo quien, al darnos su mano, ésta se esfumó. Recalde le preguntó. ¿De dónde robaste la ropa que llevabas? —De un caserío. —Pues si el P. Burguera no se mete contigo, ¿cómo dices que te persigue? —Pues, ¿cómo no, contestó él, si está deshaciéndome todo lo que yo hago en Ezquioga? No he de parar hasta que *le deshaga...!*

He aquí la obra del espíritu del mal: engañar, seducir, amedrentar, deshacer, perder.

Denunciaciones propias del diablo

En ocasiones no es menester prueba, porque el mismo diablo la da. Tal es:

- a) La intensa peste a azufre y estiércol, casi imposible de aguantar, que arroja, destapando una especie de cofrecito del cual se desprenden tales asfixiantes gases (de una visión).
- b) Los irregulares ruidos desmesurados y espantosos, capaces de ensordecer y hasta de entorpecer a cualquiera, que producen malestar y desconfianza.
- c) Las descompasadas voces *amenazadoras* a la persona que las oye, de ordinario, temerosa de Dios; y las ítem *halagadoras* y *prometedoras* de bienes falaces y de perdición.
- d) El frío y el temblor, no patológicos, que, en determinadas personas espirituales, produce.
- e) El mareo, el cansancio y la pesadez de cabeza que causa, cuando hablan directamente o *mediante la persona por él influida*.
- f) Los golpes, magullamientos, porrazos, y otros linajes de acometimientos que, sin ser fortuitos o producidos por causas naturales, dejan la concreta sensación de que son determinados por arte del diablo.
- g) Ciertas actitudes, movimientos, voces, expresiones desordenadas etc., que el mal espíritu, revestido de forma humana, se permite, y permiten sospechar que es él el que se presenta. A posteriori se sabe siempre, que en efecto, ha sido él.

Mas, todo este linaje de diablos (hoc genus demoniorum) no se arroja sino con la oración y el ayuno. —Mat. 17, 20—.

Los trabajos de Lucifer no terminan aquí. Cuando no puede directamente, obra indirectamente, valiéndose de personas desafectas a otras o a ideas, contra las cuales tiene enemiga. Es, entonces, cuando les atiza las pasiones dominantes para que se levanten ciegas, y furiosas contra esas personas que, siempre, para ellos fueron buenas o indiferentes y que, de otro lado, están tranquilas en su hogar.

Particularmente, cuando alguna de estas personas tiene confiado un ministerio de salvación de otros, notan extrañadas tales sublevaciones, que no responden, no pueden responder, en principio, a causas humanas y sí a artes diabólicas para perder también a las molestadas, y en último resultado, para enredar, confundir y sembrar discordias.

Esto se evita, asimismo, con la oración y la fuga del mundo.

Se pregunta:

**¿Cómo es que Dios permite que a sus siervos aparezca el demonio, en forma semejante a las apariciones divinas; siendo así que de ello se puede seguir el engaño y la seducción de los que ven, y el desprestigio de las santas apariciones?
¿No parece que sería mejor que el cielo no consintiera esto?**

Vamos a responder con el caso del, paraíso terrenal, y a su vez, formularemos el siguiente interrogante:

¿Cómo es que Dios permitió que Eva, acabada de obtener de la costilla de Adán, apareciese Satán, en forma de serpiente, y en su argumentación se valiese del mismo precepto que Dios había impuesto a Eva; siendo así que de ello se siguió el engaño y la seducción de ésta y pudo seguirse el desprestigio del Creador?

¿No parece que esto no debiera de haber sido así?

Pues, sin embargo, lo fue.

Y eso que el caso del paraíso fue mucho más trascendental y comprometido: fue único en la historia.

Luego, ninguna extrañeza puede ofrecer el caso propuesto. Porque:

- 1º. Dios, de quien para movernos y respirar necesitamos, por nada impide el libre albedrío del hombre, a quien le fue dado precisamente para que éste fuese responsable de sus actos.
- 2º. Una vez el hombre caído en la culpa primera, y en castigo de su rebeldía, permite el Creador las rebeldías todas presumibles, es a saber: la de la razón humana contra la razón eterna, la de las pasiones contra la razón, la de la carne contra el espíritu, la de los elementos, y entre ellos el demonio, contra el compuesto humano. Es el castigo más análogo a la culpa contraída.

Según esto, es natural y lógico que el demonio, que es enemigo de todo el orden creado, porque, asimismo, lo es del Creador de tal orden, arremeta contra él, para en último caso, destruirlo, si pudiera, valiéndose de toda la siniestra astucia natural en los ángeles caídos.

- 3º Pero, Dios que, al propio tiempo que justo, es misericordiosísimo, pone altas vallas a la acción demoníaca, porque, de otro modo ésta acabaría con el orden creado. Tanto es el poder natural de Satán, si le fuera libre emplearlo.
- 4º Quien, por lo mismo que es criatura, tiene límites. De ahí que su acción, a poco que el experto la estudie, conoce, a la postre, sus procedimientos, los cuales vienen a reducirse a la *falacia*; y por ésta, a la *seducción*; y para la consecución de ambas, la *imitación*.

Éste es el formidable ariete secular levantado por el diablo para la obtención de sus perversos propósitos. Y fijémonos de paso, que tales procedimientos emplean quienes, llamándose o reconociéndose hijos o imitadores del espíritu del mal, sean quienes fueran y pertenezcan al Catolicismo o a las sectas siniestras que fuesen, trabajan para perder a los demás.

Aún debemos fijar nuestra atención en otro procedimiento satánico, no reparado por muchos, que es, a la vez, en el diablo, el blanco de todas sus operaciones. Bien sabido es que la causa de su caída fue su rebeldía en no querer adorar el misterio de la Encarnación, más precisamente por intervenir en él una Mujer-Virgen. De ahí que Dios, en el mismo Edén, diese a Luzbel aquella terrible sentencia de que “una Mujer quebrantaría su cabeza, y de que él (el demonio) pondría asechanzas a su calcañar” —¿Cuál es este calcañar? —Pues es la descendencia espiritual, adoptiva de María; sus hijos y devotos de todos los tiempos. El demonio, por tanto, pone asechanzas, insidias a los hijos y devotos de María, ya que nada puede contra Ella, puesto que Ésta le tiene debajo de sus

pies. Y cuanto más devoto, y más defensor de María, tantas más insidias le ha de armar el enemigo. ¿Qué tiene, pues, de extraño que éste aceche continuamente a todo lo de Ezquioga, precisamente por ser un hogar que la Santísima Virgen se ha creado y quiere en él a sus mejores hijos?

Dejemos, empero, este inciso que, de otro lado, está en su punto, y reanudemos el extremo caído: Es muy natural y lógico que Luzbel trate de *imitar* todo cuanto vea en Dios, la Virgen, los ángeles y santos, con respecto a la manifestación de éstos a los hombres (lo que en las divinas Escrituras se dice que el demonio se transforma en ángel de luz), pero para obtener siempre contrarios fines: si el cielo pretende el bien, el infierno el mal; si aquél la virtud, éste el vicio; si el primero la salvación eterna, el segundo, la condenación perpetua. En esto no hay tintas medias, ni caminos oblicuos, sino diametralmente opuestos.

El demonio, empero, trata de *imitar* los procedimientos divinos antes, en y luego de realizarse estos. Y así sucede que adopte imágenes, posturas, actitudes y frases, al parecer aceptables, para mejor perder a los que intenta seducir. Y nunca obtendrá tantos resultados, que en el acto de las visiones y revelaciones divinas, mezclándose él como lo hace, entre la visión divina y el vidente, a fin de hacer ver a éste que él es Dios, la Virgen, el ángel o el bienaventurado, para mejor seducirle y corromperle.

Ejemplos

Se cuenta en las crónicas franciscanas que un penitente novicio ansiaba padecer el martirio. Cierta día se le aparece en su celda una visión, como si fuera Nuestro Señor, y le dijo: Conozco tus deseos y en nada me agradaría más que si tú mismo, fabricándote una cruz, te clavas en ella y mueres, como yo.

El irreflexivo novicio, sin consultar, como debía, el caso a su maestro, se hizo una cruz, tomó unos clavos y el martillo, y tendiéndose sobre aquella, como pudo, puso un clavo en una mano, y asiendo el martillo en la otra, descargó tal golpe que se agujereó la mano, comenzando ésta a sangrar. Oyó enseguida, el novicio, horrible carcajada. Era el demonio que reía de satisfacción. Reconociéndose aquel engaño, echó a llorar desesperadamente, y a los estentóreos gritos, acudieron los frailes, quienes contemplando el triste cuadro se preguntaban: Pero ¿cómo es esto? Contó el triste novicio el caso, dejando estupefactos a todos, y dando ejemplo de que no hay que creer a todo, y menos al propio espíritu.

A varios videntes de Ezquioga ha ocurrido engañarles el demonio, tomando apariencia de la Santísima Virgen. No hace mucho el vidente G. estaba rezando el Santo Rosario como otras veces, en la campa. De repente, entra en éxtasis y se le presenta la Virgen (así le parece) diciéndole: Anuncia al público que el 1º de Agosto habrá milagro. El vidente se fija y nota que la visión no lleva luz, ni Niño Jesús, ni ángeles, que otras veces suele llevar; y todo corrido, dice a la aparición: —Tú no eres la Virgen. —Sí, soy la Virgen, respondió. —No, le replica, porque no llevas a Jesús. —Es que me lo he dejado en el cielo. —Documentación Serie B. Apariciones del diablo. Manera de saber distinguirlo—. —No te creo. —Pues anuncia el milagro porque de otro modo te voy a hacer daño. Comprendió el vidente a todas luces, que se las había con el diablo; y en el entretanto, aparece la Virgen, Madre de Dios, haciéndole ademán de que no habría en tal día ni ése ni otro milagro parecido. Y que no tuviera miedo. El tiempo comprobó que si hubiera anunciado el milagro, se hubiera desacreditado, como otros se desacreditaron, porque éste no se obró, siendo la causa el diablo que por *imitación*, se apareció al vidente. —Declaración hecha por el propio vidente—.

Permite en consecuencia, el cielo todas estas intervenciones luciferianas, para a) humillación, b) escarmiento, c) aviso, d) estudio, e) purificación de nosotros, y f) muy en particular, para que resalte siempre la grandeza divina sobre todas las astutas arterías del enemigo.

No pretendamos juzgar y medir las cosas de Dios por las propias

En efecto; se pretende juzgar y medir las obras de Dios por las propias, por el propio raciocinio; y en ello hay una equivocación tan enorme, como enorme es la diferencia de la luz a las tinieblas. La razón es esta: Que, no obstante, habernos creado el Señor *a su imagen y semejanza*, —Gén 1, 26— sin embargo, “nuestros pensamientos y nuestros caminos no son los pensamientos y los caminos del Señor, ya que lo que está elevado el cielo de la tierra, lo están los pensamientos y caminos del Señor de los nuestros. La palabra divina, que es al propio tiempo la obra ídem, causa lo que expresa; jamás vuelve vacía e improductiva: no así la nuestra, que las más veces resulta estéril, y cuando productiva, con hartas quiebras e imperfecciones”. —Isa. 50 y 57—.

De aquí las muchas extrañezas en nosotros del modo de obrar Dios, y consiguientemente, la extrañeza que este párrafo encabeza. Pero, somos

nosotros los que hemos de reverenciar humildemente las obras de Dios, por más que muchas veces no nos las expliquemos.

Así, el Señor permite la tentación:

- 1º Para recordarnos nuestra pequeñez y la necesidad que tenemos de su ayuda en todo tiempo, *sobre todo en los asaltos* del enemigo. Muchos santos han tenido y visto al diablo cerca y sobre sí, molestándolos siempre y a veces dañándolos, en la medida de la permisión divina, que de ello quiere obtener un gran horror a Satanás y al pecado y un gran acercamiento al Señor.
- 2º Para probar nuestra fidelidad a Él. Recuérdese que “porque Tobías era acepto a Dios fue necesario que la tentación le probase” —Tob 12, 13—. Nuestro Señor prueba al alma en el crisol de la tentación antes de concederla gracias extraordinarias.
- 3º Para humillarnos profundamente, castigarnos paternalmente y purificarnos santamente. “El que no es tentado, dice el Espíritu Santo, ¿qué es lo que sabe?” —Ecles 34, 9— Nuestro Señor, a) *nos humilla profundamente* “ante nosotros mismos” permitiendo que caigamos alguna vez en faltas que nos sonrojen y nos pesen, y que, de vez en cuando, nos azote el ángel de satán —2ª Cor. 12, 7—; y asimismo, nos humilla “ante los demás”, permitiendo que éstos no nos comprendan, nos desprecien y persigan. b) *Nos castiga paternalmente*, dándonos enfermedades y preparándonos disgustos y contrariedades para que desarraigemos el suelo y arraiguemos en el cielo. —Apoc. 3, 19— Y, c) *Nos purifica santamente*, acudiendo con su gracia a nuestros sinceros deseos, alegrando nuestra tristeza y levantando el alma a Él —Jacob. 1, 12—.

Toda la historia está llena de notables episodios en que el tentador, comenzando por Eva y siguiendo por Jesucristo y sus santos, desempeñó de mil maneras su siniestro oficio. El divino Maestro, en los rigores de su penitencia, es tentado triplemente por Satán con tentación de gula, de vanagloria y de idolatría; pero el enemigo es desbaratado completamente con actos interiores contrarios a la tentación y con palabras tomadas del sagrado Texto.

El tentador, si hace caer a los frágiles y poco avisados, se estrella contra los fuertes y advertidos. —Jacob. 1, 12—. Pero, para que se estrelle contra éstos se necesita conocimiento de causa y voluntad de rechazar al tentador; ya que por más que se tenga esta voluntad, si no se conocen a fondo las arterías del enemigo, siquiera sea sin culpa, será uno engañado y seducido.

De aquí el que sea necesario sujetar las apariciones al examen y consejo de un santo, sabio y experimentado director espiritual, que sea muy versado en las Sagradas Escrituras y la teología mística, a fin de que sepa discernir entre el grano y la paja, y aconsejar que, al propio tiempo que ésta sea arrojada al fuego, aquél sea almacenado.

Por esto se verá que son contados los que a esta labor puedan con fruto dedicarse. Todos los que tales condiciones de probidad no reúnan son a más de intrusos, perdedores.

En cuanto al desprestigio que por el engaño y la seducción pueda haber a las verdaderas apariciones, no hay caso, porque la aparición diabólica en nada afecta a la divina; además que, una vez conocida aquélla, queda ésta más reforzada y aquilatada.

El diablo no puede más que lo que Dios le permite

No se crea que porque el Señor da libertad al diablo para tentar y castigar a los hombres, es esta libertad ilimitada e incondicionada.

Cuando el siniestro espíritu, envidioso del santo Job, mostró deseos de tentar y herir a éste, el Señor se lo permitió, primero en la hacienda, y luego en el cuerpo de Job, a condición de que no le quitase la vida.

Cuando el Altísimo quiso castigar al impío rey Acab, preguntó: “¿Quién engañará a Acab, rey de Israel, para que vaya contra Ramot de Galaad? Se presentó el demonio y respondió: Yo le engañaré. —¿En cuánto? —añadió el Señor—. Pondré palabras de mentira en boca de sus profetas, agregó el diablo. Bien, continuó el Señor. Le engañarás y prevalecerás. Anda y hazlo así”. —III Reg. 22, 22.—

De lo que se deduce que en todo y para todo hemos de andar con profunda humildad, a fin de no caer en la tentación. (Eso aparte la oración, la penitencia y la lección de las Sagradas Escrituras, de que también nos hemos de valer para vencer la tentación). Recuérdese el caso de los apóstoles cuando, de vuelta de sus correrías misioneras, dijeron llenos de gozo al Maestro: “Señor, hasta los demonios mismos se sujetan a nosotros por la virtud de tu nombre. A lo que respondió el Señor: “Yo estaba viendo a Satanás caer del cielo a manera de relámpago” —Luc. 10, 17 y 18— Como si dijera: A ver si la grandeza de los dones que os he dado os exaltan tanto que, por soberbia y vanagloria, caéis, como Satanás,

a lo profundo. Gozaos más, añade el Señor, de que vuestros nombres están escritos en los cielos —Luc. 10, 20— a causa de hacer la voluntad de mi Padre celestial, por lo cual se entrará en dicho reino” —Mat. 7, 21—.

Sentado este necesario preámbulo, veamos:

¿Acaso los fenómenos extáticos podrían confundirse con la teúrgia o la magia?

La teúrgia era, en sus principios, una especie de mal llamada magia, mediante la cual algunos de sus adeptos, con invocaciones y sacrificios puros, se comunicaban con la Divinidad y obraban prodigios. Fue cultivada por los caldeos y egipcios, que la derivaron de Hermes Trimegisto. Posteriormente la corrompieron con supersticiones politeístas, transmitiéndola a los griegos y neoplatónicos del III y IV siglo. Entre estos su desviación y corrupción llegó al colmo.

La magia, en general, es el arte que enseña a hacer cosas extraordinarias y admirables. Pero estas cosas pueden obtenerse dentro y fuera el reino de la naturaleza.

- I. *“Dentro” el reino de la naturaleza* obra la magia, llamada “blanca o natural”, por cuanto sus actores, los sabios o magos históricos, conocedores de la astronomía, la física, la química, la medicina, la farmacia, el derecho y la teología, obraban de acuerdo con estas ciencias, encaminadas siempre a buen fin; acuerdo que, siendo *un secreto* para el común de las gentes, se revelaba como cosa extraordinaria y maravillosa. Hasta aquí nada había de reprehensible.
- II. *“Fuera” del reino de la naturaleza* obra la magia llamada “negra o no natural”, por cuanto sus actores, los magos abominables se valían de sus conocimientos supersticiosos para obtener efectos encaminados al mal. Este linaje de magia se dividía en dos géneros: a) El género, que hemos definido, el cual se valía de la ignorancia, del compadrazgo, del brebaje o de la superstición para maravillar a las gentes en orden al mal; y b) El género preternatural, que cultiva la acción de los genios, espíritus o demonios, en la naturaleza, asimismo en orden al mal.

Los paganos creían que estos genios, espíritus o diablos —a los que ellos llamaban “dioses”— presidían las fuerzas de la naturaleza, y por esto cultivaban la acción de los mismos mediante invocaciones y prácticas supersticiosas. Era el

mismo politeísmo derivado a la idolatría. Por medio de este sistema, los magos “negros” obtenían efectos maravillosos, que no hay que confundir con los auténticos milagros. Tenemos de esto ejemplo en los magos del faraón, que imitaron, *hasta cierto punto*, los milagros de Moisés. Pero aún hay quien no quiere reconocer estos fenómenos como efectos preternaturales, sino naturales, tan secretos que escapan al conocimiento de los no iniciados.

Derivación de este género de magia han sido ciertas secretas prácticas de la secta de iluminados, espiritistas y masones en alguno de sus altos grados. La Iglesia tiene condenada la magia preternatural en todos sus géneros.

Ahora bien; pensará alguno si los fenómenos de Ezquioga, ¿podrían ser producidos por alguna de las tres clases de magias descritas? Porque, en el afán de querer desobrenaturalizarlo todo, se ha llegado por algunos a decir *si lo de Ezquioga es producto de la magia o la teúrgia*. Así: “a decir”, no “a probar”, que no probarán nunca. Pero, mientras tanto, se esparce la mentira, y algo queda.

Veamos: Los fenómenos de Ezquioga no tienen absolutamente contacto alguno con la magia ni menos aún con la teúrgia por las razones siguientes:

- 1^a Ninguno de los videntes ni de sus acompañantes conoce ni teórica ni prácticamente el arte de la magia ni de la teúrgia. Mal podrán, en consecuencia, pretextar visiones y revelaciones cuya causa son artes que absolutamente desconocen. Precisamente, para que no se les pueda achacar de magia ni teúrgia son gentes sencillas e incultas.
- 2^a Todos los verdaderos videntes obran en orden al bien y ninguno en orden al mal, prefiriendo antes la persecución y la muerte a que, por su medio, se obre el mal. Aun, en su modo de obrar bien no emplean medios potestativos o caprichosos propios, sino los medios que el Catecismo de la Doctrina Cristiana enseña.
- 3^a Nada ofrecen de paganos para tener otros el pretexto de acusarles de magia ni teúrgia; sino que son hijos sumisos y fervorosos de la Iglesia Católica. Por tanto; no cultivan los genios, espíritus o diablos, como se les ha achacado. Lo que sucede es que, como éstos, permitiéndolo Dios, se mezclan alguna vez en los fenómenos de Ezquioga, para humillación, lección y escarmiento de los videntes o de los que les ven, y para mayor brillo de la gloria divina; de ahí que el no estudia más, ni ve más ni sabe ser útil a los otros, enseñándoles la verdadera doctrina.

4ª Los acompañantes de los videntes para nada se mezclan en las operaciones de éstos, las cuales surgen espontáneas, libres, por superior impulso, ajeno totalmente a la idea y a la voluntad de los que las experimentan.

De ahí el que, descontado como queda dicho, todo linaje de magia y teúrgia, como causa de los fenómenos extraordinarios y admirables (básicos se entiende) de Ezquioga no queda remedio que acudir a buscarlos en otro orden; es a saber:

“*Sobre el reino de la naturaleza.* Y aquí entramos ya en la *obra* exclusiva de Dios, en la que el Hijo y la Madre y sus ángeles forman lista: *obra “exclusivamente” maravillosa* que, como queda advertido, labora espontánea y directamente, sin que la iniciativa, el mérito y la energía de los videntes determinen cosa alguna en la gracia divina, que se derrama cómo y en la medida que quiere.

Es este orden, que se habrá ya adivinado, el sobrenatural, en el que tales maravillosos fenómenos se desarrollan, los cuales, al ser bien examinados, revelan que en ellos la causa es divina, y la criatura el instrumento escogido. Lo iremos viendo.

¿Superstición? ¿Comedia?

Se ha acusado de *superstición* al acto que un sacerdote bendiga velas, según el rito de la Iglesia Católica, con motivo de los futuros tres días de tinieblas, anunciados por la Santísima Virgen, como también se ha acusado de *comedia* a la oración y los éxtasis de los videntes. Respondamos:

1º Superstición es un culto vicioso por exceso o diferente del empleado por Jesucristo N. S., y de las ceremonias autorizadas por la Santa Iglesia. Ahora bien; el acto de que un sacerdote bendiga velas, según dicho rito, para que sean encendidas con fin piadoso, está perfectamente dentro de la órbita de los fines prescritos por esta Santa Madre Iglesia. Que este fin sea el hecho revelado mencionado, tampoco es óbice para la referida bendición.

Que la Santísima Virgen haya revelado, entre otros extremos, los tres días de tinieblas, se patentiza por testimonios de videntes de Ezquioga de diverso lugar, edad y condición; ítem por el “Secreto de la Salette”, aprobado por los papas Pío IX y León XIII; y finalmente, por el testimonio de otros siervos de Dios a quienes también fue revelado y consta en sus actas.

Negarse a bendecir las velas, sin que conste si es para torcidos fines, como no es torcido el indicado y sí piadoso, el negarse a conceder gratuitamente una bendición que la Iglesia autoriza y concede gratuitamente, es dar motivo de desedificación al que lo solicita y lo sabe.

2º Acusar de *comedia* la oración y los éxtasis de los videntes, y de *comediantes* a éstos, sin pruebas suficientes, es una injuria y una calumnia gravísimas, y cuando esta acusación se produce en público, como se ha producido, es además, escandalosa.

Dejamos dicho, “sin pruebas suficientes”, porque los que tal acusan carecen científicamente de ellas. Un parecer, una opinión, un sistema, una duda, una sospecha, un “dicen los demás”, un “eso no se cree”, no es bastante, no es serio, no sirve de nada.

¿Por qué en lugar de acusar lo que no se conoce ni se entiende, más que por las apariencias que engañan, no se estudia, no se comprueba, no se contrasta, no se emplean todos los medios humanos para llegar, con pruebas, a la afirmación o negación que se sienta?

¡Que es *comedia*...! Más respeto al cristiano sencillo, honrado y fervoroso, que da su honor y es capaz de dar su vida por la que llamáis comedia. Los que les acusáis de comediantes, ¿sois capaces de ofrecer vuestro honor y vuestra vida por la negra acusación que formuláis?

Menos picardía y más oración, solicitando la fe que os hace falta: que, siendo dóciles a la Gracia, no proferiréis disparates semejantes.

La Gran Compañía de Lucifer

En todas épocas el genio del mal ha conseguido reclutar del ateísmo, de la impiedad, de la apostasía, de la conveniencia propia y de todas las bajas pasiones humanas un ejército que le ha seguido.

En época de la redención humana sus tiros no fueron tanto contra el Hijo de Dios, a quien consideraba fuerte, cuanto contra la Madre Virgen a la que, reconociéndola pura criatura y viéndola sublimada sobre las demás criaturas puras, no podía, no quería acatar. Pesaba sobre su cabeza el aplastamiento dado por aquella Mujer. Desde entonces no ha parado de perseguirla, procurando destruir y, cuando menos, entorpecer, desvirtuar y disminuir su culto.

Lucifer está viendo ahora, cómo, teniendo de sus manos los hilos todos de su trama en el mundo, esa divina Mujer pretende, con su misericordia en Ezquioga, arrebatárselos. De aquí, como queda dicho, la intensidad de su actuación en estos puntos.

Consecuente con esta siniestra idea, está reclutando una compañía (que asociará a su ejército) compuesta de los siguientes factores:

- 1º *Los falsos videntes*, entendiéndose por tales: a) los que, creyendo que ven a la Santísima Virgen, sólo ven a Lucifer, disfrazado, y se dejan guiar por él; b) los visionarios que creen ver lo que imaginan, c) los exvidentes en faltas considerables caídos; d) los supuestos (los farsantes).
- 2º Los enemigos declarados de Ezquioga.
- 3º Los enemigos solapados de Ezquioga.
- 4º Los indiferentes a las Apariciones.
- 5º Los que, por motivo de las Apariciones, se les asocian, como se asociarían por cualquier otro motivo ruidoso.

Ésta es la Gran Compañía de Lucifer que, hoy, arteramente, pero mañana, abiertamente, se enfrentará con los verdaderos discípulos de María, apóstoles suyos, y con éstos librarán terrible batalla que, luego de vicisitudes muchas, triunfará, no cabe duda, la Virgen Madre, porque Ella seguirá aplastando la hidra infernal, (cunctas haereses sola interemisti in universo mundo).

¡Alerta estamos!

La “Contrapartida de Satanás”

Documentos inspirados por el diablo, simulado, en apariciones a videntes y exvidentes de Ezquioga que, ciegos, fueron creídos por seudos maestros y masas ignorantes, que acarrearón su desprestigio. En la comparación de esta “Contrapartida” con la Partida de nuestra Documentación A. B. C.”, se descubre la autenticidad de ésta y la falsedad de aquélla.

El demonio, para tentar, “inventa el mal”, así como “imita el bien”. Pero imita el bien, no lisa y limpiamente, sino burda y recovecamente: con segundas intenciones, siempre malas.

Sus apariciones y revelaciones son así. Podríamos formar una copiosa literatura diabólica sólo con aducir cuantas declaraciones, que parecieron buenas a los incautos, andan esparcidas por ahí y que, en parte, llevamos recogidas.

Sólo para muestra, analizaremos unas cuantas, y se verá cuál sea la “contrapartida de Satanás”. Esta contrapartida ha sido recogida por la “mona de Dios” que dijo, en contraposición a nuestra obra: “Éste es mi Libro”.

Su lectura, examen y comparación arroja la firme conclusión de la tesis expuesta. Y por ella se ve cuántos *zapateros* hay por esos mundos, que se meten a definir lo que no entienden.

Pero, se ve también cuán lógico es que el diablo inmediata y mediatamente nos persiga.

Por desgracia; esta contrapartida, basura de la Partida verdadera, es la que ha ido a parar a manos de ciertas autoridades. Era lógico que éstas, con tales bajos materiales, procediesen a lo que procedieron.

En la forma que el diablo tentó a Nuestro Señor Jesús, se nos da la pauta de las tentaciones generales a los videntes y, sobre todo, a los exidentes.

Todos los recovecos del diablo se reducen a tentar *por gula-pereza-lascivia*: (Dí que estas piedras se conviertan en pan); por presunción-soberbia: (Échate de aquí abajo) y *por avaricia-vidia*: (Todo esto te daré si postrado me adorares).

Pero, cuando no puede o no le conviene atacar de frente y a fondo, como en el caso del divino Salvador, ataca de soslayo (por enredo de lo bueno con lo malo y chabacanerías). Lo vamos a ver:

Nadie podrá negar, en lo de que a Ezquioga respecta, nuestro consejo de que no se dieran a conocimiento visiones y revelaciones que, antes, no fueren examinadas competentemente. Ítem, que nadie, temerariamente se pusiera a anotar los hechos y, sobre todo, que de anotarlos, se tomase al pié de la letra, sin alteración ninguna. ¡Que si quieres! Todo el mundo, se ha creído con autoridad suficiente para desempeñar una semejante secretaría, cuyo resultado, por la credulidad, ha aumentado la confusión, la división y el error. Es todo ello un tejido de falsedades.

A la vista tenemos varias hojas publicadas a máquina, que han tenido la osadía de llegar a nuestras manos, no obstante las advertencias expuestas reiteradas veces. V. gr.:

Desde primera hora dijimos y sostenemos que la joven que abajo, otro nombra con iniciales, carece de visiones y revelaciones auténticas. Qué nunca vio a la Santísima Virgen; y, en consecuencia, es completamente falso que haya recibido la Sagrada Comunión de manos de Nuestra Señora ni de Jesús ni de ningún ángel. Dimos las razones, particularmente del hecho de la pseudo-comunión, a cuyo acto fuimos llamados, resistiéndonos y explicando nuestra resistencia. Tal hecho pertenece al género de embaucamiento diabólico. Pues bien. He aquí lo que reza una de esas hojas:

“Visión de la joven L. M. en Tolosa, el día 30 de Noviembre de 1933.

En el local donde el señor le da la Sagrada Comunión con forma visible, nos pusimos a rezar el santo Rosario. Hallándose presentes la criada de la casa juntamente con mi cuñada V.J., y la vidente conmigo, al llegar al quinto misterio gozoso, se puso en éxtasis, y al llegar a las letanías empezó a hablar. Tomé las siguientes notas: (La joven habla en vascuence y su traducción, por la misma firma, es como sigue):

“Sí, Madre, si tú estás contenta, también nosotros estamos contentos. Ahora estamos bien, Ya vienen días de alegrarnos. Sí, Madre, días de alegría intensa. ¿Dónde estaremos aquel día? Sí, M. para entonces, ya seremos más. Cuando sobre el monte Ezquioga pongas una cruz de estrellas. ¡Que alegría! Dirán que también antes se veían esas cosas. ¿Estaremos allí, Madre? Ya se nos viene el día, sí. No piensan mucho en que hemos de marchar por allí. ¡Ay, qué contento, Madre! ¿Cuánto tiempo, Madre? ¿Menos de dos meses?

... Para que pase todo ello no restan muchos días. ¡Qué día más hermoso, Madre! ¿Será sábado?... Sí, Madre, el catorce...”

De fecha 8, del mismo mes, se ha cursado otra hoja parecida, de los propios respectivos autores en la que el escribiente declara que “la joven de referencia tomó la Sagrada Comunión en forma visible, de manos de Jesucristo, a las siete de la tarde, en casa del señor Ormazábal de Tolosa”.

Pero, vamos a cuentas: ¿Cómo le consta al que tal escribe y propala, y a los que le siguen, que la joven L. M. recibe Comunión católica? ¿Y de manos de Jesucristo? ¿Han visto ninguno de estos a Jesús, ministrando la comunión a la joven? Pues, ¿cómo se atreve a escribir esto? ¿Porque ella lo afirma? ¿Porque ven ellos que la joven, sin que anteriormente se le vea nada en la boca, la mantiene cerrada, la abre luego, y muestra una materia blanca parecida a una hostia? ¡Y el caso es a las siete de la tarde, como puede serlo a otra hora!

¡Qué raro es todo esto! Pero, ¿por qué esa joven se niega siempre, hasta después de dar la palabra, a que el autor de estas líneas le haga las pruebas conducentes a la averiguación de la autenticidad del hecho y de su procedencia? ¿Por qué no se nota que la joven huye de esta piedra de toque (aseguramos que si se sujetara a la prueba, se vería palpable enseguida el caso de *embaucamiento diabólico*) cuándo, de otro lado, la Santísima Virgen tiene declarado a varios videntes que L. M. jamás la vio a Ella, y que el caso de la seudo comunión es falsa?

Más, haciendo el juicio crítico del trozo de la también falsa revelación se notan enseguida los conceptos hueros y chabacanos; la alegría de vivir; la promesa de un milagro determinado; la fecha del mismo, etc., etc.: señales todas del mal espíritu que tales visiones y revelaciones gobierna.

El caso que acabamos de exponer y comentar, es de un falso vidente; pero el siguiente —y con él terminamos la lista de semejantes descarríos, ¿para qué más?— pertenece a un vidente, y lo transcribe la misma pluma y por el mismo procedimiento que el anterior. Dice así:

“Un caso inaudito... 30 de Noviembre de 1933. L.I.C. me entrega para sus copias lo siguiente: Estando éste a la una de la madrugada, rezando el rosario de las llagas en su habitación; y sin quedar en éxtasis, se le presentó un hombre, no muy alto, descalzo, con barbas, vestido de una manta roja, con frío y señales de cansancio: parecía Jesucristo, que representaba unos sesenta años, el cual le dijo: “me veo obligado a predicar esta carta. Yo te dictaré y tú escribe”. L. se sentó junto a su mesa, que tiene en su dormitorio, y temblando, se pone a escribir al dictado, ¿qué sería? La epístola católica del apóstol San Judas, desde su principio hasta el versículo XI inclusive, terminando de esta manera: “Vosotros, empero, queridos míos, acordaos, acordaos de mí. Adiós”. Y desapareció.

Claro está, como el vidente ignoraba lo que escribía, su secretario, al consultar el caso con un sacerdote, quedó éste asombrado al observar que las palabras dictadas eran de la mencionada Epístola, versículos citados.

Casi todos, que sepamos, han llegado a creer que la aparición era cosa del cielo. Mas, enviada, como tal, a nosotros, y examinada, nos indignamos de ver cómo se creen y propagan especies, al parecer buenas en su contenido, pero malas por su origen. Lo vamos a ver, para lección de todos y escarmiento de los que se introducen en el santuario de los misterios sin conocerlos.

Repárese: 1º en que Jesús ni se muestra nunca viejo ni menos con una manta roja, y 2º y sobre todo, que el contenido de la epístola de San Judas, si bien es a la letra, pero —abran bien los ojos— en el dictado de la Aparición lleva

notas intercalares de la versión del Ilmo. Félix Torres Amat, obispo que fue de Palmira, circunstancia que, de haber sido la Aparición, Nuestro Señor, o bien San Judas, no iban a dictar la epístola de éste con dichas notas intercalares. Estas notas destruyen la presunción de la bondad de la Aparición, y dan a entender que fue el diablo, con manta roja, el que se presentó al vidente L. para engañarle y reírse de todos los que le dan crédito, con el señuelo de las auténticas palabras de la epístola, adicionada de las notas intercalares. Estas, ciertamente, denuncian al diablo

De lo que se colige cuán alerta se ha de vivir y cuánta ciencia y perspicacia se ha de poseer para no errar en tales casos, extraviando a los demás. No todos ni mucho menos entienden la teología mística. Los que no la hayan cursado que se dejen de intervenir en los casos que a dicha alta y secreta ciencia pertenecen. Aun los que la han cursado teóricamente, si no han asistido a sus prácticas, les ha de ocurrir lo que a los estudiantes de medicina, que sólo saben de libros y profesores, pero, habiendo descuidado los experimentos, un acaloramiento, v. gr.: de un individuo, les parecerá, por el pulso agitado y el calor de la carne, una temperatura alta. *Jamás serán buenos médicos.*

Los demás, los profanos, que se contentan con ver y oír y preguntar a los competentes, ateniéndose a sus dictámenes.

Con tales avisos, y cotejando toda esta “Contrapartida de Satanás” con la “Partida de nuestra Documentación A. B. C.”, se descubrirá la autenticidad de ésta y la falsedad de aquélla.

Capítulo XIV

CAPÍTULO XIV.— Cuarto Hecho. Videntes y videncias de los tiempos apostólicos en relación con los de Ezquioga. Videntes, impropios videntes, diabólicos videntes, visionarios y supuestos videntes de Ezquioga. ¿Es posible que Jesús y la Virgen están a todas horas dispuestos a contestar preguntas, muchas veces simples, impertinentes, de provecho puramente temporal, capciosas y a veces malas? Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas.

CUARTO HECHO.— El cumplimiento exacto de las profecías, y las respuestas teológico-histórico-sociales, adecuadas y satisfactorias, a preguntas de índole y para el orden espiritual, dadas por sujetos simples e incultos ajenos al estudio.

Videntes y videncias de los tiempos apostólicos en relación con los de Ezquioga

Casi todo el capítulo XIV de la Primera Carta de San Pablo a los Corintios, trata del don de profecía que debe ser antepuesto al don de lenguas. Y, así, advierte que el que posee este don, no habla para los hombres, sino sólo para Dios; mientras que el que posee el don de profecía habla con los hombres para edificación y consolación de éstos. Por tanto, concluye, el don de profecía es más importante y de mayor utilidad.

Hay que advertir que, en los tiempos del Apóstol, el cielo, para propagar y arraigar sólidamente la doctrina evangélica, empleaba el medio de conceder los dones de profecía, de lenguas, de curaciones, de conversiones, de elocuencia, etc., a distintos cristianos, cada uno con un don, el cual derramaba a manos llenas *sobre los necesitados que se hacían dignos de ellos.*

“Yo deseo, añade el Apóstol, que todos tengáis el don de profecía. El don de lenguas es una señal para los infieles, más no para los fieles. Y el de la profecía no se ha dado para convertir a los infieles, sino para instruir a los fieles. Si, profetizando todos, entra en el templo un infiel o un idiota, de todos será juzgado y convencido. Los secretos de su corazón serán manifiestos, y, por tanto, postrado sobre su rostro, adorará a Dios, confesando que verdaderamente Dios está en medio de nosotros”.

Hasta aquí San Pablo. Una doctrina tan ranciamente católica y divina, ha venido, con la preterición y el materialismo, a esfumarse, de tal jaez, que, el

sostenerla, causa asombro y hasta menosprecio, y ¿quién lo sospechara?... hasta persecución violenta.

¿Quiénes son, en efecto, los profetas de que habla el Apóstol, aparte los de su tiempo y otros posteriores, sino los que son conocidos por *videntes de Ezquioga* (hablamos de los auténticos), mientras lo sean? Son los videntes, la idéntica reproducción de los profetas coetáneos a los apóstoles. Y si éstos eran en número considerado, y apreciados más que los que poseían el don de lenguas, y de tanta utilidad para los fieles a quienes instruían, y a los infieles a quienes convertían, según atestigua el mismo Apóstol; y si los profetas-videntes se han periódicamente repetido en la historia de la Iglesia, más aún que fueron repetidos en el Testamento Antiguo, ¿cómo es que hemos llegado a tal grado de miseria intelectual y moral, que un don de Dios tal excelso, el primero después de la fe, es más que desconocido, burlado y perseguido? ¿Cómo se ha llegado, no sólo al desconocimiento, al desprecio y a la persecución, sino a desnaturalizarlo, de tal manera, que parecen consejos y hasta mandatos de un mundo ajeno al nuestro, o de una doctrina extraña a la nuestra las terminantes palabras del Apóstol: “Seguid la caridad, codiciad los dones espirituales, y sobre todo el de profecía —1ª Cor. 14, 1—. Codiciad el profetizar y no vedéis el hablar lenguas, haciéndolo todo con decencia y orden, —1ª Cor. 14, 40— pudiendo todos, uno por uno, profetizar, para que todos aprendan, sean amonestados —1ª Cor. 14, 31— ¿y edificados? —1ª Cor. 14, 12—.

Es preciso no ignorarlo; es preciso repetirlo para bien de todos: Los profetas-videntes de los tiempos apostólicos, nombrados tan encomiásticamente por San Pablo, se reprodujeron con fuerza y número en tiempos de Orígenes (siglo III), a causa del arrianismo que alzaba su cabeza; en el siglo XIII, por motivo de los odios sociales; en el XIV, a causa del cisma de Occidente; y en el XVI, debido a la reforma protestante; siempre a causa de extraordinarias necesidades religioso-sociales acaecidas. Pero ¿acaso no son mayores y multiplicadas estas causas, en nuestros actuales tiempos, de universal desquiciamiento? ¿Hay para extrañarse de los profetas-videntes que desde junio de 1931, han venido surgiendo, como hermosas plantas en Ezquioga, regadas y abonadas por manos que sólo escapan a la penetración de los que se empeñan en no ver?

**Videntes. Impropios videntes. Videntes diabólicos.
Visionarios y supuestos videntes de Ezquioga.**

Desentrañemos y expliquemos, ahora, el *Hecho Cuarto*.

Por *videntes* entiende el vulgo a todos aquellos que “de algún modo” tienen visiones; mientras que a éstos mismos, el que no es vulgo, les denomina *visionarios*. Sin embargo, esto es hablar inexacta e impropriamente.

- a) Propiamente hablando, videntes son los que, recibiendo o no una visión mística o verdadera visión, tienen clara inteligencia de la misma, en que estriba la “revelación”. Cuando hablamos de videntes queremos referirnos siempre a los legítimos.
- b) *Impropios videntes* son aquellos que, teniendo visiones y revelaciones místicas, no alcanzan la inteligencia de las mismas.
- c) *Diabólicos videntes* son aquellos cuyas visiones y revelaciones son demoníacas o influenciadas directamente por el diablo.
- d) *Visionarios* son aquellos que, efecto de su exaltada fantasía, creen en cosas quiméricas. (Véase lo que al principio del capítulo VIII sentamos) y
- e) *Supuestos videntes*, son aquellos que por vanidad, capricho, interés o maldad, fingen visiones y revelaciones y prestan declaraciones mentirosas con idea de engañar a las gentes.

A todo este quintuple número hay que agregar los *ex*, o los que fueron videntes.

Acerca de los cinco linajes de videntes expresados hemos de hacer algunas consideraciones: a) Los videntes, en general, llegaron alrededor de 152 — *Documentación Serie B*: Impresión general de las visiones etc.— b) De éstos, unos 25 fueron propiamente hablando, videntes. c) Los restantes 127 fueron *impropios videntes*. d) Los que se nombran en *Documentación Serie B* son los que realmente merecen recordación. e) Aun, de todos estos quedan subsistentes únicamente tres con tendencia a la reducción.

Esto, en cuanto a los videntes auténticos; porque, en lo que respecta a los falsos, entrando en este género los diabólicos, visionarios y supuestos, que por caridad no nombramos, pero que conocemos, corresponde indicar como diabólicos a siete mujeres: una de 41 años, otra de 27, dos de 25, tres de 20; y a cinco niñas: una de 13 años, y cuatro de 8 a 10, con algunas más. Como *visionarios*: una mujer de 35 años y un niño de 12, y alguno más. Y como supuestos, seis niñas: una de 14, otra de 13, dos de 11, dos de 10, un niño de 13 y algunos más. Un total de alrededor de 50 falsos videntes que, con los verdaderos, suman alrededor de 200; número pronunciado por muchos que, al medirlos a todos por el mismo rasero, indicaban que no sabían o no saben lo que

se dicen. ¡Y aún sentían la clasificación genérica de verdaderos y falsos que dábamos a los videntes! Claro está; ¡como que pretendían que los gatos pasaran por liebres...!

Los *diabólicos* videntes han hecho, ciertamente, mucho daño; mas ellos han sido las primeras víctimas del diablo. Su culpa está a raíz de haber conocido al enemigo por experiencia propia o por advertencia del que les aconsejó a su tiempo, y no haber dejado el mal camino.

Los *visionarios* son menos culpables todavía, pues han solido obrar de buena fe. Sin embargo, deben prestarse a recibir el consejo del enterado en estos menesteres.

Los *supuestos* videntes, estos sí que no tienen disculpa de ningún género, siendo su pecado gravísimo, por haber jugado por sórdido interés, necia vanidad y otra pasión inconfesable. Pero sube de punto el pecado gravísimo de dos madres, una, de un niño, y otra, de una niña, que osaron enseñar a sus hijos el modo mecánico de manifestarse en éxtasis, y dar luego, declaraciones de supuestas revelaciones, tan supuestas como habían sido las visiones; engañando así a las gentes, burlándose de las cosas divinas y exponiendo las Santas Apariciones, de un lado, a la befa, y de otro, a la persecución encarnizada de los enemigos. Pero, en el pecado llevaron la penitencia, porque, pronto se manifestaron como fueron.

Por vía de nota insertaremos, con mucha pena, una declaración, entre muchas, con sus faltas de gramática, de una supuesta vidente de 13 años, para que se vea la osadía, mezclada de ignorancia que, como asquerosa lepra, se pega a las realidades puras de las Santas Apariciones. —7 de N. 1933. Martes.— La modestia de vestidos, ijas ir bien vestidas largitas y descotadas no vayais con esos trajes indecentes que no se pueden ni mirar os parece bonito enseñando por ese mundo vuestras carnes pues a Jesús no le parece bonito al contrario muy feo muy orroroso y muy indecente por el invierno ya vais con esos abrigos para abrigaros bien pues lo mismo ir en verano y todos los tiempos pues estais mal enseñando vuestra hermosura y que teneis vosotros de hermoso el alma y ella no la agradeceis a esa es la que teneis que engalanarla ¡y como se le engalanará? Con la oración penitencia y mortificación alabando a Dios y haciendo lo que el quiera de nosotros porque nosotros no somos pues nuestros sino de Jesús. C.M. Adios adiós adiós”. Esta supuesta vidente mezclaba lo que oía a otros videntes probados, lo que leía en libros devotos con lo que su pobre magín le ofrecía, asegurando luego, que eran revelaciones de la Santísima Virgen que muchos recibían como tales ¡!—.

Cualquiera menos avisado, comprenderá que los datos concretos que damos —con nombres, localidad y más detalles que callamos— no pueden ser facilitados

por sólo el estudio y la experiencia. Nadie, absolutamente nadie, por sabio y experimentado que sea, como no sea por revelación divina, puede conocer estas cosas. Y aquí ha sido la Santísima Virgen la que, por boca de verdaderos videntes, ha hablado.

Es más; no solamente por boca de los videntes, con ser el caso tan admirable, porque lo es todavía más cuando hemos visto que, luego de corregidas por nosotros unas cuartillas, y dejadas éstas preparadas para la imprenta, sin que nadie absolutamente las pudiese tocar, ha sido y es visto en dichas cuartillas, otra corrección que ha enmendado lo ya corregido, y añadido lo que ignorábamos, pero que, en parte, por los conocimientos por nosotros adquiridos, está en perfecta armonía con los hechos; a lo cual se ha añadido posterior revelación confirmando estos precedentes. El caso se ha repetido muchas veces en esta Obra.

Dejando en su lugar, por haberlos examinado ya, las dos primeras clases, únicas de videntes “auténticos”, “verdaderos” o “buenos”; insistamos en las otras tres clases de *mal llamados videntes*, que por esto son “falsos” y “malos” y a los cuales se les puede denominar también *supuestos*, a causa de no ser tales videntes, por más que el nombre de supuesto, con propiedad cuadra únicamente a la última clase mencionada.

Dejamos dicho que la clase primera de los *falsos y malos* videntes son los “diabólicos”.

1º Aquéllos que, a causa de influencia demoniaca, ignoran que es el mal espíritu quien, permitiéndolo Dios, se les muestra y les habla. Esto suele suceder más a los principios de las videncias; y, debido a la inexperiencia de los expresados videntes falsos, pronuncian, como es lógico, malas profecías.

Sobre este caso podríamos aducir varias profecías diabólicas, pronunciadas por videntes de Ezquioga, que conocemos, y a quienes engañó el diablo, haciéndose pasar por la misma Virgen; y que, no conocido por ellos, pero, por no sujetar la seudo-profecía a un experto director espiritual o por no contrastarlas (aunque su ignorancia no llegaba a conocer esto) se vieron en el ridículo de que la pseudo-profecía no surtiere efecto; y de que las muchedumbres curiosas, atraídas por el anuncio de un gran milagro, que en tal o cual día iba a obrarse, quedasen decepcionadas, como sucedió algunas veces. Y esto es lo que el diablo deseaba: *Por el engaño, conseguir también el que tales muchedumbres abominasen de todo lo de Ezquioga.*

2º Aquéllos que, habiéndose dejado llevar por mucho tiempo, de las sugerencias del diablo, y recalcitrantes, han recusado la sujeción al director legítimo, que ellos en un principio, mientras las cosas iban a gusto suyo, reconocían; después han visto, por propia experiencia, que faltos de los auxilios divinos, y dejados en manos del enemigo, han seguido conscientemente, o, al menos, dudando prácticamente con él, dando por visiones y revelaciones de la Virgen lo que saben procede de Satanás; engañando así a las gentes, manteniendo la confusión y dando lugar al descrédito y a la perdición de la Obra de la Santísima Virgen. Es una maldad muy repetida y demasiado seguida. El castigo divino a este linaje de diabólicos videntes no tardará.

La segunda clase de videntes, falsos o malos, son los llamados “visionarios”, mezcla de gente exaltada, necia e ignorante que, por imitación, placer o interés, cree ver y oír lo que sólo su calenturienta fantasía elabora. Esta gente huye maquinalmente o a sabiendas de la luz.

Finalmente, la tercera clase de videntes falsos o malos son los “supuestos” que, a sabiendas, *fingen* lo que se les ocurre, o imitan lo que ven u oyen en otros, gozando en ser celebrados o en otras cosas todavía más bajas; y son de dos modos:

1º Aquéllos que por voluntad propia, o a causa de ignorancia (ambas con culpa; porque, en todo caso deben consultar, para no exponer a error, con un buen director) alteran una revelación recibida, aumentándola, disminuyéndola, callándola, no refiriéndola tal como el cielo se la ha dictado, o poniendo algo de su cosecha, y lo que es peor aún, inventándola.

Es un pecado grave alterar, a sabiendas, una revelación del cielo, con lo que se extravía la profecía que, siendo de suyo buena, se la convierte en mala, por la parte que humana tiene. Todavía es mayor pecado inventar una revelación o profecía; puesto que el hombre, de suyo falaz, pone en boca de Jesús, de la Virgen o de un ángel, una sentencia, también falaz de suyo, siendo éste el mayor sacrilegio que cometerse puede. Algo de todo esto ha habido en algunos videntes buenos y malos en Ezquioga, que hemos procurado corregir, aunque no todo ni mucho menos, lo hemos conseguido. ¡Desgracia grande!

2º Aquéllos perversos exidentes que retiran lo que, anteriormente, cuando eran auténticos de buena fe, se les reveló y anunciaron. ¡Cuánto pecado y muy grande puede cometerse, cuando, en estos casos se desvía uno del recto camino!

Desgraciadamente, todas estas tres clases de videntes falsos y malos —mal llamados videntes— se han dado y se dan en Ezquioga, plaga cien veces más mortífera que el tifus o el cólera, a la que ha dado lugar la falta de autoridad competente y la injerencia de gentes incapaces de saber establecer la diferencia que existe entre un éxtasis verdadero y otro falso. En *Documentación Serie B* verá el lector quiénes fueron, quiénes no fueron y quiénes son verdaderos videntes.

Pero:

¿Es posible, se arguye, que Jesús y la Virgen estén a todas horas dispuestos a contestar preguntas, muchas veces simples, impertinentes, de provecho puramente humano, y a veces malas?

Respondamos por principios:

- 1º Nadie sabe hasta qué límite llega la misericordia divina y de la Santísima Virgen a favor de la humanidad y del individuo en particular, sea bueno o malo.
- 2º Nadie es quién para enjuiciar a esa divina misericordia. Los cálculos, los juicios del hombre en esto son inexactos y, a veces errados.
- 3º Dios nos ha dado la inteligencia para apreciar lo bueno y lo malo, lo imposible y lo absurdo, lo inconveniente y lo impropio; pero hartas veces esta inteligencia duda y se equivoca, por muchas causas que no es dado referir aquí. Por lo que debemos suspender el criterio, al menos cuando no poseamos otros elementos de juicio que nos permitan concluir acertadamente. Pensemos: a) que “de hombre es errar”; b) que todos los criterios no son iguales; y c) que ni podemos ni debemos imponer a nadie nuestra particular opinión.

Todo cuanto roza la salvación y santificación de las almas, todo cuanto atañe al buen gobierno aún temporal de los particulares y sociales, ¿quién duda que es materia apta para las respuestas divinas? En todo ello no se ve desproporción, absurdo ni irreligiosidad. Y los hechos, que son elocuentes, lo confirman.

- 4º Precisamente, cuanto más simples son los encargos que a la Virgen se hacen, mediante los buenos videntes, con tal que sean razonables, humildes y provechosos, suele mirarlos Nuestra Señora con más benignos ojos; ya que, de un lado, Ella es Madre y gran Madre de *misericordia*, y de otro, los que la suplican son pecadores y simples. En tal contraste, queda de gran

relieve la grandeza de la Virgen y la pequeñez de los pecadores, que con ilimitada confianza acuden solícitos a su divina Madre.

Hay que ver y ponderar cómo Nuestra Señora, no sólo atiende las súplicas que se le hacen mediante los videntes, sino que, las despacha satisfactoriamente de ordinario; y Ella misma, ¡cuántos casos podríamos referir!, las previene, las prepara con ánimo de convertirlas en hecho antes, mucho antes, de que se le pida, para darles realidad dichosa en el momento que se le solicita. Y ello da a entender que nuestra dulce Madre, no sólo aguarda a que le pidan, sino que, como Madre modelo, muchas veces ilustra, mueve, insta y concede, aun antes de pedirle.

Corroborar la proposición el hecho de que las ocho décimas partes de los videntes auténticos, que fueron, y los pocos que todavía quedan son personas, como queda advertido, simples, sencillas, incultas, algunas analfabetas, pero temerosas de Dios. Que, en consecuencia, no poseen erudición de los misterios de la Religión ni de la economía divina sobre las segundas causas, ni menos aún de las ciencias humanas; y no obstante, han respondido satisfactoriamente y con galas de erudición, a veces, y más aún con sorpresa de teólogos, psicólogos, historiadores y demás, a preguntas y cuestiones de la competencia de aquellas ciencias. Lo que a nosotros, con harto estudio y pena, nos ha costado medio siglo y más de escrutar, nos lo han referido tales videntes, como si se tratara de la cosa más leve. Y es tanta la satisfacción nuestra —como la de otros experimentadores de buena fe— cuando oímos detalles de ciencia general que, sorprendiéndonos, no por la causa de que parten, que bien sabemos que viene del cielo, sino por ellos mismos, que la alegría se nos rezuma por todo el organismo, confesando y alabando a Dios y a nuestra Madre, de que tan grandes portentos, negándolos a los sabios y prudentes del siglo, los descubra a los pequeños. —Mat. 12, 25—.

Este es un “Hecho” intangible, irrefutable, confesado por la Historia Universal Eclesiástica; *hecho* que ha obrado en muchos santos canonizados y otros católicos todavía no canonizados. Los apóstoles, Santa Teresa de Jesús, San Pascal Bailón, la Venerable Madre M^a de Jesús de Ágreda, Beata Josefa de Santa Inés de Beniganim, Maximino, Melania, Bernardetta, la V. M. María Rafols, y en días cercanos a los nuestros, la beata Gema Galgani, y contemporáneamente, Teresa Neumann y muchos otros han sido iliteratos, alguno desconocedor por completo de las letras humanas, y todos ellos tuvieron altas visiones y profundas revelaciones, en éxtasis alcanzadas, que, al comunicarlas a quien correspondía, fueron la admiración de los grandes sabios.

Visiones y eslabones en tales éxtasis, que no son más que los primeros eslabones de una larga cadena de oro que, partiendo del cielo, desciende, prendida de los videntes, a la tierra, no terminando aquí, sino en el lugar de su partida.

¿Qué tiene de extraño, pues, que los auténticos videntes de Ezquioga, en días que fueron, y hoy, los escasos que restan, ofrezcan idénticos o semejantes puntos de contacto con aquellos siervos de Dios, en cuanto a sus éxtasis y revelaciones, y probándoseles que las respuestas y la doctrina contenidas en ellas y fuera de ellas lacónicas, exactas, ortodoxas y sabias, no son más que efectos producidos por iguales causas? ¿Quién se extraña de todo esto si no los que, sin profundizar nada, lo llevan todo a rajatablas? Y, ¿quién niega todo esto sino los que son de muy débil fe, o los que con la Religión de Jesucristo a mal se llevan?

Porque ciertamente, algunos vienen periódicamente a Ezquioga, no a visitar a la Virgen y a rezar ante su imagen o encomendarse a Ella, sino que, por espíritu de curiosidad o, como se dice, por *sport*, vienen a curiosarlo, criticarlo y dudarlo todo; para en resumidas cuentas, negarlo y burlarlo todo. ¡Ah! Y con el manto de católicos.

Sin embargo; pese a todos estos y a los demás enemigos, el *Cuarto Hecho* de Ezquioga subsiste indefectiblemente.

Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas

(—1ª Cor. 14, 32—)

Tiene tal miga esta observación del propio Apóstol, y es tan necesaria en la escrutación de las profecías, consignadas por los videntes, que Santo Tomás, al comentar estos pasajes, dice: “Este versículo puede referirse al 29, cuando advierte que *cuando hablan dos o tres profetas, los demás juzguen*, siendo su sentido éste: Porque los profetas son jueces unos de los otros, y sólo ellos pueden discernir si sus revelaciones son o no conformes a la palabra de Dios. Si se refiere al versículo 31: *Y todos, uno a uno, podéis profetizar, para que todos aprendan y sean amonestados*, el sentido es: Porque el don de profecía está sometido a la voluntad de los profetas, y así hablan cuando quieren y cuando lo juzgan útil para instrucción y bien de los fieles, y no están fuera de sí, como aquellos, a quienes el demonio enfurece con movimientos violentos y extraordinarios para decir sus falsas revelaciones”. —P. Scio de S. Miguel en *La Santa Biblia*, sobre la Carta 1ª de S. Pablo a los Cor.—

Capítulo XV

CAPÍTULO XV.— Quinto Hecho. (Continuación del anterior capítulo). Historia de las contradicciones y persecuciones a lo de Ezquioga: señales teológicas de la bondad de la Obra contradicha y perseguida. Vísperas de un gran milagro. Disposiciones de uno y otro orden contra lo de Ezquioga a partir del 15 de Octubre de 1931.

QUINTO HECHO.— La perseverancia admirable de los auténticos videntes, en tales disposiciones y prácticas, a pesar del tiempo transcurrido, de las inclemencias de éste y de otras penalidades subjetivas y objetivas. (Continuación del capítulo anterior)

Historia de las contradicciones y persecuciones a lo de Ezquioga: Señales teológicas de la bondad de la obra contradicha y perseguida

Cuando en pleno Sanedrín de los apostólicos tiempos, los fariseos y doctores de la ley judía arremetieron con furia contra la religión de Jesús, pidiendo su exterminio, del mismo congreso de sabios se alzó, majestuosa, para interrumpir, una voz elocuentísima. Era la vos del docto fariseo Gamaliel, quién se negó a dar su firma para la muerte de Jesús. Dijo así: “¡Oh israelitas! Considerad bien lo que vais a hacer con esos hombres. No sé por qué os cansáis en perseguir y pedir el exterminio de su doctrina e Iglesia. No os metáis con ellos y dejadles. La historia nos dice que si es de los hombres, ella misma, derrumbándose a su propio peso, caerá; pero si es de Dios, cuantos medios imaginéis y pongáis en práctica para arruinarla, serán inútiles, y además os exponéis a ir contra el mismo Dios” —Hech. 5, 35-39—.

Éste es el magnífico procedimiento que, en todas las doctrinas y reuniones, *no intrínsecamente malas*, debería seguirse. Es un procedimiento tan sabio como lógico. Lo demás, sobre todo el procedimiento contrario es, a par de sencillamente ridículo, contraproducente.

¿Qué es lo que en general, se ha hecho con todo lo referente a cosas y personas atañentes a las apariciones de Ezquioga? Hay que hablar claro, no tan claro como quisiéramos y fuera menester, por razones que de su peso caen. Pero, al menos, es imprescindible levantar la voz, como Gamaliel, y repetir sus acentos enérgicos y razones concluyentes.

Antes de pasar adelante, una honda observación que sirve de premisa: ¿Por qué será la tenaz inquina de los no creyentes contra las apariciones de Ezquioga? Si no creen en ellas, ¿no les podían ser indiferentes y tener sin cuidado?

De ninguna manera se contesta, y la razón es la siguiente: *Si se llegara a probar, y el público sano a convencerse de que las Apariciones de Ezquioga son un hecho, la doctrina que ellas arrojan condena a los que las niegan. Si éstos son los que mandan, corren peligro de que el público sano se les eche encima y les dé un mal rato. Pues, “guerra sin cuartel”, dicen ellos, contra las Apariciones de Ezquioga. Son una mentira: Un negocio: Una conspiración contra la República, etc., etc.”*—Voces de distintos sectores—.

No es otro el modo con que propagan sus ideas ácratas hombres que, como el Lenin español, decía en vísperas de las elecciones generales de 1933, “la Religión Católica no es la verdadera”. Así trata de persuadir a los suyos en la guerra al Catolicismo y marear a los demás. Pues no es otro el método que emplean los que tienen la sartén del mango con respecto a Ezquioga: “Allí, dicen, no hay nada; y como no hay nada, los que van por allí son negociantes, conspiradores o locos. “Guerra, pues, a ellos sin cuartel”. Lo vamos a ver despacio.

Primeras críticas y oposiciones:

Entre los diputados que, en plenas Cortes Constituyentes, alzaron su voz contra los Hechos de Ezquioga, se destacaron los señores Antonio de la Villa, Balbontín y De Francisco, muy conocidos todos por sus ideas societarias. “El 14 de Agosto de 1931, el Sr. Villa ruega al ministro de la Gobernación que aproveche su próximo viaje a San Sebastián para hacer averiguaciones sobre la aparición de la Virgen de Ezquioga.

- Un diputado—: Es un negocio
- De la Villa—: Sí, es un negocio, y ya lo saben los agrarios (Protestas). Allí se reúnen más de 5.000 personas —Añadiendo un cero más a esta cifra quedaba corto el cálculo, pues la rebasó; el día que más llegó a 80.000 almas—.
- Beunza—: ¿A conspirar?
- De la Villa—: Sí, para conspirar, y diré además, que quienes más conspiran son los jesuitas. —Precisamente los jesuitas fueron los que menos frecuentaron la campa. Véase cap. 3. Corrimiento de convertidos a Loyola—.

Sigue hablando en tono irreverente de la aparición de la Virgen; y su intervención, plagada de ramplonería sectaria, se desarrolla entre continuas protestas de campanillazos.

El Sr. Maura contesta que ha causado impresión lamentable el discurso del Sr. Villa, porque no tiene derecho a entretener a la Cámara con ataques a unos católicos que, en uso de su perfecto derecho, se reúnen a rezar. Por mi parte, dice, no puedo disolver a tiros esas reuniones, como sin duda, quería el Sr. Villa.

Éste insiste en lo de la conspiración, y no se explica la complacencia del Ministro de la Gobernación.

— Sr. Maura—: No tiene derecho su señoría a hablar de complacencias mías en este asunto. Yo, en este cargo, antepongo a todo el cumplimiento de mi deber, y mi conciencia de gobernante y de católico me obliga a proceder con rectitud (Aplausos).

Siguen vivos diálogos entre los diputados, que cortó el presidente” —*Diario Regional de Valladolid*, 14 de Agosto de 1931—.

Como se insistiera en que lo de Ezquioga era un foco de rebelión contra la República, contestó el Sr. Maura: “No se apuren sus señorías por lo de Ezquioga. Nada tema la República de gentes que acuden allí solamente para rezar y cantar. ¡Ojalá de Francia y otros puntos se corrieran a Ezquioga para hacer otro tanto! España ganaría aún materialmente”. —*Diario de sesiones y Prensa coetáneos*—.

¿Qué ha ocurrido luego? ¿En qué medida el nacionalismo vasco intervino en Ezquioga, para que, hasta la fecha en que, como tal, dejó de concurrir a la campa, se creyera, en general, en las apariciones marianas; y, transcurrida esa fecha, se enfriase la devoción y la fe en ellas? —Cap. 20, a) Argumentos históricos—.

Veamos, que el caso merece su estudio, y por el cual se explican muchas posteriores actitudes.

Entre las sendas falsedades que los diputados a Cortes mencionados repitieron en la Cámara Nacional; ¿pudo haber habido *algún hecho concreto* que diera pie a ellas? Es preciso examinarlo y contrastarlo todo para que la verdad flote por encima de las pasionales escorias.

Desde el principio de las Apariciones, numerosos grupos de nacionalistas vascos, entre los que menudeaban sacerdotes —porque sabido es que este partido está alentado por gran parte del Clero—, concurrían con sus banderitas y pañuelos propios al lugar de las Apariciones, con la pretensión —así lo decían

ellos— de que “la Santísima Virgen aparecía para salvar a Euzkadi”; y en este sentido rezaban y cantaban. Claro está que, sin pretenderlo, daban lugar, y lo dieron, a que se hablase en Cortes contra Ezquioga, y que el Gobierno tomase, en parte, las medidas que tomó, porque los que no ignoramos las pretensiones del nacionalismo vasco, como todo nacionalismo separatista, creemos que dio, *en lo de Ezquioga*, un paso en falso y se comprometía, comprometiendo de paso, la Obra de salvación mariana que él cultuaba. Si se hubiera limitado al rezo y al canto, sin acompañamiento de insignias ni demostraciones de ninguna clase, ¿quién sabe hasta dónde hubiesen podido llegar las manifestaciones y efectos de ardiente fe que hubiesen seguido presenciándose en Ezquioga?

El hecho es que, cierto día, en que determinado vidente fue avisado por Nuestra Señora para que publicase que *la Santísima Virgen aparece no solamente para salvar a Euzkadi, sino también a España y al mundo entero*; y el vidente publicó tal misiva, entonces cambió la decoración: Los nacionalistas concurrentes a Ezquioga enmudecieron, plegaron sus banderitas y desfilaron, no volviendo más por allí como tales nacionalistas.

¿Qué era esto? ¿Qué se pretendía con esto? Hasta aquí los nacionalistas vascos apoyaron a Ezquioga. Después de este Hecho, no solamente no apoyan, sino que muchos, sobre todo, de sus encauzadores, han hablado y hablan bastante mal de las Apariciones y de sus videntes y simpatizantes.

Vísperas de un gran milagro

El 14 de Octubre del mismo año, el primer Ministerio de la Segunda República Española, a causa del enorme palo de ciego dado en las Constituyentes contra la Iglesia Católica y las Órdenes religiosas, particularmente los jesuitas, fue aprobado el artículo 24 de la Constitución, puñalada trapera dada a la gran masa española; y en consecuencia dimitieron los señores Alcalá Zamora y Maura.

A las siete de la tarde, se formó en Madrid una manifestación en la plaza de Castelar que se dirigió a la Puerta del Sol. Los manifestantes llevaban bandera roja y lanzaban gritos contra la Religión, promoviendo alboroto.

Antes de salir de la Cámara Nacional, y terminada la excepcional sesión, los diputados republicanos dieron vivas a la República; Beunza y sus diputados los dieron a la libertad. Alguien, entonces, avanzó y alzó sus puños, descargando

terrible puñetazo en la nuca del diputado señor Leizaola, que pudo escapar vivo, gracias a la intervención oportuna de sus amigos.

“El Debate” del día 13 de octubre da cuenta de haber recibido el presidente del Congreso de Diputados el siguiente telegrama: “Presidente Congreso Diputados —Madrid— Gran Logia Española atenta principios le informan interpretando sentir unánime logias Federación hace llamamiento Diputados recibido luz masónica cumplan su deber votando dictamen comisión sobre problema religioso plasmando así Constitución aspiración general país —Gran Maestro Esteva— Gran Secretario, Matamala” —*Diario Regional* de Valladolid, jueves 15 de Octubre 1931—.

Reflexione cada uno y piense si tiene algo de extraño que al día siguiente, 15 de Octubre, la Santísima Virgen, según tenía anunciado, —Cap. XIX, b)— en vista de cómo se ponía España, para confortar su espíritu católico, y en prueba de sus Apariciones en Ezquioga, practicase *sobrenaturalmente* unas heridas en las manos, y a la presencia de todos, a la joven Ramona Olazabal? —Cap. XIX, b)—.

Disposiciones de uno y otro orden contra lo de Ezquioga, a partir del 15 de Octubre de 1931

Éste fue el Hecho extraordinario, contemplado por miles de personas, que luego, se ha procurado desfigurar y negar, y la fecha magna, a partir de la cual no han cesado de llover sobre Ezquioga terrible anatemas. ¿Qué es ello? Mas, ciñámonos a los hechos:

A raíz mismo del cambio de ministerio el 14 de Octubre, el Presidente del Consejo, el que había lanzado a los cuatro vientos, sin que nadie le tapase la boca, “que había que transformar el Estado español de acuerdo con que había dejado de ser católica” (¿?), llamó a cierto diputado vasco católico, y terminantemente le dice: “Es indispensable que lo de Ezquioga desaparezca por completo”. A lo cual respondió aquél: “Yo nada puedo hacer en este respecto, ya que el asunto pertenece a la Iglesia. Diríjase usted a la autoridad eclesiástica de la Diócesis”. Y con tal habilidad se zafó del espinoso asunto.

La prensa madrileña publicó que de cierto Ministerio, como si en su mano estuvieran las riendas del poder divino, como lo están parcialmente las del humano, salió esta voz tajante del ministro: “Voy a dar órdenes para que se acaben los milagros de Ezquioga”. Frase que complementaba la que se dio desde

el otro ministerio y que dejamos apuntada. De aquí arranca todo, pues todo el mundo se echó a temblar.

El Boletín Eclesiástico de Vitoria, con fecha 17 de octubre de igual año, con firma del Vicario general de la Diócesis, publicó la siguiente nota: “Para orientar a la opinión acerca de algunos hechos, que se dicen acaecidos en Ezquioga el día 15 del corriente, nos creemos en el deber de hacer público que de las diligencias practicadas, y entre ellas la inspección pericial —A la *inspección pericial* de este caso concreto podríamos oponer fundados reparos de fondo y forma. Cierta escritor, en una *Hoja*, que publicó sobre el caso, pág 2ª, 2º, asegura que “*las diligencias practicadas* no fueron oficiales y sí oficiosas; y que la mencionada autoridad eclesiástica se negó a hacer información regular sobre los prodigios del 17 de octubre en confirmación del milagro del 15 de ídem.— G.L. Boue en *Merveilles*, pág. 55—, no resulta probado indicio alguno de la intervención sobrenatural en la formación de las heridas ni en la imposición del rosario que lleva pendiente de su cintura la joven Ramona Olazabal, y sí motivos suficientes para atribuirlo a causas puramente materiales” —Cap. 19, núm. 10—.

Con este motivo, cierto diario vasco publicó una serie de artículos que arremetían de lo lindo contra las Apariciones y los videntes de Ezquioga, y puede figurarse el lector los ánimos que se restaron a la concurrencia a la Campa.

Don Antonio Amundarain, celoso ecónomo de Zumárraga y entusiasta por las santas Apariciones de Ezquioga, iba casi diariamente a su campá, y ante ingentes muchedumbres devotas, dirigía el Santo Rosario y los cánticos marianos regionales. Fue, a causa de ello, amonestado por sus superiores jerárquicos, que le hicieron ver el disgusto que recibían por tal empresa.

Cierta diputado sacerdote de las Constituyentes, fue invitado por el vidente J. G., de parte de la Santísima Virgen, para que defendiese en las Cortes las Apariciones. El diputado no hizo caso alguno; y Nuestra Señora añadió al vidente: “Al diputado X, que ha repugnado defenderme, nada le saldrá bien”.

En la primavera de 1932, un famoso sacerdote exjesuita fue acompañado por unos amigos suyos a Zumárraga y Ezquioga; pues los acompañantes manifestaban deseos de que su acompañado hablase sobre los Hechos de Ezquioga, a los que ellos asentían, y éste a su vez, manifestaba deseos de conocerlos. Se dice que venían con ánimo negacionista; y así debió ser, por cuanto no estuvo sino dos ratos y no practicó prueba alguna. Al bajar, se vio con la madre de la vidente Benita Aguirre, a la que dijo que “Allí, arriba, no había nada”.

Mas como ésta le contradijese y le hiciese ver que, para hablar, le convenía estar más tiempo y hacer pruebas, y que ella le hubiese ayudado si no fuera porque era tarde, el sacerdote calló, aunque no vencido. Tan es así que, de noche, en el hotel repitió la frase que “allí no había nada; sólo pamplinas y tonterías”; y al siguiente día, como si le remordiese la conciencia, fue a verse con la madre de la citada vidente para darle explicaciones, que ésta no necesitaba; mas, luego, convocó a varios sacerdotes del contorno y les dio —con tales bagajes científicos— una conferencia antiaparicionista. Y *¡tutti contenti!* Así preparaba el camino a otro sacerdote jesuita para que cerrase públicamente contra Ezquioga.

En el otoño de ídem, y a raíz de las obstinadas persecuciones, nos dirigimos a otro diputado católico vasco para que interpelase en Cortes al Ministro de la Gobernación sobre la persecución gubernativa a la Apariciones y ni merecimos respuesta. Más, no adelantemos los sucesos y ciñámonos a hechos que son del público dominio.

- a) La inspección superficial y misteriosa —*Mervelles et prodiges*, pág. 69— del fiscal de la Curia Eclesiástica de Vitoria, canónigo Sartucha en algún vidente, el 26 de diciembre de 1931. —No con ánimo de zaherir, sino con el de que se vea en manos de qué sujeto se ponía una inspección, de suyo tan grave, es pública la apostasía y fuga posterior de este individuo.— A cierto niño vidente de 8 años hizo esta pregunta: ¿La Virgen lleva escopeta? (¡Vaya una interrogación para el proceso canónico de las Apariciones!) El videntito escandalizado y ruborizado, calló ante una salida tan impía. No es extraño que los videntes huyeran de sacerdotes que así trataban un tan sagrado asunto.—
- b) La prohibición a los sacerdotes, aun extradiocesanos y extranjeros, de que se acerquen a la campa de Ezquioga, con lo que se impide totalmente no sólo el estudio necesario, sino aun la satisfacción curiosa de los fenómenos de la misma. —Del Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Vitoria (29 de diciembre de 1931)—.
- c) La rotunda negativa al propietario del terreno de las Apariciones para que en su finca edifique iglesia o capilla alguna. —Oficio de la Curia Eclesiástica de Vitoria a don Juan L. Echezarreta. Después de esta negativa, este señor, propietario del mencionado terreno, levantó un templete para una fuente y no para capilla, aun cuando dicho templete, sin dejar de ser lo que es pueda un día convertirse en capilla.—
- d) Las conferencias mandadas y dadas en Vitoria y San Sebastián por el P. José Antonio Laburu, S. J. quien, sin suficiente preparación, arrojó jarras de

agua fría y pelladas de cieno a los Hechos de Ezquioga. —El P. Laburu confesó paladinamente ante la concurrencia que la idea de dar tales conferencias no partía de él, sino del que podía ordenarlas. (La Constancia)—. —Da inmensa pena leer los periódicos que referían tales desdichadas conferencias; y más dolor produjo aún escucharlas. Ésta fue la tercera arremetida, en serie, que se dio contra las Apariciones, y la que produjo más daño que las anteriores—.

- e) La negación de la Santa Misa y Comunión a los videntes, en grupo, el día del aniversario de las Apariciones en la ermita coadjutorial de Santa Lucía de la parroquia de Ezquioga. —Cerróse de propósito la Iglesia de Santa Lucía, y los videntes, si quisieron oír misa y comulgar, tuvieron que acudir a la parroquia de Ormaiztegui, donde se les celebró y administró la Comunión—.
- f) El hablar contra los Hechos de Ezquioga y contra sus videntes y simpatizantes desde ciertos confesionarios, sacristías y púlpitos. —Hubo un pueblo entero que, antes de estas fechas, concurría a Ezquioga, y luego, a fuerza de prédicas de su cura, dejó de asistir—.
- g) El prohibir a algunos penitentes y pueblo que accedan a Ezquioga. —¡Cuántos nos consultaron sobre el caso, y a todos tuvimos que manifestar que, por cuanto no estaba prohibido formalmente por el Diocesano, los párrocos o ecónomos carecían de autoridad para prohibirlo!—
- h) El negarse a celebrar misas sólo porque fueron ofrecidas por videntes.
- i) El conminarles con no darles la Comunión y hasta arrojarles del templo. —Repetidos casos de estos se ofrecieron—.
- j) El intentar que manifestasen que las Apariciones no son de la Virgen y sí del diablo o desarreglos de la privada imaginación. —Y como todo árbol inclinado, acaba de caer del lado que se inclina, he ahí porque tales conminaciones han terminado en poner por obra los propósitos declarados.—
- k) El haber provocado contra los devotos de Ezquioga la persecución de Octubre-Diciembre de 1932, prohibiéndoles bajo multa, manicomio, cárcel y destierro el acceso a la campa. —Cap XVII. *Hechos mal juzgados*; Cap XXI. *Un caso como pocos*—.
- l) El haberles llevado al juzgado, a la cárcel, al manicomio, al proceso, a la multa, a la burla, y al destierro. —Cap XXIV—.

- m) El pretender, sive velis sive nollis, que se acabe, de una, todo lo de Ezquioga, como si los que tal intentan tuvieran en su mano las llaves del cielo, como tienen las de la tierra. —Ídem—.
- n) El sostener el Diocesano, en Durango y en pleno verano de ídem, que había dado orden de negar la Santa Comunión a todos los videntes, creyendo erróneamente que éstos se reducen a 4 ó 5; y como se le replicase que había muchos más, mostróse indignado y dispuesto a hacer lo mismo con todos.
- ñ) La carta episcopal de primeros de Septiembre de ídem al dueño del terreno de las Apariciones podría servir de modelo de contenido de insultos y amenazas, en la cual se le prohíbe, a causa y no pretexto de ampliación de una finca urbana suya, la erección de una capilla en la que dicho dueño no pensó nunca.
- o) El tratar notoriamente a los videntes de borrachos, perdidos, locos y alucinados, y a los simpatizantes de tontos y necios, con otras lindezas por el estilo... —Todos y cada uno de estos hechos notorios, y muchos del dominio público podrán ser, si menester fuere, con arreglo a derecho, formalizados, citando nombres, lugares, fechas, testigos, documentos y demás pruebas. Capítulo XXIV: “La persecución del escándalo”— ha formado un tal ambiente de hostilidad y general desprecio hacia los Hechos de Ezquioga, que da inmensa amargura ver cómo se ha ido claudicando en unos tiempos tan desgraciados y de la mano de Dios dejados. Y,
- p) Finalmente, todo esto no fue más que un estudiado preparativo para la publicación de la Circular Episcopal nº 165, del Boletín Eclesiástico de Vitoria, correspondiente al 15 de septiembre de 1933, que, enormemente editada, y remitida, recogió la prensa de todo el mundo; constituyendo el terrible *palo* asestado contra Ezquioga. Bien lo decía su autor, días antes, mirando a la campa y viendo a los fieles que subían y bajaban a rezar: “Dentro de ocho días acabo yo con todo esto”.

En algún pueblo de Navarra, donde aparecía la Santísima Virgen, y en el que había crecido el sector de fieles, comenzando parte del Clero por ser indiferentes a ellas, han acabado por perseguirlas.

Con este motivo la prensa navarra publicó: a) varias gacetillas —Diario de Navarra, 20 de Marzo de 1932—, y algunos artículos seudocientíficos, que arremetían contra las Apariciones, afirmando que eran una enfermedad, que no determinaba; b) se

dijo al oído por otros, que “las Apariciones eran demoníacas y que se rezaba al diablo”; “¿para qué querían rezar en el campo si tenían templos?” —Así lo han testificado diversos particulares—. “En consecuencia, c) se mandaron quitar los tabladillos de los campos a donde ascendían los videntes, y en su derredor se congregaban los demás fieles a hacer oración, y en los que se solían tener las visiones; —Por orden gubernativa— d) se extrajo por la violencia y a rastras del templo a alguna vidente estando en éxtasis; —Declaración de la propia interesada— y e) se ha llegado al envío de una carta episcopal a los curas de los valles de Araquil y Borunda: —Capítulo XXII. *Reparos patológicos* etc.— factores todos que, sumados y multiplicados, han dado con un estado deplorable tal en la fe de las Apariciones que es más que gran milagro el que haya fe en las mismas.

Dejamos dicho que “en todos hubo miedo”. Y en efecto, reconocemos que la persecución a Ezquioga comenzó por el elemento político, siguió por el gubernativo, continuó por el religioso y acabó por todos ellos juntos.

El elemento político levantó la caza, pretextando que la había; el gubernativo fue a cazarla, creyendo encontrarla; el religioso le ayudó en la tarea, y todos juntos pusieron sus manos en ella.

Hay un hecho significativo que le ofrece “un broche de oro”. En Septiembre de 1932, con motivo de una visita gubernamental a San Sebastián, hubo presentaciones oficiales de las diversas clases sociales.

Cierta autoridad pidió se acabase “con aquello”, prohibiendo que nadie subiese a la campa de Ezquioga. Entonces, don Manuel Azaña dijo: “Yo daré órdenes que aparecerán en la prensa”. Y a pocos días “El Sol” publicó que se habían dado órdenes oficiales gubernativas que ningún *religioso* subiese a la campa.

Claro está que la palabra *religioso* no entrañaba ninguna disposición nueva, pues se mantenía en su vigor por la Vicaría General la prohibición de que los *sacerdotes* subieran. Los seculares no se creyeron ciertamente incluidos en dicha disposición, y siguieron subiendo.

No obstante, como lo que se pretendía era que nadie ascendiese a la santa montaña, para que las Apariciones “por abandono forzoso perciesen, se dieron pasos, sin parar, hasta que, al mes justo, era ya un hecho la persecución violenta contra los videntes y el *monte santo*. —Cap. 17 y 24—.

Transcurrió cerca de un año sin que los enemigos de las Apariciones consiguieran sus propósitos, y al cabo de él, es cuando se ha dado otra terrible embestida que, ciertamente, ha de lograr mucho menos que las anteriores.

¿Puede, acaso, justificarse la oposición resuelta por todos los medios a los sucesos de Ezquioga, por el hecho de que los maliciosos, al suponer interesados en ellos al clero, digan que son obra de él?

Así han argüido algunos, pero tal procedimiento no se justifica a sí propio, antes bien, descubre un pretexto efímero.

La razón está en que los maliciosos para todo lo bueno ofrecen argumentos sin base; y si aquel argumento fue verdadero, debería poderse aplicar también a todo lo que es bueno y santo, lo cual es gran absurdo. Debería, v. gr.: desterrarse “la piedad” porque en la mente de los malos es *hipocresía*; “los sacramentos” porque *nada obran*; y “la Religión” porque es *un pasatiempo o un negocio*. Luego aquel argumento contra Ezquioga, sin resolver nada, carece de base y es fútil pretexto. Más, argüimos *ad hominem*. Precisamente es, en general, el clero el que más adversamente se ha mostrado y se muestra en el asunto de Ezquioga. Luego...

Capítulo XVI

CAPÍTULO XVI.— Sexto Hecho. (Continuación id.) Comportamiento de los videntes. Paralelo entre los videntes y los profetas de los libros sagrados. ¿Por qué el contingente de extáticos no está tomado de las personas a Dios consagradas? El reverso de Ezquioga. Precisa separar la paja del grano. Quejas del cielo contra los videntes. El cisma: Muchos fueron los llamados y pocos los escogidos. Gran parte de la culpa cabe en los videntes y sus acompañantes de que Ezquioga no haya dado el fruto apetecido. Plan general de vida de los videntes auténticos.

SEXTO HECHO.— La dejación de visitar al punto mariano de Ezquioga por los que fueron sus videntes, a causa de la cesación de las visiones, prueba que antes los visitaban porque veían. (Continuación ídem.)

El “Sexto Hecho” es una gran confirmación del anterior, aunque independiente de él. Porque dejamos advertido que las francas persecuciones contra los videntes hubieran sido más que suficientes para acabar en un par de meses la santa romería de los mismos, a no ser porque hay allí un “Hecho” tan providencial como fuera del orden natural. La prueba de esto está en que alguno de los videntes dejaron de concurrir a las apariciones, no por cansancio ni pérdida de entusiasmo por la Virgen, sino por una doble causa: Unos, porque, por faltas particulares suyas, dejaron de tener visiones; y otros porque el prelado diocesano severamente les prohibió subir al Monte Santo. Ciertamente que es muy sensible el que, por falta de pureza o descuido, cosas graves en un vidente, no tenga éste el corazón bien dispuesto y agradecido, y no sepa o no quiera cooperar a la obra de la santificación propia y de los demás, que la Santísima Virgen pide y exige, como una de las razones finales a sus videntes. Gran desgracia sería ésta y mala señal en un tan favorecido de nuestra dulce Madre.

Antes de pasar adelante, es preciso fijar principios que, desconocidos, dan lugar a muchos yerros y no pocos disgustos; y reconocidos, se acierta a llevar las cosas según la voluntad divina y obtener la paz del alma que es la prueba de nuestra actuación acertada en orden al cielo.

Principio 1º. La Santísima Virgen, en sus apariciones a Ezquioga ha escogido a diversas personas para comunicarse con ellas, tomándolas como *mero instrumento* de tales Apariciones.

Los videntes, por tanto, son instrumentos sencillos, aunque animados, de los cuales se vale el cielo, como en todo tiempo se ha valido de los profetas, para anunciar aquellas verdades desconocidas al tiempo en que se predicán, y que hace falta conocer para llenar el Plan divino en la santificación y salvación de los pueblos.

Principio 2º. Aunque para ministerios semejantes no se necesita absolutamente santidad en dichas escogidas personas; (para que nunca se diga que las gracias extraordinarias del cielo a la santidad se deben), sin embargo, la segunda finalidad que el cielo tiene en las Apariciones de referencia es la santificación y salvación de los pueblos, *cosantificándose* los instrumentos de que se vale para acreditarlos.

Ésta es la finalidad primera en cuanto a nosotros; por manera que si no se alcanza, las Apariciones, como medio de santificación y salvación, quedan totalmente frustradas; y somos nosotros o los videntes o quienes se opongan de algún modo a las divinas Apariciones, los que de su parte las frustran. Mucho hace a la dignidad de la doctrina la santidad del que la predica.

Comportamiento de los videntes

A pesar de las francas persecuciones, dichas en el capítulo anterior, y conminaciones de otras más agudas y duras que, ciertamente sobrevendrán; — Escribíamos estos conceptos en el invierno de 1932— a pesar del tiempo transcurrido con todas sus inclemencias de frío, aire, nieve, lluvia, calor, distancias, abandono de hacienda y otras incomodidades subjetivas y objetivas, en que cualquier móvil que no fuera el divino, como queda dicho, no resistiría, es admirable la perseverancia de los videntes en venir a postrarse en el suelo, durante cerca de tres años, para orar de puro corazón a Dios y a nuestra bendita Madre.

Y es todavía más admirable tal perseverancia; porque el móvil de venir a Ezquioga es solo uno, el mencionado, sin mezcla de intereses materiales.

Todo lo cual quiere decir que esa perseverancia admirable lo es por algo insólito, grande, providencial y portentoso, que los videntes por lo general, han encontrado en sus visitas a la campa. Les sucede a éstos lo que a los niños, cuando ven en casa algún tarro de miel, es a saber: que le visitan mucho para gustarla; y a pesar de los reniegos y hasta de los azotes de la madre para que sus hijos dejen en paz el tarro, éstos siguen visitándole a hurtadillas, ¿por qué? Porque la dulzura de la miel les atrae más, mucho más que los pescozones de la madre tratando de impedirlo.

Así son los videntes. En dichas apariciones el tarro de miel es la dulce Virgen; y mientras esta rica miel no desaparezca, es inútil que nadie se esfuerce por impedir a los favorecidos de Nuestra Señora su acceso al privilegiado tarro, porque no conseguirán nada.

Hay que tener muy en cuenta que el cielo concede sus excepcionales gracias para fines también excepcionales. Y si es verdad que, en general, las Apariciones se realizan para el doble testimonio del poder de Dios y de su Madre y para que los hombres recurran a ellos; no obstante, es conveniente que el beneficiario sea digno y adecuado al contenido o está en vías progresivas de serlo. Traería lo contrario un desorden en el Plan divino.

De ahí que precise, la cristiana, la santa vida de los videntes. Quien la trabaje, coopera a la gracia y la aumentará; quien la descuide, se hará indigno de ella, y pronto o tarde, la perderá.

Generalmente, los auténticos videntes, no solamente los que subsisten, sino los que fueron, son de condición menesterosa, sencillos, afables, temerosos de Dios, cumplidores de los preceptos de la Iglesia, frequentadores de los Sacramentos, devotos de la Santísima Virgen, sacrificados y cumplidores de los encargos que la Virgen les hace; tienen, en una palabra, santidad inicial. Aunque, en su contra, les hallemos defectos, que les hemos advertido.

No son los videntes los que *solamente* aparecen. Para el público, no pícaro, que ávido de nuevas emociones, y cuanto más extrañas mejor, se lanzan a contemplarles, viendo en ellos los rezos, los éxtasis, el repartimiento de medallas, estampas y flores, la locución de palabras y frases extrañas cuanto devotas, los cantos particulares, en una palabra, los actos externos de una piedad rara; el caso no pasa de ser espectacular.

Para los piadosos, pero cuya piedad no se adentra hasta los pliegues y repliegues del espíritu, no pasa de constituir un acto místico singular.

Pero, para los que discurren y viven en cristiano, para los tocados por el dardo divino, para los escogidos singularmente por Jesús y la Virgen, los actos peculiares de los videntes, son tan particulares, tan del común de los santos, que precisa observarlos sin pasión para que, así como la historia es fuente y lección de porvenir, así la vida en que se desarrollan sus actos es fuente copiosa de gracias mayores y lección soberana a que están llamados a prestar a la humanidad, y que, seguramente prestarán, si siguen siendo fieles.

Después de la enconada, persecución del otoño de 1932, precisa llamar la atención sobre la ejemplaridad de los videntes, no solamente en cuanto a las

virtudes cristianas, en general, sino en cuanto a algunas virtudes tan heroicas, que son como la piedra de toque de los valores del alma.

Descontados a) los videntes infieles a la gracia recibida; b) los influenciados substancialmente por el espíritu del mal; y c) aquéllos otros que, por haber cometido faltas, han dejado de tener visiones; los demás videntes, (pocos en número) se comportan con regularidad cristiana.

Muy queridos de Jesús y de la Virgen, destacan por su sencillez, paciencia, caridad y sacrificio, con todos, y oración, fe y confianza con sus divinos favorecedores. Y esto, a la verdad, es altamente consolador, por cuanto, en medio de una sociedad corrompida y disolvente, revive en ellos, en alguna manera, la vida de los santos, que la llevaron en sí propios a imitación de Jesús y María.

De un modo especialísimo —y esto conviene repetirlo— revive en ellos la sencillez de los profetas, la fe de los confesores y la paciencia de los mártires.

Un libro interesante podría escribirse acerca de la persecución violenta mencionada, en la que tanto merodearon las predichas virtudes en los diversos episodios que, ante jueces y gobernadores, médicos psiquiatras y adláteres, todos ellos incrédulos, entonces, en las cosas de Ezquioga, se desarrollaron. ¡Qué serenidad ante los jueces! ¡Qué firmeza en la fe! ¡Qué valentía en confesarla! ¡Qué respuestas tan sabias y desconcertantes! ¡Qué presteza para el sufrimiento! ¡Con qué solicitud pedían ingresar en la cárcel, en el manicomio o donde fuese, incluso ir a la misma muerte! ¡Qué tranquilidad y alegría de ánimo en las prisiones! ¡Qué indiferencia para seguir todavía sufriendo, si fuere menester!

Los que juzgaron a los videntes, poseedores de una virtud tal alta, pero para ellos tan extraña, se pasmaban del contraste, y alguien exclamaba: “Esto es grande; esto debe ser verdad; aquí no hay amaños por más que los buscamos”, y se convirtieron. Otros animaron el oleaje anticristiano. Quienes quedaron dudando. Quienes más se empedernieron.

Y los videntes saben que su porvenir está erizado de espinas. Que el camino que recorren es todo un Calvario. Y que, al final, los buenos hallarán el martirio. Y, sin embargo, se les ve alegres, animosos, decididos, esperando *su gran suerte* en el Reino de Dios.

Tienen en vida la promesa de que, por haber confesado a Jesucristo y a su Madre; éstos les confesarán, como a hijos suyos, delante del Padre celestial. — Mat. 10, 32—.

“Ellos han puesto, exclama San Pablo, —Hech. 12, 2— los ojos en Jesús, autor y consumidor de la fe, el cual, en vista del gozo que les estaba preparado en la gloria, sufrió la cruz, sin hacer caso de la ignominia, y en premio, está sentado a la diestra del trono de Dios”.

Paralelo entre los buenos videntes y los profetas de los Libros Sagrados

Cada vez que tomamos los sagrados libros y repasamos los profetas, nos llenamos de hondo consuelo al ver destacados con grandes coloridos los caracteres de éstos en las visiones y revelaciones de Ezquioga, y no podría ser de otra manera, reconociendo, como reconocen todos ellos, a un mismo Autor y una propia esencial finalidad.

En general, el Señor, la Virgen y los ángeles y santos aparecieron a los profetas para anunciar los extravíos sociales o individuales, con el apercibimiento de que, si no practicaban penitencia, serían pronto o a la postre castigados, —Isa. 58, 1.— “Si dentro de cuarenta días, Nínive no hace penitencia, será destruida”, añade por Jonás. —Jon. 3, 4— “Yo castigaré a mi pueblo a causa de sus crímenes”, termina por el citado Isaías. —Isa. 53, 8—. De lo que se deduce que, generalmente, las profecías atienden a la corrección de los pueblos.

Las menos veces atienden al premio temporal o al consuelo espiritual de las almas, por cuanto el Señor tiene toda una eternidad para otorgar el premio.

En lo que se descubre la gran misericordia divina, que en esta vida acude a la salvación de la humanidad que, comenzando en el Diluvio, radicó en el Gólgota y continúa mediante las apariciones y revelaciones a los profetas.

Todo ello se ha visto de manifiesto también en las grandes apariciones y revelaciones marianas de La Salette, Lourdes, Fátima y Ezquioga. Estas últimas, como más inmediatas a nosotros y más próximas a los últimos tiempos recuerdan las terribles predicaciones divinas hechas a los profetas de los Libros sagrados.

Ante la copiosa documentación literaria, gráfica y testifical de Ezquioga, podríamos tejer un exacto parangón de las visiones y declaraciones de sus videntes con las profecías tanto del Antiguo como Nuevo Testamento. Los hermeneutas podrían tomarse este trabajo y obtendrían, no cabe duda, la conclusión por nosotros sentada. El resultado es que no navegamos en el barco del error. Y descendiendo ahora a pormenores notables, decimos que, tanto entre los profetas como entre los videntes:

- 1º. *Los sujetos son semejantes:* Sencillez; profunda fe; honestas costumbres; ciega obediencia a la voluntad divina; sin aceptación de personas; exposición a los malos tratos y a las descaradas persecuciones de aquellos que no creen; paciencia en los tormentos; y disposición resuelta para seguir por el camino comenzado.
- 2º. *El lenguaje de las revelaciones es parecido:* Acomodación al pueblo; parquedad en las palabras; concreción y limpieza en las ideas; firmeza y duración en las mismas; energía en la locución; búsqueda de la santificación y salvación de las almas; amenazas de castigos graves a los delincuentes; cumplimiento de los mismos.
- 3º. *Dios, como agente; y el vidente profeta, como instrumento:* Dios, como creador, conservador y galardonador de la criatura; y el vidente-profeta, como pregonero de la voluntad divina. Dios que promete premios al vidente-profeta, si cumple fielmente los encargos; y éste, castigado, si es infiel; Dios, tratando como padre y amigo al vidente-profeta; y éste, recibiendo como verdadero hijo, los mandatos de Dios.
- 4º. *Las pruebas a que el Altísimo sujeta a los profetas van siendo semejantes a las que sufrieron los videntes:* La baja estima en que, fuera de los muy creyentes, se les tiene; la persecución y el futuro martirio, de parte del mundo; el hambre, la sed, el cansancio, el desvelo, la continua zozobra por la lucha de querer obrar bien contra las instigaciones del medio en que viven; y, más que todo, la ciega obediencia a los mandatos divinos, retratada en la francas alegría, mostrada en las obras y palabras, luego de estar persuadidos, por revelación, de la suerte adversa temporal que les espera.

¿Qué hay defecciones? Pues, ¿acaso, no tenemos precedentes en profetas de la talla de David, Jonás y Balaam?

La historia se repite, y antes de formular negaciones y sospechas, hay que estudiar bien los casos.

¿Por qué el contingente de extáticos no está tomado de las personas a Dios consagradas?

Parece lo más natural que el cielo, para los fines que se propone en las Apariciones de Ezquioga, buscarse entre las personas a Dios consagradas y entre los católicos más fervorosos, el personal vidente. Por no ser así, muchos se escandalizan, y otros pretextan que las visiones y revelaciones de sus videntes

son nulas, o cuando menos sospechosas, y por tanto, sin interés; y hay quien añade que parece una humillación para las personas religiosas y eclesiásticas que, de otro lado, no se hubieran opuesto tanto al reconocimiento de las mencionadas Apariciones. Conocemos a una alta Autoridad diocesana que, apretada por defensores de Ezquioga dijo: “Que se me aparezca a mí la Virgen y creeré”.

Respondamos a todas estas pseudo-razones:

- 1º En general, las personas a Dios consagradas sirven ya especialmente al Señor y a la Virgen; les quieren, esperan en Ellos y les aman. Son de Dios.
- 2º De ser videntes los religiosos y sacerdotes se seguiría que los enemigos de la Religión pretextarían el caso de aquel “Juan Palomo...”, afirmando que todas esas visiones y revelaciones son invenciones de curas, monjas y frailes para sostener y aumentar la Religión y vivir ellos con holgura.
- 3º No es humillación ninguna para las dichas personas el que los seculares obtengan las especiales gracias, *gratis datas*, de las visiones y revelaciones; porque en la Iglesia de Jesucristo, cada cual, según la voluntad del Espíritu Santo, alcanza una gracia particular; y así vemos que unos tienen la gracia de la profecía, otros la del milagro, quienes la de curación, quienes la de sabiduría y ciencia, etc., —1ª Cor. 12, 10— y en los videntes se nota que no todos alcanzan iguales sino distintas gracias.

A los que tales argumentos oponen, si son religiosos y sacerdotes, les decimos aquellas palabras del Señor: “Bienaventurados los que no vieron y creyeron” —Juan 20, 29—. Porque no cabe duda, que el que no ve, y sin embargo cree, no lo absurdo, sino lo razonable, tiene inmensamente más mérito que el que cree, porque ve. Para creer, con fe humana, que es la del esfuerzo propio, a veces combinada con el ajeno, no es menester esperar a que la Iglesia defina, sino que basta y precisa que se ponga en movimiento (cada uno según su capacidad) ese esfuerzo intelectual y moral, para que nos dé la resultante de la fe humana en la fe divina. “Quien busca halla y quien pide recibe”. —Mat. 7, 8—. ¿Por qué, en lugar de censurar, zaherir y condenar, no se busca para hallar, y no se pide para recibir? ¡Oh, de las almas sencillas y simples!

- 4º El cielo, al escoger entre humildes y olvidados del siglo a sus videntes, se propone:
 - a) El más grande contraste entre la grandeza divina y la pequeñez humana. Cuanto más despreciado es el paciente, más magnífico se

muestra el agente en él. Quiere el cielo que su Obra de Ezquioga se patentice como de arriba y no como de abajo.

- b) Dar al humilde y menospreciado lo que niega al soberbio y fastuoso, precisamente porque Dios conceptúa la ciencia e hinchazón humana como sucio estiércol, mientras que revela las cosas del cielo a los pequeños, a los humildes. —Mat. 11, 25—.
- c) Formar de entre estos humildes y pequeños una escogida Compañía de amadores suyos que, aunque no todos, cuajen, empero; ¿no formarán parte según la frase profética del Beato (Hoy santo) Luis Grignon de Monfort, de los apóstoles *de los últimos tiempos*? —*Los apóstoles de los últimos tiempos*, por el Beato L. G. de Monfort. Extracto del tratado: “La Verdadera devoción a la Virgen”—.

Se ve venir esta futura Compañía de apóstoles de la Virgen, cuya misión ha de constituir en defender la pura fe de Cristo y propagar el amor intenso a María y a todos por amor a Jesús y a su divina Madre, como remedio a los males de los últimos tiempos. La idea de esta santa Compañía no es nueva, sino profetizada por venerables y santos, —Ven. Isabel Canori Mora, terciaria trinitaria, el 25 de marzo de 1821. Véase su vida publicada; y además nuestra obra, *De Dios a la Creación; De la Creación al Arte; Del Arte a Dios*, tomo III, cap. último.— y cuya plasmación se ha de verificar pronto, quién sabe si en derredor del trono místico de María en Ezquioga.

El reverso de Ezquioga. Precisa separar la paja del grano

El grano son los *videntes*, los buenos, los verdaderos, los cooperadores a la gracia de la Santísima Virgen. *La paja* son los *videntes diabólicos*, los *visionarios* y los *supuestos*, los infieles, los malos, los que no han cooperado a los favores divinos. Aquellos pertenecen al número de las vírgenes prudentes; éstos al número de las vírgenes necias. Los primeros edifican; los segundos destruyen.

Hay mucha y variada paja, debida a ignorancia, error, descuido, interés, capricho, vanidad, presunción, soberbia, pusilanimidad, comodidad, tentación diabólica y hasta mala fe. Sobre todas estas características está la desobediencia al director o la repugnancia a la misma que, estimulada por gentes necias, les van apartando del recto camino.

¿Qué hacer? Lo hemos insinuado en el curso de la Obra. El mal es viejo. A tiempo no se tomaron las medidas necesarias, urgentes y oportunas, creyendo *prudentemente*, según el mundo, que así se acabaría todo pronto. ¡Infelices!, y el

mal crecido y los escándalos surgieron aunque, gracias al cielo, que no hubo mayores escándalos, pues los que hubo poco significan para los que pudo haber con el rodar de las cosas naturales. Precisa un buen director espiritual estable, con autoridad suficiente, para que, en una mano la luz y en la otra la caridad, muestre el camino y corrija, ahuyente y estirpe el mal. Su ingente labor es doble: 1ª preparar la tierra, plantar y regar a su tiempo, y 2ª escardar las veces que sean necesarias para que en la hora de la siega la mies ofrezca el mejor grano.

Quejas del cielo contra los videntes

Debido a las causas apuntadas, de pocos meses a la hora en que escribimos (Mayo de 1933), varios videntes auténticos expresan que el cielo está lanzando amargas quejas contra los mismos que escogió para anunciar sus lamentos sobre la sociedad contemporánea. Claro está que el cielo y la tierra habían concebido grandes esperanzas, tanto de los videntes como de los impropios videntes (no nos referimos en modo alguno a los videntes falsos, visionarios y supuestos, los cuales quedan en todo caso descartados de la Obra divina), ya que, por ser de un modo tan extraordinario escogidos, habían de corresponder con su conducta santa a las altas gracias recibidas, dando los frutos consiguientes. Es lógico y natural que, al estar en contacto con el cielo y transmitir por conducto de él los extraordinarios favores, no les sucediese lo que al tubo del órgano, que, después de haber pasado por él la corriente sonora, queda como si nada hubiese atravesado, sino que debiera ser como la tierra esponjada, que, al llover sobre ella y pasar suavemente a su través el beneficioso líquido, se queda con parte de éste para fecundar las plantas o semillas que mantiene. Así se esperaba que ambos linajes de videntes guardasen algo de las gracias que, por su conducto, el cielo derrama a la tierra, no negándolas a los que las solicitan para que desciendan sobre el campo dispuesto.

Pero, para la consecución de todo esto era preciso que si la tierra a que nos referimos estuviese preparada con arados y abonos indispensables.

Y su preparación consistía en que llevados de un capacitado director de espíritu, practicasen una vida de oración, penitencia y sacrificio, que es el triple lema invocado por la Santísima Virgen, como medio de salvación humana, yendo ellos delante de los demás en el continuo ejercicio de estas tres soberanas virtudes, retirándose de la vida común para consagrarse especialmente a Jesús y a la Virgen (que se les aparece) en las virtudes en las que ellos sobresalieron y que dan firmeza y estabilidad al cristiano. Tales son: La humildad, la mortificación

y la caridad, como base del triple lema apuntado, y fuese ésta base la que sólidamente recibiese las virtudes de este lema triple.

Desgraciadamente y en su gran mayoría no ha sido así. El espíritu de libertad e independencia que, desde el principio, se apoderó de los videntes, a causa de la ausencia de un director auténtico y de la presencia de falsos directores, dio su resultado. Jesús y María se lamentaban hace poco hondamente de ello por boca de algunos videntes, conminando, mediante visiones y revelaciones, que dejarán de tenerlas muchos, siendo contados los que continúen de tal modo favorecidos.

Al propio tiempo, los malos pagadores, que siempre buscan pretextos para no tributar, alegan asimismo, estas humanas miserias para dejar de creer en las Apariciones, abultando escándalos de algún vidente falso, visionario y supuesto, y callando las virtudes de los videntes verdaderos e impropios videntes y hasta los heroísmos de algunos de éstos: Es lo cierto que entre los enemigos declarados de las Apariciones, que se empeñan en que no existan, como si ellos mandaran del cielo; y entre los que se escandalizan de las irregularidades de ambos linajes de videntes, de tal manera ha decrecido el fervor, en general, que la Santísima Virgen se queja amarguísicamente de que, habiendo bajado para tres años a España, tan querida suya, para salvarla, ésta no ha recibido en la medida que debiera.

Son muchos los sordos; muy poderosos los enemigos; corto el número de los que decididamente la oyen y la siguen; y sus defensores ¿dónde están?

A propósito de esto, al regreso de nuestro viaje a Lourdes en Marzo de 1933, entre cuyos peregrinos venía la vidente X, preguntó ésta a Nuestra Señora: “¿Por qué en España te apareces de Dolorosa y en Francia de Inmaculada?” Hay que notar que la vidente, acostumbrada a ver de luto y triste a la Virgen en España, cuando pasamos a la nación vecina, comenzó a verla de blanco y alegre, subsistiendo así la visión mientras permanecíamos en dicho país. Ésta fue la causa de aquella pregunta, a la cual respondió Nuestra Señora: ***Me aparezco en España de negro y en Francia de blanco, porque España no me ha acogido favorablemente como lo he sido en Francia. El día que España me acoja, como me acogió Francia, dejaré de manifestarme de luto y obraré más milagros que en Francia. Cuando España sepa corresponder a los llamamientos míos, me manifestaré en ésta más espléndida que en aquella. Desde que estoy apareciendo en España debería estar el asunto de mis apariciones mucho más adelantado de lo que está.***

Y corroborando este pensamiento, antecedentemente, unas horas antes, yendo a la gruta de Lourdes, a despedirnos de Nuestra Señora; como alguno de los peregrinos, no obstante el mandato de la Virgen, expresado dos días antes, de que el día 27 deberíamos regresar a España, se le ocurriese que nos quedásemos allí algunas fechas más, y nosotros participásemos de la ocurrencia; quisimos ponerla, como todas nuestras cosas, a la aprobación de Nuestra Señora, la cual, en el éxtasis de la mencionada vidente, de súbito entrado, contestó: ***Di al Padre que su obligación es irse enseguida a Ezquioga; y, cuando tenga lo de Ezquioga arreglado, como lo está en Lourdes, entonces podrá venir a esta villa.*** Sin replicar y bajando la cabeza, dimos el “adiós” a la Inmaculada, y tomamos el tren para España. —Apuntes de M.V. Cuaderno 6º., 27 de Marzo—.

Llegados, por tanto, en tercera etapa a Ezquioga y conocer, por avisos repetidos, que al campo de las Apariciones le habían brotado muchas hierbas nocivas, y conocido experimentalmente esto por nosotros, nos dimos, con la ayuda divina, a la escarda de esas hierbas dañinas, muchas de ellas hondamente arraigadas a causa de un continuado riego inepto, consiguiendo arrancarlas en gran parte (labor titánica, si se quiere) y resistiéndose otra parte a ser raíces arrancadas, las cuales impiden que el campo quede por entero limpio; aunque esperamos, con el propio auxilio divino, que den algún fruto las disposiciones que dejamos dictadas.

El Cisma. Muchos fueron los llamados y pocos los escogidos

Y vengamos ahora, al que denominamos Cisma de Ezquioga. No es rara la escisión en las mejores comunidades. La falta de buena dirección y el deseo de campar a merced de los individuales respetos han abierto considerables portillos por donde se han salido los que se avienen mal con la disciplina.

Decimos que la “falta de buena dirección”. Al carecer los videntes de la dirección auténtica, se vieron mimados por la contraria, que sin contar con ningún requisito, *absolutamente ninguno*, de la dirección general de las almas, y mucho menos aún de la particularísima del conocimiento de la alta vida espiritual, se lanzaron, osados, a guiar pobres videntes, tan ciegos como ellos en estos menesteres de la ascética y la mística; ocurriendo a los mismos lo que Nuestro Señor decía de los fariseos: “Son ciegos que guían a otros ciegos; y si un ciego se mete a guiar a otro ciego, entrambos caen en la hoya. Dejadlos: Toda planta que mi Padre celestial no ha plantado, será arrancada de raíz”. —Mat. 15, 14-13.—

Así ha ocurrido desgraciadamente, como necesariamente tenía que ocurrir, luego que aquellos seudo directores fueron causa de funestos ejemplos dados, y éstos, causa a su vez, de que el cielo retirase las visiones y revelaciones de los que, tercios y comodones, desoyeron los clamores del cielo y de la tierra.

Así anduvieron los videntes un año exacto, cuando luego de esta fecha, sin jamás imaginarlo, fuimos llamados a la dirección de estas cosas: dirección que no se nos confió de una vez, sino lentamente y con el rodar de los meses. Pero, historiemos:

Entre los devotos de Ezquioga se notaba, desde algún tiempo, que había determinados sectores: uno, poco avisado y algo crédulo; otro, demasiado avisado y ensoberbecido, aunque de buena fe, en general, que obraban a su impulso, siéndoles difícil sujetarse a ninguna autoridad, por cuanto, eso sí, querían presidir lo que no entendían, pero que les halagaba, aunque a las gentes hacían ver que obedecían al director general; y el tercero, el sumiso a la verdadera obediencia. Llegó la hora de la amistosa y caritativa prueba, dada por quien ellos *mismos confesaban* reconocer por entendido y puesto de arriba para tales menesteres: prueba que los dos primeros sectores no pudieron soportar. —El 23 de Abril de 1933, reunimos a cuantos videntes pudimos y les dimos instrucciones concretas, sobre todo, la prohibición por la Santísima Virgen de la continuación de las peregrinaciones a Zaragoza y S. Miguel de Aralar, y a las videntes solteras de que se restituyesen a sus casas, so pena de quedar sin visiones legítimas y andar siendo juguetes del diablo. Éste y no otro fue el motivo del rompimiento, por el que sufren las consecuencias que también les apuntamos.— Rogamos e insistimos con éstos a fin de que no dieran malos espectáculos, que siempre son escandalosos. Entonces, cuando ya no pudieron simular más, rompieron con el director, y declarándose independientes, obrando al capricho, sin rumbo ni timón. Aun les rogamos conferenciar mutuamente, pero se resistieron a todo.

El hacimiento de gracias por nuestro desinteresado comportamiento se convirtió en implacable odio, hasta llegar a pronunciar enormes disparates (que les hacía decir el diablo, cuyas visiones los ya exvidentes tenían) contra el director. Más no creíamos que el veneno del odio llegase al extremo de convertirse en enemigos tales, que fueron buscando, de uno en uno, a todos los videntes para ver si lograban convencerles, ofreciéndoles ventajas temporales a fin de que nos abandonasen del todo. Gran parte claudicó, quedando peor que antes de ser videntes, esto es, con enteras visiones diabólicas, que han explotado como de la Santísima Virgen, armando tremenda confusión y perjudicando enormemente la Obra de Ezquioga. Hasta han pastado con los enemigos de las Apariciones de

Ezquioga, sólo para perjudicar al director, —¡Cuánto podríamos decir sobre el caso!— cumpliéndose entonces y siempre las profecías de la Santísima Virgen sobre este extremo. —Documentación Serie B, números: 1; 2; 5; 8 a), d); 10 y 11—.

De otro lado, según podrá verse en dicha *Documentación Serie B*, nº 10, fue mandato de Nuestra Señora el que sujetásemos a todos los videntes a la prueba del fuego —Capit. V. *Prueba experimental ígnea*.— para que todos nos humillásemos en la presencia divina. La experiencia quedó hecha a satisfacción. —A últimos de Agosto de 1933.—

Repárese, empero, que aquí se cumplen con toda exactitud las palabras del Evangelio: “Muchos son los llamados y pocos los escogidos” —Mat. 20, 6—. Muchos fueron por la Santísima Virgen *llamados* a ser instrumentos de sus revelaciones y demás gracias extraordinarias y la vieron y fueron sus instrumentos, en efecto; pero, por el irregular comportamiento, por las faltas de los mismos, sobre todo de humildad y obediencia se han quedado en el número de los *llamados*, no pasando al de los *escogidos*, como era voluntad de Nuestra Señora, quedando en el número de éstos solamente aquellos pocos que han sido fieles en todo a la Santísima Virgen. De todos se prometía el cielo grandes cosas, particularmente una gran santidad, para que sobre esta base, haberles derramado copiosas gracias, tanto a ellos como a otros por su mediación; más sólo ellos fueron los que se impidieron e impidieron tanto bien. Porque, no cabe duda, y así lo esperamos, que los videntes escogidos darán excelentes frutos y en ellos seguirá nuestra Señora derramándoles a manos llenas sus dones.

Nótese que, si han desfallecido muchos videntes, no ha desfallecido la Virgen Madre de Dios en su Obra de Ezquioga. Si los instrumentos se han bollado o roto, poco importa, porque el divino Artista subsiste en toda la plenitud de su Arte. La Obra, pulsada por Él, permanece eternamente. Él buscará, si necesita, nuevos instrumentos que reemplacen a los gastados, mientras que los subsistentes van tocando admirablemente.

Gran parte de culpa cabe a los videntes y sus acompañantes de que Ezquioga no haya dado el fruto apetecido

Hay que afirmarlo: En el capítulo de culpas a que asistimos, no solamente ha sido el ministerio espiritual el que ha desfallecido sino también gran parte de los instrumentos escogidos por la Santísima Virgen, como queda dicho, los que han decepcionado. Aquél, la primera y la mayor parte de la culpa. Estos, la segunda y

no menor parte, que reforzada fue por los que a los videntes asistían y decían proteger. Diremos alguna cosa sobre esto, muy interesante y necesario para hacerse cargo de la historia de las Apariciones de Ezquioga.

Desde un principio, cada vidente que surgía era en seguida rodeado de amigos, devotos y curiosos, que procuraban muchas veces, para sus egoísmos o vanidad, rodearles de atenciones, que alguna vez degeneraba en afectada protección. Eran traídos y llevados, sin reparos de gastos y agasajados. Nadie les habló de la necesidad de vivir humildes, obedientes, sencillos, honestos, pacientes, mortificados, puros y santos, esto es: Nadie les habló del “sentido divino” y del Espíritu Santo que lo da, para que lo solicitaran. Y, claro está, a falta de dirección espiritual competente, se vieron rodeados de amigos que *presumieron suplir* dicha espiritual dirección, que, tácitamente aceptada, poco a poco les ha llevado a un estado tal de presunta suficiencia doblemente propia; la del vidente y la del consejero seglar; y cuando aquél, en fuerza de las iluminaciones del cielo, quería allanarse a ser dirigido por quien entendía debería dirigirse, allí surgía en seguida el director o la directora seglar para frustrar el empeño el vidente. No cabe duda que todo esto, en lugar de hacer adelantar a éste por el camino de la virtud, le ha entorpecido. En lugar de haberles hablado, como quedó dicho, del “sentido divino”, les hablaron del “sentido humano”. Y cuando se ha querido poner remedio, ha sido muy difícil y parcial. La mayor parte de los videntes siguieron su rutina, pero también el cielo los ha castigado. Algunos, pocos, han sido fieles y subsisten; y aún, en éstos hay que trabajar mucho.

No hay más que leer el Documento nº 13 —*Document. Serie B, núm. 1, Sección II*— por el que la Santísima Virgen se queja amargamente de esto, refiriendo Ella misma la historia de lo ocurrido y exhortando a la vida santa de los videntes; vida que ha de afectar a toda la persona a la interior y a la exterior; con la particularidad que el mundo observa siempre lo de fuera como base para que crea en lo de dentro.

En efecto, el vulgo cree lo que ve *antes* que lo que no ve, y muchas veces *siempre*. Si oye hablar de visiones y revelaciones, antes de creer en ellas atiende a la conducta de los que dicen verlas y tenerlas, y si aquella conducta no la ve ajustada a lo que exige la pureza y santidad de la Madre de Dios, con poder ser verdad las apariciones y revelaciones de que se trata, no las creen. Porque lo que se ve tiene, en lo humano, más fuerza que lo que no se ve. De ahí el sinnúmero de incrédulos de las Apariciones.

De esto, gran parte de culpa tienen aquellos videntes que atendieron menos a purificar su alma y a llevar un porte exterior menos ajustado a la modestia y mortificación, y sobre todo, aquellos sus protectores que en lugar de predicarles estas santas virtudes, les aconsejaron el ir ataviados con ropas mundanas, de lo que se siguió el escándalo y la incredulidad de muchos y la corta edificación de los creyentes. **“A nadie puede caber en la cabeza, —dice la Santísima Virgen, en el lugar citado—, que las que visten como algunas videntes van, me vean”.** Tú que me ves a Mí, —decía a cierta vidente—, **no vas como a Mí me ves”.** ¡Qué lección!

Replican: Si la Virgen quiere ya se abrirá camino por encima de todo. Pero, como no quiere abrirse camino, a la fuerza, de ahí que es necesaria la cooperación digna y medida de los llamados para que la Santísima Virgen se abra camino. De lo contrario, ¿quién duda que las Apariciones, como otras obras celestiales obradas en beneficio de la humanidad, pueden faltar? El *beneficio* nos ha de venir con nuestra cooperación. No así el *castigo*, que sobreviene a la humanidad por encima de ella misma.

Uno de los “secretos” de los malvados, por Satanás inspirados, acerca de esto, es el impedir *por todos los medios* las obras buenas, aun las del cielo, porque, impidiéndolas *totalmente*, dejan de venir. Son para bien de los hombres... y éstos no las quieren... ¿Qué extraño es que no vengan? Y ese “secreto abominable, abominabilísimo”, es el que preside todos los actos de la persecución a Ezquioga. *Hay que acabar* —se dijo y se dice— *por todos los medios con lo de Ezquioga*. ¡Pero, están verdes!

Estamos en la primavera de 1934, y los conceptos anteriores quedaron vertidos en la primavera de 1933. La inmensa mayoría de videntes, según más largamente expondremos, ha dejado de ser tal. Algunos de esta inmensa mayoría, a la que la Santísima Virgen en manera alguna aparece, crean lo que quieran todavía, por nostalgia, ascienden a la Campa. Verdaderamente que están dando un espectáculo desolador, que nos llega al medio del alma, y es ciertamente —nos consta— un gravísimo castigo, fulminado por la Santa Virgen, a los inobedientes videntes, que sólo ven tinieblas en lugar de la luz que rechazaron, y de esto se aprovechan los enemigos para aferrarse a su dicho de que en Ezquioga “no hay nada” o “hay demonio”.

Los pocos videntes que subsisten (tres nada más) aunque tengan prohibido subir a la campa como los exvidentes, y obedezcan al mandato, en sus oraciones

domésticas son favorecidos con apariciones y revelaciones por la Santísima Virgen, según el lector irá viendo a medida que siga hojeando este volumen.

Plan general de vida de los videntes auténticos

Como los videntes pertenecen a distinto sexo, condición y edad de ahí que, aparte la vida cristiana y piadosa, que cada uno de ellos lleve, precisa que se atengan a *un mínimo de Plan general*, declarado y pedido ya, en diversas ocasiones, por la Madre de Dios. Este Plan atañe: a) al cuerpo, b) al alma, y c) a las obras.

- a) *En cuanto al cuerpo o vida exterior. Se procurará modestia suma al vestir.* Nada de trajes y calzados caros, elegantes y menos aún provocativos. No se pide ñoñez ni ridiculez. Lo que se pide es limpieza y decencia sin afectación. Traje largo y oscuro, que no deje al descubierto más que lo que entre buenos cristianos se permite; peinado honesto, (después hubo mandato de llevar hábito de Nuestra Señora del Carmen) medias oscuras y espesas, calzado bajo; modales reposados y pacíficos, conversación corta y del cielo. Frugalidad en la comida y bebida. Parquedad en el sueño. “Vuestra modestia, enseña el Apóstol, sea conocida de todos”. “Glorificad a Dios y llevadle en vuestro cuerpo” —1ª Cor. 6, 20—.
- b) *En cuanto al alma o vida interior. Se procurará tener pensamientos y deseos celestiales.* Para esto hay que frecuentar diariamente la oración y la meditación, la lectura espiritual, principalmente de santos mártires, el examen de conciencia y el ejercicio de todas las virtudes, principalmente la humildad, base de todas ellas; la obediencia, su alimento; la castidad, su ornamento, y la caridad, su corona. Y, para alcanzarlas, se necesita frecuentar los Santos Sacramentos de confesión y comunión, con la Santa Misa. “Vuestra conversación, manda el Apóstol, sea en los cielos”.
- c) *En cuanto a las Obras de ambas vidas. Se procurará hacerlas todas a la mayor gloria de Dios y de la Santísima Virgen.* Nada por motivos humanos. Todo por motivos divinos. Fuera, pues, en el obrar de los videntes, no sólo el sórdido interés y las conveniencias temporales, sino también la vanidad y aun la satisfacción y alegría propias, que son defectos terrenos y roban méritos, procurando la dulce fraternidad en todos, particularmente entre videntes. Que en nuestras obras miremos al cielo, de forma que los demás, al ver nuestras buenas obras, glorifiquen a María, nuestra dulce Madre, y con Ella, en Ella y por Ella a Dios Nuestro Señor. —Mat 5, 16—.

Capítulo XVII

CAPÍTULO XVII.— Séptimo Hecho. (Terminación de los tres anteriores capítulos). Contraste entre lo que debió ser practicado y lo hecho. Juicio manco. Hechos mal juzgados. ¡Todavía no es hora! Más, ¿cuándo ha de ser?

SÉPTIMO HECHO.— La facilidad que se da a todo lo que sea negación, burla y persecución de los Hechos de Ezquioga; y por el contrario, la dificultad y hasta la prohibición para que se les defienda.

Contraste entre lo que debió ser practicado y lo hecho

Al tratar del “Hecho Quinto” hemos bosquejado rápidamente, una serie de enojosas arbitrariedades y hasta faltas de caridad y de justicia contra los “Hechos de Ezquioga” que, no habiendo, por ello, necesidad de repetirlos aquí, podríamos sin embargo, sin esfuerzo, recargarlos. Pero, por todos ellos, se ha repetido hasta la saciedad una frase sobradísima, tan diabólica como ridícula, que ¡parece mentira! Tal es: “Hay que acabar, a todo trance, con lo de Ezquioga”.

Aquí del texto sagrado: “Si mi enemigo me maldijere, lo soportaría; pero tú, siervo y amigo mío...” —Sal. 54, 13 y 14—.

Que al principio de las Apariciones hubiese estado la autoridad eclesiástica a honesta distancia de las mismas; que se hubiera obrado siempre con prudente reserva; que una vez conocidos, aún indemostrados, los hechos, se hubiese procurado que en los actos religiosos de la Campa no se mezclara la indevoción y menos aún la profanación, encauzándolos, como se hacía, mediante sacerdotes devotos, que el rosario y los cantos dirigían; que se hubiese nombrado una comisión integrada por psicólogos, patólogos y teólogos peritísimos y experimentados; que esta comisión hubiese examinado uno a uno los videntes, y uno a uno los casos de cada vidente, sin la menor prisa, corrigiendo lo deficiente y robusteciendo lo comprobado, para haber ido eliminando los falsos videntes y los falsos directores, que estorban siempre, y son causa de rémoras en la Causa y de escándalo en los fieles..., como sea este el oficio que en todo lugar afecto a estas cosas, se practica..., todo esto hubiese estado en su punto, y nadie, ni aún el más exigente, tendría nada que objetar. Pero que casi ninguno de todos estos elementales procedimientos se hayan empleado; y por el contrario, que a raíz del otoño de 1931, en la fecha mencionada, tres meses y medio luego del comienzo

de las Apariciones, lo que se ha hecho sea tan fuera de lo regular, no para otra cosa sino para llegar a la conclusión de que *se haga lo posible para que, a todo trance, lo de Ezquioga acabe*, esto... da que meditar mucho y llena de pena y asombro.

En efecto; si se aconsejó la publicación de artículos en cierta prensa, desafectos a Ezquioga —Lo hemos indicado en el capítulo XV—, *se prohibió admitir los afectos a ella* —A primeros de Julio de 1932, nos ofrecimos a escribir artículos semanales en defensa de las Apariciones de Ezquioga, y cierto director de un diario católico vasco, respondió a nuestros requerimientos, repitiéndonos la frase apuntada. Y esto precisamente es lo que abrió la idea de recopilar en bloque los artículos que semanalmente pensábamos lanzar a la publicidad—. Si se ordenaron conferencias a seminaristas y al público, rompiendo lanzas contra las Apariciones: —Estas conferencias, como apuntamos en otro lugar, fueron dadas por el P. Laburu. A los seminaristas, que se resistieron a opinar como el conferenciante, se les reunió de nuevo para vencer su resistencia. Y a los pocos que dudan se les tiene en cuenta— *no se autorizó a quien convencido de las cosas de Ezquioga, se había ofrecido a defenderlas* —De esto puede dar perfecta cuenta un P. Provincial de cierta Orden religiosa. Conocemos al eminente teólogo místico que estaba preparado para darlas; y a otro Padre de la residencia de Bilbao, de la misma Orden, a quien de la Curia Eclesiástica de Vitoria se le prohibió la diese—. Si se mandaron quitar del lugar de las Apariciones las cruces y las imágenes y las imágenes de María y de Jesús: —Aunque se ofreció dinero —sabemos la cantidad— a quien las quitase, no se encontró ni quien lo aceptase ni, en consecuencia, se atreviese a arrancarlas. Esto fue a principios de 1932.

Mientras tanto se permite y hasta se ve con buenos ojos la propaganda en serie nacionalista, divisora de católicos, tolerando a señores sacerdotes, de mucho empuje literario y elocuente, que rompan lanzas en tal sentido, y a que esta propaganda haya echado sus raíces, no solamente entre el clero vasco, sino en el propio seminario clerical.— *no se quiso autorizar, más que por la fuerza de las circunstancias, ningún signo religioso en el mismo sitio*. —Todo se mandó quitar, y lo que no se pudo conseguir de los fieles, se obtuvo de un gobernador sectario. Mas tarde los belgas repusieron la cruz. Escribíamos estos conceptos antes de la Circular Episcopal de Septiembre de 1933—. Si se permite o tolera, y hasta se ve con muy buenos ojos que el Clero trabaje activamente, y hasta codirija, en asuntos del nacionalismo vasco, no habiendo para ello cortapisas: —Hay sacerdotes, alguno extradiocesano, que se dedican a enseñar el baile popular a los chicos ¿? Y a escribir, pero de qué modo, en periódicos nacionalistas... *no se permite ni tolera, sino que expresamente se prohíbe, que tome parte, no sólo en su defensa, pero que ni trate de las Apariciones de Ezquioga, viéndose con malos ojos a los que simpatizan con ellas* —Conocemos a sacerdotes que han sufrido mucho por esto, de parte de

sus superiores. Muchos callan por el temor, y por temor se va viviendo, sin que haya voces que, temiendo menos a los hombres que a Dios, no hayan elevado respetuosamente su queja a su prelado—. *¡El separatismo a más alto nivel que la realidad de la devoción a las Apariciones de la Madre de Dios en Ezquioga!* Si se mandó al propietario del lugar de las Apariciones que en éste no edificase nada de carácter religioso —Hay un decreto de la Curia Eccl. de Vitoria, que lo certifica—: *no se pensó que esta actuación es en casa ajena*. Si se dio orden a la prensa de no tratar nada favorable a Ezquioga: —Rogado un periódico católico de Madrid para que admitiera unas gacetillas, defendiendo ciertos puntos de Ezquioga combatidos, se negó a ello, aduciendo la razón de que lo tenían prohibido por el Obispado.— *sin embargo, se admitió y se llegó al caso de tratar de ella, muy en contra suya, con ocasión de las persecuciones a la misma*. —Sin embargo; cuando llegó la hora de la persecución en el otoño de 1932, entonces, este mismo periódico no dudó un momento en hacerse eco de la campaña combativa, sin averiguar si era o no justa, hasta que cierto amigo de la Virgen de Ezquioga, haciéndole ver la verdad de lo contrario, suspendió el artículo que iba a lanzar al público, defendiendo, luego, un tanto a nuestra humilde persona—. Otros periódicos y revistas de derecha se lanzaron, lo mismo que los de la izquierda, a la difamación, quizá de buena fe, de personas y cosas afectas a las Apariciones. Había, nos dijo un señor, que estaba por medio, consigna de arremeter contra Ezquioga, ¡Oh, la justicia! Y, últimamente, ahí está la circular episcopal de Septiembre, remitida a todas partes, que ha sido recibida con aplauso y algazara por los enemigos de las Apariciones, leída con fruición desde los púlpitos, restregada por los ojos de los devotos, y hecha bandera no sólo de la opinión negacionista, sino de la afirmación dogmática, ante la que parecen temblar los ignorantes medrosillos; mientras que de otro lado, no permiten ni hacer opuesto comentario aun a los que en sus manos poseen pruebas de la realidad de las Apariciones.

Mr. G. Boué —*Merveilles et Prodiges*, págs. 98-99— trata del destierro del Sr. Múgica, que pasó en el monasterio de La Puye, cerca de Poitiers (Francia) recordando lo que todos sabemos —*Documentación Serie B*, núm. 10, Diciembre día 4.— es a saber: que fueron a visitarle varios videntes, que llevó con su peculio la noble señora doña Carmen Medina, de San Sebastián. Para ellos ni para nada de Ezquioga, entonces, hubo reproche alguno episcopal.

A raíz de ciertas negociaciones en Mayo de 1932, salió del destierro francés, pero fue retenido en España, fuera de su diócesis, por el Gobierno Azaña, quien no acababa de decidirse por la vuelta del prelado a su diócesis de Vitoria. *Recuérdese que fue Azaña, quien, secundando los planes de los enemigos masones de las Apariciones de Ezquioga, mandó que se acabasen éstas, y a su*

vez, se movió otro ministerio contra ellas. Azaña tenía sobre sus ojos montada a Ezquioga; y cuando en fuerza de nuevas gestiones, que no ignoramos, el Presidente del Consejo autorizó al prelado a que reentrara en su diócesis, no sabemos con qué *condiciones*. —Mr. Boué afirma que los espíritus juiciosos declaran que en virtud de ciertas concesiones al gobierno librepensador de Madrid—. El hecho es que desde el 11 de Abril de 1933, en que tomó posesión nuevamente de su palacio de Vitoria, hasta el presente, el Sr. Múgica no ha cesado de tomar medidas de rigor y de excepción contra Ezquioga.

Pero, ¡qué tiempos! La historia eclesiástica es un testigo excepcional de que la piedad alzó en todo lugar, cruces, monumentos y templos sagrados. La ciudad como el campo, el llano como el monte, el bosque como el desierto, el arrecife como la playa, testigos mudos son de que en ellos, secularmente, la devoción levantó pedestales en los que colocó a Jesús y a la Virgen. Y ¡cuánto sentimos que los iconoclastas de todos los tiempos pretendan acabar con las sagradas imágenes! Sobre todo, nuestros tiempos, que van mandando que desaparezcan cruces e imágenes benditas, por odio a Dios y a su Madre... ¿qué se ordene también lo mismo por *amor a ellos*?

Juicio manco: Hechos mal juzgados

En todo buen juicio vemos que las leyes admiten no sólo a los acusadores, sino también a los defensores del presunto reo. Es más; cuando el reo, por ser pobre o desvalido, no tiene abogado que le defienda, la ley impone que se le nombre, de oficio, un defensor, para que no se diga nunca que, por grave que sea la causa, se haya fallado sin haber quien la defendiera.

Pues, ¿cómo es que este elemental procedimiento no se sigue en la causa de las Apariciones de Ezquioga? Se admiten *sólo* acusadores; *Nunca* defensores. ¿Qué irregularidad es ésta? Y, ¿cómo ha de resultar el fallo?

Lo cual quiere decir que del procedimiento mismo, brota la sospecha de si en la parte no atendida y perseguida con prohibición de defenderse, está toda la razón.

Cuando confrontamos lo que sucede a la causa de Ezquioga con otras causas sagradas similares, que la historia nos pone de relieve, vemos que ni somos los primeros ni seremos los últimos en este linaje de accidentados negocios. No solamente le sucede a la causa de Ezquioga lo que apuntamos en el párrafo anterior, sino que ni aun se ha querido oír a los padres y defensores de la

pequeña vidente Benita; queriéndose obligar, además, a ésta a que firmase un documento contra su sentir, que la niña rechazó con energía, dando ejemplo a todos de santa entereza. —Cap. XXI. *Un caso como pocos.*—

En esta causa particular, dentro de la general de Ezquioga, donde se descubre una gran miniatura de la causa contra Juana de Arco; porque la causa general de Ezquioga, no cabe duda que en la esfera religiosa diocesana está ya prejuzgada, y *por vía de procedimiento* fallada, sin que haya sido oída ni probada. Nadie osará desmentirnos, porque toda nuestra actuación, de la cual es expresión sintética este Libro, lo prueba.

Ocurre en Ezquioga lo que ocurrió en la Salette, siendo la aparición el 19 de Septiembre de 1946. El obispo de Grenoble impuso penas canónicas al que predicase o publicase el suceso misterioso; penas que tuvo que levantar, con fecha precisa de cinco años más tarde, después que el papa Pío IX, dos meses antes de esta última fecha, se había dignado examinar el secreto de Maximino y Melania, enviar su bendición a ellos y declarar que respiraba la verdad el libro que trataba de la Aparición de la Salette. —*La verdad sobre el acontecimiento de La Saletta*, por el abate Rousselot, 1863 pág. 403.—

Ocurre en Ezquioga lo que ocurrió en Lourdes. La oposición a estas apariciones fue tan cruel y sostenida como la misma fe y devoción que, a raíz del Hecho había despertado en Francia. La autoridad eclesiástica había permanecido indiferente hasta los seis meses del Hecho en que creyó deber poner manos al asunto. Bernardetta fue tenida al principio por alucinada para venir a ser beatificada en nuestros días; y todos sabemos los años largos que pasaron hasta que el Hecho fue consagrado. —*La Inmaculada y Lourdes*, publicada por la casa F. González Rojas, 1903, pág. 297.—

Y al par que éstos cuéntanse casos como el de María Julia Jahenny, de Fraudais, cerca de Blain (Loire inferieur) virgen estigmatizada desde 1873, a partir de cuya fecha se dice que ni ha dormido ni comido ni bebido nada, estando postrada en cama desde 1883, y que, a pesar de sus 83 años, parece una joven de 20. Pues bien; este prodigio de mujer fue anatematizado durante 10 años, levantándosele la censura cuando se convencieron de que no hubo superchería.

Y preguntamos; ¿por qué, en este caso, como en otros muchos semejantes, en los que son los protagonistas los grandes santos y los grandes héroes, antes de fulminar censuras eclesiásticas, la autoridad correspondiente no examina bien el caso, *no sea que, huyendo de la caída en un ridículo, por defecto de celo, se*

caiga en otro ridículo mayor, recargado de injusticia, por exceso del mismo? Esto es lo que hay que ponderar bien, a fin de que los casos no se repitan, haciendo reír al demonio y llorar al cielo y a los buenos que en la tierra quedan.

Se dice, como una verdad magistral: “La Iglesia obra con prudencia, permaneciendo temporalmente al margen de los Hechos maravillosos, poniéndolos más bien en cuarentena para no desautorizar los verdaderos milagros ni caer en los lazos de la impostura, de la necedad y de la alucinación”.

Y contestamos con el Sabio: *Omnia tempus habent.* —Eccles, III— Todas las cosas tienen su tiempo. Exceder ese tiempo es incurrir en otros defectos más capitales que los que, “permaneciendo al margen de los Hechos maravillosos etc.,” se trata de evitar. Si conocidos estos Hechos, y puesta en juego *toda la diligencia humana desapasionada*, para medirlos, pesarlos, contrastarlos y profundizarlos, no se les puede sacar punta, entonces nada tenemos que oponer a su no definición; pero, si por falta de ésta *toda diligencia humana desapasionada*, los Hechos se olvidan, se desnaturalizan, y se trastornan, dígasenos cuál sea la enorme responsabilidad por el mal, que por tal causa advino, y el bien que, por la misma causa, dejó de venir.

¡Todavía no es hora!

Así repiten muchos que, sin ser desafectos del todo, al asunto de Ezquioga, pero para las circunstancias de tiempo, lugar, superiores, condescienden con éstos, antes que con *la verdad conocida, comprobada, y quizá, sentida.*

“¡Todavía no es hora!” (digan mejor) de hacer valer la verdad y de hacer sentir la virtud y de ejercitar la justicia y de manifestar la gloria de Dios y de su Madre y de atraer sobre los hombres la misericordia del cielo. No: “Todavía no es hora” de todas estas cosas. Quizá sea hora de abandonarse a la inercia; de exponer las cosas santas a la risa, al desdén, a la injuria, a la calumnia y a la perdición; de retrasar la hora de la misericordia divina sobre la nación y sobre el mundo; y de perder la ocasión que el cielo brinda, para restauración de lo caído, *que es casi todo.*

“¡Todavía no es hora!” Mas, *¿cuándo ha de ser? ¿Cuándo el diablo y los perversos con él hayan cosechado bastante? ¿Cuándo los buenos se hayan cansado o hayan danzado al son de aquellos? ¿Cuándo todo haya desaparecido...? Puede que para muchos sea ésta su hora.* Pero ¡qué responsabilidad tan tremenda!